

VIDA DEL SEÑOR VICENTE DE PAÚL

JAIME CORERA

Segunda Edición (CEME) con algunas correcciones del propio autor

Obituario y Panegírico para un Santo

Obituario

(26 de setiembre de 1660, domingo)

Aunque se sentía un poco amodorrado pidió que le levantaran y le vistieran y que le llevaran a misa. Se puso peor y le volvieron a la habitación. El médico al verlo juzgó que su estado era muy grave. Se le dio una purga suave. Por la tarde empeoró. Uno de sus misioneros le administró la extremaunción. *Señor* (así se trataban unos a otros los sacerdotes de la Francia de aquel tiempo, y así los trataba la sociedad en general, aunque a él mismo esa costumbre no le hacía mucha gracia y prefería el tratamiento de «hermano» entre sus propios sacerdotes) *¿quiere usted recibir los últimos sacramentos? Sí. ¿Cree todo lo que enseña la Iglesia? Sí. ¿Cree en un solo Dios en tres personas Padre Hijo y Espíritu Santo? Sí.* El hacía un gran esfuerzo por espabilarse un poco y poder responder pero no conseguía pronunciar más que dos o tres palabras inteligibles lo demás no se lo entendíamos. (Todo esto nos lo cuenta uno de sus misioneros presente en la agonía y muerte). Se le hicieron las demás preguntas de costumbre. *¿Pide usted perdón a todos? Con todo el corazón. ¿Perdona usted a todos? Nunca jamás nadie... Comprendimos que quería decir nadie me ha ofendido jamás.* Después de esto se le sugirieron actos de fe, de esperanza, de confianza, de arrepentimiento, de amor. *Señor vamos a decir por usted el yo pecador. Usted diga solamente por mi culpa mientras se golpea el pecho.* Pero él haciendo un esfuerzo dijo su yo pecador todo entero. Después de eso se le dio la unción. El hacía un esfuerzo por oír las oraciones. A cada unción respondía *amen* con voz muy queda. Al acabar de administrarle la unción reaccionó un poco, levantó los ojos y miró a todos los presentes con una mirada gozosa. Le pidieron la bendición para todos sus hijos y él respondió *no soy quien...* intentando hablar para decir que era indigno pero cayó otra vez en sopor. Hacia las nueve de la noche vinieron los sacerdotes más ancianos de la casa. Le van diciendo uno a uno *mi corazón está preparado* y él lo repite. Estaba sentado con la cabeza apoyada en una almohada que le tenía que sostener uno de nuestros hermanos por turno durante toda la noche porque la cabeza se le doblaba sobre el pecho mientras estaba en estado de sopor. Se le pide la bendición una vez más para todos sus hijos, amigos y bienhechores y él responde *Dios os bendiga* esta vez con toda claridad. Consolados con esta bendición salen algunos de la habitación. Estaban de rodillas algunos rezando casi todos con los ojos fijos en aquel padre tan amable. Cada cuarto de hora al final de cada salmo miserere se le dice *madre de gracia madre de misericordia* y el repite *madre de gracia...* Todo esto lo dice dando muestras de un gozo callado repitiendo a menudo *Dios mío ven en mi auxilio* otras veces dice *madre de Dios acuérdate de mí.* Hacia las once un sudor le empapa todo entero pierde el pulso el sudor se le enfría. Se le recita la recomendación del alma. Un misionero le dice con voz fuerte *Jesús* y el repite *Jesús. Dios mío ven en mi auxilio* y el repite con voz muy débil *Dios mío...* Pasa el sudor frío y recupera un poco el pulso le dan un poco de zumo de naranja pero el aprieta los labios se le introduce en la boca un poco de mermelada y enseguida la rechaza le insuflan en la nariz un poco de polvo cefálico para

espabilarle el polvo le hace estornudar y luego vuelve a caer en sopor se le dice *sé propicio Señor* y él lo repite.

(27 de setiembre, lunes)

A las doce y cuarto alguien le grita *señor* al oído se despierta mira dulcemente a quien le ha hablado y dice *bien hermano...* y vuelve a caer en sopor. A la una le dicen que un sacerdote va a decir la misa por el y responde *gracias*. A la una y media se le pide la bendición para la comunidad por segunda vez responde *Dios os bendiga* levanta la mano y dice EL QUE COMENZÓ ESTA OBRA LA LLEVARÁ A LA PERFECCIÓN. Le piden la bendición para las conferencias de los martes y los sacerdotes que asisten a ellas y el responde *sí. Para las señoras de la caridad. Sí. Para los niños abandonados. Sí. Para los ancianos del Nombre de Jesús. Sí. Para los bienhechores y amigos. Sí.* A las dos un segundo sudor el rostro encendido y como iluminado y de inmediato blanco como la nieve. Yo mismo le digo repetidas veces *Dios mío acude en mi auxilio* y el animándose un poco dice *basta basta* queriendo indicarme que le hablaba demasiado y le perturbaba la calma pues aunque medio dormido parecía estar pensando en algo. Se le dice *creo en Dios Padre* y el besa el crucifijo. *Creo en el Espíritu Santo* y dice *creo* y así los demás artículos del credo. Se le dice *a tus manos Señor entrego mi alma* y el repite *a tus manos Señor... a tus manos Señor*. Un poco antes de las cuatro por tercera vez un color luminoso le anima el rostro como un resplandor pero de inmediato le cubre la palidez de la nieve. Viéndole cerca de la muerte se le dice varias veces *Dios mío acude en mi auxilio* lo repite con esfuerzo sin cerrar ya los labios sino moviéndolos suavemente *Dios mío acude en mi auxilio*. Se le dice *Jesús* y repite *Jesús* moviendo los labios también suavemente. Hacia las cuatro y media comienza el último ataque de la agonía que dura un cuarto de hora pero sin convulsiones ni agitación alguna. Al expirar y poner su alma hermosa en las manos de Dios permaneció como estaba bello mas majestuoso y venerable a los ojos que nunca. Murió sentado en su silla vestido del todo al lado del fuego.

Se dispuso un entierro sencillo para el martes 28 de setiembre a las nueve aunque comenzó a las diez. Asistieron muchos sacerdotes varios abades y obispos, el príncipe de Conti etc. Se le enterró en una caja de plomo dentro de otra de madera en una tumba de mampostería. En el ataúd de plomo se ha colocado una placa de cobre en la que se leen estas palabras:

VICENTE DE PAÚL SACERDOTE
FUNDADOR Y PRIMER SUPERIOR GENERAL
DE LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN
MURIÓ EL 27 DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO DEL SEÑOR DE 1660

Panegírico

El cuerpo, mediano de estatura para la época, alrededor de un metro sesenta y cuatro centímetros, encontró suficiente acomodo en la caja de plomo. El cuerpo, pero nada

más. No podía caber tampoco en una placa de cobre la descripción de una vida como la de aquel hombre. Por de pronto se dejó fuera algo que todos los testigos de la muerte sospechaban debía colocarse antes del nombre. El nombre completo y verdadero del difunto era San Vicente de Paul. Lo que faltaba en la placa al nombre recibido en la pila bautismal se añadió 77 años después de su muerte, en 1737, al final de un proceso de beatificación y canonización que, dada la talla moral, religiosa y humana de la persona, resulto fácil.

Tampoco la palabra «sacerdote» podía describir adecuadamente a este sacerdote. Porque este sacerdote fue, ciertamente, tan perfecto como lo podía haber soñado el mejor teólogo o el mejor obispo de Trento. Pero añadió a lo soñado por Trento algunos aspectos que nadie en Trento se atrevió a sonar para el sacerdote normal. Por ejemplo, un empuje de alcance mundial, que no solo le llevo a enviar a diversas partes del mundo a hombres y mujeres que se sintieron inspirados por el, sino que le hacia exclamar a el mismo, anciano de 77 años: «Aunque estoy viejo y enfermo no debo dejar de estar dispuesto a ir incluso a las Indias para ganar almas para Dios, aunque fuera a morirme en el camino o en el barco».

O también un amor a los pobres como no se había visto probablemente en el mundo, después de Jesucristo, desde los tiempos de san Juan Crisóstomo. Amor a los pobres y algo más. La convicción de que el evangelio no es buena noticia más que si se anuncia a los pobres con palabras y con hechos. También esto es propio de la figura del sacerdote, aunque no lo viera Trento con claridad. Pero él sí lo vio, y aunque se pasó casi la mitad de sus ochenta años intentando formar sacerdotes según el modelo diseñado por el concilio, añadiendo de paso dimensiones no previstas en el modelo, cuatro años antes de irse a la tumba, expresaba el temor de que «los sacerdotes de este tiempo tienen un gran motivo para temer los juicios de Dios. El les imputará la causa de los castigos que envía, porque no se oponen como deben a las plagas como la guerra, el hambre y las herejías». El mismo no tenía motivo para temer los juicios de Dios, pues si se opuso a las guerras y si lucho contra el hambre y las herejías.

O también una gran confianza, siempre escasa en el mundo clerical, en la capacidad de los simples» fieles para vivir las enseñanzas del evangelio y para llevar a cabo en la Iglesia y en el mundo algunos de sus aspectos mas exigentes. Por ejemplo, el de la caridad, o el de la evangelización. El no se cansaba de repetir, lo mismo a encumbradas señoras aristocráticas que a sus campesinas hijas de la caridad, que olas historias eclesiásticas y profanas no dicen que se haya hecho jamás lo que hacéis vosotras. Hay que exceptuar a Nuestro Señor. Desde toda la eternidad estabais destinadas a servir a los pobres como Nuestro Señor les sirvió. ¡Qué felicidad que Dios os haya escogido para continuar la obra de su Hijo en la tierra!, porque hacéis lo que hacían Nuestro Señor y los apóstoles».

En suma, el señor Vicente de Paul no cabía en la caja de plomo. Ni tampoco cabía en el vasto complejo del priorato de San Lázaro del que salió poco en los 28 últimos años de su vida, ni en Paris, donde vivió 50 de sus 80 años, ni en Francia, donde vivió toda su vida, exceptuando unos pocos meses en España y otros pocos en Roma. Ni siquiera cabía del todo, hay que decirlo, en la Iglesia de su tiempo. Es decir, las dimensiones de

su corazón y de su inteligencia iban más allá de lo que se podía esperar razonablemente de la estructura y las preocupaciones de la Iglesia de su tiempo, en particular de la Iglesia de Francia. Por eso, cuando 130 años después de su muerte, los hombres de la Revolución Francesa pretendieron comenzar una historia de borrón y cuenta nueva, y rebautizaron a su cándida manera hasta los meses del calendario, dicen que no pudieron dejar de exhumar del polvo como única figura aprovechable de la Iglesia del pasado, no ya el cuerpo del señor Vicente, que sus seguidores habían escondido celosamente por miedo a los revolucionarios, sino al menos su estatua para colocarla en su propio panteón revolucionario con esta inscripción: A Vicente de Paúl, Filántropo Francés.

Pero esta inscripción era aún mas pobre que la de la placa de cobre que sus propios hermanos grabaron el día de su muerte. Un verdadero filántropo no es más que un santo que se quedó a mitad de camino. Sin embargo los revolucionarios, aunque vieron corto, vieron claro. Este santo amaba a los hombres; amaba en particular a los que incluso los hombres de bien tal vez compadezcan pero no suelen amar de verdad. Este santo amaba a los pobres. De eso no decía nada la placa de cobre. Lo mejor de aquel anciano, que se murió dulcemente en el amanecer del 27 de setiembre de 1660, no cabía en aquella caja de plomo, ni en aquella inscripción.

Tampoco cabe en un libro como este. Vicente de Paúl es uno de los hombres mas biografiados en los últimos 300 años. De manera que intentar una nueva biografía parecería, y tal vez lo sea, un proyecto insensato o al menos redundante. Sirva de excusa y descargo para el autor la observación de que, aun las mejores biografías de san Vicente no pretenden agotar, y si lo pretenden no lo consiguen ni lo pueden conseguir, todo lo que el texto escueto de la inscripción no podía reflejar en manera alguna. Siempre queda algo para el aventurero autor que se crea capaz de añadir algo, aunque sea poco, a lo que otros muchos biógrafos competentes han tratado de describir con detalle.

De manera que toda biografía debería titularse humildemente, como lo hacen los evangelios, «Vida de X.X., según N.». Este libro es una biografía de san Vicente de Paul según el autor que la escribe. Biografía que ha procurado tener en cuenta los hallazgos de la historia científica que se refieren al personaje y a su época, pero que, deliberadamente, no ha pretendido describir al personaje en su época desde una óptica científica, sino más bien desde la categoría precientífica de la narración. No es que se piense que la narración pueda proporcionar —aunque sí lo puede hacer mejor que la biografía «científica»— mucho más que una pálida imagen de un sujeto histórico que ya ha dejado de existir; en nuestro caso hace más de 300 años. Tampoco las narraciones evangélicas se hacen la ilusión de que nos proporcionan un retrato exhaustivo de su sujeto; el autor de una de las cuatro narraciones, Juan, lo declara expresamente al final de su evangelio. Porque saber de verdad como era Jesucristo, o como era su humilde discípulo Vicente de Paul, y escribirlo adecuadamente, solo lo sabe y lo puede hacer Dios.

“EL QUE COMENZÓ ESTA OBRA”

Del caserío de Pouy
al priorato de San Lázaro

1**(1580)**

En abril de 1580, el día 4, o tal vez el 5, señalado en el calendario cristiano por el recuerdo de san Vicente Ferrer, Dios hizo nacer en una casa campesina francesa a un inicio a quien se bautizo con el nombre de Vicente. De su madre, Beltrana, hubiera recibido un segundo apellido, Mouras, si tal hubiera sido la costumbre del tiempo y del lugar. Pero desde que creció el niño y aprendió a escribir, jamás se le ocurrió añadir a su nombre mas que el apellido de su padre, de Paul, aunque el lo escribía simplemente Depaul, tal vez, como quieren algunos de sus admiradores, para evitar la impresión de que tras la preposición se escondía algún rastro de nobleza. No era noble en manera alguna el padre, Juan, y hasta puede que lo que suena como apellido fuera simplemente una especie de apodo o locativo. Si cerca de la casa paterna pasa un arroyuelo conocido como Paul, entonces Juan de Paul es sin duda el hombre que vive junto a ese arroyuelo. Arroyuelo o tal vez una pequeña laguna o marisma, que en latín se dice palus, palabra que en diversos lugares ha dado, también en castellano, paúl y paúles. Se supone, pero no se sabe con certeza, que los contemporáneos pronunciaban su apellido Pol, como se hace en el francés moderno. Pero consta que 35 años después de su nacimiento unos respetables canónigos, a los que no hay que suponer ignorantes, escribían su apellido así: Paoul, porque sin duda lo pronunciaban paúl. Tal vez fuera esa realmente la pronunciación del apellido paterno de Vicente en su dialecto nativo gascón.

Pantanososa y llena de marismas era en aquel tiempo la tierra en que nació Vicente. El pequeño caserío de Pouy (hoy se llama Berceau de Saint Vincent de Paul), junto a la ciudad de Dax, esta en el borde sur de las Landas, inmensa llanura, repoblada de pinos a partir del siglo XVIII, que se extiende hacia el norte hasta Burdeos. Las fiebres probablemente palúdicas que le persiguieron sin piedad en su edad adulta pudieron haber sido inoculadas muy pronto en su organismo infantil. Aunque eso le pudo suceder también a los 37 años de edad en Chatillon, donde el paludismo había sido endémico hasta su total erradicación unos años después de la breve estancia de Vicente en el lugar. No hace ninguna falta suponer que se trajo la molesta enfermedad del norte de África. Europa estaba también llena en esa época de posibles focos de infección.

Familia de campesinos, modestos ciertamente, pero por lo que parece no colonos en las tierras de algún noble propietario sino propietarios independientes, como era el caso normal en el vecino país vasco, el francés y el español, no así en el resto de la Francia feudal. Tal vez sea este hecho bien asimilado en su infancia lo que explica la extraña pertinacia del Vicente adulto, convertido ya en figura pública en la Iglesia y en

la sociedad, en negarse a dar cuentas de su gestión económica a autoridades ajenas a su propia casa. De todos modos la tierra arenosa de Las Landas no daba para vivir de rentas, sino de un duro trabajo para arrancarle año tras año un pobre cereal, el mijo, que era la base de la comida diaria, y los pobres pastos para vacas, ovejas y cerdos. Se bebía agua, o tal vez sidra, que pocos años antes había sido introducida desde la no muy lejana Guipúzcoa. En cuanto al lustroso maíz, que hoy ocupa en Las Landas los espacios libres entre los pinares, Vicente no lo conoció de niño en su tierra, pues fue introducido arios después también desde el vecino país vasco-español.

Pobres aunque independientes, los Paul y los diseminados habitantes de la región estaban sometidos a depredaciones periódicas por parte de fanáticas y muy anticatólicas bandas de hugonotes que descendían a la llanura como águilas rapaces desde el vecino Bearn en las estribaciones de los Pirineos. La familia Paul Mouras sufrió años después, siendo ya Vicente anciano y famoso, una depredación similar en los disturbios de la Fronda que les empujó al borde de la miseria, de lo que no se recuperaron jamás. El discreto pasar de los Paul tenía sin duda bases muy frágiles.

Dura era la vida en la región de Pouy cuando nació Vicente, el tercero de seis hermanos. De manera que el niño tuvo que añadirse muy pronto al grupo familiar de trabajo para el cuidado de los animales. En los arios tempranos de su vida, decisivos para la formación de la personalidad, Vicente fue pastor. Eso quería decir en aquellas tierras pobres y pantanosas una tensa actividad de vigilancia subido a un par de zancos para no perder un solo animal entre los matorrales de hierba dura o en algún charco traidor, y con frecuencia el pasarse las noches solo y al raso en un caminar nómada en busca de mejores pastos hasta cincuenta kilómetros lejos de su casa familiar. Así hasta los 14 o 15 años, en que dejó de vivir en el campo para irse a estudiar a Dax.

Nada más se sabe con seguridad de la infancia de este futuro santo, excepto que de niño no era ciertamente santo. O bien si fue santo de niño dejó de serlo de joven. De modo que no hay que dar excesiva importancia, aunque fueran ciertos, a algunos curiosos datos que se le atribuyen como muestras precoces de santidad. Que si al volver del molino con el saco lleno sobre el burro daba harina a los pobres que se encontraba en el camino; que si hizo una capilla improvisada a la Virgen en el hueco de una encina que aún se muestra junto a la casa en que nació. (No nació en la casa que hoy se muestra al peregrino, aunque la original era parecida a la actual y estaba colocada casi exactamente en el mismo sitio). No hace falta suponer santidad en un niño de familia piadosa católica, y la de Vicente lo era, porque de un puñado de harina a un pobre o rece con devoción a la Virgen.

(1594-1596)

Dax era por entonces una ciudad pequeña, famosa desde los tiempos de los romanos, como aún lo es hoy, por sus aguas termales. No fue sin embargo el joven Vicente a Dax para tomar sus aguas, aunque siempre se mostró en su vida adulta muy aficionado a ellas como remedio para diversas enfermedades propias y ajenas, sino para estudiar. Ciudad pequeña, pero ciudad al fin y al cabo, Dax es para Vicente el comienzo de una larga vida urbana. Se sentirá mas tarde llamado por Dios a trabajar en el mundo rural,

pero residirá siempre en ciudad. Sin duda Dax le enseñó en edad muy temprana que en las ciudades se encuentran cosas importantes que no se encuentran en el campo. Por ejemplo, variedad de oportunidades para estudiar.

No se sabe si cuando llego a Dax a los 14 o 15 años había ya tenido algo de escuela en casa, o en la casa del cura de su aldea. Ni tampoco si se había enseñado a si mismo a leer y a escribir, como lo hizo años después otra pastora, Margarita Naseau, una de las mujeres que mas admiro este hombre, excelente conocedor y admirador de muchas mujeres. Algo de escuela tuvo que llevar el joven Vicente a Dax, pues solo dos o tres años después inicié estudios de filosofía. Como quiera que sea, no fue a Dax a estudiar sin más, sino expresamente a preparar los estudios previos necesarios para iniciar después una carrera eclesiástica. La vocación al sacerdocio le venía, aparte de Dios, de su propio padre, animado este por el ejemplo de un su pariente eclesiástico que había conseguido un decente pasar que le permitía incluso ayudar a su familia, sin que ello le costara excesivo trabajo, y ciertamente ningún penoso trabajo físico. Las rentas eclesiásticas, aun cuando fueran modestas, eran más fáciles y seguras que las rentas de la tierra arenosa.

El que de entre seis hijos, cuatro de ellos varones, el padre sólo pensara en él para una vida de estudios parece sugerir que el niño Vicente descollaba entre la tribu de los Paul por su capacidad y su mente despierta. No se equivocó su padre, ni tampoco un señor de Cometa, abogado en Dax, conocido en la aldea de Pouy por asuntos de leyes y conocedor el a su vez de sus gentes, quien parece fue sugirió al padre la idea de los estudios. No se conformó con eso el señor de Comet, sino que después de los primeros meses de estancia como residente interno en el convento de los franciscanos, se trajo a Vicente a su propia casa. Así se ahorraría los gastos de pensión, y aunque aun muy joven, pero sin duda considerado ya capaz, podría ser el preceptor de los propios hijos mas jóvenes del señor. Función que el joven Vicente debió de desempeñar a satisfacción de toda la familia, pues fue toda su vida muy apreciado por los diversos miembros de ella, aprecio al que el mismo correspondió hasta su muerte.

De manera que el niño, hecho ya adolescente, ha dejado su aldea natal. No va a volver a ella, fuera tal vez del tiempo de vacaciones, hasta los 43 años, y eso por última vez, por pocos días y después de muchas dudas. Parecería que ha salido para siempre del estrecho mundo rural. Estrecho y feo. Su padre, que viene a Dax para algún negocio u ocasional visita al hijo, desentona agriamente con la elegancia de las gentes de balneario que acuden a Dax. Y además, cojea. El nombre popular del propio caserío familiar, Ranquines, parece que ha sido inspirado a los vecinos por el defecto físico de su dueño. El adolescente no solo se avergüenza de pasear por la ciudad con su padre sino que incluso se niega a verle en la sala de visitas. En la ancianidad se acusó repetidas veces en público de este pecado juvenil. Pero para llegar a eso la vida tuvo que espabilarle con la frustración de muchas vanas ilusiones. A los 17 años, cuando Vicente deja Dax y se marcha a otra ciudad más grande, es un adolescente que quiere dejar atrás su pobre mundo rural, que suena con nuevos mundos desconocidos más anchos, y que se avergüenza de su padre.

(1597)

Su padre, hombre de bien, debió de hacer como que no se daba cuenta. O bien olvidó, o hizo que olvidaba, la insolencia del hijo adolescente. Hasta llegó a desprenderse de un par de bueyes, posiblemente el único par de animales de trabajo de la granja familiar, para que su hijo tuviera con que desplazarse hasta Toulouse y comenzar sus estudios eclesiásticos, estudios que culminó en 1604 con el título de bachiller en teología. Se sabe que hizo algunos estudios en Zaragoza, aunque no consta ni cuántos ni por cuanto tiempo. Probablemente fueron pocos, y muy posiblemente los hizo en alguna interrupción de su estancia en Toulouse entre su llegada, parece que en 1597, y su salida definitiva de la misma ciudad en 1604 o 1605. Pudo también comenzar sus estudios en Zaragoza y continuarlos luego en Toulouse hasta conseguir el título de bachiller. La única otra posibilidad es que estuviera en España parte o todo el tiempo que él dijo en carta al señor Comet que había estado en África. Nunca dijo ni escribió, aunque en un par de ocasiones lo llegó a insinuar, que había estado en España. Sin embargo esto último es más seguro que lo otro. Es mucho más seguro que nuestro hombre conociera en su juventud de primera mano algo, aunque fuera poco, de España, que de ninguna tierra mahometana, como no fuera a través de escritos de aventura y picaresca. No tiene todo esto importancia alguna para el conocimiento de nuestro hombre. Todo lo que se quiera decir sobre la influencia en su carácter de su estancia en la península, y aun más sobre la fantasía de su nacimiento en España, es, todo ello, fantasía.

El dinero de la venta del par de bueyes se le acabó pronto sin duda. Nuestro joven, acostumbrado desde niño a ganarse el pan de cada día, en su estilo sacrificado y emprendedor que le acompañó de la cuna a la tumba, encontró un remedio a la escasez de medios abriendo por su cuenta y riesgo una especie de residencia para escolares más jóvenes de los que percibiría una pensión de la que el mismo pudiera vivir modestamente. La experiencia en la casa del señor de Comet le sirvió sin duda para ello de entrenamiento e inspiración. Esta pensión comenzó funcionando en Buzet, aunque luego se trasladó a Toulouse. Este es el dato seguro. Pero tras su aparente transparencia se esconden algunas complicaciones que sus biógrafos se suelen saltar bonitamente a la torera. Para empezar, Buzet y Toulouse se encuentran a unos treinta kilómetros una de otra, distancia razonable hoy para un viaje de ida y vuelta a la universidad, pero claramente imposible para los lentísimos y caros medios de transporte en aquel tiempo. Y aunque no sabemos cuanto tiempo estuvo con su breve tropa de escolares en Buzet antes de trasladarse a Toulouse, no se puede suponer que ese tiempo fuera corto, pues se nos asegura (el mismo lo hizo en una carta a su madre hoy perdida) que su pensión acabó teniendo un excelente renombre hasta el punto que le mandaban escolares desde la misma Toulouse. Un excelente renombre no se puede conseguir, por ejemplo, en unas breves vacaciones de verano.

Este pequeño dato, junto con el otro de sus viajes y estancia en Zaragoza, nos da la imagen de un joven clérigo que recibe la tonsura y las Órdenes menores a los 16 años, antes de despedirse de Dax, y que a los 17 comienza los siete años de filosofía y teología, estudios que persigue al principio de una manera errática y un poco a salto de mata. Sin mencionar el hecho de que el simultanear su pensionado y sus estudios es ciertamente un testimonio fehaciente de su constancia e iniciativa, firmeza de carácter y vida austera, pero no sugiere en modo alguno una dedicación absorbente a los

estudios. De modo que el diploma que recibió de la universidad de Toulouse en 1604, diploma que acreditaba el haber completado los siete años de estudios requeridos, acreditaba ciertamente que los había terminado, pero nada decía de cómo los había hecho. Cuando el Vicente adulto lamentaba el que en los tiempos anteriores cualquier joven con estudios escolares, un poco de latín y algo de filosofía y teología se iba a una parroquia y administraba allí los sacramentos como le parecía bien, parecía referirse a la historia de su propia formación sacerdotal. Solo que esta aún fue peor, pues se ordenó sacerdote a los 20 años y fue nombrado párroco antes de siquiera comenzar los estudios de teología.

Aún hay más. Pues antes de ordenarse de sacerdote tuvo naturalmente que pasar por las ordenaciones de subdiaconado y diaconado, cosa que hizo en Tarbes en setiembre y diciembre de 1598, a los 18 años. O sea, que este pobre estudiante se permitió el lujo de dos viajes de más de 500 kilómetros, ida y vuelta de Toulouse a Dax, en un periodo de cuatro meses. Hasta hay quien sugiere que pudo hacer en el mismo año un tercer viaje, éste en febrero, desde Zaragoza para estar presente en la muerte de su padre. Vicente fue siempre, desde la niñez, viajero, móvil y hasta más que un poco andarín, pero eso solo se puede ser, excepto en el caso del nómada profesional, si se tienen medios para moverse. Así que sus ordenaciones de diácono y subdiácono en Tarbes plantean dos interrogantes que no intentaremos responder. ¿Es seguro, como suponen todos los biógrafos, que Vicente dejó su tierra natal para ir a Toulouse en 1597, a sus 17 años? ¿No iría más bien a los 19, en 1599, una vez ordenado diacono?

(1600)

Como quiera que sea, a los 20 años, en setiembre de 1600, se ordenó de sacerdote, como decíamos arriba. No se ordenó en Toulouse, lo que hubiera sido normal dada su escasa capacidad económica, ni en Dax, para celebrarlo con su familia, sino en Perigueux, que está de Toulouse hacia el norte más o menos a la misma distancia que Dax hacia el oeste. Un larguísimo viaje aparentemente inútil, y ciertamente costoso. Pero nadie acusó jamás, ni pudo acusar al Vicente joven o al adulto de meterse en empresas inútiles, aunque con frecuencia se metió, de joven y de adulto, en empresas arriesgadas. Cuando, pues, se sugiere como explicación del misterioso viaje la idea de que en Perigueux se podía encontrar un obispo anciano y de los antiguos, sin escrúpulos para ordenar a un mozalbete de 20 años, cosa que no era posible ya en aquel tiempo ni en Dax ni en Toulouse, donde corrían ya ciertos aires de reforma, parece que se da con la explicación exacta.

Pero el dato nos sugiere también algo obvio en el momento psicológico de nuestro héroe: sabe que hace trampa, pero la urgencia de ser sacerdote para conseguir cuanto antes un medio seguro de vida le hace pasar por encima de todo escrúpulo. Hay que perdonarle, porque no sabe lo que hace. Algo más tarde se arrepintió y se acusó en público de este pecado, confesando que «si hubiera sabido lo que era el sacerdocio cuando tuve la temeridad de entrar en este estado, hubiera preferido quedarme a labrar la tierra». Hay que dar gracias a Dios, ¿a quien si no?, de que la dudosa moralidad y las prisas del joven Vicente fueran un medio, tortuoso en si mismo, para que, aunque las Landas perdieran un labrador que sin duda hubiera llegado a ser

competentísimo y emprendedor, el mundo se haya ganado un sacerdote de su talla. Pero es claro que no tenía nada de santo a los 20 años. De manera que todas las devociones angelicales que dicen que puso en la celebración de su primera misa suenan a delicioso cuento de hadas. Vicente no quiso ordenarse pronto para decir pronto y con devoción su primera misa, sino para ser párroco de inmediato y poder cobrar las más o menos 300 libras anuales que el cargo llevaba consigo en la Francia de su tiempo. Quiso ser párroco a los 20 años; lo fue nombrado de un pueblo, Tilh, cercano a su aldea natal, y estuvo a punto de serlo efectivamente. Pero le falló el plan, y sufrió con ello la primera frustración de su juventud. Aún habían de venir otras, todas necesarias para domar y encauzar por otras vías la energía potente y un poco primitiva de aquel mozo inquieto y ambicioso.

De manera que nuestro joven aspirante a párroco tuvo que volverse a Toulouse con las manos vacías para iniciar en el otoño de 1600 sus cuatro años de estudios teológicos. Pero aún hubo otro viaje, esta vez a Roma, aún más largo que los anteriores, y aún más caro; pero éste seguro y no dudoso. Cómo pudo pagarse el viaje es un misterio, así como lo es el motivo que tuvo para hacerlo. Se podría pensar en un ataque violento de piedad que le empujó irresistiblemente a llegarse hasta Roma en peregrinaje de Año Santo. Pero aún la piedad más sincera tiene que limitarse a manifestaciones compatibles con los recursos económicos. Mas probable parece la sugerencia hecha repetidas veces de que Vicente se acercó a Roma, sin duda endeudándose previamente para ello, con el fin de ver las posibilidades de recibir de las máximas autoridades romanas la parroquia de Tilh ya concedida a él por la autoridad local de la diócesis de Dax, concesión disputada por un sacerdote competidor que acabó por prevalecer sobre los posibles derechos de nuestro joven sacerdote. Una tercera posible razón para el viaje, el conseguir la absolución de las censuras en que podría haber incurrido por su ordenación irregular, es efectivamente posible, pero no hace falta suponerla a no ser que se una a la anterior. Una tal absolución se podía conseguir, y se conseguía normalmente, simplemente por correspondencia, costosa también en aquel tiempo, pero por supuesto mucho menos que cualquier modo de viajar en persona la misma distancia.

Vicente menciona este viaje a Roma varias veces en su vida posterior, siempre como un recuerdo agradable y una experiencia de devoción fuertemente emocional que le enterneció hasta las lágrimas, y eso «a pesar de que estaba cargado de pecados». Esta frase escrita treinta años después del viaje es una evidente traición de su subconsciente. La estancia en Roma sigue asociada en su memoria, treinta años después de sucedida, a algo que el Vicente adulto considera una carga de pecados. Esto parecería apuntar a que efectivamente el viaje estuvo relacionado en alguna manera con algo que tuvo que ver con la irregularidad de su ordenación. Que sepamos, no tenía más pecado a los veinte años que la ordenación sacerdotal fraudulenta, un hecho que para el joven Vicente era simplemente una expeditiva manera de acceder a un medio de vida seguro, mientras que al Vicente adulto parecía con razón una detestable carga de maldad.

(1604)

Los cuatro años de estudios teológicos en Toulouse parecen haber sido más normales y tranquilos que los tres previos. Al final de ellos Vicente consiguió su diploma de bachiller. No lo usa nunca, aunque le daba derecho a ser una especie de profesor auxiliar para explicar algunos temas teológicos. Si tuvo la intención de continuar estudios y dedicar su vida a la investigación o a la enseñanza de la teología no se sabrá jamás, pues su vida de estudiante queda interrumpida repentinamente por los curiosos incidentes que relataremos enseguida. Tampoco parecería por su modo de ser y su trayectoria posterior que hubiera tenido nunca el proyecto de una vida intelectual. Capacidad para ello no le faltaba; hasta le sobraba. Pero más le sobraba aún una capacidad de acción que acabó imponiéndose sobre la otra. Por lo demás, lo que Vicente estudie en Toulouse no era tampoco la teología escolástica viva y creativa de 300 años antes, sino más bien la escolástica decadente que, al margen y a pesar de los esfuerzos renovadores de Juan de Santo Tomas y de los teólogos de Salamanca, acabó prevaleciendo en casi todos los seminarios y facultades teológicas del mundo como método obligatorio de formación teológica sacerdotal.

No quedan testimonios del saber teológico que adquirió en Toulouse, excepto uno, escrito por el mismo unos tres años después de conseguido el título. Son alrededor de tres años en los que no sabemos donde estuvo ni que hizo el bachiller. Ciertamente no estuvo enseriando teología en parte alguna y ciertamente no en Toulouse. Tal vez estuvo en Zaragoza, como insinuábamos arriba, cosa que decimos como mera posibilidad y sin ninguna convicción. En cualquier caso el texto que vamos a citar parece sugerir que este joven bachiller ha estudiado los problemas de la gracia y del libre albedrío, ha optado por la solución molinista de la ciencia media, y luego, tres años sin ver un libro le han hecho olvidar los detalles técnicos y sutiles del teólogo jesuita, para expresar de una manera banal y torpe, el que fue siempre escritor con pleno dominio de su pluma, una opinión teológica banal. La expresa en una carta, cuya redacción general no es nada torpe sino todo lo contrario, en la que quiere explicar que unos piratas le llevaron esclavo a Túnez, donde ciertamente le hubiera sido difícil encontrar libros para tener al día sus estudios de teología y su título de bachiller. La dice al señor de Comet para explicarle como su hermano, también bienhechor del joven Vicente, que había muerto por «mal de piedra», se hubiera curado y no hubiera muerto de haber recibido a tiempo un remedio contra el mal que Vicente se habla dado prisa en aprender en África, sabiendo que su bienhechor padecía de él, y esperando Vicente ser liberado, o liberarse a sí mismo, como dice que hizo en la misma carta, y así poder aplicarle a tiempo el remedio. Pero Vicente llegó tarde. Cuando quedó libre ya había muerto el hermano, porque «según se dice, los días del hombre están contados ante Dios. Eso es verdad; pero no porque Dios hubiese contado sus días en tal número, sino que el número ha sido contado delante de Dios porque ha sucedido así; o, para decirlo mas claramente: el no murió cuando murió porque Dios lo hubiera previsto así o hubiese decidido que el número de sus días fuera tal, sino que Dios lo previó así y el número de sus días fue conocido ser el que era porque murió cuando murió». El Vicente adulto no fue teólogo profesional ni pretendió serlo nunca, aunque pudo haberlo sido. Pero cuando tuvo que orientarse en el siempre complicado mundo de la teología, enturbiado además en su tiempo por el jansenismo, vio más claro que buena parte de los teólogos profesionales de su tiempo. Pero no fue la

teología que estudio en Toulouse la que le ayudó a ello, sino la que después nunca dejó de estudiar por su propia cuenta.

(1605-1607)

El lector que lea la carta escrita al señor de Comet por Vicente desde Aviñón el 24 de julio de 1607 explicándole por que no le ha escrito durante mucho tiempo, puede creerle sin más complicaciones. Se enterará de que, dos años antes o algo mas, Vicente había ido de Toulouse a Burdeos para un asunto que él mismo no se atreve a mencionar por considerarlo ahora, dos altos largos después, temerario. Biógrafos posteriores han insinuado, con muchos visos de verosimilitud, que se trataba de conseguir una sede episcopal. No estaría nada mal para sus ambiciosos veinticuatro altos. A su vuelta a Toulouse se encuentra con que una buena anciana, probablemente admiradora del joven sacerdote, le ha dejado en testamento unos modestos bienes que le vienen muy bien para pagar deudas y los grandes gastos que el asunto temerario le obligaría a hacer. Aunque la cantidad no era despreciable, tampoco era gran cosa lo heredado, de 900 a 1.000 libras, algo así como tres años de salario de un párroco, que además tenía que percibir de un bribón, deudor de la anciana, que se había escapado a Marsella. El joven Vicente tiene que salir en su persecución, vendiendo al acabársele el dinero un caballo que había alquilado, atrapa a su hombre en Marsella, lo hace prender y percibe de él lo adeudado.

A la vuelta le esperaban los piratas acechando en el mar. Por mar quiso hacer parte del viaje de vuelta, sin duda por ahorrar gastos. Esta era la primera vez que nuestro campesino ponía los pies en un elemento más móvil y mas blando que las marismas de su tierra nativa. Otras dos veces más aparece el mar en su carta. En la última se nos presenta él mismo en una pobre lancha con una pobre vela, recorriendo, sin decirnos cómo, ni en cuánto tiempo, ni con qué penurias, ni con qué peligros de naufragio, de hambre, de sed, o de ser capturado, los más de mil quilómetros que separan en línea recta las costas de Túnez del punto de la costa sur de Francia en el que nos dice que desembarcó recuperando su libertad. La otra fue al comienzo mismo de su cautividad. Su primer comprador fue un pescador que se desprendió pronto del joven esclavo para venderlo a un alquimista, porque, por testimonio del mismo Vicente en la carta, «no hay nada tan contrario a mí como el mar». Del alquimista pasó a poder de un francés que había renegado de su fe cristiana y se dedicaba en el desierto a la poligamia y a la agricultura. Al menos dos de las tres mujeres del renegado llegaron a mirar con buenos ojos a nuestro héroe. Una, cristiana ortodoxa, «me tenia mucho cariño»; la otra, «turca», o sea, musulmana, casi se convierte de golpe, y ciertamente se quedo embelesada hasta el éxtasis al oír cantar al joven cantos atractivos como el Salve Regina. La turca reprocho a su marido que hubiera abandonado una religión que tenia melodías tan bellas y cantores tan capaces. Esto conmovió al renegado, y se decidió a escapar con Vicente en la lancha que mencionamos arriba. Nada mas desembarcar en Francia, el 28 de junio de 1607, se dirigieron a Aviñón, ciudad papal, donde el representante del papa, monseñor Montorio, recibió «con lagrimas en los ojos» al renegado en la Iglesia.

(1608)

A ambos se llevó el monseñor a Roma, terminado su tiempo en Aviñón pocos meses después. El renegado ingresó en una casa de los hermanos de San Juan de Dios. A Vicente el monseñor lo retuvo en su propia casa como una especie de bufón palaciego, para que le enseñara algunos de los trucos que había aprendido en casa del alquimista, algunos secretos de alquimia, los fundamentos del espejo de Arquímedes, un resorte artificial para hacer hablar a una cabeza de muerto... y otras mil bellas cosas geométricas». Mientras tanto estudiaba y esperaba que el monseñor cumpliera su palabra de proveerle de algún «decoroso beneficio» en Francia para poder asegurarse «un retiro honroso». Nada resultó, sin embargo, de tan lindas promesas, y nuestro hombre salió para Francia sin que sepamos por que a finales de 1608, y se encontró en Paris a comienzos de 1609, solo, sin oficio ni beneficio, y con deudas.

De Marsella a Aviñón, pasando por dos años largos de cautividad: eso es lo que dice el joven Vicente al señor de Comet, para explicarle su larga ausencia y su largo silencio epistolar. Quien acepte sin más el testimonio del mismo Vicente tiene en esa carta la descripción detallada de los dos años más oscuros de la biografía de nuestro héroe. Hay quienes piensan que la carta encubre en realidad otras andanzas que el joven Vicente no podía revelar al señor de Comet, fueran estas andanzas compatibles o no con lo que el mismo Vicente se atreve a afirmar en una segunda carta a Comet, “siempre se me ha reconocido como hombre de bien».

Quien esto escribe no cree mucho en la historia de la cautividad. No va a intentar aquí dar en favor de su escepticismo los argumentos muchas veces dados por los que tampoco creen y refutados por los que si creen. Ya se sabe que de unos mismos datos históricos historiadores muy competentes muy a menudo extraen conclusiones divergentes y hasta opuestas. Piense pues cada cual como quiera. Aquí se piensa que Vicente de Paul jamás estuvo en África como esclavo. Y no se quiere especular sobre dónde pudo estar ni qué pudo hacer durante el tiempo que él dice que estuvo en África. Tal vez se dedicó en algún lugar de Europa a algo así como la alquimia, o la medicina naturista, o la prestidigitación mecánica. No lo queremos asegurar, ni nos interesa. Y, a decir verdad, tampoco nos importaría que se probara con toda seguridad que estuvo efectivamente en África. No cambiaría nada en la interpretación de la vida posterior del señor Vicente. Pues lo mas curioso de este caso, y lo que realmente hace dudoso, por no decir improbable, que estuviera jamás en África es que una tal estancia tan larga y tan penosa en una época clave de su vida no dejo en los largos años de su vida posterior ni el mas leve rastro, ni la mas ligera huella.

2

(1609)

Cuando Vicente llega a la ciudad de Paris a comienzos de 1609, para hacer de ella su residencia definitiva para el resto de su vida, aunque al llegar no lo sabe ni lo proyecta, tiene casi 29 años. Un año después el mismo definía en carta a su madre su vida de los últimos días anteriores como llena de desastres e infortunios. Y de futilidad, podía

haber añadido. Desde su ordenación nueve años antes este joven sacerdote no había hecho otra cosa útil que conseguir un pobre título de bachiller en teología. Todo lo demás habían sido proyectos temerarios, desorientación, energía juvenil desbocada, sueños frustrados. Llegado a París se encuentra sin dinero, sin trabajo, sin mecenas, solo. Mas de un año estuvo buscando de que vivir, algo, lo que fuera, «para recuperar la ocasión de ascenso que me han arrebatado mis desastres», escribe a su madre; espera que Dios bendecirá sus trabajos y le concederá «pronto el medio de obtener un honrado retiro, para pasar el resto de mis días junto a usted». El mundo ha resultado ser mucho más hostil y menos acogedor de lo que imaginaba cuando dejó su tierra el adolescente ambicioso y soñador. Ahora, a las puertas de la edad adulta, no sueña más que en un viaje de regreso a la seguridad cálida y acogedora del útero materno. Se acabaron para siempre los sueños locos.

Sin embargo su viaje a París fue motivado por un hecho que pudo haber sido la ocasión de ascenso en que venía soñando desde hacía tantos años. Al salir de Roma, lo normal y lo legal para este mozo sacerdote hubiera sido reintegrarse a Dax, su diócesis de origen, y tratar de encontrar allí un beneficio eclesiástico como medio de vida. Su ida a París, donde no conocía a nadie, tiene que tener alguna explicación misteriosa. Los antiguos biógrafos hablaron de una misión secreta de la que fue portador ante Enrique IV, por encargo del embajador o embajadores del rey ante el Vaticano. Los biógrafos modernos no aceptan fácilmente este hecho por diversas razones críticas, pero ninguno de ellos da otra posible razón que explique esa extraña decisión de un viaje a París para una estancia que Vicente pensaba iba a ser temporal. A falta de otros motivos convincentes, la razón dada por los antiguos biógrafos nos seguirá pareciendo buena. Es cierto que al narrarla cometen algún error de bulto. Atribuyen, por ejemplo, el origen de la embajada a un cardenal embajador que había muerto en realidad unos años antes. Pero puede muy bien haber un error de nombres que no afecte para nada a la realidad del hecho. Por los demás ¿Cómo o para que podía inventarse nadie un hecho tan extraño sin tener ninguna base? De todos modos tampoco merece la pena perder tiempo en la narración de este oscuro incidente. La embajada ante el rey Enrique IV pudo haber sido ocasión de alguna largueza por parte de este hacia el joven clérigo, pero no lo fue evidentemente pues nuestro hombre seguía, como vimos, pobre, triste, sin beneficio y sin trabajo un año después de su venida de Roma.

Encima de todo ello se le acusó por ese mismo tiempo de ladrón. Esto le vino de un juez paisano suyo, con el que Vicente compartía vivienda alquilada, a quien faltó una bolsa de dinero. Al desaparecer la bolsa, que el juez guardaba en un armario, Vicente estaba enfermo en cama, solo en la casa, según creía el juez, por lo que la acusación era, desde su punto de vista, totalmente justa y apropiada. Fue una acusación pública en toda regla, oficial y leída desde el púlpito, y proclamada por el mismo juez ante los pocos amigos que Vicente había conseguido en París, entre los que se contaba Pedro Berulle. No había sido Vicente el ladrón sin embargo, sino un empleado de la botica cercana que, estando el juez ausente, había traído algunos remedios al enfermo. Pero esto no se supo hasta tiempo después por confesión del mismo empleado al ser atrapado in fraganti en otra sustracción de lo ajeno. Ni que decir tiene que el honrado juez, conocido el hecho, se apresuró a dar toda clase de excusas al señor Vicente. Por su parte, este, cuando fue acusado de robo en público, sorprendentemente no dijo

nada en su descargo. «Dios sabe la verdad», fue todo lo que se le oyó decir. ¿Qué había pasado por el corazón y la cabeza de este joven sacerdote, que cuatro años antes había vendido un caballo alquilado y había hecho encarcelar por deudas a un pobre bribón? ¿De dónde le viene esta repentina mansedumbre, este renunciar a una defensa justa, este apelar a Dios con el riesgo de que Dios se calle y el quede tachado de ladrón para siempre? El hecho le dolió evidentemente en lo más profundo del alma, pues lo narró con un tono claramente afectado aún por la emoción nada menos que 47 años después de que sucediera. Oigámosle en directo, merece la pena, cómo le dolía aún a los 76 años a aquel temperamento siempre vehemente lo que le había sucedido a los 29. «¿Te justificarías tú? Ahí tienes una cosa de la que se te acusa, pero es falsa. No, tengo que sufrirlo con paciencia, dijo —lo cuenta en tercera persona—, elevándose a Dios».

Es un poco avanzado en su vida, ya esta por los treinta años, pero mas vale tarde que nunca. Hacia los 30 años el señor Vicente de Paúl está aprendiendo, en la frustración y en el fracaso, a elevarse a Dios. No hay el menor rastro de que lo hiciera en los tiempos soñadores del optimismo y de los grandes proyectos. Entonces el emprendedor Vicente parecía bastarse a si mismo No es que le sobrara Dios, o le estorbara Dios, o aún menos que no creyera en Dios; pero no parece haber contado mucho con Él. Es más: si de joven cuenta con Él es con la esperanza de que Dios se ponga de su parte y a su servicio. «Espero de la gracia de Dios —escribe a su madre— que bendecirá mis trabajos y me concederá pronto el remedio de conseguir un retiro honrado...». O sea, que espera que Dios le ayude a hacer lo que él ha planificado por su cuenta y riesgo, sin preocuparse por saber de antemano si es eso lo que Dios quiere o no. Espera que Dios quiera y bendiga lo que él, Vicente, quiere. La frase de la carta a su madre tiene una resonancia engañosamente piadosa. Pero la aparente piedad de Vicente al escribir la carta es lo opuesto a la verdadera piedad: la actitud del creyente sincero que le hace elevarse a Dios para ver que es lo que Dios quiere y esforzarse por llevarlo a cabo. Esta llegó a ser la actitud fundamental que convirtió al señor Vicente de Paúl en san Vicente de Paúl. Esto no ha llegado todavía cuando se le acusa en público de ladrón, pero hay indicios de que el joven sacerdote señor Vicente de Paúl parece estar ya en el buen camino.

No hay nada como un buen guía para encontrar el buen camino. Aún más si el camino es complicado. Por fortuna, o más bien por providencia, nuestro joven sacerdote desorientado encontró al poco de llegar a París el hombre adecuado para orientarle por los complicados caminos del espíritu. Pedro de Berulle llegó mas tarde a ser cardenal, teólogo famoso, personaje publico. Cuando se conocieron Berulle tenía 35 años, cinco más que nuestro hombre. A esa edad era ya un hombre de cierto prestigio, reconocido por un grupo de sacerdotes selectos que creyeron encontrar en él el director perfecto para que los orientara por los caminos de la vida sacerdotal. Berulle fue ordenado sacerdote un año antes de que lo fuera Vicente de Paúl, a la edad de 24 años, como lo exigía Trento, no a los 20 como su dirigido. Había recibido una excelente educación humanista, filosófica y teológica a manos de los jesuitas y en la Sorbona, y desde muy joven se movió en los mejores círculos de vida espiritual que se podían

encontrar en Paris. El cartujo Beaucousin, que fue su director, Benito de Canfeld, madame Acarie, de la que era pariente. Por contacto con ellos su espiritualidad juvenil estuvo fuertemente marcada por lo que se ha venido a calificar como «escuela abstracta», con sus raíces remotas en los grandes místicos alemanes del siglo XIV. Pero sus lecturas de la biblia y de los santos padres le llevaron a una visión de la fe centrada en el misterio de la encarnación. El centro de la sensibilidad espiritual del Berulle adulto es el Verbo encarnado, Jesús. Por la asimilación interior de los «estados» de Jesús en su vida terrena el hombre tiene acceso a la vida trinitaria. La escuela abstracta le había orientado fuertemente hacia una especie de búsqueda directa de la divinidad, búsqueda en la que la figura de Jesucristo no tenía importancia especial, y así se podía y debía dejar de lado en los estadios mas elevados de la experiencia religiosa. Berulle mismo compara el cambio de su perspectiva juvenil a su «cristocentrismo» posterior con la revolución de la visión copernicana en astronomía: Jesús es el centro alrededor del cual debe girar todo en la vida de fe, como los planetas alrededor del sol.

Berulle fue uno de los primeros hombres en el siglo XVII francés en preocuparse y trabajar por la reforma del clero en la línea de lo descrito por el concilio de Trento. Sus esfuerzos en este terreno, desarrollados sobre todo en el Oratorio de Jesús que el fundó a imitación del de san Felipe Neri en Italia, y a través de él en el trabajo de los seminarios, se basaban en una alta y profunda visión teológica del sacerdote como hombre revestido de los estados de Jesús, que obra en su nombre y en su Lugar para dar gloria a Dios, santidad a si mismo y a los hombres. Esto hace que Berulle, aunque tenía en alta consideración el estado religioso, piense que el estado sacerdotal es en sí mismo mas perfecto. Sus sacerdotes del Oratorio no harán votos, pues su carácter sacerdotal lleva ya en si mismo una mayor exigencia de santidad personal que la de cualquier profesión religiosa. En 1611, al poco tiempo de conocerse nuestros dos hombres, Berulle fundó con un pequeño grupo de sacerdotes la primera comunidad del Oratorio, con la que Vicente vivió algún tiempo, aunque sin intención de unirse a ella.

(1610)

Entre febrero de 1640, fecha de la carta a su madre que hemos citado arriba, y mayo del mismo año, en que se convirtió por contrato firmado en abad comendatario de una abadía cisterciense, Vicente encontró un pequeño oficio que le proveyó de medios, aunque escasos, suficientes para no morir de hambre. Un poco antes de convertirse en abad Vicente había entrado como limosnero y capellán en el palacio de Margarita de Valois. No era un cargo tan importante como suena a la primera, pues había otros varios sacerdotes con el mismo título en el mismo palacio. Ni era tampoco importante el trabajo, decir una misa diaria en la capilla del palacio y repartir algunas limosnas en nombre de la reina. Pero le proveía de un medio de vida, aunque fuera modesto, y, lo que es más interesante, le daba por fin fácil ingreso a un lugar de alta sociedad, de alta cultura y de alta riqueza. Fácil ingreso a un lugar más brillante de lo que pudiera haber soñado el adolescente que dejó su casa de Pouy para comenzar la gran peregrinación hacia las alturas.

Solo que el palacio de la reina Margarita y todo lo que representaba como símbolo de grandeza buscada y apetecida resulto ser una tremenda decepción. En cuanto pudo se escapó de él, no para irse a otro palacio más atrayente sino a una pequeña aldea cercana a Paris. En el palacio de Margarita de Valois, Vicente experimentó de primera mano la banalidad y la fealdad moral de lo que el mundo tiene, y el mismo había tenido hasta entonces, por grandeza humana. La decepción comenzaba con la misma Margarita, que a los 57 años de edad no conservaba ya nada de su antigua belleza seductora y pecadora. Era ahora fea, llena de verrugas, gorda hasta el punto de que tenía que pasar de lado a través de algunas de las puertas de su palacio; nada atractiva ya para caballeros, se hacia acompañar de inocentes pajes. Devota, a la vez. Oía dos o tres misas diarias, y exigía con firmeza que se rezara y cantara con propiedad y sin descanso el oficio litúrgico en la iglesia que había construido junto a su palacio. Y también amante de la cultura: en su palacio se reunían, para sesiones galantes y refinadas, poetas, escritores, místicos, teólogos. Había sido reina, es decir esposa de rey, pero este, Enrique IV, la repudio, aunque no la dejó en la calle. Lejos de eso, le construyó el palacio en el que era ahora Vicente capellán. A lo que con generosidad le había dado su ex-marido ella añadió por su cuenta y por simple rapiña las tierras hasta el borde mismo de la orilla del Sena, en la que luego se construyó un muelle de embarque que aún lleva el nombre del hecho que le dio origen: Malaquais, mal adquirido.

A Margarita la casaron con Enrique IV tan contra su voluntad que en la ceremonia de la boda le tuvieron que arrancar el «sí, quiero» no de palabra sino por un gesto forzado por su hermano Enrique III que le hizo doblar el cuello para que expresara una apariencia de consentimiento. De manera que cuando Enrique IV se cansó de ella no hubo problema alguno para conseguir una declaración de nulidad. Enrique, por su parte, volvió a casarse, esta vez con Maria de Médicis, sobrina de un banquero italiano a quien Enrique debía mucho dinero. A Maria de Médicis, gruesa y carnosa ya a los 20 años como la pintó Rubens, le colgaron inmediatamente en la corte de Francia el mote de «la banquera gorda». No le gustaban a Enrique las gordas, ni de tantos años. Se sabe el nombre de al menos cincuenta y cinco de sus amantes; a la edad de 56 años se enamoró como un loco de una adolescente de quince, Charlotte de Montmorency, casada con el príncipe de Condé, quien se la llevó a toda prisa a Bruselas para alejarla de las manos de quien sus contemporáneos bautizaron como el Verde Galán.

El mismo día y a la misma hora en que Vicente se convertía en abad, un puñal acabó con la vida de Enrique IV. Un día antes, este había hecho coronar a su legítima esposa Maria de Médicis como regente. Margarita, la ex-reina y patrona de Vicente, no tuvo el menor empacho en llevar el borde del manto de la regente en la ceremonia de coronación. Aunque ella misma era estéril, o tal vez porque lo fue, tuvo siempre un gran cariño por todos los hijos del rey, fuera quien fuera la madre, y en particular con los habidos de Maria de Médicis, a quien Margarita llamaba cariñosamente y sin resentimiento alguno «mi pariente italiana». Quien heredó el trono fue el mayor de los hijos de la Médicis, de nueve años a la muerte de su padre, a quien sucedió con el nombre de Luis XIII. Luis y Vicente se encontrarán cara a cara años después en circunstancias que narraremos en detalle, pero por los años en que estarnos ni se conocían, ni siquiera se habían visto.

El convertirse en abad no se debió a una nueva vocación repentina surgida a los 30 altos, ni tampoco a un deseo de una vida más retirada de lo que había sido la suya hasta entonces, sino al simple deseo de tener derecho a percibir unas ciertas rentas de los bienes de la abadía cisterciense de San Leonardo de Chaume, rentas que se añadirían como ayuda muy oportuna a los modestos emolumentos del limosnero capellán. Sin duda que el señor Vicente se las prometía muy felices cuando recibió de manos del arzobispo de Aix «los títulos y documentos relativos a los derechos y a la renta temporal de dicha abadía» a cambio de una renta anual de 1.200 libras que Vicente debía pagar al arzobispo. Pero la abadía resulto ser una ruina y una fuente de procesos y litigios «contra diversos detentadores y usurpadores de los dominios de dicha abadía». De manera que unos altos después, cansado sin duda de pelear y no cobrar, el señor Vicente pasó sus derechos sobre la abadía a otro sacerdote, sin exigirle a cambio ningún tipo de pago o renta. Le transfiere los derechos sobre la abadía, dice, «por el gran afecto que el donante (Vicente) tiene al donatario, y por las muestras de amistad que ha recibido de el». El donatario en este caso es Francisco de Lanson que no vuelve a aparecer para nada en los mas de 40 años que quedan de vida al señor Vicente. Tal vez la donación fue el final de la amistad. A un verdadero amigo no se le hacen regalos de ese tipo.

Al de la abadía se le fueron añadiendo otros beneficios, de manera que Vicente tuvo, a la vez, los títulos con derecho a rentas de abad, canónigo y párroco de dos parroquias diferentes. Parecería que los viejos ideales y las antiguas ambiciones de su juventud iban teniendo satisfacción cumplida. Esto duró hasta 1616. En 1617 adquirió una parroquia mas, pero esta pobre y lejana, y no para extraer rentas sino para trabajar en ella como sacerdote. En 1617, a sus 37 años, el señor Vicente sigue siendo ciertamente el señor Vicente que fue ordenado en 1600, pero ya parece otra persona. Pero esto estaba por venir.

(1612)

En realidad comenzó a dar la impresión de que era otra persona cuando dejó, solo dos años después de entrar en él, el palacio de la reina Margarita, hastiado sin duda por tanta falsa grandeza y tanta fealdad moral, y aburrido por la falta de actividad. De un doctor teólogo amigo suyo nos cuenta el mismo Vicente años después que cayó en una horrorosa tentación contra la fe por haberse dedicado a la dulce ociosidad del palacio como teólogo ornamental. No era Vicente persona como para servir de ornamento a nadie ni a nada, ni antes ni después de convertirse a los caminos de la santidad. De manera que, o porque se lo pidió a Berulle, o porque se lo insinuó éste, Vicente dejó el palacio de la reina para ejercer de párroco de Clichy, pequeña aldea cercana a París en aquel entonces, y hoy un sector plenamente integrado dentro de la ciudad.

Era la primera vez, nótese, que Vicente llegaba a ejercer lo que hoy se calificaría como cargo pastoral. Era mayo de 1612, Vicente tenía 32 años, y hacía ya doce que se había ordenado sacerdote sin haber ejercido como tal en ningún sentido serio. Poco más de un año estuvo en Clichy, pero la experiencia le marco a fuego para toda la vida.

Cuarenta años después aún recordaba esa primera experiencia sacerdotal con un dulce regusto. El pueblo era bueno, el pueblo era obediente a su cura, se confesaban cuando el se lo insinuaba, cantaban los salmos sin fallar una nota, mientras que el, «pobre párroco —se decía a si mismo—, tú que eres su padre espiritual ignoras todo esto». Efectivamente, ignoraba todo eso. En cuestiones de trabajo pastoral Vicente era a los 32 años un total ignorante. Las gentes sencillas y cristianas de Clichy le dieron una lección soberana sobre lo que supone una vida de fe. Para Vicente la experiencia fue decisiva, y le hizo ver y sentir algo que ni había sospechado antes ni después de ordenarse: que una verdadera vida de fe llena el alma y la satisface infinitamente más que los deseos y ambiciones de rentas, ascensos y seguridades. Se sintió en Clichy ante este descubrimiento más feliz que el papa, y más que su propio obispo, y así se lo hizo saber en una visita pastoral que este hizo a la aldea. En cuanto a Dios, le decía: «Dios mío, que feliz soy por tener un pueblo tan bueno».

(1613)

La felicidad le duró poco, y el que así fuera hay que atribuírselo, vista la trayectoria posterior de su vida, al mismo Dios. Pero la responsabilidad inmediata la tuvo una vez más Berulle, que en esta ocasión se mostró desconcertante en su decisión. Pues sacó de su parroquia a un joven sacerdote que por fin había encontrado el camino de su sacerdocio para meterlo en otro palacio de gente noble con el fin de que diera escuela a un niño de once años y a otro de tres. Es esto serial de que Berulle empezaba a tener en alta estima a su dirigido, pues de otra manera no lo hubiera recomendado como preceptor de los hijos de una de las familias más nobles de Francia, el matrimonio de Felipe Manuel de Gondy y Margarita de Silly. Eran los dos aproximadamente de la misma edad que Vicente; se habían casado muy jóvenes, y por curiosa coincidencia en el mismo año en que Vicente recibió la ordenación sacerdotal.

He aquí pues a nuestro héroe en otro palacio. Pero tampoco éste le debió de gustar mucho; ni el trabajo, o el poco trabajo, que le daba la instrucción de los niños. Consta que en los primeros meses de estancia en el palacio de los Gondy, Vicente fue presa de una especie de malhumor permanente y desagradable, que le hacía encerrarse durante horas en su habitación. Fueron sin duda meses de crisis, ocasionados tal vez en parte por el recuerdo y la añoranza de la experiencia reciente de Clichy, la primera experiencia genuina de vida sacerdotal que Vicente ha tenido justamente el tiempo de gustar, y que Berulle con su autoridad ha cortado de raíz, tal vez sin darse cuenta de lo que hacía, dejando al señor Vicente con el dolor de un primer amor frustrado.

Vicente fue con todo ensanchando su radio de actividad sacerdotal a cosas que no estaban en el programa al entrar en casa de los Gondy. Comenzó con los propios criados de la casa, a los que impartía instrucción religiosa con regularidad; por otro lado, los viajes de los señores le ofrecían ocasión de predicar y confesar en los lugares sobre los que los Gondy ejercían señorío. Esta experiencia fue fundamental para la historia posterior de Vicente, pues en estos viajes descubrió algunas cosas que iban a resultar decisivas para el resto de su vida: la existencia del mundo campesino, que el había intentado olvidar desde que salió de el hacia los 15 años; el lamentable abandono religioso y social del mundo rural, incluso del mundo rural de las tierras de

un matrimonio altamente cristiano como era el de los Gondy; sobre todo, su propia capacidad para moverse como sacerdote con soltura en ese mundo, y la satisfacción psicológica consiguiente. Este mundo era mas rural que Clichy, tan rural como sus propias raíces vitales; además respondía perfectamente a un aspecto de su personalidad que había estado en la penumbra desde su llegada a Paris: este mundo rural de los Gondy ofrecía las condiciones perfectas para satisfacer su instinto andarín de movilidad, instinto dado sin duda por Dios, que en años anteriores el había malgastado y mal orientado por la visión egoísta de su sacerdocio.

La persona que mas iba a influir en la trayectoria de su vida posterior tampoco entraba en el programa de trabajo que le llevó a la casa de los Gondy. Se trataba de la señora del palacio, Margarita también de nombre como la ex-reina, pero mundos aparte de esta en todos los aspectos. Mujer bella, de carácter sensible, muy delicada de conciencia hasta llegar al borde mismo del escrúpulo, profundamente religiosa, esposa muy fiel y madre muy cristiana, que no tuvo sin embargo demasiado éxito en la educación de sus hijos, padecía la tentación permanente de la inseguridad. Femenina hasta la exageración, no se creía capaz de vivir con independencia una vida espiritual sin apoyarse obsesivamente en un director espiritual. Berulle lo fue durante algún tiempo y de alguna manera. Esta mujer exquisita y de capacidad sutil de percepción supo ver a través del mutismo taciturno y el mal humor del preceptor de sus hijos al hombre ideal que podía darle a ella una orientación segura en las complicaciones enmarañadas de su vida interior. Se lo pidió expresamente un año después de su entrada en el palacio, y Vicente, a quien nunca gusto ser director de conciencia, y que de todos modos no lo había sido aún, se negó a ello, probablemente con la excusa de falta de experiencia y de capacidad. Pero intervino Berulle a petición de la señora, y Vicente tuvo que plegarse a las órdenes de quien le había introducido cuatro o cinco años antes a él mismo por los caminos de la vida espiritual.

Margarita de Silly fue sin saberlo la primera de las varias mujeres que influyeron poderosamente en la historia de nuestro hombre. Ella fue, como vamos a ver, el instrumento de Dios para revelar al señor Vicente cual era el verdadero camino de su vida sacerdotal, y en ese aspecto se podría decir que fue la mujer de influencia decisiva en su vida. Pero aún hay otra más importante, a quien Vicente conoció un poco antes de que muriera Margarita en 1625, y que vino a coger el relevo de influencia femenina en la vida de nuestro hombre. También esta otra comenzó su relación con el señor Vicente como frágil dirigida, nerviosa, dependiente y escrupulosa; también parecía ser incapaz, como sucede con frecuencia a mujeres inteligentes y muy capaces, de sostenerse a si misma en los complicados caminos del espíritu y necesitar como el aire la ayuda varonil del director. Pero cuando ésta también murió su director reconoció en público que era una santa de cuerpo entero. Se llamaba Luisa de Marillac, y lo que no dijo el señor Vicente, pero pudo haber dicho, es que así como a Margarita de Silly debía él el haber encontrado el verdadero camino de su vida, a Luisa de Marillac debía al menos la mitad de su propia alma.

(1617)

El dar clases a los niños y el estar siempre a mano para tratar de aclarar los problemas de conciencia de la señora hizo que el señor Vicente tuviera que acompañar a la familia fuera de Paris en sus numerosos viajes por sus tierras serias. En uno de estos viajes sucedió el hecho que fue causa y ocasión del viraje decisivo que sufrió la vida del señor Vicente un poco antes de cumplir los 37 años. Había dedicado los diez primeros años de su vida sacerdotal a perseguir el pequeño ideal de un sacerdocio bien retribuido y tranquilo que le asegurara un buen pasar y los medios para ayudar a su familia. Los diversos planes y sueños perseguidos con este fin, algunos de ellos ambiciosos y descabellados, se habían hecho trizas uno a uno. Los ideales y los planes de la juventud le han resultado o imposibles de alcanzar o banales cuando por fin los alcanzó. El primer gran gozo de su vida, lo que de verdad podría llenar su alma grande y ambiciosa, lo había encontrado donde menos lo esperaba: de párroco en una aldea en las afueras de Paris.

De manera que cuando sucedió lo que vamos a narrar Vicente creyó oír en el fondo de su alma el eco lejano y profundo, hasta entonces apagado por su propia agitación, de la voz misma de Dios que le indicaba con claridad, por fin, su camino. No fue Vicente infiel a la llamada. No solo respondió a ella de inmediato, sino que fue fiel a la llamada hasta la muerte. No va a haber ya retrocesos ni indecisiones ni medias tintas en la respuesta. El día en que Vicente oyó la gran voz de Dios en el fondo de su alma se puso en marcha, como Abrahán, sin saber a donde iba, más bien sin saber a donde le llevaba la voz. Ese día, se puede decir ahora con toda precisión, comenzó la verdadera vida de san Vicente de Paúl. Hasta entonces no había vivido más que una vida de tanteos medio ciegos. Vicente de Paul comienza a vivir de verdad a plena Luz su vida Libre y liberada de hijo de Dios cuando se escapa del palacio de los Gondy para ir a sepultar el resto de su vida en otra aldea, esta vez remota y lejana, llamada Chatillon.

Las cosas sucedieron así en un pequeño lugar del señorío de los Gondy. El nombre del lugar era Gannes, de donde llegó recado al cercano castillo de Folleville, donde estaba a la sazón la familia de Gondy, para que el señor Vicente fuera a confesar a un anciano moribundo. Después de la confesión el anciano empezó a proclamar a los cuatro vientos, delante también de la señora, que la confesión general hecha al señor Vicente había sido la última gran misericordia de Dios a un gran pecador como el. Tenía fama de bueno y honrado entre los vecinos, pero el se creyó obligado a gritar a todo el mundo que de no ser por esa última confesión se hubiera sin duda condenado eternamente. Desde hacia arios venia ocultando graves pecados solo conocidos por el mismo, lo que había convertido su larga vida, tenida por los demás como una vida edificante, en una vida sacrílega.

Es fácil imaginar el susto que se llevaría al oír esto un alma sensible como la de Margarita. Si era tal el estado de uno de sus súbditos tenido por modelo de vida honrada, ¿Cuál sería la situación de los demás? Los Gondy, en la época de descomposición del feudalismo que les tocó vivir, representaban un tipo de señorío feudal en proceso de desaparición en el siglo XVII, el tipo clásico medieval fundado en una convicción cristiana que entendía la autoridad feudal y sus privilegios sociales y económicos como fundamentos de una obligación de responsabilidad social y religiosa. En esta visión cristiana tradicional el señor feudal es señor ante todo para velar por el

bien de sus súbditos, o como decía el mismo señor Vicente en un sermón predicado en presencia del señor de Gondy y a sugerencia de este: «Dios ha puesto a los señores no solo para que cobren los censos y las rentas de sus súbditos, sino para administrarles justicia, mantener la religión y procurar que amen, sirvan y honren a Dios». Esa era la idea tradicional, idea que los Gondy suscribían también en la práctica. Pero la realidad mas común entre los nobles del tiempo era mas bien la que denunciaba ante los Estados Generales de 1614 en palabras violentas Robert Miron: «Se obliga a los campesinos a producir el alimento de su Majestad, del clero, de la nobleza y del tercer estado. Vuestra vida, señores nobles, se gasta en juegos de aventura, en la abundancia y en el despilfarro, en violencias públicas y privadas. El antiguo brillo de vuestro estado esta apagado».

No eran muchos ya los nobles de aquellos tiempos que veían con agrado su situación social definida en los términos del señor Vicente. Pero si la veían así los señores de Gondy. Por eso la revelación del campesino anciano, un hecho que para Vicente o cualquier sacerdote en cualquier época no revestiría aspectos excesivamente llamativos, fue para la señora una verdadera y muy desagradable revelación. Sus súbditos eran no solo deficientes en su conocimiento de Dios; a juzgar por el caso del anciano era fácil presumir que se encontraban buena parte de ellos en peligro inmediato de condenación eterna. Los mismos sacerdotes que ejercían el ministerio en sus tierras daban tales muestras de ignorancia que ella había descubierto tiempo atrás que muchos de ellos no sabían ni la formula de la absolución. Entre confesiones sacrílegas y absoluciones nulas, Margarita de Silly se creó rápidamente una imagen de la población sometida a su autoridad como colocada al borde del abismo.

Ella se sentía responsable; ella era responsable. Ella tenía que buscar el remedio a aquella lamentable situación espiritual de sus súbditos. Como remedio de urgencia animó al señor Vicente a que subiera al púlpito y predicara a los habitantes de Folleville sobre la necesidad de hacer una buena confesión general. Lo hizo el señor Vicente el 25 de enero de 1617 en Folleville, y en las aldeas cercanas los días sucesivos, con un éxito tal que hubo que solicitar la ayuda de otros confesores para atender a las muchedumbres que venían a poner sus conciencias en paz con Dios.

Aquí debió de tener lugar la revelación, la voz profunda, que cambio el rumbo de la vida de nuestro hombre. ¡Qué hacía él en París, ciudad llena de frailes y de curas; que hacía perdiendo el tiempo en enseñar a dos niños que no querían aprender; intentando hacer algo para lo que no tenía cualidades, como escribió al señor de Gondy para pedir excusas por haber abandonado el palacio sin dar explicaciones, casi clandestinamente? Su palabra había sido eficaz, muy eficaz, por contraste, para aquellas mentes campesinas, para aquellas almas pecadoras de buena voluntad. ¿No era ese su verdadero mundo? ¿No sentía en el fondo del alma la voz de Dios que le llamaba a invertir la gracia de su sacerdocio entre los campesinos y a dejarse para siempre de sueños de grandeza y de comodidad? Por otro lado ¿era justo, no era incluso peligroso para el mismo, que su alma sacerdotal se estuviera convirtiendo en propiedad casi exclusiva de una señora aristocrática de su misma edad, quien mostraba además un apego y dependencia a todas luces excesivos y no del todo espirituales?

A los pocos días de los sucesos de Folleville Vicente de Paúl abandonaba la casa de los Gondy sin despedirse de nadie con la intención de sepultar para siempre su vida sacerdotal en una remota aldea a más de 500 kilómetros de París. La aldea se llamaba Chatillon-les-Dombes.

3

No sepultó su vida para siempre en Chatillon el señor Vicente. Esa era su intención, pero con frecuencia el hombre propone y la mujer dispone. Vicente debió de llegar a Chatillon en marzo o abril de 1617. Para Navidad del mismo año estaba de vuelta en casa de los Gondy. El que su estancia en Chatillon fuera tan breve a pesar de su intención debe atribuirse a la pertinacia de una mujer frustrada, Margarita de Silly. Solo que esta mujer no se dio cuenta de que el director fugitivo que le venia de vuelta parecía ser, pero ya no lo era, el mismo hombre. Se lo había cambiado Dios. Cuando interviene Dios tampoco la mujer dispone.

El que entre mil aldeas posibles del reino de Francia nuestro hombre aterrizara en esta y no en otra se debió, unía vez más, a Berulle. No fue Berulle quien sugirió a Vicente el abandonar el palacio de los Gondy, pero cuando Vicente le consultó sobre su decisión de hacerlo para dedicarse definitivamente al trabajo parroquial en los campos, a Berulle no le pareció mal la idea, dado el momento psicológico de nuestro hombre, y le encontró por medio de los oratorianos de Lyon y a poca distancia de ella, una parroquia vacante, la de Chatillon-les-Dombes. Aún se recuerda a Vicente de Paúl en Chatillon, que hoy se llama Chatillon-sur-Chalaronne. La cosa es sorprendente si se tiene en cuenta que la estancia de Vicente en el pueblo no duró más de ocho meses. Se podría pensar que los habitantes de Chatillon han sentido un orgullo histórico bien justificado por quien, aunque fue su párroco por poco tiempo, llegó luego a los altares. Pero es que sentían ese orgullo a los dos o tres años de morir el, y lo recordaban perfectamente con cariño y admiración que expresaron por escrito mas de cuarenta años después de la breve estancia del señor Vicente en la parroquia.

Se merecía una tal memoria y una tal admiración; por la clase de hombre y de sacerdote en que se había convertido a los 37 años, por la cantidad y la calidad del trabajo sacerdotal desarrollado en tan poco tiempo. Considere el lector: conversión al catolicismo por el buen ejemplo de su propia vida de toda una familia de hugonotes que le había recibido como huésped; conversión a una vida seria y solida de varias señoritas preciosas y ridículas; de un noble caballero duelista y fanfarrón, que convirtió su castillo en hospital de pobres a los que serbia con sus propias manos; conversión a una vida regular de seis clérigos concubinarios y jugadores. Añádase a ello la dedicación incansable al confesonario, a la liturgia bien hecha, a la catequesis, a la predicación, a la visita de las familias En el poco tiempo que estuvo en el pueblo aprendió el dialecto de la región «para que aprovecharan mas sus ministerios», y «se empobreció por sus numerosas limosnas». Empezó a murmurarse en Chatillon que les había llovido del cielo un sacerdote santo. No lo era probablemente aún del todo, pero ya comenzaba a parecerlo de verdad.

Sin embargo, para la trayectoria posterior de la vida de este santo no es lo importante lo que se acaba de decir como síntesis de su actuar en Chatillon, sino lo que queda por decir. Y en esto que queda por decir no es lo importante lo que hizo él, sino lo que Dios hizo que hiciera él. En sus años mozos al joven Vicente le gustaba proponer y disponer. Una de las características fundamentales de este santo fue, y por eso llegó a ser santo, que dejó que Dios propusiera y dispusiera desde Chatillon hasta su muerte. Esto es lo que Dios le propuso en Chatillon sin buscarlo ni planearlo de antemano. Se preparaba para decir misa cuando vinieron a hablarle sobre una familia enferma, muy pobre, que vivía a alguna distancia de la aldea, a la que nadie asistía. Predicó durante la misa con el fuego que solía poner en sus palabras, y con ello movilizó a todo el pueblo. A todo el pueblo a la vez. De manera que cuando él mismo se encaminó hacia la casa se encontró con numerosos grupos de lugareños con sus cestas llenas o vacías que en viaje de ida o de vuelta tomaban la sombra bajo los árboles en el caluroso mediodía de agosto.

Al verlos tuvo otra iluminación. Nunca antes había mostrado dotes de organizador, ni las había necesitado, a decir verdad. Pero aquello saltaba a la vista. Se imponía la necesidad de poner un poco de orden en la generosidad colectiva y un poco ciega de la población, para que la asistencia a la familia necesitada no fuera chaparrón de un día. Lo que necesitaba una familia necesitada, las familias necesitadas de Chatillon, es una organización de las fuerzas disponibles en Chatillon para remediar en lo posible no un día, sino a lo largo del tiempo la necesidad de los que carecen de todo. Esa fue la iluminación. Y esta fue la respuesta: a los muy pocos días el señor Vicente organizó la primera de las muchas organizaciones de las que iba a ser creador y animador a lo largo de su vida.

No tenía nombre lo que fundó el señor Vicente, no tenía nada; no tenía mas que un grupo de ocho mujeres, solteras unas, casadas otras, entre las que se contaban algunas de las preciosas ridículas convertidas poco antes por el párroco. Pero tenía un hombre de Dios al frente y un trabajo definido con claridad: asistir todos los días a los enfermos pobres de Chatillon en sus propias casas, privilegio reservado en aquellos tiempos a las familias ricas, cuidando y alimentando los cuerpos enfermos y preparando las almas para bien morir y para bien vivir. Todo ello «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», con María como patrona «para gloria del buen Jesús, su hijo». Unas trabajaran con sus manos; otras personas contribuirán con sus bienes. Unas y otras se animaran a perseverar en el ingrato trabajo considerando aquellas palabras del Señor: «Venid, benditos de mi Padre, dulces palabras que oirán los que hayan ayudado a los pobres».

Todo esto dice un breve relato escrito de puño y letra por el mismo Vicente el 23 de agosto de 1617. Hacía mas de siete años que no veíamos su letra, la de la carta a su madre en 1610, al año de su llegada de Roma a París. No parecen dos escritos de la misma persona. No reconoceríamos ahora a aquel sacerdote de treinta años, frustrado y arruinado, que había reducido todos sus ambiciosos ideales a la pequeña ambición de vivir sin problemas junto a su madre, en la oscuridad de la aldea natal y a la sombra de un modesto beneficio eclesiástico. No se reconocería a sí mismo si se recordara a sí mismo tal como era entonces. Pero probablemente ahora ya ni piensa en sí mismo. Ha

venido a Chatillon precisamente porque dejó de pensar en sí mismo y se puso a pensar en el pueblo de Dios. Este mismo Dios le hizo encontrarse de bruces en Chatillon con lo más delicado de su pueblo: los pobres que sufren además enfermedad. Vicente se siente llamado, responde de inmediato, moviliza por contagio y organiza a las gentes sensibles y creyentes, bendecidas por Dios Padre porque son capaces de ver en el pobre que sufre la imagen viva de Jesucristo. Su vida va a durar cuarenta y tres años mas, se va a complicar de maneras que el nunca pudo jamás haber sonado; autoridades civiles y religiosas le van a hacer jugar mil papeles que nunca buscó. Pero en la maraña de papeles, de obras, de solicitudes que le llegan de media Europa, y aún de medio mundo, el señor Vicente va a ser fiel siempre a la llamada que comienza a manifestársele en Folleville y en Chatillon, aunque solo años mas tarde se le manifestará en toda su amplitud: el Señor le envía y le llama, como a su propio Hijo, a evangelizar a los pobres.

Tres meses después del documento mencionado arriba el grupo de mujeres tenga ya un nombre oficial, un reglamento detallado y un reconocimiento de la autoridad eclesiástica que garantizaba y había publica su existencia. Dos cosas descubrió en sí mismo el señor Vicente a lo largo de 1617 como desconocidos y hasta entonces no explotados dones de Dios y cualidades naturales: su capacidad de movilizador y de organizador. Sus dos sermones en Folleville y en Chatillon fueron en realidad dos arengas que movilizaron al pueblo para las dos cosas que más interesan al pueblo: la paz con Dios, la redención del necesitado. La movilización de Folleville en enero de 1617 queda en suspenso y sin organizar hasta un ario después, lo veremos enseguida. La de Chatillon se organiza inmediatamente. En tres meses redacta el señor Vicente el primero de los muchos reglamentos producidos por su genio organizador para dar cuerpo y solidez a sus obras. La que salió de Chatillon, la más antigua, encontró su alma en un reglamento que revela con nitidez que clase de hombre había llegado a ser a sus 37 años y cuáles eran las ideas que iban a regir su vida hasta su muerte a los ochenta.

«La caridad para con el prójimo es una serial infalible de los verdaderos hijos de Dios». No sabríamos decir en que momento de su vida había llegado a descubrir esta verdad que se lee al frente del reglamento, ni cuando empezó a hacer de ella el principio animador de su propia vida. Pero ciertamente ya vive de ella a los 37 años, y no la va a abandonar hasta la muerte. Va a hacer de ella el principio de las muchas obras que aun están por nacer. Y no habrá persona, alta o baja, rica o pobre, anciana o joven que al entrar en contacto con el no aprenda en sus palabras y en sus hechos que mientras que hasta la vida de mas alta oración tiene sus peligros de engaño, la vida de perfección sus riesgos de tantas ilusiones, el mismísimo sacerdocio sus caídas en la corrupción y hasta en la herejía, solo la caridad para con el prójimo es la serial infalible de los verdaderos hijos de Dios. Caridad que ese grupo de señoras y jóvenes, que desean «ser verdaderas hijas tuyas», van a manifestar en «uno de los principales actos de caridad como es el de visitar y alimentar a los pobres enfermos». No suelen faltar en el mundo cristiano, ni han faltado nunca en Chatillon “personas caritativas», pero los pobres «a veces han tenido que sufrir mucho mas bien por falta de orden y organización». De manera que esto es lo que hay que poner donde ya existe lo otro. El señor Vicente no va a inventar la caridad. ¿Quién osaría decir tal cosa? El señor Vicente

no es más que un pobre discípulo de Jesucristo, el único inventor de la caridad. A la caridad de Cristo que lleva en el alma, el señor Vicente va a añadir de su propia cosecha el orden y la organización. De su propia cosecha: tampoco ésto está bien dicho. Nadie entrenó ni educó a Vicente, de niño o de joven, en las artes de la organización. También eso un buen día le brotó en el alma sin saber el cómo ni dónde. Si el amor se lo puso Cristo en el alma, la capacidad de orden y organización fue sin duda infusión del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo esperó su tiempo, como lo hace siempre, como lo hizo en la Encarnación del Verbo, para infundir tal gracia en tal hombre. La iglesia se había tomado antes sus buenos siglos en organizar la práctica de la caridad. Y lo había conseguido, de manera que en el siglo de oro de la fe cristiana, el siglo XIII, la organización de la caridad y de la beneficencia llegó en el mundo cristiano a grados de excelencia que aún no han sido superados en la historia posterior hasta hoy ni en el mundo cristiano ni en el pagano. Pero en los tiempos del señor Vicente esa organización daba señales peligrosas de decrepitud. Las instituciones caritativas funcionaban peor que en tiempos anteriores, los pobres eran más numerosos. Era de suponer que la reserva latente de caridad vendría a ser en su tiempo más o menos como en tiempos anteriores. El papel del señor Vicente fue demostrar que era así efectivamente. Que tiempos que parecían, y lo eran, crueles, frívolos, depredadores, de manera que han podido ser calificados justamente como <el siglo de hierro>, tuvieron, a la vez, una reserva de caridad esperando a quien supiera movilizarla y organizarla. Este fue el verdadero papel histórico de Vicente de Paul: suscitar, organizar y aplicar ordenadamente y con eficacia la caridad que Cristo pone en todo tiempo y en todo siglo, aun en los siglos de hierro, en los corazones cristianos. Este papel por el que el nombre de Vicente de Paúl suena aun hoy comenzó nuestro hombre a vivirlo en Chantillón.

Estas mujeres se reúnen en una Cofradía de Caridad. Ni la idea ni el nombre los ha inventado tampoco el señor Vicente. El mismo conoció un grupo similar con el mismo nombre en el hospital de la Caridad de Roma, y así lo reconoce en el texto del reglamento. Cofradía quiere decir fraternidad; fraternidad cristiana, por supuesto. No se busca sólo, aunque eso es lo que se busca principalmente, que los pobres enfermos sean bien servidos. Interesa vitalmente que ello se haga desde un espíritu netamente cristiano de oración, eucaristía, cultivo incluso intelectual de la fe: se recomienda leer un libro de moda, sólido a la vez, *Introducción a la vida devota*, publicado solo nueve años antes por un autor de prestigio, Francisco de Sales; ayuda mutua en la enfermedad y en la muerte, reuniones frecuentes, organización democrática y fraternal de la asociación. O sea, una verdadera cofradía en su sentido original y fuerte. Una fraternidad de verdaderas cristianas que se reúnen para asegurar una asistencia ordenada y duradera a todos los enfermos pobres de Chatillon contando sólo con los medios humanos y materiales que se pueden encontrar en Chatillon.

El párroco contribuirá en las reuniones con «una breve exhortación con vistas al progreso espiritual de la compañía», pero no será él quien dirija, gobierne y haga funcionar la cofradía. Esta funciona por sí misma, aunque se vaya el párroco. Fue providencial que fuera así esta primera invención del señor Vicente, pues un par de

semanas después de que la autoridad eclesiástica de la diócesis de Lyon diera su visto bueno a la cofradía, su inventor y promotor se marchó de Chatillon para siempre y la dejó sola. No se murió por ello la cofradía. Ha funcionado hasta el día de hoy.

Quinientos kilómetros no son nada para una mujer que ha perdido al hombre a quien necesita como el aire para la respiración de su alma. El señor de Gondy tenía el título de General de las galeras, una especie de primer almirante para la flota de guerra de barcos movidos a remo que tenía su base en puertos del Mediterráneo, la «Marina de Levante», como la califican los documentos de la época. Este cargo le obligaba a frecuentes y largas ausencias del hogar, que la señora de Gondy lamentaría, pero a las que tuvo que resignarse y acostumbrarse por fuerza mayor.

Pero el director de su alma se había ido sin ninguna obligación impuesta desde fuera, literalmente porque le había dado la gana, sin decir nada, y dejando un portillo abierto a la duda de si no lo habría hecho en parte precisamente para librarse de ella. Al posible orgullo herido, aunque permaneciera esta herida sepultada en el subconsciente. Margarita de Silly unió la convicción de que sin su director se perdía su alma. Para evitarlo, y para traer de vuelta a su casa al capellán fugitivo, esta mujer aparentemente débil movilizó todos los recursos que estaban a su alcance para conseguir en muy poco tiempo lo que parecía imposible: la vuelta del capellán pródigo a su hogar. Le costó, pero lo consiguió. Ni ella ni el capellán se daban cuenta de que todas las tramas no resultaron ser más que medios extraños de los que se valió Dios para sacar a Vicente de la aldea remota y hacer de él una figura de influencia casi mundial en su día, y de fuerte influencia social y eclesiástica en la historia posterior. Pero así hace con frecuencia Dios las cosas cuando Dios dispone.

Estas son las fuerzas que movilizó la que, muchos años después de muerta, Vicente calificaba con respeto en el recuerdo como «la señora generala». Habló a Berulle para que interviniera, a eclesiásticos importantes conocidos de Vicente, al mismísimo obispo de París, hermano del general; hizo que sus propios hijos escribieran tiernas cartas; envió a Chatillon a un eclesiástico amigo de Vicente desde los días de su trabajo como capellán en el palacio de la reina Margarita. Ella misma le envió una carta desgarradora en la que entre otras cosas le dice llanamente que le echará en cara ante Dios todo el mal que suceda a su alma y todo el bien que deje de hacer por estar privada de su ayuda. Dice además que el señor general participa de los mismos sentimientos, como así era en efecto, según consta en otra carta que escribió a Vicente el general mismo.

No hay fortaleza que se resista ante un ataque desde tantos frentes diferentes. Aun así Vicente, que desde que dejó para siempre los ímpetus un poco locos de su juventud y conoció a Berulle había tomado la costumbre de consultar para decisiones importantes a personas que él creía más sabias y más sensatas que él mismo, costumbre que mantuvo el resto de su vida, consultó también sobre qué hacer en este caso no a Berulle, a quien ya no volvió a consultar jamás, sino a uno de sus hombres, el superior de la casa del Oratorio de la cercana Lyon. Oída la opinión de

éste como si fuera la voz de Dios. Vicente se creyó obligado a despedirse entre lágrimas de sus fieles de Chatillon y poner rumbo a París y a la casa de los Gondy, a donde llegó la víspera del día de Navidad.

(1618)

Casi ocho años más iba a estar el señor Vicente con los Gondy, pero esta vez en una situación muy diferente de la anterior, que había durado casi cuatro años. Seguiría actuando como director espiritual de la señora, pero él no volvía para seguir siendo preceptor de los niños. Este trabajo pasó de común acuerdo a un seminarista, Antonio Portail, a quien Vicente había conocido cuando estuvo de párroco en Clichy, y que con el correr del tiempo se convertiría en su brazo derecho para sus dos obras más importantes. El exigió para sí mismo libertad para dedicarse a misionar a los campesinos de las tierras de los Gondy y para establecer en sus localidades cofradías de la caridad al estilo de la fundada en Chatillon. Al mes exacto de volver a París daba su primera misión y fundaba la primera cofradía en uno de los pueblos de los Gondy. Villepreux. Esto estuvo haciendo hasta la muerte de la señora en 1625, de manera que al morir ella Vicente había misionado todos los poblados de alguna importancia en las tierras de ambos esposos.

Estos ocho años son los más oscuros y peor conocidos en la evolución de la vida interior y la psicología del Vicente adulto. Se sabe con seguridad que la mayor parte de su tiempo estuvo ocupada en las misiones que acabamos de mencionar, excepto por cuatro meses cada año, pues la campaña misionera comenzaba en octubre y terminaba con los primeros calores de junio. Sabemos también con seguridad de otros hechos y actividades que mencionaremos más adelante. De modo que lo que sabemos es suficiente para saber dónde estaba y qué hacía durante estos ocho años casi mes por mes. Sabemos lo que hizo, sabemos hasta cierto punto cómo lo hacía, pero no sabemos casi nada de lo que pasó en su alma desde su vuelta de Chatillon en diciembre de 1617 hasta que fundó la Congregación de la Misión en 1625-1626. Hay indicios indirectos y externos de un progreso indefectible y hasta sorprendentemente rápido en santidad y en madurez humana. Como por ejemplo que todo un santo como Francisco de Sales, sutil conocedor de hombres, pensara en Vicente en 1622, cuando éste era aún un sacerdote desconocido, para el delicadísimo y nada fácil cargo de superior del primer monasterio de la Visitación en París. Sabemos ciertamente hechos, pero, como tuvo que admitir el primer biógrafo, Luis Abelly, que conoció personalmente a Vicente durante muchos años, «la parte principal, la interior y espiritual, nos es desconocida». El Vicente maduro, el que definitivamente se embarcó en el camino de la santidad, se gestó precisamente entre 1618 y 1625. Fuera de un par de indicios reveladores de su interior, que comentaremos en su lugar, la falta de claves para conocer siquiera fuera someramente su evolución espiritual en esos años es total. La evolución del señor Vicente en esos años hay que conocerla por sus frutos, o sea, por lo que fue pasando en su vida y fue brotando de sus labios después de 1625.

¿Cómo sería la primera misión en Villepreux en enero de 1618, dada por un hombre que no sólo no había dado antes ninguna sino que ni siquiera las había

visto y no las conocía más que de oídas, como él mismo admitiría en público años después? Ni tampoco las conocían, que sepamos, sus compañeros de misión, que fueron en este caso un doctor en teología y otros dos importantes eclesiásticos de París. No deja de ser curioso que Vicente escogiera invariablemente durante estos años como compañeros de misión a un tipo de sacerdotes que ni por formación ni por los cargos que ocupaban parecerían estar adaptados para trabajar entre campesinos analfabetos. No sabemos en realidad si estas primeras misiones tuvieron mucho éxito, aunque parece que sí por la historia posterior, ni tampoco sabemos cómo con la experiencia progresiva Vicente fue creando un estilo de misión que posteriormente sí iba a tener un éxito reconocido. Pero el tipo de compañeros elegidos apunta a un aspecto de la misión del señor Vicente que nos parece rigurosamente original en la historia de las misiones populares, aspecto que él sin duda vio desde el principio como fundamental y mantuvo a lo largo de su vida misionera, y además transmitió a sus seguidores. El pueblo campesino es bueno y religioso, el pueblo campesino es muy ignorante de las enseñanzas de la misma religión que vive. Años después, con la autoridad que le daba su larga experiencia de ese pueblo llegaría a decir que «entre esas pobres gentes se encuentra la verdadera religión, una fe viva». De manera que lo que necesita ese pueblo no es un mensaje que les comunique la fe, sino una instrucción sistemática en las verdades de la fe y las motivaciones necesarias para vivirla mejor. Lo que necesita, en suma, es catequesis. Para dársela Vicente escoge sacerdotes competentes en el conocimiento de las verdades de la fe, doctores en teología si es posible, e incluso profesores de la Sorbona, la mejor facultad teológica del país. El pueblo sufrido, verdaderamente religioso e ignorante a la vez, se merece lo mejor, y se le da lo mejor.

Por lo demás la misma estructura general de aquellas misiones revela claramente la intención catequética fundamental de la primitiva misión del señor Vicente. Para conseguir que la gente se confiese puede bastar un buen sermón, como le sucedió en Folleville. Pero para catequizar en profundidad a niños, jóvenes, adultos que sólo pueden recibir la instrucción diaria por la noche, al volver del campo, cuatro semanas pueden ser insuficientes. Y así la misión se prolonga por seis, siete y ocho semanas. El grupo misionero tiene una fecha para comenzar la misión, pero no para terminarla. Se termina cuando parece que la mayor parte de la población, que por supuesto hará su buena confesión general y comunión, haya recibido una instrucción catequética suficiente para ilustrar la fe que viven.

Por ejemplo, el pueblo es devoto de la Virgen María y vive esa devoción sin plantearse problemas teóricos. Pero hay que enseñarle, entre otras muchas cosas, por qué hay que ser devoto de la Virgen María, cómo hay que serlo, cómo no hay que serlo. No hay que adorar, digamos, su estatua, ni adorarle a ella misma. Esto lo sabe cualquier niño católico si está bien instruido en su fe. Por oírlo de la boca de un niño en una de las misiones del señor Vicente, un hereje hugonote, que encontraba en esa devoción la última gran dificultad para dar el paso, dejó su pretendida religión reformada y se convirtió en miembro de la verdadera iglesia.

A la catequesis sistemática dada en la misión Vicente añadía invariablemente la fundación de lo que había inventado en Chatillon, una cofradía de la caridad que resolviera el problema de la asistencia sistemática a los enfermos pobres. Se ha dicho mil veces, tal vez porque sea obvio, y ciertamente porque es así: misión y caridad, estas dos palabras, las dos juntas, resumen muy adecuadamente lo que ha significado la figura de Vicente de Paúl en la historia de la iglesia y en la historia de la humanidad. Se puede fijar con todo rigor el lugar y la fecha en que empezó a ser así en la vida del señor Vicente: finales de enero de 1618, en Villepreux. Tenía a la sazón 38 años mal cumplidos.

Recordemos, pues, que entre 1618 y 1625 la actividad de Vicente de Paúl se centra fundamentalmente en misionar en su peculiar estilo reposado y profundo, con la ayuda ocasional de otros sacerdotes, todos los poblados de algún tamaño, unos cuarenta, de las tierras de los dos esposos Gondy. Pero hizo también en ese tiempo otras cosas y tuvo otras experiencias en esos años, entre las que destacamos una última visita que hizo a su familia en 1623, visita que supone, como veremos, la ruptura definitiva con su pasado, y el conocimiento de dos personas que iban a influir profundamente en la evolución de su santidad, y hasta en su psicología. Estas fueron Francisco de Sales y Luisa de Marillac. Hay otros datos seguros relativos a estos años, datos que también veremos, pero los que hemos mencionado son los más significativos y reveladores para el conocimiento de nuestro hombre.

(1619)

No se sabe con precisión cuándo y cómo se conocieron Francisco de Sales y Vicente de Paúl, pero tampoco importa mucho. El puente que estableció la relación entre los dos fue probablemente el señor de Gondy, quien conocía a Francisco de Sales, dato que sabemos por testimonio del mismo Vicente. El hecho debió de tener lugar no antes del comienzo de 1619, al año de haber comenzado su trabajo de misionero ambulante. Aunque era aún perfectamente desconocido incluso en círculos eclesiásticos no le importó esto a San Francisco de Sales. Le bastó un conocimiento de nuestro hombre de unos pocos meses para que le escogiera entre otros posibles candidatos más sonados y de más prestigio como director del primer monasterio de la Visitación en París.

Francisco de Sales se volvió a su diócesis de Annecy a finales de 1619 y murió tres años después. No se volvieron a ver nuestros dos hombres después de la despedida en París, pero esos pocos meses de conocimiento mutuo fueron para Vicente una experiencia que le marcó a fuego. Una cosa es leer libros sobre la santidad y otra muy diferente verla y oírla en directo. Francisco de Sales era el primer santo canonizable que Vicente veía al alcance de la mano. De muchas virtudes era modelo su admirado amigo, pero a Vicente lo que más le impresionó, por contraste con su propio carácter, fue la extremada amabilidad y dulzura de la persona. No era ñoño en manera alguna Francisco de Sales, como a veces se le ha pintado y como a veces se concluye por la engañosa suavidad de su estilo escrito. Casi parecería el caso perfecto del guante de terciopelo que cubre un robusto puño de hierro. Mucha gente se sintió atraída a su dirección espiritual por su atrayente amabilidad y por el

suave estilo de su *Introducción a la vida devota*. Pero sus maneras de dirigir por los caminos del espíritu no tenían nada de blandas. Al alma más santa que le cayó en suerte, la de Juana Francisca Fremiot de Chantal, este hombre que pasa por ser dulcísimo y suavísimo la dirigió en algunos momentos con una dureza sorprendente. Más sorprendente si se tiene en cuenta que la vida interior de la Chantal no fue exactamente un camino de rosas sino con frecuencia un duro camino de calvario sin consuelo ni luz. Parecería que lo que más necesitaba esta mujer dolorosa era consuelos y dulzuras. Pero la Chantal tenía también su lado de mujer brava y fuerte. En una ocasión Francisco de Sales se creyó en la obligación de dominar su bravura obligándole a comerse un plato de caracoles, bichos que a la Chantal le repugnaban profundamente.

Vicente de Paúl encontró en la dulzura y mansedumbre de Francisco de Sales el ejemplo vivo de que se podía ser así de que siendo así se atraía a las gentes a los caminos de la fe y de la verdadera devoción. Francisco de Sales tuvo a través de sus suaves maneras un éxito increíble en la conversión de protestantes y en la atracción de gentes de todas las clases a las exigencias de una vida verdaderamente devota. Vicente de Paúl aprendió que también él tenía que ser así si quería ser verdadero misionero; que lo necesitaba, pero que no lo era. El más bien tendía a tener un carácter un poco seco, incluso, si se dejaba llevar, hosco. El cronista de la muerte de Vicente nos dice que todos los presentes tenían «los ojos fijos en aquel padre tan amable». Eso lo pudo decir con justicia, porque Vicente era a los ochenta años extremadamente amable, tal vez tanto como Francisco de Sales. Pero aquél lo aprendió de éste, cosa que por otra parte siempre reconoció, aunque le costó muchos años de esfuerzo constante.

Si el señor de Gondy no hubiera sido general de las galeras, el señor Vicente, plenamente ocupado en sus misiones rurales, ni se hubiera enterado probablemente de la existencia de los seres humanos que sufrían las peores condiciones de vida en la Francia de su tiempo. Estos eran los galeotes, los condenados a mover a fuerza de remos los barcos de guerra de la época. No es sólo que sentado en el duro banco y encadenado a un enorme remo el galeote tuviera que remar a veces hasta la extenuación o incluso hasta la muerte por agotamiento físico. Todo era brutal en su situación. Las causas de la condena a galeras eran a veces irrisorias en relación a tal pena. Insolvencia en casos de pequeñas deudas, por ejemplo, pequeños robos, simple vagabundeo. Por supuesto había también otras causas no tan irrisorias: cautividad en caso de guerra, homicidio, rebelión pública, sedición. Brutales eran también las condiciones de vida en el mismo París mientras después de la condena judicial esperaban su traslado a los puertos de mar: hacinamiento, suciedad, mala alimentación, malos tratos.

En París visitó Vicente por primera vez a los galeotes el mismo año en que empezó su vida de misionero, si por sugerencia del señor de Gondy o por propia iniciativa, no lo sabemos. Pronto se puso a movilizar diversos recursos con vistas a mejorar las condiciones de vida de los galeotes, empezando por el traslado a otro edificio más

amplio, más aireado y en general en mejores condiciones que el que se había dedicado hasta entonces, el ominoso edificio conocido como la Conciergerie. Mejoró la alimentación, mejoró la atención médica, mejoró, ¿quién se hubiera atrevido a hacerlo en aquel infierno'?, la atención espiritual. No es leyenda sino riguroso hecho histórico el que la atención del señor Vicente produjera entre los condenados numerosos casos de conversión del pecado a la gracia, de la Reforma a la Iglesia, del mahometismo al cristianismo. Todo ello a través de un medio como la misión que se había inventado el señor Vicente para las aldeas de los alrededores de París y que, debidamente adaptado, resultó ser también eficaz en un medio potencialmente hostil como lo era el de los condenados a galeras. No le faltó a todo ello el equivalente a las cofradías de caridad. Sólo que no fueron éstas sino las mismísimas hijas de la caridad las que atendieron personal y directamente a aquellos pobres infelices, desde el momento mismo en que fueron fundadas unos quince años más adelante.

El señor Vicente siguió preocupándose de los galeotes por sí mismo y a través de los hombres y mujeres que se fueron contagiando de su espíritu. Iba en él, además de su gran corazón, el cumplimiento de una obligación que brotaba de un nuevo cargo, o más bien carga, que no beneficio como los que soñara antaño, que se le vino a añadir a su trabajo de misionero ambulante. Pues tanto agradó al señor de Gondy la actitud del capellán de su casa con los Galeotes que consiguió del rey para él el nombramiento de director de todos los capellanes dedicados a la atención espiritual de los condenados, el título de capellán general de las galeras de su Majestad, «con los mismos honores y derechos de que disponen los demás oficiales de la marina de Levante». Esto sucedía en febrero de 1619, pero ya antes de ser oficialmente nada había hecho un viaje largo a Marsella para ver con sus propios ojos la situación de los galeotes. De este viaje y otros posteriores nació la iniciativa de la construcción de un hospital para los heridos y enfermos del que se encargaron las hijas de la caridad, y del que consta por un testimonio del tiempo que los Galeotes lo miraban «como un paraíso; solamente con entrar en él se les ve sanar de la mitad de sus males».

De manera que este hombre que a comienzos del año 1618 cree haber encontrado una vocación absorbente en la evangelización del mundo campesino se encuentra ese mismo año sin haberlo buscado con un mundo desconocido hasta entonces para él, para el que siente en el fondo de su alma la llamada de Dios. También estos son hijos de Dios, también necesitan pan y evangelio, también son pobres. No los dejaría de su mano y de su corazón hasta la muerte.

(1621)

También son pobres. Basta que lo sean para que Vicente de Paúl se sienta llamado a partir de sus 38 años a hacer algo por ellos. Cuarenta y un años tenía cuando cayó en la ciudad de Macon. Un vistazo a un mapa de Francia hace ver de inmediato lo cerca que está Macon de Chatillon, donde sin duda le hubiera gustado volver a ver a los feligreses que había dejado tres años antes, y lo convenientemente situadas que están ambas en el camino más recto entre París y Marsella, a donde tal vez fue en esa ocasión de visita a los galeotes como capellán general de las galeras. No importa

el motivo, pero el hecho es seguro. Lo cuenta y lo comenta él mismo catorce años más tarde a Luisa de Marillac para que no se desanime en sus trabajos en favor de los pobres por las dificultades y críticas que encuentre. El mismo, le dice, fue objeto de burlas cuando intentó arreglar el problema de los pobres en Macon. Todo el mundo se reía de él y le señalaba con el dedo por las calles. Pero cuando llevó a cabo su plan con éxito, tuvo que «salir a escondidas para evitar los aplausos». Lo dice él mismo no para alabarse, sino para animar a Luisa de Marillac. Pero se alaba, cosa totalmente atípica en este hombre, que no lo solía hacer antes de ser santo, ni lo volvió a hacer después que comenzara a serlo.

Tenía Vicente motivos para estar orgulloso de un plan que parecía imposible, pero que le salió perfecto. Una pequeña ciudad como Macon encontró durante muchos años un problema social sin solución en sus aproximadamente 300 mendigos que «vivían en una ignorancia tan profunda de las verdades de la religión, y estaban hundidos en unas costumbres tan criminales que no se les podía ver sin asombro». Al número de mendigos había que añadir alrededor de 200 familias, pobres vergonzantes muchas de ellas, que carecían de lo fundamental para vivir. Esto no era un problema de asistencia benéfica en pequeña escala como el que presentaban las cuatro familias necesitadas y los diez o doce enfermos pobres de Chatillon o de cualquiera de los pueblos de los Gondy. Esto era ya un problema social de grandes dimensiones que presentaba incluso aspectos difíciles de orden público. Habían pensado resolver el problema las autoridades de Macon con una fórmula que se venía probando en otras ciudades francesas y del resto de Europa desde el siglo anterior, los llamados Hospitales Generales, que no eran hospitales propiamente dichos. Estos últimos recibían en Francia desde la Edad Media el nombre de Hotel-Dieu, y fueron en los siglos medievales centros por lo general bien dotados para la asistencia de los enfermos pobres. Pero ya en tiempo del señor Vicente en las grandes ciudades se habían convertido buen número de ellos en almacenes de enfermos en condiciones pavorosas de hacinamiento.

Los llamados Hospitales Generales eran otra cosa, inventada en el siglo XVI para resolver los problemas producidos por el creciente número de gentes sin trabajo, vagabundos, soldados mutilados o licenciados de las muchas guerras nacionales e internacionales, campesinos expulsados de sus tierras, quienes a falta de medios de vida en el mundo rural acudían a las ciudades con la vana esperanza de encontrarlos en ellas, o de sobrevivir al menos de la caridad privada o pública, o en el peor de los casos del rabo o del engaño. El Hospital General típico era por un lado hospital para los enfermos pobres, y además taller de trabajos forzados para los sanos. Forzados está bien dicho, pues los pobres sin casa ni medios conocidos de vida eran encerrados a la fuerza, si se dejaban coger, y obligados a un horario rígido de trabajo mal pagado. Veremos al señor Vicente oponerse en su ancianidad a un proyecto monstruoso de Hospital General para resolver el problema de la mendicidad en el mismísimo París. La historia reciente ha calificado con justicia esta drástica no solución del problema pavoroso de la pobreza en el siglo XVII como «el gran encerramiento de los pobres».

Las fuerzas vivas de Macon llegaron a probar la fórmula del Hospital General. Tenían un modelo cercano, el enorme Hospital General de la Caridad, fundado sólo siete años antes en Lyon, ciudad que era a la sazón el mayor centro industrial de Europa, donde el paro y los bajos salarios producían estragos de pobreza entre el pueblo bajo. Pero el experimento de Macon fracasó, como en tantos otros lugares. Providencialmente apareció por aquellos parajes «un sacerdote, capellán del señor general de las galeras», que no era otro que Vicente de Paúl, quien había visto el problema con sólo pasearse por las calles de la ciudad y, por lo que parece, pensó inmediatamente en la manera de resolverlo e incluso presentó a las autoridades municipales un plan detallado para hacerlo. Decimos «por lo que parece», pues lo mismo la rapidez de elaboración del plan que la iniciativa de presentarlo a las autoridades sin que nadie se la pidiera son datos muy poco característicos del obrar del Vicente maduro, aunque sí lo habían sido de su estilo de obrar en su juventud. Hubo en Macon quien lo trató de «temerario y orgulloso, por meterse en cosas que a él no le importaban». Todo esto aparece en las fuentes de información, que son los archivos del Ayuntamiento y del capítulo de la iglesia de Macon.

Estas eran las líneas generales del plan. Se comenzaría por una investigación detallada para conocer con exactitud el número de pobres inválidos, niños y ancianos, y el de los capaces de trabajar, así como de los pobres vergonzantes. A los incapaces de ganarse la vida por sus propios medios se les daría «todas las semanas lo necesario para vivir; a los que ganan una parte de su sustento se les dará lo que les falte. En cuanto a los muchachos, se les pondrá en algún oficio o bien se construirá un taller para algún trabajo fácil, como el de tejer». Esta última lo había aplicado ya Vicente con éxito a través de algunas cofradías de las fundadas en los pueblos de Gondy. Huelga decir que este plan contaba con su complemento de instrucción y práctica religiosa, de catequesis, misa semanal, confesión mensual. Se prohibió sumariamente la práctica de la mendicidad; se privaba de las ayudas convenidas a quien fuera sorprendido pidiendo limosna en la vía pública.

Los fondos necesarios se recababan de contribuciones voluntarias en especie o en dinero a las que se comprometieron el clero y las gentes pudientes de Macon, de algunos impuestos municipales, de colectas que hacían «todos los domingos las señoritas de la ciudad». El plan funcionó a la perfección, y acabó de inmediato con la mendicidad pública y con la necesidad extrema material en toda la ciudad. «Ya no se veía a nadie asediado en la calle o a la puerta de las iglesias por esos mendigos sanos, que no tienen durante el día más ocupación que la de buscar con qué vivir». En cuanto al aspecto religioso, también mejoró sustancialmente. Testimonios del tiempo nos hablan de que los confesores «encontrábamos a ancianos de sesenta años y aún más que nos decían francamente que no se habían confesado nunca; cuando se les hablaba de Dios, de la Trinidad, de la encarnación, todo esto era un lenguaje que no entendían. Pero por medio de esta piadosa Cofradía de la Caridad que fundó el señor Vicente se puso remedio a estos desórdenes y en poco tiempo se atendieron las necesidades de cuerpo y alma de toda aquella muchedumbre de pobres».

De manera que lo que fundó Vicente en Macon fue otra cofradía, pero ésta en gran escala, con responsabilidad sobre los pobres de toda una ciudad. Funcionó a la perfección, como hemos dicho, y por eso tuvo el señor Vicente que salir de la ciudad a escondidas para evitar los aplausos. Pero la cofradía y todo el plan duraron poco. Las razones de que así fuera hicieron a Vicente revisar profundamente su experiencia de organizador en cuanto a la manera de recaudar los fondos necesarios para mantener las obras de beneficencia. Nunca renunció a hacerlo con aportaciones voluntarias y limosnas libres, como había sido y siguió siendo el caso de las cofradías de la caridad. Pero Vicente de Paúl se dio cuenta muy pronto de que obras sólidas y de cierta envergadura no pueden funcionar duraderamente si no se les asegura una base económica suficiente que no dependa del todo de la generosidad fluctuante de quienes controlan los medios económicos. El plan que diseñó el señor Vicente para Macon funcionó muy bien hasta que a partir de unos diez años más tarde las guerras, la peste y el enfriamiento consiguiente de la caridad general produjeron una drástica reducción de ingresos que acabó con el plan. Volvió a florecer la mendicidad y el hambre, y para resolver el problema unos cincuenta años más tarde, en 1680, veinte años después de muerto el señor Vicente, los ricos de Macon podían haber intentado hacer revivir el plan de Vicente que tan buenos resultados había dado mientras duró, pero no lo hicieron sino que mandaron construir a sus expensas un Hospital General.

La actuación de Vicente en Macon está ciertamente de lleno en línea con lo que fue lo fundamental para él, la evangelización de los pobres, pero resultó ser un hecho casi aislado en el conjunto de su vida. Ocho años después intentó también con éxito en Beauvais un plan parecido al de Macon. Pero en años posteriores Vicente de Paúl pensará a fondo las dificultades y las posibilidades de las obras que se cree llamado por Dios a emprender; parecerá a veces lento en tomar decisiones que los que le rodean consideran obvias y urgentes. Pero, a diferencia de su actuar en Macon, una vez decidido se comprometerá con la obra de que se trate hasta la muerte, o hasta que deje de existir el problema que motivó la obra.

(1622)

Hasta la muerte le duró, sin él quererlo, otro trabajo que no sabemos si aceptó a gusto o a disgusto cuando se lo ofreció Francisco de Sales en 1622, trabajo que quiso dejar de lado más tarde varias veces sin que las autoridades competentes se lo permitieran. Hemos mencionado la idea que llevaría a Francisco de Sales a ofrecer un tal trabajo a un tal hombre: la calidad humana y el potencial de santidad que Francisco de Sales creyó intuir, y no se equivocó, al conocer a Vicente cuando éste tenía sólo 39 años. Esta tuvo que ser la razón, y no otra, pues ningún otro aspecto de la personalidad de Vicente parecía ser adecuado para ponerlo al frente de un mundo tan delicado y fino como el de un monasterio de la orden de la Visitación. No ciertamente su origen campesino, tampoco su preparación intelectual, inferior ciertamente a la del fundador, y menos aún su trabajo de misionero rural o de capellán de galeras. Por lo demás Vicente desempeñó este trabajo con total aceptación por parte de las monjas, quienes fueron las que lograron frustrar los varios intentos de Vicente de dejar el trabajo de director años más tarde.

Varios motivos le llevaron a pensar en dejar la dirección de la Visitación. Habría que destacar como razón principal la mera falta de tiempo en la vida de un hombre que se complicó la vida con obras y actividades en grado increíble, como se irá viendo. Otra razón sería más bien psicológica. A los 42 años, cuando fue nombrado director, los cuatro años previos de actividad como misionero ambulante y capellán de los galeotes habían ciertamente abierto el camino de dedicación al mundo de los pobres que el señor Vicente seguiría hasta la muerte, pero aún no habían marcado con profundidad su conciencia con la convicción de que ése era no sólo su camino, sino su único camino que excluía todo lo que no fuera dedicación pura y simple a la evangelización de los pobres o que no pudiera ser de alguna manera orientado a ella. Ahora bien, el señor Vicente nunca llegó a integrar una actividad como la de director de monjas en su vocación de misionero. Por eso excluyó el que sus propios misioneros se dedicaran a la dirección de religiosas de ninguna clase. Hubo entre ellos quien, deseoso de dedicarse a ello, recibió del fundador una negativa tajante. Y como el misionero le contestara que él, Vicente, sí se dedicaba a la dirección de religiosas, éste le contestó mansamente que efectivamente así era, pero que había empezado a hacerlo por orden superior antes de nacer la Congregación de la Misión, que había querido dejar repetidas veces ese trabajo, pero que no se lo habían permitido las autoridades eclesíásticas, en este caso el arzobispo de París. Este le había expedido en 1628 una renovación de su nombramiento de 1622 «por todo el tiempo que nos plazca». Este tiempo se prolongó hasta la muerte de Vicente de Paúl.

No hay indicios de que le pasara por la mente el dejar esta carga en vida de la fundadora, santa Juana Francisca Fremiot de Chantal. Y si le pasó por la mente probablemente no se hubiera atrevido a expresar su intención. Pues la relación de Vicente con la fundadora de la Visitación fue, en fuerte contraste con la que mantuvo con las muchas mujeres que cruzaran su camino, una relación basada en una especie de respeto reverencial en virtud del cual si la fundadora insiste, y lo hace, pues es una mujer de convicciones fuertes y decisiones, Vicente, que también es hombre de convicciones bien pensadas y consultadas, cede ante la opinión de ella, aunque es claro que sin ninguna convicción de que deba hacerlo. No se excluye en la actitud general del señor Vicente ante la Chantal un cierto respeto totalmente extraño a su carácter que a veces bordea incluso los límites de lo cursi en la expresión. Da la impresión de que ante la fuerte personalidad de la Chantal, Vicente no sabe encontrar el tono adecuado para mantener su punto de vista. Por otro lado, aunque fuerza y carácter no le faltaban, todo lo contrario, no hubiera sido capaz de mantener su punto de vista a costa de un gesto bordeando lo cruel, como el de hacerle tragar a ella un plato de caracoles.

Por ejemplo, en un caso en que discreparon fuertemente sobre la conveniencia de nombrar visitadores canónicos para que se mantuviera la uniformidad y el orden en los diversos monasterios de la Visitación, sometidas a autoridades locales diferentes, prevaleció el criterio de la Chantal de no nombrarlos. Aunque Vicente había estudiado y consultado el asunto con todo detalle, según era su costumbre -tenía

entonces sesenta años-, acabo cediendo en una carta de la que citamos literalmente, para que juzgue por sí mismo el lector, por si nuestro juicio en este asunto le hubiera parecido extraño: «No puedo expresarle, mi digna madre, la vergüenza que siento por haber insistido tanto en que usted me respondiera, y el gran deseo que siento de enmendarme... Me someto (a lo que la Chantal le ha escrito) de todo corazón; pienso que es voluntad de Dios, que se da a conocer por la de usted...». Sin embargo sigue la carta exponiendo unos puntos de vista que expresan la opinión del señor Vicente contraria a la de la Chantal, y, como asustado de su atrevimiento a pesar de su confesión anterior de sometimiento y propósito de la enmienda, dice de repente: «¡Jesús!, mi querida Madre, ¿qué estoy diciendo? ¿a dónde se me ha escapado mi espíritu para decirle lo que acabo de decir? Ya veo que aunque someto mí voluntad, no someto el juicio... Sin embargo no tengo ninguna duda de que ello (la opinión de la Chantal) no sea la voluntad de Dios, pues que lo es de nuestra digna madre, a la que honro y quiero más tiernamente que jamás hijo alguno, excepto Nuestro Señor, haya honrado y amado a su madre. Y creo que eso llega hasta tal punta que tenga suficiente estima y amor para repartir a todo el mundo. Y digo esto sin ninguna exageración». No todo lo que suena un poco extraño en esta carta ha de atribuirse a las peculiaridades del estilo, tan inclinado a lo barroco, del tiempo. El señor Vicente cuando quería era muy sobrio en su expresión y muy poco barroco.

Hay otro tema más importante en el que Vicente se muestra agradecido a los dos fundadores de la Visitación, aunque estos le hicieron el favor sin saberlo y sin quererlo. En más de una ocasión llega a decir Vicente a las hijas de la caridad que a ellas se les permite hacer lo que no se permitió a las salesas: dedicarse sin los límites impuestos por la clausura a la atención a los enfermos pobres en sus propias casas. De esas palabras y de otros testimonios del tiempo se concluye que la fundación de la Visitación fue un ensayo anticipado y frustrado de lo que años después iban a ser y hacer las hijas de la caridad. Esto se dice y se repite aunque los testimonios en contra de este punto de vista son totalmente abrumadores.

Este es un resumen del caso. Lo mismo san Francisco de Sales que la Chantal tuvieron la intención al fundar la Visitación de darle un fin contemplativo. El nombre de la orden. Visitación de la Santísima Virgen María, no hace referencia en absoluto a la visita a los enfermos, como creen algunos, sino al pasaje evangélico así llamado. En el monasterio original fundado en Annecy dos monjas visitaban efectivamente a algunos enfermos en sus casas durante dos horas cada día. Esto lo hacían sólo cuando les correspondía por turnos mensuales. Las demás permanecían en el monasterio viviendo un ritmo de vida contemplativa y de clausura. Ni siquiera esta actividad limitadísima de atención a los enfermos se les permitió por mucho tiempo. Cinco o seis años duró la experiencia, que terminó por la intervención del obispo de Lyon, que era por cierto amigo de Francisco de Sales, y del mismo papa. Todo esto lo sabía sin duda con detalle Vicente de Paúl. De manera que cuando dice a las hijas de la caridad lo que hemos citado arriba no les puede querer decir que ellas son lo que no se permitió a las monjas de la Visitación, sino que ellas tienen como obligación principal lo que no se permitió hacer a las visitandinas ni siquiera de forma limitada.

Diecinueve años fue Vicente director de los monasterios de la Visitación de París, que llegaron a ser cuatro, en vida de la fundadora. Cuando murió ésta en 1641 Vicente tuvo una última y muy curiosa experiencia con ese motivo. La veremos en su momento.

(1623)

El cargo de director de la Visitación no impidió que el trabajo principal del señor Vicente siguiera siendo lo que había sido durante cuatro años antes de aceptarlo, las misiones rurales y las misiones a los galeotes. Una de estas últimas le llevó en 1623 a Burdeos, donde estaban fondeadas algunas de las galeras de su Majestad. Pocos meses antes, a finales de 1622, estas galeras habían participado al mando de Gondy en el sitio de La Rochela que acabó con el poder hugonote en esa plaza fuerte. Ya antes de salir de París para la misión tuvo Vicente la idea de una vez terminada ésta acercarse a su aldea natal y visitar a su familia. Aparte de sus sobrinos le quedaban al menos dos hermanos y una hermana, y tal vez su madre. Hacía al menos alrededor de veinte años, o tal vez más, que no había estado en su casa ni visto, que sepamos, a ningún miembro de su familia. Cualquiera hubiera encontrado razonable el que hiciera un tal viaje. Razonable lo encontraron también dos amigos suyos a quienes consultó sobre la conveniencia de ir a ver a su familia. El no se fiaba mucho de sí mismo, pues conocía bien los ímpetus de su corazón, y estaba escarmentado por el ejemplo de otros eclesiásticos a quienes él había visto hacer maravillas lejos de sus tierras, y después de una visita a su familia preocuparse en adelante de tal manera de los asuntos familiares que se hacían inútiles para la gente. «Tengo miedo, me decía -cuenta él mismo un año antes de morir, treinta y seis años después del hecho-, de apegarme de la misma forma a mis parientes».

No se equivocó. El señor Vicente se conocía demasiado bien para fiarse de que los antiguos sentimientos estuvieran ya bien muertos y enterrados. No lo estaban. Estuvo ocho días celebrando con sus familiares; celebrando en plan más religioso que otra cosa, con renovación de promesas del bautismo en la iglesia parroquial de Pouy, peregrinaciones piadosas al cercano santuario de Nuestra Señora de la Buglose, y repetidas advertencias a sus hermanos y sobrinos de que «no esperasen nada de mí, pues aunque tuviera cofres de oro y plata no les daría nada, ya que si un eclesiástico posee alguna cosa se la debe a Dios y a los pobres». Se la debe a Dios y a los pobres: el señor Vicente habla como un santo. Pero, ay, el corazón no va por donde va la lengua. «El día de mi partida sentí tanto dolor al dejar a mis pobres parientes que no hice más que llorar durante todo el viaje, derramando lágrimas casi sin parar». No está mal la confesión para este hombre hecho y derecho de cuarenta y tres años, apóstol de toscos campesinos, capellán de galeotes rudos. Se despide de familiares con quienes no ha tenido relación en veinte años, y se despide de ellos llorando como una niña. «Después de las lágrimas me entró el deseo de ayudarles a mejorar su situación, de darles a uno esto y aquello al otro. Mi espíritu, enternecido, les repartía lo que tenía y lo que no tenía». Tres meses le duró, de vuelta a París, lo que él califica justamente, en eso no se engaña, como «pasión importuna» y «tentación»: el fantasma, que creía

muerto, del demonio que persiguió su sacerdocio juvenil. Se libró de él sangrientamente: «Pedí a Dios que me librara de esta tentación, y se lo pedí tanto que por fin tuvo compasión de mí y me quitó estos cariños por mis familiares. Y aunque andaban pidiendo limosna, y todavía andan así, me ha concedido la gracia de confiarles a su providencia».

No volvió Vicente a ver a ninguno de sus parientes en lo que le quedaba de vida, excepto a un sobrino que un buen día apareció por París con la esperanza de que su tío, entonces ya persona ,je famoso, le ayudara a encontrarse un camino en la vida. No encontró el sobrino, contra lo que esperaba, ayuda de ninguna clase en su tío, excepto una pequeña cantidad para ayudarle a pagar los gastos del viaje de vuelta a Pouy. Ni tampoco hizo nada, como no fuera desanimar a sus parientes, para que alguno de sus sobrinos se embarcara, como hizo él, en los estudios sacerdotales para hacer carrera.

Se podría decir que la ruptura del señor Vicente con su familia fue total después de su visita. Aún en su avanzada ancianidad mostraba cierta envidia por el «sacerdote que lleva a su madre para atenderla en su casa, para devolverle en cierta medida lo que ella le dio». Pero en cuanto a sí mismo se limitó en lo sucesivo a recordar y querer a sus familiares «con un amor espiritual», como él mismo recomendaría después a sus misioneros. Vicente de Paúl deja a los cuarenta y tres años definitivamente atrás una visión de su vida, de su fe y de su sacerdocio que estuvo a punto de desviar por los caminos de la más gris vulgaridad su fuerte personalidad y la abundancia de la gracia de Dios sobre él.

(1624)

Algo más de un año después de aceptar la dirección del primer monasterio de la Visitación en París comenzó a conocer el señor Vicente a la mujer que, a la vez que recibiría de él una influencia decisiva, iba a influir en él más que ninguna otra persona. Esta mujer, Luisa de Marillac, no se parece en nada a la fuerte y brava Chantal, excepto en los agudos sufrimientos interiores que era tan capaz de soportar como ésta. Más bien era a primera vista una especie de Margarita de Silly, mujer que parece perderse por los caminos del espíritu si no se siente guiada con firmeza por una mano fuerte y varonil. Lo más curioso del caso es que la relación comenzó con muy poco entusiasmo por ambas partes. Por parte de Vicente, plenamente sumergido en sus trabajos de misionero ambulante, capellán de galeras y desde hacía algo más de un año director de la Visitación, el encargarse de la dirección espiritual de otra mujer además de Margarita de Silly sólo se podía aceptar como quien no tiene más remedio y por hacer un favor a un amigo. Un amigo fue, en efecto, quien se lo pidió, monseñor Camus, obispo de Belley, director de conciencia desde algunos años antes de Luisa de Marillac. Nombrado obispo siguió ejerciendo de director por correspondencia, medio sin duda lento y torpe en aquellos tiempos. Por el mismo Camus sabemos que el mero envío de una carta de Belley a París o viceversa se demoraba no menos de seis semanas. Camus completaba esta dirección epistolar con diálogos personales en los meses de invierno, tiempo en que solía acudir todos los años a París para asuntos de su diócesis y para predicaciones. Pero a

partir del invierno de 1622-1623 no pudo ir a París y, repetido al año siguiente ese motivo, se decidió a pasarle el trabajo de dirección de Luisa de Marillac a su amigo Vicente, cosa que hizo parece que a finales de 1624 o comienzos de 1625. En cuanto a Luisa de Marillac sabemos por sus escritos personales que unos meses antes de que Vicente comenzara a ser su director lo vio en algún tipo de visión misteriosa y no le gustó ni la persona ni la idea, que alguna voz le sopló al oído, de que aquel iba a ser su director espiritual. No le dijo nada de la visión al señor Vicente, y tampoco éste, suponemos, le diría nada de su poco gusto por la dirección espiritual, aunque en los primeros años le manifestaba de vez en cuando su impaciencia por la excesiva dependencia que mostraba Luisa como dirigida. Pero lo que comenzó sin ningún entusiasmo por parte de ambos se fue convirtiendo a lo largo de unos 36 ó 37 años en una de las relaciones de amistad profunda entre hombre y mujer que, controlando con firmeza y sublimando otras posibles manifestaciones afectivas, más fecunda ha resultado ser en la historia de la Iglesia y aun de la humanidad.

No hay que tomar en broma las visiones de Luisa de Marillac. Su director no tuvo más que una en su vida, como veremos. Pero a Luisa le brotaban las visiones desde joven y con toda naturalidad. Cuando las describe en su inimitable estilo sencillo y en su purísimo francés transparente y sin pretensiones, da la impresión de que el mundo de la visión es tan real para ella como el mundo de cada día. Sin duda lo era. Cuando ve visiones y las describe es evidente que ni se engaña ni nos engaña.

Hija de madre desconocida, y posiblemente de padre desconocido también, aunque parece que lo fue del noble Luis de Marillac, Luisa fue educada de muy niña en un convento de monjas de alta cultura y de alta oración. Ambas cosas asimiló Luisa con naturalidad desde su niñez. Terminada al venirle la adolescencia su estancia de pupila en el convento, pareció que la vocación obvia de una joven así educada y sin padres era otro convento, éste de rigurosa observancia, el de las capuchinas, donde no fue admitida por su salud frágil. No resultó ser tan frágil, pues vivió sus buenos 69 años. Murió unos meses antes que su director. Había nacido once años después que éste, en 1591, de manera que cuando se conocieron por vez primera Luisa tenía alrededor de 33 años. No aceptada en el convento, sus parientes le buscaron un candidato matrimonial de pequeña nobleza, Antonio Le Gras, adecuado para una hija natural y no legitimada de noble, con quien se casó en 1613 y del que tuvo un hijo. El marido murió a finales de 1625.

La primera carta que se conserva de los varios cientos que Vicente escribió a Luisa a lo largo de los 35 años es de un año escaso después de la muerte de Antonio Le Gras, de octubre de 1626. Luisa se le ha quejado en carta previa de que se haya ido sin avisarle a misionar a un pueblo a 28 leguas de París. Esta joven viuda parece repetir y prolongar la figura de Margarita de Silly, muerta el año anterior. Se presenta frágil, escrupulosa e insegura, necesitada de que se decida por ella y se le mande, hasta parece un poco llorona. En suma, el caso típico de mujer que juega a la perfección el papel de figura femenina sometida, necesitada de protección, dependiente y sin personalidad. Vicente de Paúl no parece estar aún por esas fechas dispuesto a quitar tiempo a su trabajo de misionero para dedicarlo a contestar por escrito a esa nueva

dirigida que le bombardea con cartas angustiosas que piden ayuda y consejo. «El Señor mismo hará con usted de director», le contesta escuetamente.

Pero las cosas cambiaron pronto. Vicente fue descubriendo en Luisa lo que ella ni siquiera sospechaba que hubiera en sí misma: un alma profunda, aparentemente frágil, pero en realidad capaz del amor total; fuerte y resistente a la vez como el acero. Introversa en apariencia y perdida en el laberinto de los pequeños problemas de su vida interior, era en realidad mujer totalmente olvidada de sí misma y volcada desde siempre al amor de Dios, y volcada desde los 38 años, ella que era noble y refinada por nacimiento y educación, al trabajo ingrato entre pobres de aspecto repugnante.

Vicente vio todo esto pronto en Luisa de Marillac, amó la imagen viva de Dios en ella, la amó como era capaz de hacerlo este hombre de gran corazón. En los primeros años la pluma de Vicente, que él sabía controlar tan bien con su inteligencia clara, se deja llevar a veces en sus breves cartas a Luisa de Marillac por expresiones que sorprenden por lo tiernas y afectuosas. Con el paso de los años fue reduciendo ascéticamente, hasta suprimirlas del todo, las expresiones de su afecto por Luisa de Marillac. Pero su afecto se hizo con los años más fuerte y más profundo. Su afecto y su admiración por ella. No era después de todo demasiado sorprendente que él mismo, que había nacido en el mundo rural y empezado su vida, según solía repetir en su ancianidad, como pastor de cerdos y ovejas, se desarrollara con soltura entre los agrios olores y los sucios colores de los medios pobres de París y del mundo rural. Pero ella había nacido en cuna, a pesar de todo, noble, había recibido una educación refinada, sus amistades eran gente bien. Vicente le ayudó a descubrir poco a poco cómo también a ella Dios la llamaba a dedicar su vida de madre viuda a los hijos pobres de Dios a los que nadie quiere, a los condenados a galeras, a los niños abandonados, a los enfermos pobres y a los hacinados en los hospitales. Cómo eso le llevó a dejar sus amistades perfumadas, devotas e ilustradas, y a asociar su vida a campesinas de corazón grande, pero analfabetas y un poco toscas, a las que había que enseñar, y ella lo hizo con paciencia y con amor, a leer, a coser, a curar, a rezar, a vivir juntas sin rivalidad y sin envidias, a amar a todos sin dejarse engañar por nadie en la ciudad pecadora, a ser sirvientas de lo más pobre de París y de Francia. Pero ya antes se había hecho ella misma una sirvienta, ella, miembro de la orgullosa familia de los Marillac, con un tío. Miguel, alta personalidad política que estuvo a punto de ser primer ministro en lugar de Richelieu, y otro tío, brillante mariscal de los ejércitos de su Majestad, casado nada menos que con Catalina de Médicis, prima de la mismísima reina.

Todo esto era muy digno de admiración, y Vicente lo admiraba en ella. Y luego en sus hijas, las hijas de la caridad, en las que fue descubriendo, pues ella y ellas se lo fueron mostrando con toda sencillez y sin pretenderlo en absoluto, una imagen tangible del Cristo vivo que pasó haciendo el bien y dando un poco de esperanza a los pobres oprimidos de los campos de Galilea. Berulle le había introducido en la adoración de la grandeza misteriosa de un Verbo que se hacía hombre por amor a los hombres. En Luisa y en sus hijas de la caridad Vicente empezó poco a poco a descubrir con sorpresa la verdadera imagen encarnada de Jesús de Nazaret nacido de María y venido al

mundo sin otro fin que el de anunciar el evangelio a los pobres. Y cuando Luisa murió, su director no pudo menos de exclamar en público refiriéndose a ella: «A veces pensaba delante de Dios y me decía: <Señor, tú quieres que hablemos de tu sierva>, ya que era obra de sus manos. Y me preguntaba: ¿Qué has visto en ella en los 38 años que la has conocido: ¿Qué has visto en ella? Era un alma pura en todo, pura en su juventud, en su matrimonio, en su viudez. ¡Qué hermoso cuadro, Dios mío! ¡Qué humildad, qué fe, qué prudencia, qué buen juicio, y siempre con la preocupación de conformar sus acciones con las de Nuestro Señor!».

Aquella que él había conocido viuda joven, frágil, nerviosa, dependiente y hasta un poco pesada, había llegado a ser una de las reproducciones más fieles que él conociera jamás de la imagen humana de su Dios y Señor.

Más o menos por el tiempo en que comenzó a dirigir a Luisa de Marillac inició Vicente otra amistad que iba a resultar ser la más extraña en su vida, y que estuvo a punto de terminar, caso único en la historia de sus muchas amistades, de bruces.

Juan Duvergier de Hauranne, conocido en la historia como Saint Cyran, había nacido un año después que Vicente, en Bayona, a muy pocos kilómetros de la aldea de Pouy, en la orilla sur del río Adour que señala el límite entre el país vasco-francés y Las Landas. Era, pues, vasco, mientras que Vicente era gascón. Aunque su primer biógrafo, Abelly, atribuye a Vicente conocimiento, entre otras lenguas, del vasco, puede tenerse el dato como falso. Tal vez supiera alguna palabra que otra por la cercanía de su tierra natal al país vasco, pero nada más. De modo que entre otras razones para la amistad entre nuestros dos hombres pudo influir la cercanía de sus lugares de origen.

Las otras razones posibles ya son más difíciles de imaginar, pues difícilmente se hubieran podido encontrar dos caracteres tan diferentes como los de estos dos hombres. Los unía en la amistad un mismo interés sincero por la reforma de la iglesia, así como el deseo común a ambos de vivir una auténtica vida espiritual y evangélica. Ambos habían sido influidos fuertemente en este aspecto directamente por Berulle. Pero no es nada fácil construir una amistad permanente simplemente sobre la base de ideales comunes si la cercanía de temperamento no proporciona el elemento de sensibilidad necesario en toda verdadera amistad. No es dudoso, sino seguro, que la amistad fue entre los dos bastante íntima y fuerte durante unos diez años, de 1624 hasta alrededor de 1634. También parece seguro que el señor Vicente admiraba el saber teológico de Saint Cyran, muy superior al suyo propio, hasta que empezó a descubrir en sus opiniones ciertos aspectos que a Vicente le parecieron sospechosos. Pero, sinceramente, nos parece excesivo que Vicente escribiera y firmara de su puño y letra un testimonio sobre su amigo que dice así: «lo considero uno de los mejores hombres que he conocido». Aun dando lugar para un poco de retórica en ese juicio no era en manera alguna Saint Cyran una de las mejores personas que había conocido el señor Vicente cuando dicen que escribió eso en 1639. Cuando dicen

que escribió eso, pues no es nada seguro que lo escribiera, como se verá en su lugar.

A diferencia de su amigo Vicente, Saint Cyran tuvo desde la niñez medios suficientes para una buena educación, pues procedía de una familia burguesa muy acomodada enriquecida con el comercio. Después de los estudios de humanidades con los jesuitas, a los 19 años comenzó estudios en la Sorbona, y luego en Lovaina, donde estudió teología hasta 1604, aunque no en la universidad sino en el colegio de los jesuitas, quienes expresaron su alto aprecio por las brillantes cualidades del estudiante. Volvió a París para otros dos años de estudios. Fue en la segunda estancia en París cuando entró en relación con un estudiante de los Países Bajos, Cornelius Jansenn, conocido como Jansenio. Ambos eran muy capaces para el estudio, obsesionados por el estudio de la teología, insatisfechos de la forma escolástica en que se impartía en las facultades de París. Saint Cyran llegó a convencerse de que los profesores de la Sorbona, aun los más respetados, tal un Duval, no podían darle lo que su alma, radical y sedienta de absolutos, ansiaba oscuramente. Creyó que podía conseguir por su cuenta lo que la teología oficial no le daría nunca. Animó a su amigo flamenco a viajar hacia el sur, a su propia casa de Bayona, donde se dedicaron durante siete años al estudio profundo de la Escritura y de los santos padres, en particular de san Agustín. Hacia 1616 Jansenio se despidió de su amigo y volvió a su tierra. Saint Cyran dejó también su casa y se instaló en Poitiers, y fue ordenado sacerdote. El obispo le dio la abadía de Saint Cyran, que le dio el nombre con el que ha pasado a la historia. Pocos años después, sin que se sepa cuándo, Vicente y Saint Cyran se conocieron, y se hicieron amigos sin que se sepa cómo, aunque probablemente a través de Berulle. La amistad fue desde el principio sólida y sincera, hasta el punto de que en sus comienzos, hacia 1624, parece que incluso llegaron a poner en común sus recursos económicos. Y aunque Saint Cyran nunca vio con excesiva simpatía, como tampoco lo hizo Berulle, el que su amigo fundara la Congregación de la Misión, y aún menos que se trasladara de los Buenos Hijos al priorato de San Lázaro, le prestó ayuda en ambos casos, muy a diferencia de Berulle que se opuso a lo primero con todos los medios a su alcance. Precisamente el traslado de Vicente a San Lázaro en 1632 nos da la fecha precisa. en que los dos hombres dejaron prácticamente de verse, según declara el mismo Saint Cyran, por la distancia, pues San Lázaro se encontraba en las afueras de París, mientras que él vivía en el centro de la ciudad, cerca de Notre Dame. Pero lo que pudo llegar a haber producido una ruptura definitiva de la amistad se dio unos pocos años más tarde, en 1637, y por otras razones muy diferentes que veremos en su momento.

Aunque la amistad y casi posterior ruptura con Saint Cyran han impresionado fuertemente a los historiadores, más importante para la vida del señor Vicente fue otro hecho callado y pequeño que tuvo lugar también probablemente muy al comienzo del año 1624 o tal vez a fines del año anterior. El hecho consistió en unos días de ejercicios espirituales en Soissons, cuyo fruto fue la segunda fundación de Vicente, la de la Congregación de la Misión, al año siguiente.

Sin embargo el hacer esos ejercicios se debió precisamente a que el señor Vicente quiso enfriar sus ganas impetuosas de hacerse fundador. Llevaba unos seis años de misionero ambulante. Como se vio, buscaba para cada misión colaboradores ocasionales bien del clero secular, bien religiosos. De estos últimos eran, por ejemplo, los que le ayudaron a misionar las galeras en Burdeos, dos en cada galera. La señora de Gondy tuvo la idea de hacer de las misiones en sus tierras un trabajo permanente sobre la base económica de una cantidad de libras que quedaba a disposición de quien quisiera asumir el trabajo. Solicitadas a ello, se negaron al menos dos comunidades, la de los jesuitas y la de los oratorianos. Fue entonces cuando sugirió al señor Vicente el que asumiera él mismo ese compromiso junto con algunos de los sacerdotes que colaboraban con él. En otras palabras, aunque tal vez sin decírselo expresamente, le estaba sugiriendo que fundara él mismo un grupo o una cofradía sacerdotal, o algo en fin que tuviera como trabajo fijo el misionar sus tierras y las de su marido.

«Vicente Depaul, hijo de Juan Depaul, nacido en la aldea de Pouy en Gascuña, pastor en su niñez, fundador de la orden de...». La primera vez que la idea resonó en su cerebro le debió de sonar a música triunfal. Eso sí que merecía la pena. ¿Sería eso lo que le esperaba, sería eso el oscuro objeto de los sueños de su juventud, lo que había buscado a tientas y a ciegas, ambiciosamente y hasta un poco locamente? ¿No era eso mejor que ser párroco de Tilh, mejor incluso que ser obispo? Después de todo la mayor parte de los obispos mueren en el anonimato, mientras que la mayor parte de los fundadores... Era mejor no pensarlo; daba hasta un poco de vértigo.

Pero aunque el Vicente de 1624 es la misma persona que en 1604 quiso ser obispo, y está sometido a tentaciones parecidas, ya no es, definitivamente, el mismo. «Cuando, al comienzo del proyecto de la Misión, me encontraba en una preocupación mental continua, empecé a dudar si no procedería de la naturaleza o del espíritu del mal. Hice unos ejercicios en Soissons para pedir a Dios que me quitara del alma el placer y la prisa por fundar. Quiso Dios escucharme, y me lo quitó. Quiero mantenerme siempre en esta práctica de no emprender ni hacer nada mientras esté en estos ardores de esperanza cuando se me presentan proyectos de grandes obras, por buenas que sean».

Esto lo dejó escrito a los 62 años. Sigue estando sometido en esa edad a la tentación de los «ardores de esperanza» ante la visión de grandes obras y de grandes bienes. Pero no cede ante los ardores como cedía en su juventud. Ni cedió tampoco cuando a los 45 años fundó la Congregación de la Misión. Se decidió a hacerlo cuando, después de oraciones, de ejercicios espirituales y de consultar a su amigo y director espiritual André Duval, consiguió dominar su corazón tumultuoso y caer «en las disposiciones contrarias», lo que en su lenguaje parece querer decir: cuando empezó a darle no ardor sino tal vez miedo el embarcarse en una nueva fundación, cuando había tantas en París con las que no se podía contar para una cosa aparentemente tan sencilla como la de dar catecismo a los campesinos.

Se embarcó, sin embargo, en ello, pues nunca fue Vicente ni de joven ni de adulto un hombre que tomara o dejara de tomar decisiones por las dificultades que se le presentaran. Convencido finalmente de que por boca de Margarita de Sully había hablado Dios, al año siguiente, 1625, firmaba con ella y con su marido un compromiso-contrato para fundar una congregación, cofradía, o lo que fuera, de sacerdotes para llevar a cabo lo que le había sugerido la señora de Gondy. El contrato aseguraba la subsistencia de un grupo de unos siete sacerdotes. Un año antes, sin duda por mediación de los Gondy, se le había otorgado a Vicente por autoridad del arzobispo de París, hermano de Gondy, la propiedad y el rectorado de un colegio mayor, el de los Buenos Hijos, edificio en no muy buen estado, y tampoco muy grande, pero suficiente para proveer de alojamiento al pequeño grupo de sacerdotes que se suponía estarían dispuestos a asociarse en el trabajo misionero.

Para darle tal propiedad y tal título de rector o principal Vicente necesitaba la licenciatura en alguna de las ciencias impartidas en la universidad. El 7 de febrero de 1624 no parecía tener aún el título en cuestión, pues no lo usa en un documento firmado por él en esa fecha. Sí lo exhibe por primera vez veintitrés días más tarde en otro documento notarial por el que concede a Portail poderes para tomar en su nombre posesión del colegio. Es difícil evitar la impresión de que el título de licenciado en derecho canónico le fue tan regalado como el colegio. Parecería muy difícil que Vicente pudiera haber hecho los estudios necesarios para conseguir un tal título en los seis años de misionero ambulante que precedieron a su concesión. En cuanto a la asistencia regular a clases, eso hay que excluirlo como imposible. Sí podía haber hecho una y otra cosa en los años de su primera estancia en casa de los Gondy, de 1613 a 1617, pero eso quedaba demasiado lejos de la fecha probable de la concesión del título, 1624. Mousnier, historiador francés que conoce muy bien las instituciones del tiempo, nos asegura que la concesión de muchos títulos de licenciatura precisamente en la facultad de derecho de la Sorbona no dependía siempre de méritos de estudio o de asistencia a las aulas. Se daban por influencias y a veces hasta se vendían sin mayor dificultad. Vicente de Paúl mostrará a lo largo de su vida un conocimiento más que ordinario en cuestiones de derecho civil y canónico. Es evidente que lo ha estudiado y lo conoce. Pero no parece posible que encontrara el tiempo para los estudios universitarios necesarios para conseguir el título. Los datos seguros que sabemos de su vida hacen muy difícil, por no decir imposible, imaginarlo de estudiante en la Sorbona.

Como quiera que fuera, el 6 de mayo de 1624 Portail tomó en nombre del señor Vicente Depaul posesión del colegio. Mientras que Vicente seguiría viviendo en casa de los Gondy aún durante algo más de un año, Portail hizo del colegio su morada parece que desde el momento mismo de la toma de posesión. Ahí seguiría viviendo hasta que junto con el señor Vicente se trasladaría a San Lázaro en 1632.

(1625)

Los diversos tanteos y proyectos de la señora de Gondy para encontrar un medio estable de asegurar la evangelización de sus campesinos vinieron a dar en un

documento firmado por ambos esposos y por el señor Vicente Depaul el 17 de abril de 1625. Este documento se suele considerar como el acta de fundación de la Congregación de la Misión, aunque no lo es del todo, entre otras razones porque no había en el momento de firmarlo más miembro de tal hipotética congregación que el firmante, Vicente Depaul. Aún así, aunque la idea de lo que iba a ser su congregación cambió mucho con el tiempo sobre lo que él imaginaba en 1625, es sorprendente ver ya en esta temprana fecha la claridad de sus ideas acerca de algunos de los aspectos básicos de su futura congregación.

La idea fundamental es de alcance modesto: Vicente Depaul se compromete en el contrato a encontrar en el plazo de un año a seis sacerdotes que se dediquen exclusivamente «al cuidado del pobre pueblo de los campos», evitando «predicar y administrar los sacramentos» en las ciudades, y en particular a misionar cada cinco años todas las tierras de los Gondy. Misionar quiere decir en este documento «predicar, instruir, exhortar, catequizar y animar a hacer confesión general»; o sea, continuar con el tipo de misión básicamente catequizadora que Vicente había ido creando él mismo en los últimos siete años. En el documento se reconoce que Vicente «ha adquirido experiencia en dichas misiones», y que Dios las ha bendecido abundantemente. Un trabajo adicional que también se especifica es «la asistencia espiritual a los pobres forzados» de las galeras.

Por su parte los Gondy se comprometen a entregarle 45.000 libras para que debidamente invertidas en fincas y otros tipos de rentas, produzcan unos intereses de los que pueda vivir el grupo de misioneros que se espera crear. La cantidad es en sí misma bastante importante, pero no es fácil dar un equivalente en moneda actual. Calculando un modesto cinco por ciento de intereses, cada uno de los siete componentes del grupo misionero vendría a percibir para su subsistencia unas 320 libras al año, un poco más de lo que percibían la mayor parte de los párrocos de aquel tiempo. Esta generosidad por parte de los Gondy era necesaria si se quería el proyecto, pues el futuro grupo misionero no tenía más medios de subsistencia que ese dinero y el colegio de los Buenos Hijos, que en el momento de la firma era propiedad personal de Vicente de Paúl, y Vicente se comprometía además a no cobrar absolutamente nada a nadie por los trabajos misioneros entre los campesinos. Los Gondy expresan su voluntad de ser reconocidos como cofundadores, cosa que Vicente hizo siempre, pero renuncian expresamente a todo derecho dado por las leyes eclesiásticas a patronos y fundadores a intervenir en el nombramiento de los cargos en el grupo que se constituya. Por su parte Vicente consigue para sí mismo y sus compañeros independencia también en «la gerencia, gobierno y administración de los bienes como cosa propia».

En el documento el grupo recibe el nombre, vago aún, como era también vaga y poco definida la naturaleza jurídica del grupo previsto, de «Compañía, Congregación o Cofradía de padres o sacerdotes de la Misión». Nótese de paso que cuando años más tarde, hablando a los miembros de su congregación, atribuye Vicente al pueblo el origen del nombre de «misioneros» o «padres de la misión» en cuanto aplicado a ellos, no tiene en cuenta del todo la precisión de las fechas. El nombre se lo dio él mismo en 1625 antes de que existieran, aunque es fácil imaginar que el pueblo se lo

aplicara espontáneamente a él y a sus colaboradores ya antes de fundar la Congregación de la Misión en 1625-1626.

Los sacerdotes que se unieran al señor Vicente debían tener «doctrina, piedad y capacidad» reconocidas, lo cual exigía un cuidadoso trabajo de selección entre los posibles candidatos. En el clero, muy abundante, de aquel tiempo abundaban los ignorantes, los poco piadosos y los nada capaces. La Congregación de la Misión se constituye, pues, como ha sido el caso de casi todas las fundaciones de comunidades masculinas en la iglesia desde el siglo XVI, en cuerpo de élite. Para dedicarse toda la vida a evangelizar a campesinos y galeotes no vale cualquier sacerdote.

Los que den su nombre a la nueva congregación deberán antes renunciar «a todos los cargos, beneficios y dignidades». El señor Vicente recordará con frecuencia a sus hombres en años posteriores que «no hemos de buscar descanso, contento ni bendiciones más que en la Misión». El superior va a ser el señor Depaul hasta que se muera. Bajo su obediencia y la de un reglamento que se redactará vivirán en común los eclesiásticos que se le unan. En el caso de muerte del señor Vicente elegirán «por mayoría de votos a uno de ellos para superior en lugar de dicho señor Depaul». Esta cláusula revela a las claras que lo que proyectaba Vicente no era en manera alguna un grupo provisional de trabajo sino una institución aún no del todo definida pero estable, y que no dependiera para su existencia de que viviera o no el fundador.

Nótese, por otro lado, que la renuncia a todo cargo, beneficio y dignidad dejaba a un sacerdote secular de aquel tiempo literalmente a la intemperie. Había que tener coraje para renunciar a todos los medios de vida reconocidos por los cánones y fiarse de que el experimento del señor Vicente iba a funcionar. El mismo, que en su juventud anduvo tan obsesionado por los medios de vida y la posesión de dignidades, dio muestras de un coraje verdaderamente radical al fiar su futuro personal y el de su obra a la frágil base de un no muy grande capital en dinero y de un colegio medio en ruinas. Pero aún hizo más. Un año después renunciaba en favor de sus familiares a los pocos bienes heredados de su padre, a la parroquia de Clichy de la que había sido titular desde 1612, y a la propiedad del colegio de los Buenos Hijos en favor de la Congregación de la Misión, cuando ésta ya estaba constituida y constaba de tres miembros además del fundador.

Desnudado y despojado por fin de todo lo que había sido sueño, anhelo y aspiración de sus años mozos, Vicente de Paúl comienza el largo peregrinaje de los 35 años que le quedan de vida sostenido, animado y alimentado sólo por un ideal obsesivo: la evangelización de los campesinos. Para ello asocia a su visión a un grupo de sacerdotes que se llamará con el tiempo escuetamente Congregación de la Misión. La Congregación de la Misión se va a hacer un ente complejo, y sus trabajos van a diversificarse y crecer de maneras y por caminos que él ni sospechaba cuando proyecta fundarla en 1625. Va a ser por otro lado la primera de otras obras de gran envergadura de las que no sabe nada cuando firma el contrato con los Gondy. Su ideal de evangelización de los campesinos no sólo no sufrirá por ello ninguna dilución sino que se ampliará hacia otras clases de gentes pobres en una gran diversidad de obras y de maneras de expresarse. Así como, según solía decir Vicente a sus

misioneros en años posteriores, las obras de Cristo son todas ellas obras redentoras, incluso la sed, el sueño y el descanso de Cristo, todas las obras que emprenderá en adelante este discípulo de Cristo estarán destinadas a llevar a cabo bajo mil disfraces un solo ideal: la redención de los pobres.

Un par de meses después de firmado el contrato falleció Margarita de Silly. Aunque en el contrato de fundación los señores de Gondy expresaban el deseo de que Vicente siguiera «residiendo en su casa como hasta ahora», la muerte de la señora privaba de todo sentido a la estancia de Vicente en casa de los Gondy, mientras que crearía sin duda problemas a su proyecto de reunir y dirigir el grupo de misioneros que se había comprometido a crear. A finales de 1625, con la anuencia del señor de Gondy, quien un año escaso más tarde ingresaría en el Oratorio para ser ordenado posteriormente sacerdote, el señor Vicente abandonaba definitivamente la morada de los Gondy. Había pisado por primera vez esa noble casa doce años antes, años que resultaron decisivos para su vida de hombre y de creyente. Vicente conservó gratitud perpetua no sólo a los esposos Gondy sino a toda la familia, gratitud que le costaría cara, lo veremos, en relación al tercero de los hijos, Juan Francisco Pablo, el futuro notorio cardenal de Retz, nacido justamente cuando Vicente entró por primera vez en la casa, y que tenía por tanto doce años cuando Vicente la dejó por segunda vez. La dejó ahora definitivamente, y se fue a vivir con Portail, primero y único hasta el momento de los sacerdotes reclutados para la Misión, al colegio de los Buenos Hijos.

4

(1626)

Aunque poco, el pequeño grupo de dos creció pronto, pues ya en los primeros meses del año siguiente, 1626, vivían en los Buenos Hijos otros dos sacerdotes, Juan de la Salle y Francisco du Coudray, ambos de la diócesis de Amiens, de cuarenta años el segundo y de sólo veintiocho el primero. En cuanto a Portail, tenía treinta y seis años, diez menos que el fundador.

De estos pocos meses últimos de 1625 y primeros de 1626, en que todo lo que había de Congregación de la Misión eran él mismo y Portail, hablaba en su ancianidad el señor Vicente como de tiempos que habían sido sencillos y felices, y que él recordaba con una gran nostalgia. Se añadía a la pareja misionera un buen sacerdote «al que dábamos cincuenta escudos». Al salir de París dejaban la llave del colegio al vecino, o le rogaban que durmiera en él para guardarlo, y se iban los tres de aldea en aldea a dar sus misiones. El andar misionando de aldea en aldea, cosa que había estado haciendo durante los últimos siete años, se había hecho connatural a su forma de vivir el sacerdocio, de manera que cuando la necesidad de descanso se imponía y volvía al retiro de los Buenos Hijos «me parecía -contaba tres años antes Je morir-

que al acercarme a París se iban a caer sobre mí las puertas de la ciudad para aplastarme». Porque, se decía, «tú vuelves a París, y hay otras muchas aldeas que están esperando de ti lo que acabas de hacer aquí y allí».

Paradójicamente fue la fundación, consolidación y crecimiento de la congregación que él mismo fundó precisamente para misionar el mundo campesino lo que hizo cada vez menos frecuente su participación personal en las misiones. Eso se debió sobre todo a las necesidades de gobierno de una congregación que creció con cierta rapidez y que, además, añadió al trabajo inicial de misiones rurales y asistencia a los galeotes otras actividades no previstas en el proyecto primero. Añádase a todo ello la variedad de obras y actividades que fueron cayendo sobre sus hombros y su mesa de trabajo a medida que a partir de 1633 su figura fue haciéndose conocida, respetada y admirada. No se puede asegurar cuándo dejó de dar misiones de una manera continuada, pero parecería que pronto después de su traslado a San Lázaro en 1632, pues a partir de esa fecha aparecen rastros muy escasos de ellas en su voluminosa correspondencia. Movido sin duda por la nostalgia de años más jóvenes, una vez, teniendo 73 años, se escapó literalmente de San Lázaro, estando débil y enfermo, a una pequeña aldea para ayudar a dar una misión. Esta fuga, la última de su vida, creó un revuelo de quejas y protestas entre gente principal, que acusó a los misioneros de San Lázaro de no darse cuenta del tesoro que tenían en casa, y permitían que pusiera en riesgo su vida con las duras condiciones que exigía el misionar en aldeas pobres. Esta gente principal, llegada tarde a la vida del señor Vicente, nunca pudo sospechar que lo que buscaba con nostalgia en su ancianidad el señor Vicente en aldeas perdidas era el verdadero tesoro de su vida y el de la congregación que había fundado años antes.

Los tiempos sencillos y felices duraron poco. La presencia de dos sacerdotes más planteaba ya la necesidad de dar algún tipo de estructura formal a aquel pequeño grupo misionero, cosa que se hizo en setiembre de 1626 en documento que redactó Vicente y escribió du Coudray con su letra de hombre culto y muy bien educado, y que firmaron los cuatro ante notario. La naturaleza jurídica exacta sigue siendo poco definida, pues una vez más se califica al grupo vagamente de «congregación, compañía o cofradía». El fin se define escuetamente como «trabajar por la salvación del pueblo pobre del campo». Los tres nuevos miembros se comprometen a obedecer a Vicente y a sus sucesores y a observar el reglamento o regla de vida, que, dice el documento, había sido escrito ya por el fundador.

Firmado el documento y comprometidos en firme les pareció a los cuatro una buena idea el subir en peregrinación a Montmartre, como en otros tiempos y en circunstancias parecidas lo hicieran Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros. Pero parece que al Señor no le pareció la idea buena del todo, y no pudieron subir más que tres. El cuarto, Vicente mismo, tuvo que conformarse con las ganas de peregrinar por encontrarse enfermo el día fijado para la peregrinación. Puede que hubiera en este hecho una discreta ironía del Señor para mostrar que no quería que Vicente imitara lo que hizo Ignacio, para hacerle ver al gascón que lo que había fundado no debía ser en manera alguna una copia, y ni siquiera una variación, de lo que había hecho el vasco. Y el Señor se lo dijo disimuladamente obligándole a quedarse en cama.

De hecho la sombra de Ignacio y su obra siguieron influyendo fuertemente en múltiples detalles de la configuración posterior de la Congregación de la Misión. Vicente admiraba altamente a la Compañía de Jesús y a su fundador. Con frecuencia presentaba a los jesuitas y su manera de vivir como modelos para diversos aspectos de las vidas de los misioneros. Consultaba con frecuencia a padres jesuitas de prestigio sobre aspectos de su vida con la idea de que le inspirasen para ir configurando la forma de vida de sus propios hombres. Esta influencia se dejó sentir incluso en algunos pocos aspectos concretos copiados de las constituciones de san Ignacio y puestos en lo que iba a ser el reglamento definitivo de la Congregación de la Misión durante siglos, las Reglas o Constituciones comunes de la Congregación de la Misión. No le fue posible a Vicente, como no les ha sido posible a tantos fundadores y fundadoras de tiempos posteriores hasta ayer mismo, sustraerse a la influencia de una orden como la de san Ignacio que nació con una personalidad fuerte y fuertemente estructurada, con un estilo que probó ser desde el mismo comienzo muy adecuado para los tiempos post-medievales y modernos.

Sin embargo parecería en principio que no tenían que haberse dado tales influencias en el caso de la obra del señor Vicente. Están primero las divergencias de origen social, temperamento personal y educación, divergencias muy grandes entre los dos fundadores. Pero son más importantes aún las divergencias, que casi llegan a oposición, en el carácter propio de ambas fundaciones. En la de san Ignacio predomina ya desde las mismas constituciones una estrategia pastoral que prefiere el trabajo entre las gentes cultas y las clases dirigentes con la esperanza de que de ellas descenderá una influencia benigna hacia los estratos inferiores de la sociedad. Vicente de Paúl escoge precisamente como campo de su actuación las clases más bajas de la sociedad, que ni siquiera serían lo que en términos actuales se denomina proletariado. Este estaría constituido en su tiempo por los artesanos, miembros de los gremios laborales, pequeños comerciantes. Vicente de Paúl escogió como campo de acción lo que Marx calificaría despectivamente como lumpenproletariat, el subproletariado: galeotes, niños abandonados, ancianos sin medios de vida jubilados forzosamente del trabajo por edad o enfermedad, esclavos, campesinos explotados y expulsados de sus tierras. De hecho Vicente de Paúl se movió él mismo entre las altas y altísimas clases sociales mucho más que Ignacio de Loyola, pero no para trabajar entre ellas, como no fuera para enseñarles el duro, estrecho y exigente camino que propone el evangelio a los ricos si quieren salvarse, sino porque sólo en manos de los ricos se encontraban en aquel tiempo los medios económicos necesarios para llevar a cabo su trabajo entre los pobres.

Pero, a decir verdad, sus relaciones con los ricos son muy personales y suyas, y poco vividas por los miembros de las dos comunidades que fundó. Además su obra maestra, la que resultó ser la más eficiente y original en el trabajo de la redención de los pobres, las hijas de la caridad, sólo al principio contó con el poder, el tener o el saber de los ricos de su tiempo; se basó fundamentalmente en la fragilidad y el trabajo de campesinas analfabetas. Cada santo tiene su carisma, y el carisma es

algo que el Espíritu Santo da a quien quiere. Todo esto es cierto; pero aún sabiéndolo y admitiéndolo no acaba uno de imaginarse a san Ignacio de Loyola, por más esfuerzos de imaginación que se hagan, como fundador de una institución parecida a la de las Hijas de la Caridad.

Por todo ello es tanto más sorprendente el que en el proceso de estructuración de una compañía como la Congregación de la Misión se dejara sentir en tantos aspectos la influencia de la Compañía de Jesús. No es que pretendamos insinuar, y aún menos afirmar, que Vicente de Paúl tuviera en cuenta expresamente el modelo de la Compañía de Jesús siempre que aceptaba, o excluía, como a veces también hizo, algún aspecto de ella para su propia congregación. Pero ahí estaba la Compañía, con su prestigio y con sus años de existencia, que ofrecía un modelo de vida original en bastantes aspectos, incluso fundamentales, en relación a formas de vida comunitaria más antiguas. Ahí estaba funcionando, y funcionando bien a pesar de los fallos y de las muchas importantes oposiciones. El copiar de ella o dejarse inspirar por ella aun sin pretenderlo era casi inevitable para cualquier fundador. Berulle, aunque atraído por el modelo jesuítico en su juventud, consiguió evitarlo en su fundación del Oratorio, pero para ello tuvo que copiar otro modelo, el creado por san Felipe Neri, que aunque fundado algo después que la Compañía de Jesús lo fue sobre presupuestos totalmente diferentes de los de ésta.

A pesar de ser discípulo agradecido, aunque independiente desde hacía años, Vicente deliberadamente no quiso seguir el modelo de Berulle., sino abrirse un camino propio y diferente, que tenía aspectos de indudable originalidad, pero que no pudo evitar influencias del modelo jesuítico. Y así, aunque Vicente conocía bien la oposición de Berulle a que sus sacerdotes hicieran votos basándose en la teoría, no del todo descaminada, de que el sacramento del orden es fundamento más sólido y exigencia más fuerte de santidad que cualquier profesión de consejos evangélicos, Vicente y sus hombres, sacerdotes, acabaron haciendo votos, en principio de manera totalmente privada y voluntaria, casa que se empezó ya a hacer probablemente en el año 1627, pero con el tiempo de forma obligatoria y sancionada por la misma autoridad romana.

La Congregación de la Misión nació como entidad exclusivamente clerical, pero también pronto, en el mismo año de 1627, se unió al grupo de sacerdotes un hermano, lego y por supuesto no ordenado, muy útil para trabajos domésticos y para asegurar la autarquía de la comunidad en las necesidades materiales, aunque poco adecuado para el trabajo misionero que motivó la fundación de la comunidad. Con lo cual, lo que había comenzado por ser estrictamente un grupo móvil sacerdotal fue tomando la forma externa de una tradicional comunidad religiosa autosuficiente, compuesta de dos clases de personas: las que cumplen directamente el fin para el que se ha fundado y las que les ayudan a cumplirlo con su trabajo doméstico.

Vicente de Paúl no dejó jamás de insistir en el carácter plenamente secular de su congregación. En efecto, su mismo origen como sacerdote era secular y diocesano, e igualmente lo era el de los otros tres que firmaron con él en 1626, y también el

de numerosos candidatos que llamaron a las puertas de la Congregación de la Misión en años sucesivos. Todos dejaban de ser diocesanos al ingresar en ella, pero seguían siendo seculares. Eso era lo más nuevo del experimento del señor Vicente en el aspecto jurídico que definía el status de los misioneros en el conjunto de la iglesia. Pero su misma insistencia sobre el carácter secular de la congregación que había fundado es un indicio muy claro de que había que insistir en ello porque la cosa no aparecía tan clara ni dentro ni fuera de casa. En suma, el experimento del señor Vicente al fundar la Congregación de la Misión resultó ser, con el paso de los años, un experimento de carácter un poco ambiguo, algo a medio camino entre Berulle e Ignacio de Loyola, en conjunto más cerca de éste que de aquel.

Que iba a resultar ser así lo vieron claramente las autoridades romanas y se lo dijeron expresamente al señor Vicente cuándo, después de una primera aprobación en 1627 a su proyecto en virtud del cual su grupo misionero de sacerdotes seculares quedaba sometido a la autoridad del arzobispo de París, le rechazaron un segundo plan advirtiéndole que daría en «una nueva religión (orden religiosa) más que una Misión». Efectivamente, Vicente de Paúl había solicitado en este segundo plan presentado en junio de 1628 cosas típicas de las órdenes religiosas, tales como el que fuera él mismo reconocido como superior general y se le diera poder para redactar reglas, y otros poderes similares de que gozan los «superiores generales de congregaciones semejantes»; la facultad de admitir miembros laicos; la exención de casas e individuos en relación a la autoridad local episcopal, y dependencia directa de la Santa Sede; autonomía total en la administración de bienes. Todo esto acabó consiguiéndolo cinco años más tarde, en 1633, de la misma autoridad romana que antes se lo había denegado, y al hacerlo se dio definitivamente cuerpo jurídico y existencia legal a una congregación o sociedad -así se la califica definitivamente ya en la petición de aprobación del segundo plan, el rechazado en 1628- de carácter algo ambiguo, ni plenamente secular ni plenamente religioso.

(1628)

A aumentar la ambigüedad contribuyó también la creciente complicación de actividades que fueron cayendo con los años en manos de lo que había nacido como un grupo sacerdotal sin más objeto que dar misiones en el mundo rural y trabajar entre los galeotes. La primera actividad nueva no prevista en el acta de asociación de 1626 fue la dedicación a la formación del clero diocesano. El mismo Vicente nos cuenta cómo y por qué entró en su vida y en la de su congregación esta actividad, en la que él nos asegura no había pensado, ni antes ni después de fundar, como actividad a la que él o su congregación fueran llamados por Dios. Hay que tomar en serio esta afirmación de Vicente pues un mes sólo antes de que él mismo diera el primer retiro a ordenandos en Beauvais en septiembre de 1628 presentaba a Roma una segunda redacción de su segundo plan, el que resultaría rechazado, en la que no se menciona para nada la dedicación de su grupo misionero a la formación de clérigos, lo que demuestra palmariamente que no había tenido hasta entonces intención alguna de dedicar a ello a los que se habían asociado a él para el trabajo de misiones.

Que había una necesidad urgente de dedicarse a formar buen clero en la iglesia de Francia, eso lo sabía él muy bien desde hacía muchos años y lo podía ver cualquiera. El mismo había sido un caso de sacerdote formado, mal formado, apresuradamente y por motivos poco legítimos. Entre sus amigos había ya quien desde hacía años se dedicaba a la formación del clero con éxito, en particular Berulle. Pero el que llegara Vicente a pensar en ello como actividad posible para sí mismo y su congregación misionera comenzó inesperadamente por una sugerencia del obispo de Beauvais, en cuya diócesis Vicente había dado misiones y con quien había hablado repetidas veces sobre el lastimoso estado del clero del tiempo y los posibles medios para remediarlo.

Fue idea del obispo reunir en retiro en su propia casa a los ordenandos de su diócesis durante unos días para que antes de la fecha de ordenación se entrenaran aunque sólo fuera un poco en «ejercicios de piedad», y se instruyeran «en sus deberes y ministerios». Ante la aprobación entusiasta de la idea por parte de Vicente el obispo creyó que el hombre más adecuado para llevarla a cabo era Vicente mismo, y así se lo hizo saber. Vicente no se planteó en el momento la cuestión de si la oferta del obispo se podría integrar o no en lo que él consideraba su vocación personal de misionero. Se creyó obligado a aceptar la sugerencia del obispo en su estilo habitual, dice su primer biógrafo, como si Dios «se lo hubiera revelado por un ángel». Con el tiempo la Congregación de la Misión en vida del fundador se iba a dedicar al trabajo de formación del clero casi con tanta intensidad como a las misiones. Pero el primer experimento que se hizo en Beauvais en 1628 no lo llevó a cabo la congregación del señor Vicente como obra propia, sino él mismo personalmente con la ayuda de tres sacerdotes doctores en teología por la Sorbona.

Por lo demás el experimento de Beauvais fue de alcance modestísimo, pues se limitó a impartir durante un par de semanas una instrucción de urgencia sobre los mandamientos, los sacramentos, el credo y las ceremonias litúrgicas fundamentales, en particular las de la misa. Algo era para quienes se acercaban a las órdenes, como sucedía con frecuencia en aquel tiempo, con una ignorancia crasa de incluso a veces las ideas fundamentales del catecismo. Los ejercicios de ordenandos, así llamados porque incluían también unos días de ejercicios espirituales con confesión General, fueron alargándose poco a poco, haciéndose más densos y más extensos en los temas de estudio y en ejercicios de práctica pastoral, hasta dar en períodos largos de hasta un año y luego aún más, con lo cual se encontró Vicente sin proyectarlo previamente en los comienzos históricos de lo que posteriormente iba a ser el tipo clásico de seminario mayor. No fue él el único hombre que está en el origen de la historia de los seminarios, ni tampoco el primero, pero sí fue uno de los que más influyeron en su creación. El y su congregación, pues muy pronto la asoció a lo que en Beauvais había sido un trabajo personal suyo. La participación de su congregación en este trabajo comenzó a los pocos meses en París; tres años después el arzobispo daba un decreto haciendo obligatorios los ejercicios para todos los ordenandos de la diócesis, ejercicios que se debían hacer en los Buenos Hijos bajo la dirección de los misioneros del señor Vicente.

Nunca tuvo problemas teóricos Vicente para integrar esta nueva actividad de su congregación con la actividad misionera que le había dado origen y razón de ser, aunque sí los tuvieron algunos que habían sido atraídos a ella por su aspecto misionero. Después de todo los campesinos eran ignorantes en su fe por la ignorancia de sus propios pastores, de manera que el mejor modo de remediar tal ignorancia del pueblo era proveerle de un clero suficientemente preparado e instruido que fuera a su vez capaz de instruir a sus feligreses. Esto era incluso, si se examinaba con objetividad, un medio más eficaz de catequesis que las mismas misiones, dado el carácter temporal muy limitado de éstas. Muchas veces se le objetó en son de crítica al señor Vicente desde muchos lugares, también de lugares amigos, que las misiones suponían un esfuerzo ciertamente imaginativo para responder a una necesidad urgente, pero de dudosa eficacia, y que planteaba más problemas que los que resolvía. En efecto, terminadas las seis u ocho semanas de misión, y retirados los misioneros del pueblo o de la aldea, ¿quién garantizaba, o cómo se garantizaba la continuidad de los frutos conseguidos y la instrucción impartida si el clero local era tan incompetente como se sabía? La respuesta al interrogante era dedicarse a la formación de un clero competente, cosa que Vicente se creyó obligado a hacer personalmente y a dedicar a su congregación precisamente porque ésta se había creado para evangelizar y catequizar a los campesinos. «Como son los pastores, así son los pueblos», solía decir en su ancianidad.

(1629)

La vida de Luisa de Marillac fue sin duda, como reconoció en público el señor Vicente cuando murió ella, «obra de las manos de Dios». Lo fue desde que nació. En fuerte contraste con el caso de Vicente, que tuvo que cambiar el rumbo de su juventud para llegar a la santidad, Luisa de Marillac da la impresión de que comenzó con buen pie la larga marcha hacia la santidad el mismo día en que la bautizaron. Atravesó en su vida crisis espirituales de todos los estilos, en particular una de su juventud en la que ella misma creyó que había estado a punto de perder la fe. Pero ninguna crisis fue capaz de desviarla del buen camino. De manera que está bien dicho eso de que fue obra de las manos de Dios. Obra perfecta, a decir verdad, y eso lo vieron tan claramente como Vicente de Paúl las hijas de la caridad que la conocieron. No es fácil entender cómo mientras el señor Vicente fue canonizado menos de ochenta años después de su muerte la canonización de Luisa de Marillac tuvo que esperar casi trescientos años.

Pero hasta este dato póstumo está en línea con lo que fue, desde el punto de vista de Luisa, la relación entre ella y su director: una relación de subordinación querida y buscada, de saber y querer estar y aparecer en segundo plano aun en cosas que eran obra más de ella que de él. Luisa consiguió lo que buscó siempre: que historiadores, biógrafos e incluso sus mismas hijas de la caridad la colocaran en la gris penumbra del segundo plano de un cuadro en el que la figura de su director se lleva toda la luz y toda la gloria.

Pero Vicente no cayó en la misma trampa. Desde el comienzo mismo de su relación sabía que no era él el verdadero director de Luisa, sino Otro, y así se lo escribió, como vimos arriba. Y cuando la muerte puso el último toque a la obra perfecta de la vida de Luisa, Vicente reconoció en público que esa obra no era suya en modo alguno, sino de Dios. El sólo había intervenido como medio del que Dios se sirvió para que lo que podía haberse limitado a ser una vida de viuda piadosa se transformara en uno de los ejemplos más radicales de dedicación a la redención de los pobres que se han dado en la historia.

No le propuso este ideal el señor Vicente a Luisa de Marillac en el comienzo mismo. O no se le ocurrió hacerlo o supo esperar pacientemente a que Luisa misma lo descubriera como posible camino señalado también a ella por Dios. En la correspondencia que se conserva de los tres primeros años, 1626-1628, predomina en las cartas de Vicente a Luisa de Marillac la insistencia en que mantenga la alegría y la tranquilidad, sepa esperar los signos de la voluntad de Dios para el futuro, modere algunas exageraciones de su programa de actos de piedad. Ella, por su parte, se muestra muy dependiente y necesitada de su ayuda; lleva en su casa una vida recogida, en la que parte del tiempo se dedica a confeccionar ropa que, junto con otros objetos y dinero, envía como ayuda a los necesitados en los lugares en que misionan Vicente y sus compañeros.

No se debió a la iniciativa del señor Vicente, nos dice su primer biógrafo, sino a un impulso de la misma Luisa el que ésta pensara en «dedicarse al servicio de los pobres; habiendo pedido al señor Vicente consejo sobre ello, él le dio esta respuesta: Sí, me parece muy bien. ¿Y cómo no, si ha sido Nuestro Señor el que le ha dado este santo sentimiento...? Qué árbol habrá parecido hoy usted a los ojos de Dios por haber producido semejante fruto». El fruto de semejante árbol fue la dedicación total a los pobres durante los treinta últimos años de su vida. Qué laberintos interiores tuvo que recorrer Luisa para que, sin dejar de ser por un solo momento la mujer de oración profunda y de tendencia fundamentalmente mística que fue desde su niñez, se convirtiera en un torbellino de actividad, no lo sabremos nunca. Aunque a Luisa le gustó siempre, y en esto no se parece en nada a su director espiritual, expresar por escrito incluso los aspectos más profundos de su alma, en el tema de que estamos hablando fue casi totalmente muda. Tampoco sabremos a costa de qué desgarramientos psicológicos tuvo que decir adiós a los ambientes sociales refinados en que se había criado y movido hasta entonces para asociar su vida irrevocablemente a partir de 1633 al grupo de campesinas que fueron las primeras hijas de la caridad.

Comenzó su nueva y definitiva vocación en 1629, a los 38 años de edad, en la forma de visitadora ambulante de las cofradías rurales de caridad fundadas por el señor Vicente y sus misioneros como fruto final de sus misiones. Las cofradías eran ya numerosas, y como es fácil suponer no todas funcionaban como se las había imaginado. Luisa se encargó de visitarlas para tratar de poner orden y una nueva vitalidad donde fuera necesario. Esto se dice fácilmente en pocas palabras. Pero tras las pocas palabras se esconde una realidad que estuvo plagada de condiciones duras que pusieron a prueba la capacidad de resistencia física y síquica de Luisa de

Marillac. Está, en primer lugar, el radical cambio de ritmo en una vida que había sido hasta entonces sedentaria, introvertida, totalmente casera, casi conventual en su orden minucioso. Por contraste, la visita a las cofradías exigía un desplazarse continuo de aldea en aldea, sin poner en ninguna la residencia por los más de dos o tres días necesarios para tratar de remediar los fallos de funcionamiento de la cofradía de turno. Todo ello por caminos polvorientos o embarrados, haciendo noches en posadas con frecuencia de tercera categoría, viajando en los muy inseguros e incómodos coches del tiempo. Estaban además, y eran más molestas, las dificultades que provenían de las personas: suspicacias de las oficialas de las cofradías rurales que se sentían vigiladas por aquella dama parisina advenediza, oposición y suspicacias de algún párroco, que no aceptaba con facilidad la actividad de aquella viuda por ser mujer. Ella seguía imperturbable su camino, animada por alguna carta del señor Vicente cuando le había expresado algún titubeo o algún problema, haciendo una vida casi de clausura en el coche tambaleante, saludando al ángel de la guarda de la aldea en que entraba, reuniendo a los niños para catequesis, y a las señoras para sesiones de renovación de las cofradías, a las que acudían también los hombres a escondidas, atraídos por la finura de manera y la habilidad de aquella mujer para hacer accesibles a mentes rudas y a mentes infantiles las verdades de la fe.

Este fue el entrenamiento de Luisa de Marillac en su nueva vocación. Así vivió, acompañada en sus viajes por alguna criada o alguna señora conocida, durante casi cinco años, preparándose sin saberlo para dar a luz, criar y llevar a madurez a una institución que resultó ser una de las más originales y eficaces de entre las muchas inventadas en la historia de la iglesia para trabajar por la redención de los pobres.

(1632)

El día 8 de enero de 1632, el señor Vicente con doce compañeros de su joven congregación, que en total contaba en la fecha con treinta miembros escasos, dejó el modesto colegio de los Buenos Hijos, cuna de la Congregación de la Misión, para trasladarse al priorato de San Lázaro, el mejor y más rico señorío que quedaba en París, situado en las afueras mismas de la ciudad. Con ello el señor Vicente se convirtió de golpe en el señor de San Lázaro, una de las figuras conocidas e importantes de la capital de Francia.

Consta con seguridad que el señor Vicente no hubiera dado un tal paso sino movido a ello por André Duval. A Duval, «gran doctor de la Sorbona», en expresión de Vicente, debía éste, como vimos, el empujón definitivo que le llevó a decidirse a fundar la Congregación de la Misión. Otras muchas cosas debía a Duval el señor Vicente, pues Duval fue su consejero, director espiritual y confesor desde que Berulle dejó de serlo alrededor de 1617.

San Lázaro cayó en manos del señor Vicente literalmente como un regalo llovido del cielo. Cuando él lo recibió San Lázaro se parecía muy poco a la leprosería que fue en su fundación en el lejano siglo XII. Donaciones y privilegios habían llovido

sobre él durante más de cuatrocientos años para convertirse en el siglo XVII en un gran feudo con casi cuarenta hectáreas de tierras de labor dentro de sus muros, muchos otros dominios de cientos de hectáreas en varios pueblos no lejos de París, y un status jurídico que hacía del prior señor y juez sobre las tierras y las gentes de sus dominios. A todo ello había que añadir los edificios necesarios para el trabajo agrícola, una iglesia gótica, el edificio de la comunidad que lo regía y un claustro; en fin, varios otros edificios que habían sido para los leprosos. Sólo había un leproso en aquel momento, y unos pocos alienados mentales.

El prior, Adriano Le Bon, lo era de una comunidad de canónigos regulares que estaban con su prior, por decirlo rápidamente, a matar. Amigos benevolentes intentaron encontrar la fórmula de paz entre uno y otros, sin ningún éxito. De manera que el prior, desesperado, llegó a pensar en renunciar al priorato. Alguien le sugirió el nombre y la congregación del señor Vicente, de quienes el prior no había oído hablar. Después de una investigación para asegurarse de que el hombre era la persona adecuada en quien poder renunciar con dignidad, se encaminó al colegio de los Buenos Hijos. Hizo su oferta sin más preámbulos al señor Vicente. Le dijo que «se sentiría muy feliz de poder contribuir en algo» a las maravillas que según había oído decir hacía su congregación entre los campesinos, y que para ese fin le cedía la propiedad del priorato. Jurídicamente el traslado de la propiedad, aunque encontró posteriormente opositores, era hasta fácil, pues dependía del arzobispo de París, hermano del señor de Gondy, y contaba con el consentimiento de los canónigos a cambio de una pensión anual de por vida.

La oferta era tremendamente halagadora y generosa. Una persona normal la hubiera aceptado con verdadero alborozo más o menos disimulado. Una persona normal. Pero Vicente hacía tiempo que no lo era. Veinticinco años después de que le ofrecieran San Lázaro le ofrecieron otro priorato, el de Saint Martin en la ciudad de Dreux, priorato que no llegaron a darle por razones que se desconocen. Tenía entonces 76 años, edad en la que le suponemos santo y entrenado en el dominio de las pasiones y de los deseos, los buenos y los malos. Pero aún en esa edad avanzada guarda el señor Vicente la vehemencia de los deseos fuertes, sobre todo si parecen buenos. Y aún en esa edad no se fía de sí mismo. La oferta le había venido a través de un joven miembro de la congregación, Nicolás Etienne, quien después de muerto Vicente marchó misionero a Madagascar, donde fue apaleado hasta morir por un cacique nativo que le había invitado a comer bajo el pretexto de que quería hacerse cristiano. Ante la oferta Vicente contestó a Etienne que «convendrá que lo dejemos a un lado por ahora no sólo para cortar los deseos ansiosos de la naturaleza, a la que le gustaría que las cosas ventajosas se realizaran inmediatamente, sino para ponernos en la práctica de la santa indiferencia y darle a Nuestro Señor la ocasión de manifestarnos su voluntad».

Eso es exactamente lo que hizo ante la oferta de San Lázaro, dejarlo «por ahora», aunque aún no era tan santo y no tenía más que cincuenta años cuando se le ofrecieron. Ese «por ahora» duro un año, durante el cual Vicente se negó obstinadamente a aceptar San Lázaro. Por otro lado la oferta no produjo en él una primera reacción de alborozo y júbilo, de deseos ansiosos de la naturaleza, que se

controlan y disimulan más o menos, sino una sorpresa que le dejó literalmente temblando. Única ocasión en su vida en que nos consta que sufriera una tal reacción, este hombre que pasó por situaciones erizadas de dificultades sin perder la calma y el dominio de sí mismo. Así lo cuenta años después: «Cuando el difunto prior señor de San Lázaro vino a ofrecirme esta casa, tenía los sentidos embotados lo mismo que un hombre sorprendido por el ruido de un cañón que se dispara cerca de él sin estar prevenido; se queda medio aturdido por aquel ruido inesperado. Yo me quedé sin palabras, tan sorprendido por semejante propuesta que él, dándose cuenta, me dijo: Cómo, usted está temblando».

Lo cual muestra claramente que hasta ese momento ni para sí mismo ni para su congregación había tenido ni idea ni planes de grandeza o de expansión. El no era más que el inspirador y líder de un pequeño grupo de sacerdotes reunidos en congregación para dar misiones en las aldeas, atender a los galeotes y dar una preparación de urgencia a quienes se iban a ordenar, todo ello limitado casi a los límites de la diócesis de París. Para ese trabajo y para ese pequeño grupo el colegio de los Buenos Hijos era, aunque modesto, suficiente. ¿Cómo iba a ocupar ni siquiera físicamente las vastas instalaciones del priorato; para qué quería él sus muchas tierras y sus muchas rentas? De manera que el señor Vicente, pasado el primer momento de aturdimiento, dijo que no, y se mantuvo firme en su negativa durante un año. Un testigo de la primera entrevista entre el prior Le Bon y el señor Vicente pone en labios de éste lo que sin duda fue la verdadera razón para rechazar la tentadora oferta: «Me asusta su oferta de usted y me parece muy por encima de lo que me atrevería a pensar. Somos unos pobres sacerdotes sin más ambición que servir a la pobre gente del campo». O sea, que para los planes que Vicente tenía en su cabeza en aquel momento. San Lázaro no le servía en absoluto. Le Bon volvió a la carga con su oferta «más de veinte veces en el espacio de seis meses» y se encontró con otras tantas negativas. Por fin perdió la paciencia: «Pero, señor, ¿qué clase de hombre es usted? Si no quiere ni oír hablar de este asunto, dígame al menos si tiene usted en París algún consejero o amigo a quien podemos dirigirnos para tratar de él. Todos los que quieren el bien de ustedes opinan que usted debería aceptar lo que le ofrezco». Vicente sugirió el nombre de André Duval; añadió: «Haré lo que él me aconseje», y cayó en la trampa. Porque Duval le aconsejó, como era de esperar de un consejero y teólogo sensato, que aceptara la generosa oferta de inmediato.

Duval vio claro: el priorato daba al señor Vicente y a su obra unas posibilidades de expansión no soñadas, que sin duda el señor Vicente llevaría a cabo con los años. Duval tenía una altísima opinión de la capacidad de su dirigido. No se equivocó en absoluto. Probablemente se quedó corto en sus expectativas, aunque de todos modos no llegó a ver ni una parte pequeña de lo que el señor Vicente fue capaz de hacer con la antigua leprosería, pues falleció seis años después de que Vicente se instalara para el resto de su vida en San Lázaro.

San Lázaro superaba evidentemente por todos los lados los posibles sueños de su juventud, pero superaba también sus sueños y proyectos de fundador y de misionero del mundo rural. Los hechos que le hicieron ir mucho más allá de lo que se encerraba en el modesto proyecto de fundación de la Congregación de la Misión, y que

terminaron por hacer del señor Vicente una figura histórica, comenzaron el 8 de enero de 1632 cuando dejó el Colegio de los Buenos Hijos y se trasladó al priorato de San Lázaro.

(1633)

Un año después de comenzar a vivir Vicente de Paúl en San Lázaro, el Papa Urbano VIII aprobaba oficialmente su congregación como institución de derecho pontificio. Esto quería decir que lo fundado por el señor Vicente en la diócesis de París, sometido a la autoridad del arzobispo de París, y para trabajar básicamente dentro de los límites de esa diócesis, podía ahora levantar sus ojos por encima de los muros diocesanos para extender su radio de acción a cualquier parte de Francia y, potencialmente, del mundo. Esto último no había entrado aún en la conciencia o en los planes del señor Vicente en la fecha de la aprobación de su congregación por el Papa, mientras que el romper los límites de la diócesis de París era no sólo exigido en aquel momento por el dinamismo de la joven congregación sino que ésta lo había hecho desde el comienzo mismo, misionando tierras de los Gondy fuera de la diócesis parisina o dando algún retiro a ordenandos o misión en diócesis vecinas.

Qué es lo que hizo cambiar de opinión a las autoridades romanas para aprobar en 1633 lo que habían rechazado sólo cinco años antes no consta ni es posible saberlo. Se puede especular sobre ello, y admirar de paso la habilidad y la sabiduría del señor Vicente que consiguió con creces en 1633 lo que parecía imposible en 1628: la aprobación de una congregación que a las autoridades romanas les parecía el embrión de una nueva orden religiosa. Hacía años que en la curia romana se mostraban contrarios a la fundación de ninguna nueva orden religiosa, por varias razones, entre las que destacaban la convicción de que había ya demasiadas órdenes religiosas en la iglesia, muchas de ellas necesitadas de reforma, y de que se sustraían muchos candidatos al clero diocesano a través de las órdenes masculinas.

Pero el señor Vicente insiste en el carácter secular, no-religioso, del grupo suyo; no quiere tampoco él en manera alguna fundar una nueva orden religiosa. Falta además en la aprobación de su congregación cualquier referencia a lo que constituye el elemento esencial de toda institución religiosa, la profesión de los votos. El los ha hecho, ciertamente, pero personal y privadamente, y también algunos de sus compañeros, pero eso es sólo práctica libre de devoción, que no se impone a los que no los quieren hacer. De manera que hablando en términos precisos su congregación no es en modo alguno una orden religiosa, aunque tal vez lo parezca por algunos de sus aspectos. En Roma han debido de llegar a convencerse de que el señor Vicente tiene razón a pesar de la evidente ambigüedad de su postura.

Por otro lado ya no es a estas alturas un total desconocido en los ambientes vaticanos. Están primero las peticiones anteriores que él mismo había cursado cinco años antes y que habían hecho sonar su nombre en la curia romana. Hay además recomendaciones importantes, del rey Luis XIII, de la reina Ana de Austria, del nuncio. Hay ya varios obispos, incluyendo el importante arzobispo de París, que pueden testificar sobre el excelente trabajo de los misioneros del señor Vicente en terrenos tan necesitados, y tan dispares, como el de las misiones rurales y el de la preparación de los ordenandos. Ante estas realidades la objeción de cinco años antes

de que el proyecto del señor Vicente va más allá de los límites de la misión y lleva a la creación de una nueva orden religiosa parece carecer de todo sentido. La misión sigue creciendo en intensidad y en extensión, y el grupo inicial ya crecido sigue profesando netamente su naturaleza secular. Parece evidentemente más sabio aprobar lo que pide el señor Vicente y esperar a ver qué pasa. Lo que hasta ahora ha pasado habla muy alto en favor de quien suplica humildemente al Papa que reconozca lo que había sido concebido siete años antes en el contrato firmado por el señor Vicente y los señores de Gondy, y ha crecido de maneras no del todo previstas en el contrato.

Esto es, en resumen, lo que le aprobaron al señor Vicente las autoridades romanas. Lo fundado por Vicente de Paúl, presbítero de la diócesis de Dax, recibe el nombre definitivo de Congregación de la Misión. El mismo ha sido designado superior general del grupo de sacerdotes, clérigos y legos -a la sazón unos treinta en total- que viven en común bajo su autoridad. Les ha dado las reglas que siguen: el fin principal para el que se ha fundado esta congregación es el dedicarse a la vez a la salvación propia y a la de los habitantes de poblaciones humildes. No deberán trabajar en las ciudades, excepto en los ejercicios a ordenandos a puertas cerradas. La vida espiritual de la comunidad se basará escuetamente en el culto a la Trinidad, al misterio de la encarnación y la devoción a la Virgen María. Los miembros de la congregación obedecerán al señor Vicente. El, y quien le suceda a su muerte elegido por los demás, tendrá la autoridad equivalente a la que tienen los superiores generales de congregaciones semejantes sobre las casas y los miembros de la congregación. Obedecerán a los obispos en sus trabajos misioneros, y también a los párrocos en los diversos trabajos que ejerzan en las parroquias. Fundarán cofradías de la caridad en los pueblos en que den misiones. Deberán recibir en sus casas a los sacerdotes que deseen hacer ejercicios espirituales, y procurarán animarles a que se reúnan mensualmente para tratar sobre casos de conciencia y la administración de los sacramentos. Todo ello deben hacerlo gratis, sin esperar compensación humana, aunque sí el premio divino. El excelente trabajo que han hecho los misioneros de esa congregación desde su fundación ha esparcido su nombre por toda Francia, de manera que ha movido a muchos prelados a llamarlos a sus diócesis.

La bula de aprobación está dirigida no al señor Vicente, ni siquiera a la misma Congregación de la Misión, sino al arzobispo de París, a quien se encomienda que apruebe y confirme en nombre del Papa la existencia misma de la congregación, sus reglas, y el nombramiento del dicho Vicente como superior general vitalicio. Se especifica también en la bula el derecho del superior a obrar en el terreno de los bienes económicos con entera independencia de cualquier otra persona ajena a la congregación. Esto era necesario explicitarlo, y así lo había solicitado anteriormente el señor Vicente. Por un testimonio suyo posterior sabemos que habría renunciado a la propiedad de San Lázaro al poco tiempo de que se lo entregaran si el arzobispo de París hubiera mantenido su pretensión de que Vicente presentara cuentas de la administración del priorato. En una cosa se mantenía algo de la original autoridad del arzobispo de París sobre la Congregación de la Misión. En la bula se concedía al señor Vicente y sus sucesores el poder de dar reglas para el «buen régimen y gobierno, orden y dirección de la dicha Congregación de la Misión». Esas reglas y sus modificaciones futuras deberían ser aprobadas por el arzobispo de París.

Con esta aprobación papal queda constituida ya de manera definitiva después de seis años de prueba una nueva congregación que se llamará de la Misión. Quedan por añadir, y vendrán con los años, algunas cosas de importancia, en particular los votos, que, aunque se seguirán considerando privados, se convertirán en obligatorios con sanción papal. Pero la estructura jurídica general ya está hecha y no sufrirá modificaciones fundamentales. Tampoco en las actividades apostólicas va a haber modificaciones importantes. Misiones y formación de eclesiásticos seguirán siendo hasta la muerte del fundador las actividades principales. Así que cuando al año de instalarse en San Lázaro el señor Vicente recibe la bula que aprueba la Congregación que él mismo ha ido construyendo, tiene ya en sus manos suficientemente estructurado, aunque aún es modesto por el número de sus componentes, un instrumento de renovación de la iglesia de Francia que será de los más eficaces de entre los muchos inventados por la notable explosión de vida religiosa en Francia en la primera mitad del siglo XVII.

Está aún por nacer un importante elemento nuevo, - a decir verdad, no nuevo del todo- que en la enseñanza del señor Vicente a su congregación resultará ser el que predomine y dé sentido a todo lo que ésta haga. Ese elemento es la evangelización de los pobres, de los pobres en general y no sólo de los del mundo rural, como idea vivificadora de las diversas actividades de su congregación, idea que a la altura de 1633 no se ve aún claramente explicitada en la conciencia del señor Vicente. Pero en cuanto a actividades seguirán predominando hasta la muerte del fundador, como queda dicho, las misiones rurales y los diversos trabajos para la formación del clero.

Precisamente en el mismo año de 1633 se comenzó en San Lázaro una nueva forma de trabajo en la formación de los eclesiásticos que vino a ser conocida como Conferencias de los Martes por celebrarse en ese día de la semana. Esto era algo diferente de lo que el señor Vicente y sus hombres habían hecho hasta entonces en el trabajo de formación de sacerdotes, aunque estaba inspirado en la misma idea. Las Conferencias reunían a lo mejor del clero de París, y luego de provincias, para tratar «sobre las virtudes propias de su estado», dice el mismo Vicente.

La idea se la sugirió uno de los sacerdotes jóvenes que se había beneficiado de los retiros para ordenados. Vicente puso de inmediato la organización, un reglamento y los locales de San Lázaro y de los Buenos Hijos a disposición de los que se reunían. Vicente fue, mientras vivió y se lo permitían sus otras muchas obligaciones, dice Bossuet, «el alma de la piadosa asamblea», a la que contribuía normalmente no como ponente principal, pero sí con observaciones, resúmenes y exhortaciones finales que, dice el mismo Bossuet, «escuchábamos con avidez».

El reglamento especifica que la asociación se funda para «honrar la vida de Nuestro Señor Jesucristo, su sacerdocio eterno y su amor a los pobres». No podía faltar este último punto en ningún tipo de actividad de la que Vicente fuera el animador. Ni tampoco podía quedarse en puro sentimiento lo que él entendía por la expresión «amor a los pobres». De manera que el mismo año en que se fundó la asociación

Vicente orientó a sus miembros a dar en la capital una misión a los inquilinos de un hospital para ciegos. O sea, les orientó a hacer con las gentes pobres de París lo que su propia congregación no podía hacer por fundación más que en el mundo rural. La misión para ciegos fue seguida en años posteriores, por sugerencia suya, de otras misiones a albañiles y artesanos, soldados, pobres hospitalizados o asilados. Y cuando la reina en persona solicitó del señor Vicente que su congregación diera una misión en la ciudad de Metz y otra en la misma corte de París, Vicente se creyó obligado a declinar por considerar que el trabajo en ambos lugares se salía del terreno en que debía trabajar la congregación por él fundada, pero envió en su lugar a los miembros de las Conferencias, quienes dieron su misión en ambos lugares con mucho éxito.

Que la verdadera y definitiva vocación del señor Vicente iba a resultar ser no la de misionero rural, que Dios le había revelado por Margarita de Silly, sino la mucho más amplia de evangelizador de los pobres, se lo reveló Dios a través de otras mujeres, las hijas de la caridad, y en particular a través de su fundadora, Luisa de Marillac. Todas las biografías y la opinión general consideran a Vicente el fundador de las hijas de la caridad. El mismo, sin embargo, insistió hasta cansarse en que la fundación era cosa de Dios, no suya, y la consolidación obra más bien de Luisa de Marillac. Esta insistencia del señor Vicente se suele despachar con mucha facilidad atribuyéndola a su humildad. Con esto se quiere decir que como era humilde no hay que hacerle mucho caso, ni tomar su palabra demasiado en serio. Pero habría que hacerle caso, pues precisamente porque es humilde Vicente de Paúl se atiene a la estricta verdad teológica y también a la histórica.

Así nació la Compañía de las Hijas de la Caridad. Margarita Naseau, joven pastora de Suresnes, en aquel entonces un pueblo cercano a París, se presentó al señor Vicente ofreciéndose voluntaria para trabajar en la asistencia a los enfermos. Vicente la dirigió a Luisa de Marillac, quien la puso a trabajar en la primera de las cofradías fundadas en París, en la parroquia de San Salvador. Esto sucedía a finales de 1629 o principios de 1630. Margarita había estado unos pocos años, no se sabe cuántos, viviendo un tipo de vida que no podía deberse más que a la inspiración del Espíritu Santo. El tener que cuidar las vacas desde niña le impidió acudir a la escuela de su pueblo. Se compró «un alfabeto», y con él acudía al párroco, o a cualquier persona con aspecto de saber leer que pasara por donde cuidaba su ganado, y le preguntaba por el nombre de tres o cuatro letras. Así, poco a poco, con constancia y con imaginación se enseñó a sí misma a leer. Se puso de inmediato a enseñar a leer a otras jóvenes, durante las horas de su trabajo de pastora o después de encerradas las vacas en el establo, a veces hasta horas muy tardías. Esto en Suresnes y en los pueblos cercanos, viviendo en condiciones desgarradas: casas abandonadas, comida escasa. Ella misma contó a Luisa de Marillac que una vez que había estado sin comer varios días se encontró al volver de misa con que una mano desconocida le había dejado provisiones para una temporada. Ayudó también con los ahorros de su pobreza a varios jóvenes que llegaron después a ser sacerdotes.

Margarita conoció al señor Vicente en una misión. Había oído hablar de que en París se asistía a los enfermos pobres en sus casas, y se le ofreció para este trabajo. Y aunque era París un mundo nuevo para ella, y la asistencia a los enfermos un trabajo totalmente desconocido, pero que, decía el señor Vicente, ella pensó era mejor que su trabajo anterior. Margarita resultó ser tan eficaz, tan servicial, tan humilde y entregada que llegó a gozar en poco tiempo de la estima general. «Todos la querían porque no había nada en ella que no fuese amable», decía años después admirativamente el señor Vicente. Margarita murió no se sabe cuándo, pero ciertamente antes de que a finales de 1633 se reuniera en casa de Luisa de Marillac el primer grupo de cuatro jóvenes que luego resultaron ser las primeras hijas de la caridad. Murió por exceso de caridad, por haber dejado dormir en su propia cama a una joven enferma de peste, de la que, contagiada, murió ella misma. Al sentirse enferma se fue a morir al hospital de San Luis, «con el corazón lleno de alegría y de conformidad con la voluntad de Dios».

Esta fue la que el señor Vicente calificó innúmeras veces como «la primera hija de la caridad», y propuso como ejemplo y modelo a las que llegaron a pertenecer a la compañía que se fundó después de su muerte. Aunque no fue sólo su vida ejemplar lo que tuvo que ver con la fundación. Su corta vida de sirvienta de los enfermos pobres atrajo a otras jóvenes a seguir su ejemplo. Empezaron a reunirse espontáneamente y a dejarse guiar por Luisa, quien las iniciaba en la vida de oración y en la técnica de asistencia a los enfermos, y enseñaba a leer a las que no sabían. Trabajaban en diversas parroquias de París, ayudando en el trabajo a las señoras de las cofradías, muchas de las cuales se habían cansado del servicio directo a los enfermos, o lo encontraban vergonzoso, o encontraban dificultades para dedicarse a él por razón de las obligaciones familiares, y comenzaron a pasárselo a sus criadas. Pronto tuvo Luisa la idea de reunir a las jóvenes en su propia casa para poder formarlas más a fondo en la necesaria vida espiritual, en cultura y en su trabajo de enfermeras.

La idea de reunir a las muchachas en su casa fue ciertamente de Luisa de Marillac y no del señor Vicente. Este más bien se opuso a la idea durante dos años por la razón de costumbre en el Vicente adulto: porque no acababa de entender o de ver si aquello era de verdad la voluntad de Dios. Aquello era atractivo, aquello era original y hasta curioso, pero no parecía ser exigido, ni siquiera insinuado, por los medios habituales de expresarse Dios en el mundo, los acontecimientos. Es más, Vicente creyó con razón en un primer momento que Luisa sería absorbida por la atención a las muchachas y dejaría por ello el trabajo de visita a las cofradías. Le escribe: «Usted desea convertirse en sierva de esas pobres muchachas y Dios quiere que sea sierva de El y tal vez de más personas a las que no podría servir de esa otra manera». Cedió después de pensarlo mucho, porque «su ángel bueno (el de Luisa) se ha comunicado hace cuatro o cinco días con el mío acerca de la caridad de sus jóvenes». Parece que por fin coincidieron los dos ángeles en pensar que aquello era una buena idea. Con el visto bueno de su director Luisa recogió en su casa a cuatro de entre las jóvenes, campesinas todas ellas como Margarita Naseau. Esto sucedía el día 29 de noviembre de 1633, día que las hijas de la caridad han mirado siempre como su fecha de fundación.

Este es el otro hecho que junto con el de su traslado a San Lázaro un año antes iba a introducir al señor Vicente por caminos que no podía ni sospechar a sus 53 años. Si el priorato de San Lázaro se convirtió poco a poco en la base que iba a hacer de Vicente de Paúl una figura de proyección nacional, la asociación de su nombre al de las hijas de la caridad iba a darle una proyección de alcance mundial, proyección que él por supuesto ni preveía ni siquiera podía sospechar cuando dio el visto bueno a Luisa de Marillac para que reuniera en su casa a las cuatro primeras. Desde el primer momento Vicente fue el animador espiritual de aquel humilde grupo. Se debe reconocer que muy pronto vio las posibilidades de todo tipo que, por encima de servir de simples ayudas a las señoras de las cofradías, ofrecía aquella nueva idea. Fue dotando al grupo de una teología sólida, casi nueva también en la historia de la teología, y ciertamente no debida a ninguno de los maestros espirituales que leyó o que trató en su vida.

Ni Benito de Canfeld, el profundo místico abstracto del que Vicente aprendió el valor absoluto de la voluntad de Dios; ni el padre Rodríguez, del que aprendió la necesidad de una vida ascética total: ni Francisco de Sales de quien aprendió lo que vimos arriba y otras muchas cosas, como la necesidad de una vida auténticamente contemplativa basada en el amor de Dios; ni Berulle, que le descubrió el lugar central que ocupa en la fe cristiana el misterio de la encarnación; ni ningún otro a quien leyó o trató. Gerson, el Kempis, Granada, Teresa de Jesús, Duval, le enseñó lo que fue aprendiendo día tras día de la atención entregada y humilde de las hijas de la caridad a lo más pobre y olvidado de la sociedad francesa de su tiempo: galeotes, niños abandonados, ancianos, enfermos pobres. Una enseñanza práctica que él luego les devolvía elaborada teóricamente en sus charlas, en sus consejos, en su preocupación por cada una de ellas.

Vicente veía con toda claridad que aquello no podía haberlo inventado él, que aquello era obra del amor misterioso y misericordioso de Jesucristo por los pobres, que aquello era la mejor manera de continuar la misión misma del Hijo de Dios en la tierra, que vino a este mundo para evangelizar a los pobres. No lo había inventado él, ciertamente; pero es que ni siquiera le había dado a él la idea el Espíritu Santo, sino a Luisa de Marillac. Y aunque él les hablaba casi semana tras semana, y así hasta la muerte, y les orientaba, y trabajaba pacientemente y sin prisas para que aquella novedad fuera siendo aceptada poco a poco por las autoridades civiles, por las religiosas, por la opinión pública, era Luisa de Marillac la que con una paciencia y flexibilidad infinitas, con un amor a toda prueba, con una constancia de hierro a pesar de las muchas dificultades, las iba modelando para hacer de cada campesina analfabeta que caía en sus manos uno de los modelos más auténticos de fe que había producido la iglesia de Cristo en diecisiete siglos de historia. Aquello era nuevo, aquello no se podía haber inventado por designio, aquello le había cogido a él mismo por sorpresa. El conocía muy bien la historia de la iglesia y sabía, y se lo decía a ellas, que «desde el tiempo de las mujeres que sirvieron al Hijo de Dios y a los apóstoles no se ha hecho en la iglesia ninguna fundación» para hacer lo que ellas hacían y ser lo que ellas eran.

Habían dejado sus casas y sus vacas, sus familias y sus posibles hijos para dedicarse en cuerpo y alma por amor a Cristo a cuidar con amor de hermanas y de madres a los que nadie quería ni cuidaba. No les propone el señor Vicente como modelo de identificación ninguna de las muchas mujeres santas y religiosas del pasado. El modelo de la hija de la caridad es la campesina que era ella misma antes de venir a París, con todas las virtudes de las campesinas virtuosas: sencillez, transparencia, humildad, cordialidad, falta de pretensiones y de ambición, sobriedad, pureza, modestia, pobreza, amor al trabajo, confianza en Dios, obediencia. En suma: la hija de la caridad debe reproducir en su vida una manera de ser que ha sido encarnada a lo largo de muchos siglos en todos los países cristianos por uno de los ejemplares humanos más perfectos que se ha producido en la evolución cultural de la humanidad: la joven cristiana del mundo rural, ejemplar que el señor Vicente conocía muy bien, les dice él mismo, por su experiencia misionera y por su nacimiento.

Vicente quiere que la joven que viene a París para ser hija de la caridad siga siendo como ha sido hasta ahora, como son las jóvenes campesinas antes de que el matrimonio y la maternidad desfiguren un poco, o mucho tal vez, el diseño perfecto. La figura resultante no tiene por qué ser en manera alguna una tímida y apocada figura femenina. Juana de Arco procedía del mismo medio, o Teresa de Jesús, a quien Vicente les propone de modelo con frecuencia: también santa Genoveva, que durante el asedio de París por las huestes de Atila animó a la población a la resistencia; y entre ellas mismas una admirable hermana de la primera generación, Juana Dalmagne, de la que testimonió una compañera suya que «tenía una gran libertad de espíritu y hablaba con tanta franqueza a los ricos como a los pobres cuando veía en ellos algo malo. Una vez que se enteró de que algunas personas ricas se habían librado de impuestos que luego recayeron sobre los pobres, les dijo con toda libertad que eso iba contra la justicia y que Dios les juzgaría por ese abuso».

A veces las mismas jóvenes dieron a su propio fundador una lección sobre el verdadero motivo por el que Dios las había creado. Esto se dio, por ejemplo, en una ocasión, sólo tres años escasos después de la fundación, en que a instancias de la duquesa de Aiguillon, bienhechora extremadamente generosa a quien el señor Vicente no podía negar nada, éste asignó para compañía de ella a dos jóvenes de la Caridad. Las dos se negaron a hacerlo, una después de otra, recordándole, escribe el mismo Vicente, que habían «dejado a su padre y a su madre para entregarse al servicio de los pobres por amor de Dios». Sus nombres merecen pasar a la posteridad. Son estos: María Denyse y Bárbara Angiboust. Y ésta fue la reacción del señor Vicente ante la lección que le dieron las jóvenes. Escribe a Luisa de Marillac: «¿No le emociona ver la fuerza del espíritu de Dios en esas dos pobres jóvenes? No puede usted imaginar el ánimo que esto me ha dado por la Caridad».

Vicente quiere mantener a la joven de la Caridad tal cual ella es. No la retira del mundo por la clausura, pues ha sido diseñada por Dios mismo para ayudar en el trabajo de redención del mundo. Pero sí la retira de los compromisos con el mundo y con el sistema social establecido por medio de la pobreza, la castidad y la obediencia. La pobreza hará que la dedicación de su vida a los pobres no se vea afectada por las trampas y tentaciones del sistema económico en que le toque

vivir, sea cual sea: la castidad la sustrae de los sistemas imperantes en todas las culturas que, como ha descubierto la antropología moderna, consideran los cuerpos de las mujeres como bienes de intercambio. La hija de la caridad no está en venta para el mejor postor. Ha entregado cuerpo y alma gratis a los pobres. La obediencia le libraré de las posibles veleidades e inconstancias de su propia voluntad. Esta joven campesina quiere entregar su vida a los pobres de Cristo hasta la muerte.

A la figura resultante se le ha calificado muchas veces como una nueva forma de vida religiosa, una nueva, original y diferente clase de monja. Pero a cualquiera que mire a esa figura sin prejuicios y sin la deformación profesional de perspectiva que puede producir la especialización de conocimientos en derecho canónico, en historia de la iglesia, en espiritualidad, le parecerá palmario que la figura que Dios se inventó, que Luisa formó y que Vicente de Paúl animó no es en modo alguno una nueva manera de vivir la vida religiosa, sino una nueva manera de vivir la vida secular y seglar cristiana. Luisa de Marillac, cuando las reúne en casa, no deja por ello de ser la viuda de profesión que había sido hasta entonces, ni las cuatro campesinas, al reunirse bajo la dirección de Luisa, abandonan el status jurídico de simples fieles en que las colocó el bautismo. Esto no cambió en sus elementos fundamentales mientras vivieron los fundadores.

Poco más de un mes después de que comenzara humildemente su existencia lo que con el correr del tiempo se iba a convertir en la institución femenina más numerosa en la historia de la Iglesia Católica, terminaba el año de gracia del Señor de 1633. Es seguro que el señor Vicente haría en San Lázaro su habitual día de retiro de fin de año. Un alto de reposo en su agitada vida le revelaría a este hombre de memoria larga y precisa las muchas gracias por las que tenía que mostrar gratitud a Dios desde que vio la luz en una pequeña aldea de Las Landas cincuenta y tres años antes. También volvería a lamentar una vez más, como era su costumbre, los errores, los deseos mal controlados, las ambiciones ciegas que estuvieron a punto de torcer para siempre los designios de Dios sobre su vida.

Como quiera que fuere, allí estaba él, ahora, ocupando una modesta habitación en un edificio de renombre en la ciudad de París, dirigiendo desde ella un movimiento de obras y un número de personas que ya empezaban a ser importantes y conocidos: cofradías parroquiales en el campo y en la ciudad: una congregación de misioneros, una incipiente comunidad de mujeres dedicadas profesionalmente a la caridad. Su nombre sonaba ya con fuerza en los medios sociales de París, en los oídos de varios obispos, entre el clero de la ciudad y las diócesis vecinas; incluso en Roma. Había que dar gracias a Dios por todo ello. Nunca en sus sueños juveniles más ambiciosos pudo el señor Vicente sospechar lo que iba a caer en sus manos, pero por designio de Dios, no como creación planificada de sus, por otra parte, admirables cualidades humanas. Ni puede sospechar lo mucho que está aún por venir, aunque lo que tiene entre manos es ya suficiente para llenar con dignidad las exigencias de cualquier vida.

Tiene que velar para que sus misioneros, unos veinte, estén ocupados durante ocho meses del año en continuar la empresa de catequización de los campesinos que él había comenzado quince años antes. Les forma como misioneros, les anima, colabora con ellos en las misiones, aunque ya con menos frecuencia que en los primeros años. Otras obligaciones le retienen en París: la dirección de los que se quedan en los Buenos Hijos y en San Lázaro, jóvenes clérigos, algunos sacerdotes, algunos hermanos; la atención continua y charla casi semanal con el pequeño grupo dirigido por Luisa de Marillac: la también semanal conferencia de los Martes con el clero de París; la participación en los ejercicios a ordenandos que se tienen en los Buenos Hijos; la dirección del monasterio de la Visitación; la atención a los muchos problemas que surgen en las cofradías parroquiales; en fin, las obligaciones que se derivan de su cargo de capellán general de las galeras. A todo eso hay que añadir los múltiples problemas de administración de un feudo grande y complicado como es el de San Lázaro.

El no podía ver en aquel día final de 1633 que todo eso no era más que prólogo y preparación para lo que le iba a venir encima en los veintisiete años que le quedaban de vida en este mundo. Ni sabía tampoco, por supuesto, que iba a vivir aún otros veintisiete años, ni lo podía esperar razonablemente para sí mismo. Pocos franceses llegaban, como él llegó, a la edad de ochenta años. La mayor parte no llegaban siquiera a los cuarenta. Cualquiera de las varias enfermedades que le perseguían desde años más jóvenes podía haber dado con su cuerpo en la tumba mucho antes, como daban con él periódicamente en la cama las fiebres recurrentes y pertinaces. No era el suyo ciertamente un organismo enfermizo o débil, y por eso vivió tanto, pero pudo muy bien haber muerto mucho antes, y estuvo en peligro inminente de hacerlo más de una vez. Más de veinte años antes de morir estuvo con la idea de que podía morir en cualquier momento; se preparaba cada día para ello, pero no por ello disminuyó el ritmo de su actividad o la regularidad de una vida que comenzaba a las cuatro de la mañana y terminaba a las diez de la noche o más tarde. Entre una hora y otra Vicente de Paúl invertía al día unas doce horas de trabajo, y además el tiempo exigido por las obligaciones regulares de la vida común: rezo del oficio divino, oración, misa, charlas espirituales con su comunidad, recreaciones.

Este hombre, que nació y se crió móvil y andarín, va a tener desde ahora hasta la muerte una vida aparentemente sedentaria. Pero su alma ambiciosa va a seguir moviéndose sin descanso hacia lo profundo de su ser, donde habita Dios, y su espíritu inquieto hasta los límites del mundo.

INTERLUDIO

Mientras hace su día de retiro el señor Vicente vamos también nosotros a hacer un alto de descanso en la narración de su vida. La narración continúa en 1634. El lector apresurado puede -saltarse limpiamente este interludio y continuar a partir de ese punto. No sufrirá mucho con ello la imagen de su protagonista que se desprende de la lectura de este libro, aunque esperamos que lo que aquí se va a decir contribuirá algo a conocer mejor su figura.

Cuestiones discutidas

La vida de Vicente de Paúl no presenta dificultades mayores al biógrafo o al historiador desde el punto de vista de la documentación, pues ésta es abundante, suficiente para diseñar una figura bastante cercana al personaje real. Lo es la documentación sobre él y también la dejada por él mismo, varios miles de cartas y algo más de un par de cientos de charlas a sus misioneros y a las hijas de la caridad, amén de unas pocas a otras clases de gentes. A todo esto hay que añadir como fuente imprescindible de información básica la biografía que Louis Abelly (ver al final Nota bibliográfica), que conoció personalmente al señor Vicente durante veintidós años, publicó sólo cuatro años después de fallecido nuestro hombre. Hay lagunas en la documentación, algunas importantes, pero en conjunto la figura de Vicente de Paúl es tan accesible como lo puede desear el estudioso más exigente para alguien que nació hace más de cuatrocientos años.

Hay sin embargo en su vida una serie de puntos oscuros y discutidos, algunos de ellos discutidos con mucha pasión, de los que vamos a tratar en este momento. No lo hicimos en su lugar por no detener con exceso la marcha de la narración. Hicimos mención de varios de ellos, dando a la vez nuestra opinión y por eso no los vamos a ver aquí de nuevo. Los mencionamos simplemente: su posible origen español; las anécdotas de su precoz caridad y piedad infantil; sus estudios en Zaragoza; el fervor de su primera misa; la esclavitud en África, el punto más acaloradamente discutido de todos; la embajada ante Enrique IV a su vuelta de Roma; el título de licenciado en derecho. Una fuente tardía nos asegura que llegó a poseer el título de doctor en teología. El dato es falso.

Quedan tres puntos, dos de ellos de escasa importancia para conocer la personalidad del señor Vicente, aunque tienen su interés anecdótico: el tercero, decisivo para tratar de comprender la naturaleza de su evolución espiritual y humana.

El primero se refiere a la fecha de su nacimiento, que Abelly coloca en 1576, con lo que Vicente habría muerto a la edad de 84 años. Puede darse como seguro que no nació en tal fecha, sino al menos cuatro años más tarde. El motivo para la fecha que da Abelly está sin duda en la intención de hacer ver que Vicente de Paúl tenía veinticuatro años cuando se ordenó en 1600. Hubiera sido altamente escandaloso admitir en público que este reformador del clero había empezado su vida sacerdotal ordenándose ilegalmente cuatro años antes de lo permitido por el concilio de Trento. No se sabe si fue Abelly mismo el responsable del adelantamiento de fechas; todos los indicios parecen apuntar a algún miembro importante de la Congregación de la Misión. Entre los miembros de la comunidad fundada por el señor Vicente se sabía muy bien el año exacto de su nacimiento, pues las varias menciones de su edad que él mismo hizo en público apuntan todas claramente al año de 1580. Es eso lo que nos ha llevado a escoger ese año como el de su nacimiento, haciendo caso omiso de la sugerencia de Coste (véase Nota bibliográfica) de que Vicente cuando hablaba de su edad añadía invariablemente un año a lo que hoy sería la cuenta normal porque sumaba el año comenzado, aún sin haberlo cumplido entero, a los años ya cumplidos, por lo cual habría que quitar un año a los que él dice, de lo que resultaría que nació en 1581. No

nos parece que haya base para esta afirmación, y además nos parece incompatible con algunas menciones de su edad que hizo el mismo Vicente. Escribe por ejemplo el 12 de octubre de 1639: «En el próximo abril entraré en los sesenta». Efectivamente: suponiendo que había nacido en abril de 1580 tenía al escribir eso 59 años y seis meses.

Quien desee conocer un tratamiento convincente de este punto puede ver el artículo de Fermin Campo, C.M. «1580-1980: cuarto centenario del nacimiento de san Vicente de Paúl», en Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad, Madrid. 1977, pp. 551-555. Lo podrá encontrar en casi todas las casas de la Congregación de la Misión o de las Hijas de la Caridad de España y en algunas de Hispanoamérica.

En cuanto al día de abril en que nació nos inclinamos por el 4 o por el 5, sobre la información dada por Abelly de que Vicente nació un martes de Pascua, información que en este detalle parece ser segura. El año de 1580 el martes de Pascua cayó en el día 5 de abril, san Vicente Ferrer en el calendario, día en el que, si nació, también fue probablemente bautizado siguiendo una costumbre inmemorial en Europa que ha durado hasta este mismo siglo XX. No se puede excluir que naciera en las últimas horas del día anterior, el 4 de abril, que fuera bautizado el 5 y se le pusiera el nombre del santo que se celebraba el día del bautismo. De ahí nuestra indecisión.

El segundo punto anecdótico se refiere a una leyenda muy popularizada cuyo origen está también en Abelly. Nos cuenta Abelly que en una ocasión, cuya fecha no se dice pero que pertenecería a sus primeros tiempos de capellán de galeras, conmovido Vicente por el caso de un galeote que dejaba a su familia desamparada, mandó al carcelero que lo soltara y pusiera en libertad, quedándose él mismo en su lugar. Esto sucedía en Marsella. No afirma esto Abelly a humo de pajas, sino que se basa en el testimonio de personas serias. La evidente leyenda ha contribuido poderosamente a popularizar los aspectos heroicos de la figura de san Vicente y ha sido aceptada universalmente hasta que Coste la rechazó con razón como legendaria, aunque admite que pudo haber algún hecho generoso por parte de Vicente en relación a algún galeote, hecho que luego recibiría la forma en la que nos lo entrega Abelly.

Jean Anouilh, el guionista de la película «Monsieur Vincent», no ha querido renunciar del todo a la leyenda popular, pensando que aun no siendo verdadera revela muy agudamente un aspecto innegable de la grandeza de corazón y de compasión de nuestro hombre. Al darle la forma en que aparece en la película ha dado tal vez con el hecho tal como pudo haber sucedido en la realidad. Compadecido por el agotamiento físico de un galeote, en peligro de ser aplastado por el remo al que está encadenado, Vicente deja el puente de mando en el que se encuentra rodeado de oficiales de marina bien vestidos y perfumados y baja a sentarse en el banco de los galeotes para coger el remo. Esto pudo haber efectivamente sucedido, pero está muy lejos de lo que nos cuenta Abelly.

El tercer hecho es mucho más importante para conocer a nuestro santo. También lo cuenta Abelly, y también ha sido aceptado universalmente, incluso por Coste. Contábamos cómo el señor Vicente nos decía de un doctor teólogo amigo suyo que había caído en una terrible tentación contra la fe por haberse dedicado, después de unos años de vida bien ocupada de trabajos, a la dulce ociosidad como figura de adorno en el palacio de la reina Margarita de Valois. Compadecido de él, nos dice Abelly, se ofreció Vicente a Dios para que librara al doctor de la tentación, estando éste en peligro de muerte, y recayera, si a Dios le parecía bien, sobre él mismo. Dicho y hecho: murió el doctor en paz, y Vicente se vio de repente sumergido en una tentación parecida. La tentación fue terrible realmente. No podía ni recitar el credo cuando trataba de ahuyentarla. Para, a pesar de todo, afirmar su fe, se le ocurrió escribir la fórmula del credo en un papel que colocó sobre su pecho debajo de la sotana. Hizo un pacto con Dios de que era su voluntad expresarle su fe a pesar de las terribles dudas siempre que colocara su mano derecha sobre el pecho. Esto duró, dice Abelly, tres o cuatro años. Dios le libró finalmente de la tentación cuando Vicente hizo un voto o promesa firme de dedicar su vida a trabajar por los pobres. Esto último sería alrededor de 1614.

Es indudable que Abelly creyó firmemente en la veracidad de esta historia, que le llegó, dice él mismo, a través de varios testigos fidedignos a quienes la había contado el mismo Vicente a lo largo de su vida en años posteriores. Con ella creyó encontrar la clave de por qué y cómo su héroe, que en sus años juveniles sacerdotales no había mostrado interés especial por los necesitados, había terminado por ser un admirable modelo en la dedicación a ellos en su vida adulta.

Confesaremos francamente que no creemos en esa historia. Por eso no le dimos cabida en su momento en la narración de la vida de san Vicente. Pero no podemos dejar de mencionarla porque todos los biógrafos, siguiendo fielmente a Abelly, la aceptan tal como Abelly la cuenta. Con ello se explicaría suficientemente la clara ruptura o «conversión» que se percibe en la vida de nuestro santo entre los 30 y 40 años. Pero hay contradicciones cronológicas obvias en el relato de Abelly que no parecen hacerlo admisible. También, y esto tal vez sea más importante, contradicciones psicológicas, pues nos quiere hacer admitir que Vicente de Paúl contó a lo largo de los años el hecho más dramático de su vida interior a varias personas, cuando el mismo Abelly, que conoció muy bien a san Vicente, nos dice, como vimos arriba, que éste no era nada amigo de hablar de los secretos de su alma, hasta el punto de que tiene que admitir que «la parte principal (de san Vicente), la interior y espiritual, nos es desconocida».

No vamos a entrar en más detalles para justificar nuestra postura. Se remite al curioso lector interesado en ello a otra obra del autor, «Diez estudios vicencianos», editorial CEME, Santa Marta, Salamanca, 1983, pp. 30-38.

Los tiempos del Señor Vicente

Vicente mismo pertenecía por nacimiento a una clase sin existencia social reconocida oficialmente, la clase campesina. Richelieu, cardenal y primer ministro, califica a los campesinos de «mulos», que con su trabajo penoso deben mantener y alimentar al resto de la sociedad. Así lo hacían, efectivamente. En un tiempo en que la producción industrial es aún escasa, el campo y quienes lo cultivan son la fuente más segura e importante de riqueza. Pero la propiedad de la tierra está mayoritariamente en manos de los auténticos poderes sociales: la nobleza, la iglesia, la burguesía de toga y estudios y la que busca su riqueza y su influencia social en el comercio, en particular en el comercio ultramarino. Existen además los artesanos, que viven de su trabajo manual. Estos y los burgueses, no aún los campesinos en tiempo de san Vicente, forman el llamado «tercer estado», sin decisivos derechos políticos reconocidos, pero que precisamente en este tiempo comienzan a luchar por conseguir una influencia social creciente. Siglo y medio más tarde, con la revolución francesa, llegaría la burguesía no sólo a conseguir el poder político y económico supremo, hasta hoy mismo, sino que de paso suprimiría sumariamente a la institución monárquica y a los otros dos «estados», la aristocracia y la iglesia, en cuanto fuerzas político-sociales.

La aristocracia cumple la función básica de defender al país con armas y con hombres; las gentes de iglesia deben rezar y velar por el bien espiritual del reino. Ambas funciones llevan consigo fuertes privilegios económicos y políticos. Por ejemplo, tanto la nobleza como las instituciones eclesiásticas están casi del todo exentas del pago de impuestos, que recaen por tanto fundamentalmente sobre burgueses, artesanos y campesinos.

Los dos estados reconocen a la monarquía como poder supremo. Sólo el aspecto puramente espiritual-moral-dogmático de la iglesia escapa al control del rey; también él es hijo de la iglesia y criatura de Dios. Pero también es vicario de Dios para el gobierno temporal, y como delegado de Dios tiene poder incluso sobre múltiples aspectos temporales-institucionales de la iglesia misma: nombramiento de obispos y abades, bienes eclesiásticos, fundación de órdenes religiosas. Incluso la aceptación de decretos y documentos en general provenientes del papa o de concilios está sometida al beneplácito real. Éstos tendrán fuerza legal en Francia si el rey lo quiere. Es un rey absoluto. Que llegara a serlo del todo se debe sobre todo a la acción de dos ministros cardenales, Richelieu y Mazarino. Acompañó a la acción de los dos ministros el pensamiento políticoteológico francés, que con el paso de los años en vida de san Vicente buscó razones para justificar con mayor solidez ideológica el absolutismo práctico de la institución real. Ni el mismo Vicente, que supera en tantos aspectos los límites de la sociedad y de la iglesia de su tiempo y se escapa de ellos, se libera de esta visión de la realeza. Podía haberlo hecho, pues hacía muchos años que Belarmino, así como Suárez y otros teólogos de Salamanca habían llevado a cabo una crítica demoledora del derecho divino de los reyes.

Aunque no faltan quienes creen descubrir los principios de la muy posterior sociedad burguesa-capitalista ya en el siglo XVII, e incluso antes, la sociedad francesa era en ese tiempo fundamentalmente feudal. No se trataba ya ciertamente del

feudalismo que pudiéramos llamar «clásico», el que imperó en estado puro desde el siglo VIII al XI. La importancia creciente de la monarquía a partir de ese último siglo produce una erosión progresiva del poder local feudal. En los tiempos de san Vicente la nobleza no se dedica ya a oponerse al poder centralizante, sino que más bien busca en la cercanía a la corte un afianzamiento para su declinante poder social y económico. Hubo, naturalmente, excepciones de nobles más o menos rebeldes al cambio de los tiempos. Muchos de ellos se aliaron con los campesinos en las muchas revueltas populares del tiempo, e incluso las atizaron para crear problemas al poder central y afirmar de rechazo su propio poder. Les iba a veces en ello su supervivencia, pues el aumento de la presión fiscal sobre los campesinos para financiar los lujos de la corte y las guerras del rey disminuía su capacidad para pagar los impuestos al señor feudal. La población campesina fue el último estamento en liberarse de los lazos feudales. En tiempos de san Vicente la mayor parte de la población rural, que constituía tal vez el ochenta por ciento de los alrededores de 19 millones de la población total, estaba sometida a la vez al poder central real y a diversos poderes locales feudales. El campesino tenía que soportar y mantener a ambos poderes a la vez, y sufrir muy a menudo en su propia carne y en sus bienes las rivalidades entre ambos.

Al Vicente adulto le tocaron muy malos tiempos desde el punto de vista de la paz social y del progreso económico. Innúmeras guerras y rebeliones internas, entre las que destacaron las guerras de religión y las dos Frondas, produjeron en muchas regiones de Francia una destrucción de bienes y de personas que empeoraron las condiciones de vida, siempre precarias, de la población, sobre todo de la rural. A la muerte de Vicente en 1660 el campesino medio vivía sin duda en peores condiciones que sus abuelos.

A esto hay que añadir las guerras internacionales, en las que Richelieu y Mazarino, y Luis XIV luego de la muerte de san Vicente, embarcaron al país para sacudirse el cerco del imperio español. Consiguieron hacerlo, y con ello Francia se constituyó en la primera potencia europea. Esto se consiguió a costa de mucha muerte, mucha destrucción y mucho impuesto que recaía sobre todo, como dijimos, sobre la población campesina.

Hubo en tiempos de san Vicente un fuerte movimiento de oposición a la política internacional de Richelieu, quien nunca tuvo escrúpulos en aliarse con los poderes protestantes si ello resultaba útil para destruir el poder español. La oposición venía sobre todo del llamado «partido devoto», en el que se encontraban hombres muy cercanos a san Vicente, como Berulle, Duval, Miguel de Marillac. San Vicente no perteneció a ese «partido», pero sin duda simpatizaba con sus ideas, aunque nunca expresó esta simpatía en público. Este partido ofrecía una alternativa política que consistía básicamente en buscar un acomodo de paz con el Imperio y dedicar los recursos a reconstruir el país, muy dañado por las guerras internas de religión de finales del siglo XVI y principios del XVII. Pero Richelieu desbancó al candidato a primer ministro del partido devoto, que era Miguel de Marillac, y con ello Luis XIII

pudo embarcar definitivamente a Francia en una política de lucha por la hegemonía que creó las bases de la Francia moderna. El precio que pagó por ello la población francesa, sobre todo la rural, fue muy alto. Tal vez fuera necesario pagarlo para conseguir la prosperidad posterior.

Pero Vicente de Paúl no llegó a conocer esa prosperidad, ni siquiera sus comienzos. A él sólo le tocó ver la destrucción. Sobre sus espaldas y las de sus instituciones cayeron las víctimas de la destrucción, los residuos que fueron dejando como deshechos las guerras internas y las internacionales y el desorden social: niños abandonados, soldados mutilados, enfermos desatendidos, galeotes, artesanos envejecidos y empobrecidos, campesinos expulsados de sus tierras, esclavos. En ellos no estaba en manera alguna el futuro de Francia. Eran las víctimas inocentes de la lucha por el futuro de Francia.

1634-1660

“...LA LLEVARÁ A LA PERFECCIÓN”

DE SAN LÁZARO A LA GLORIA

5

(1634)

Genoveva Fayet se casó en 1613 con Antonio Goussault, consejero real y presidente del Tribunal de Cuentas. Este, aunque señor de Souvigny, no pertenecía a la alta nobleza, sino a la alta burguesía, que aspiraba por aquel tiempo a una participación política mayor que la que la nobleza estaba dispuesta a concederle. Murió en 1631, dejando a la viuda, madre de cinco hijos, una posición respetable, y económicamente muy desahogada. Pudo la viuda haber dedicado el resto de su vida a vivir, a rondar las altas esferas del poder, a ver teatro y asistir a fiestas galantes, pero prefirió dedicarlo a trabajar por los pobres de sus tierras y de otras tierras. Esto hizo hasta su muerte, ocho años después de la de su marido.

Sin que se sepa cómo madame Goussault cruzó sus caminos con los del señor Vicente, y pronto se puso a las órdenes de éste para un tipo de trabajo parecido al que había estado haciendo Luisa de Marillac desde hacía cuatro años. Se conserva una larga carta suya en la que relata las peripecias de un viaje de varios días por pueblos y pequeñas ciudades en los que desarrollaba una serie de actividades: inspección de hospitales, asistencia a los pobres, catecismo a niños y adultos, visita a las cárceles. Viajaba en compañía de tres o cuatro sirvientas de su casa. En el carromato viajero se llevaba una vida de piedad que hubiera satisfecho a la mismísima Teresa de Jesús en sus viajes de fundadora. De piedad y de buen humor. Su figura resultaba muy atrayente para altos y bajos porque, dice, «no pongo cara de reformada, sino que río de buena gana». Advierte madame Goussault en su carta que «resulta muy fácil servir a Dios a este precio». Una señora conocida suya

no pudo reprimirse cuando la vio con un grupo de pobres, el gozo en el rostro, y le dijo que «parecía usted dos veces más hermosa cuando hablaba con ellos».

No había en todo ello ni rastro de exhibicionismo, ni blandura compasiva y condescendencia hacia los débiles. Esta mujer fuerte había descubierto por sí misma, antes incluso de relacionarse con el señor Vicente, los principios de su caridad, principios que expresa así, y que el señor Vicente hubiera sin duda suscrito para sí mismo: «Estoy dispuesta a perderlo todo y a dejarlo todo; prefiero la humildad a todos los consuelos y bienes. El ejemplo de mi Salvador es muy poderoso, pues dejó el seno de su Padre para venir a practicar la humildad en la pobreza y el anonadamiento».

Esto escribía madame Goussault en abril de 1633, siete meses antes de la fundación de las hijas de la caridad, o sea, por el tiempo en que Vicente estaba dando a Luisa de Marillac las últimas largas a la idea que tenía ésta de reunir a las cuatro primeras en su casa. Se ha insinuado con visos de verosimilitud que las últimas dudas del señor Vicente podrían estar motivadas en parte por una indecisión para escoger entre una y otra como fundadora.

Pero a madame Goussault le esperaba otro tipo de fundación que, sin saberlo ella ni él tampoco, iba a lanzar al señor Vicente por caminos que harían de él una figura pública de influencia nacional. Esta experta visitadora de hospitales conocía a la perfección por sus muchas visitas el estado de los enfermos en el mayor hospital que había en Francia en aquel tiempo, el Hotel-Dieu de París, junto a Notre Dame. El Hotel-Dieu recogía exclusivamente a enfermos pobres. Los ciudadanos enfermos que tenían medios para pagar los honorarios correspondientes eran atendidos a domicilio por los médicos, y evitaban así las lamentables condiciones del «Hotel». Condiciones que eran en verdad lamentables en todos los aspectos. La idea de la institución era, como se dijo arriba, medieval, y había funcionado con competencia y eficacia a lo largo de varios siglos en toda Europa. Pero como tantas otras instituciones medievales que perduraban aún en tiempos del señor Vicente, también ésta daba señales alarmantes de decrepitud e ineficacia. Era otro caso más de institución sabia y bien adaptada a las necesidades del tiempo en que se creó, que prolonga su existencia tristemente en circunstancias sociales para las que ya no sirve. Unos veinticinco años antes de los hechos que vamos a relatar los hermanos de San Juan de Dios habían fundado un hospital modelo y «moderno», el de la Charité, que el señor Vicente solía visitar en sus primeros años parisinos, del que las autoridades civiles y eclesiásticas de París podían fácilmente haber aprendido para mejorar la asistencia a los enfermos en el Hotel-Dieu. Pero no lo hicieron, en parte por rutina y en parte porque el aplicar lo que podían haber aprendido les hubiera resultado más caro. Invertir más recursos en la atención a gente socialmente poco útil o inútil del todo hubiera sido perder demasiado dinero. En la Charité, aparte de otros aspectos de higiene y alimentación, cada enfermo disfrutaba de su propia cama, mientras que en el Hotel-Dieu era muy común que en la misma cama reposaran hasta tres o cuatro pacientes. De manera que la espantosa secuencia del hospital en la película «Monsieur Vincent», película que en otros casos trata los hechos históricos con cierto desparpajo, se atiene en este caso a la rigurosa historia.

Eran también casi tan lamentables las condiciones de asistencia religiosa. Aunque este aspecto caía bajo la competencia de los canónigos de Notre Dame, no se excedían estos en la atención a los pacientes, ni tampoco lo hacía una numerosa comunidad de monjas agustinas encargadas de la asistencia a los enfermos de la institución.

Fue la señora Goussault la que tuvo la idea de mejorar las condiciones de alimentación y de asistencia religiosa en el Hotel Dieu, y no el señor Vicente, quien a la primera proposición de la señora para que se encargara de promover las mejoras puso más bien objeciones. Le parecía, con razón, que una tal idea entrañaba el meterse en terreno ajeno, cosa que al señor Vicente siempre repugnó, terreno que, aunque mal atendido, tenía sus responsables, que eran además importantes y numerosos.

Pero como la Gondy o Luisa de Marillac, o tantas otras mujeres de voluntad fuerte que se cruzaron en los caminos del señor Vicente, tampoco la señora Goussault era el tipo frágil femenino que se echa atrás ante la primera negativa. Para convencer al señor Vicente, y si no para convencerle al menos para que aceptara lo que se le proponía, la Goussault apeló a un medio, no diríamos a un truco, que ella, conociendo al señor Vicente, sabía era de tener resultados infalibles. Habló con el arzobispo de París para que éste aprobara el plan y encargara de su ejecución al señor Vicente. Cosa que el arzobispo hizo de inmediato.

La idea de la señora Goussault era en parte nueva y en parte inspirada por el modelo de las cofradías de caridad parroquiales inventadas por el señor Vicente. Se trataba también en este caso de una cofradía de caridad, pero no radicada en una parroquia para la asistencia domiciliaria a los enfermos sino exclusivamente para la asistencia a los enfermos del Hotel-Dieu. Tampoco la actividad de las cofrades del Hotel-Dieu coincidía del todo con la propia de las cofradías parroquiales. Estas insistían en la atención total corporal y espiritual, aunque daban la preferencia a la primera. La cofradía del Hotel-Dieu destacaba, en contraste, la segunda, la atención espiritual, muy descuidada por los varios capellanes nombrados por el cabildo de Notre Dame. Estos se limitaban, cuando lo hacían, a administrar los sacramentos a los enfermos al ingresar al hospital o cuando estaban a punto de salir de él camino del cementerio. Las señoras se encargaban de proveer de asistencia religiosa, de catecismo, de exhortaciones, de compañía y de consuelo a los enfermos. Eran al principio casi cien, casi todas ellas de la alta y media burguesía, como lo era la fundadora misma. Se entregaron a su tarea con entusiasmo. Dejando a un lado sus joyas y sus galas vistosas, se acercaban al enfermo vestidas modestamente, con cordialidad y con sinceridad. De la eficacia de su labor y su aceptación por parte de los enfermos queda un testimonio, tal vez un poco exagerado, de que sólo en el primer año de su actividad consiguieron la conversión al catolicismo de 760 reformados y mahometanos. No entraban en el aspecto propiamente técnico de la atención sanitaria, competencia de la comunidad agustina, pero sí mejoraron sustancialmente con sus propios medios la alimentación de los enfermos, aspecto en el que eran ayudadas por algunas hijas de la caridad.

A todo esto su director intentó dotarlo de unas ideas, de una teología habría que decir con más propiedad, y de una organización que garantizara a la vez el carácter

estrictamente cristiano de la empresa y su duración en el tiempo. Para asegurar esto último fue elaborando un reglamento en el que aparecen aspectos que, desde Chatillon, se habían hecho característicos de su estilo de organizador: autonomía de la organización con dirección y cargos propios, reuniones periódicas, vida de piedad intensa, ayuda mutua entre los miembros de la cofradía, descripción realista de la manera de asistir a los enfermos evitando con cuidado todo lo que pudiera recordar la distancia social entre los pacientes y ellas. Se les llega a sugerir que «al visitar a los pobres del hospital visitáis a Dios mismo», y que deben dar «gracias a Dios por el favor que os hace de servir a sus miembros pobres». No deja esta idea lugar alguno a la vanidad o al sentimiento de superioridad casi inevitable en quien se sabe superior socialmente. No todas las señoras que fueron miembros de la cofradía serían capaces de llegar a aceptar con sinceridad en su conciencia lo que esta idea tiene de demoledora de prejuicios y privilegios sociales. Algunas sí lo hicieron, y entre ellas la primera y fundadora, la señora Goussault, que fue elegida por las demás como primera «superiora» de la cofradía, y Luisa de Marillac, presente desde el comienzo en la fundación. No faltaron en la cofradía, aunque no fueron numerosos, los casos de damas de la alta nobleza. Habría que destacar a Luisa María de Gonzaga, posteriormente reina de Polonia, y en particular a la admirable duquesa de Aiguillon, sobrina de Richelieu, que presidió la cofradía durante veinticuatro años a partir de 1651.

La idea de la cofradía del Hotel-Dieu prendió rápidamente entre señoras «de alta calidad», dice con cierto orgullo y sorpresa de campesino el señor Vicente. De hecho no faltó en el rápido éxito inicial una buena dosis de idea que se pone de moda entre señoras bien. Se acepta inicialmente con entusiasmo, pero pronto se abandona ante las desagradables e incluso repugnantes circunstancias del trabajo que se pide. De manera que aunque el número de las fieles y constantes era crecido y seguro, no escaseaban las que atraídas en principio por la idea de la cofradía, motivadas tal vez en parte por la mala conciencia de saberse ricas ante tanta pobreza, pronto se cansaban del desagradable trabajo, y volvían a sus brillantes bailes y a sus teatros, que el director pensaba eran incompatibles con la pertenencia a una cofradía dedicada a trabajar por los pobres. Esto parece sugerir el señor Vicente, que en varios lugares de su correspondencia se queja de que no se sabe con cuántas se puede contar con seguridad. Pasado el entusiasmo de los primeros meses la cofradía fue reduciendo el número de miembros comprometidos en firme, que veintidós años después de la fundación eran, dice Vicente, «cuarenta o cincuenta».

Pero para cuando escribía eso en 1656 las cuarenta o cincuenta damas de la cofradía de la caridad del Hotel-Dieu se habían convertido en un cuerpo altamente entrenado en la generosidad y en el trabajo por los pobres en obras múltiples que desbordaban con mucho el muy limitado carácter asistencial y de mero alivio de la pobreza que entrañaba la idea original de la señora Goussault, y que a él no le podía satisfacer del todo. El ensanchamiento de perspectiva se lo dio a la cofradía el señor Vicente, mientras que la asociación de éste con un grupo de señoras socialmente importantes en trabajos que se extendieron por Francia le dio a él una visión de posibilidades de trabajo y un nombre de alcance nacional.

Pero tal vez más importante que todo esto en una perspectiva de la historia total de la iglesia y de la sociedad sea lo que hemos llamado arriba la teología de la cofradía, que supone una ruptura con la visión aceptada en su tiempo, y de la que es rigurosamente responsable el señor Vicente. Digamos, de paso, que esta misma teología la aplica, como veremos enseguida, en múltiples ocasiones y aún con mayor profundidad a las hijas de la caridad, que nacieron en un primer momento como meras ayudantes de las señoras de las cofradías parroquiales y de las del Hotel Dieu. Dejemos que la exponga él mismo. Habla a las damas del Hotel Dieu: «La excelencia de vuestro trabajo se muestra en el hecho de que continuáis por él el que hacían las viudas de la iglesia primitiva. Vosotras, igual que ellas, atendéis al cuidado corporal de los pobres y, como ellas, también al espiritual de las personas de vuestro sexo. Al hacer eso tenéis una especie de dispensa de la prohibición que os hace san Pablo en la primera carta a los corintios, capítulo 14: Cállense las mujeres en la iglesia, pues no se les permite hablar. Y en la primera carta a Timoteo: A la mujer no le permito enseñar».

San Pablo no permite a las mujeres enseñar en la iglesia, pero el señor Vicente, que cree legítima «una especie de dispensa de esa prohibición», les anima a que lo hagan. Ya es una muestra suficiente de coraje basar una obra que se pretende cristiana en una idea que parece contradecir una de las fuentes principales del espíritu cristiano como son los escritos de san Pablo. Pero más coraje exige aún el ir contra corriente de ideas socialmente aceptadas como intocables, y sancionadas además, como casi todo en aquel tiempo, por una pretendida idea religiosa y por la sacralización de la historia. Pero el señor Vicente, que sabía mucha historia, no tenía a la historia ningún miedo, ni aun respeto, si este sentimiento había de ponerle un obstáculo para hallar medios eficaces en su dedicación obsesiva a la redención de los pobres. «Hace ya unos 800 años que las mujeres no tienen cargo público en la iglesia. Había antes las que se llamaban diaconisas, que se cuidaban de poner orden entre las mujeres en las iglesias y de instruirles en las ceremonias que se usaban entonces. Pero hacia el tiempo de Carlomagno, por un designio escondido de la divina providencia, esta costumbre dejó de existir, y vuestro sexo fue privado de todo cargo. Pero he aquí que esta misma providencia se dirige ahora a algunas de vosotras para que supláis lo que faltaba a los pobres enfermos del Hotel-Dieu».

La señora Goussault participó en la obra del Hotel-Dieu durante cinco años y colaboró también con dedicada entrega en otras obras del señor Vicente, en particular en la consolidación y primeros trabajos de las hijas de la caridad. Su muerte en 1639 es descrita así admirativamente por Vicente de Paúl: «ha empleado santamente la enfermedad que precedió a su muerte, que fue larga y dolorosa; murió con gozo y con júbilo». Se cumplía también en ella lo que el señor Vicente vio por experiencia en otras muertes similares, experiencia que le hacía decir y escribir que quien había dedicado su vida a servir a los pobres no tenía por qué tener miedo a la muerte y temer el juicio de Dios.

Pocos días después de constituida la cofradía de la caridad del Hotel-Dieu, el último día de julio de 1634, siguiendo una costumbre casi semanal que, mientras no se lo impedían otras obligaciones mantuvo hasta su muerte, Vicente de Paúl hablaba al pequeño grupo de muchachas ayudantes de las señoras de las diversas cofradías. El pequeño grupo inicial de cuatro había crecido desde noviembre del año anterior, fecha de la fundación. Eran ahora exactamente doce. Ninguna de ellas pasaba de los veinticinco años. La lectura de esta charla, que no es la primera de las que pronunció pero sí la primera de las 119 que se conservan, revela la sencillez prístina y jugosa de una idea humilde que iba a evolucionar fuertemente y a tomar proporciones totalmente imprevisibles en la historia. Pero esto no lo sabía, ni siquiera lo podía barruntar, ninguna de las catorce personas presentes, aunque el señor Vicente no puede dejar de insinuar que esto tal vez sea «el comienzo de un bien muy grande que quizás durará perpetuamente», y que «hay grandes esperanzas de que vuestra pequeña comunidad dure y aumente». La criatura es aún un poco informe, pero ya, a sólo siete meses de su nacimiento, Vicente le provee de un alimento fuerte que iba a resultar muy adecuado para el crecimiento posterior.

La charla tiene lugar en la vivienda de Luisa de Marillac, en una pequeña habitación, sentadas casi todas en el suelo. Luisa toma notas de lo que se dice, sentada en una silla baja, apoyando el papel sobre la rodilla. No puede darnos, naturalmente, una redacción exacta y literal de lo que dice el señor Vicente. A veces se le deslizan en el texto pequeños errores. Pero Luisa de Marillac es muy cuidadosa y quiere ser muy fiel. Por otro lado conoce bastante a fondo, después de una relación de diez años, el pensamiento y la vigorosa manera de expresarse de su director. Terminada la charla toma sus notas y en la soledad de su habitación trata luego de reproducir no sólo las ideas sino incluso los epítetos vigorosos, las exclamaciones abundantes, la a veces complicada estructura de los períodos largos. No hay apenas en la redacción final de Luisa ni los solecismos ni los desajustes sintácticos inevitables en una charla familiar como lo es la del señor Vicente. Luisa ha sido entrenada de muy niña en el dominio de la gramática y la lengua francesas y trata de ser muy fiel a ellas.

La reunión comienza con una breve oración de rodillas. «Mis buenas hijas (o tal vez <jóvenes>; la palabra original se presta a ambas traducciones), hace ya algún tiempo que os habéis reunido para vivir un ideal común». La idea que les trajo a París, animadas por alguna señora de cofradía rural, algún párroco o algún misionero del señor Vicente, o por el mismísimo Espíritu Santo, tal Margarita Naseau, era simple y nítida: servir como enfermeras voluntarias y asistentes domésticas en los domicilios de los enfermos pobres. Esta idea tiene una profundidad mayor de lo que aparece a primera vista. Vicente se lo dice desde el principio, y lo repetirá mil veces a lo largo de los años: «La providencia os ha reunido a vosotras doce con el designio de que honréis su vida humana en la tierra». Pronto evolucionará su lenguaje y desaparecerá de él el extraño y teológicamente culto verbo «honréis», algo desconcertante sin duda para sencillas campesinas, y cambiará la expresión por otra típicamente suya, directamente descriptiva y no inspirada por ninguno de los autores espirituales que había leído. Expresión que seis años más tarde recibirá esta forma

lapidaria: «Para ser verdadera hija de la caridad hay que hacer lo que hizo el Hijo de Dios en la tierra».

De manera que lo que se espera de estas jóvenes generosas y sencillas es que, como Cristo, trabajen continuamente por el prójimo, visiten y curen a los enfermos, instruyan a los ignorantes para su salvación. Y, como decía a las damas de la caridad, también les dice a ellas: «Tenéis la dicha de ser las primeras llamadas a este trabajo santo. Desde el tiempo de las mujeres que servían al Hijo de Dios no se ha hecho en la iglesia ninguna fundación para este fin». El señor Vicente sabe muy bien que esto es algo nuevo en la historia de la iglesia. Pero que es también algo muy diferente de la cofradía del Hotel-Dieu. Pues el ideal, que es en buena parte común a las señoras y a las jóvenes de la caridad, lo van a vivir éstas, no así las cofradías, en común, en la misma casa, bajo la autoridad solícita de Luisa de Marillac, con una vida de piedad más intensa también en común, «una gran cordialidad y caridad las unas con las otras», disponibilidad para ir a donde sean necesarias, pues «yo no soy ni de aquí ni de allí, sino de todas partes donde Dios quiere que yo esté», «un despego total del padre, de la madre, de los parientes y los amigos», un desasimiento de la apetencia por los bienes materiales, pues «Dios ha prometido que las personas que cuiden de los pobres nunca carecerán de nada».

Inicialmente el trabajo de estas jóvenes está subordinado a la actividad de damas y señoras de las cofradías, y por eso Vicente les recomienda que tengan «siempre con ellas mucho respeto». Trabajan en varias parroquias de París, dos en la parroquia de San Salvador, dos en San Nicolás, tres o cuatro en la de San Pablo, una en la de San Benito, y las que quedan, junto con Luisa de Marillac, en el Hotel-Dieu. Su vida está sometida a un horario exigente, que comienza a las cinco de la mañana «siempre que los trabajos de la caridad os permitan acostaros a las diez», oración, misa, trabajo por los enfermos. Incluso el tiempo que puedan tener libre después de terminada su jornada de trabajo deben emplearlo «en aprender a leer, no para vuestra utilidad personal» sino para que puedan enseñar. De hecho muy poco tiempo después de esta charla comenzaron a trabajar algunas de ellas en pueblos y aldeas, donde además de atender a los enfermos daban escuela a las niñas.

La joven que se sentía llamada a esta muy peculiar cofradía de la caridad debía saber desde el principio que lo que aquí le esperaba era una continuación de lo que se esperaba de ella en su propia vida: olvidarse de sí misma y dedicarse a servir sin pensar jamás en ser servida. Las verdaderas campesinas «vuelven del trabajo a casa para tomar una comida ligera, cansadas y fatigadas, mojadas y llenas de barro; pero en cuanto llegan se ponen de nuevo a trabajar, si hay algo que hacer; y si su padre o su madre les mandan que vuelvan, vuelven de inmediato sin pensar en su cansancio, ni en el barro, y sin mirar cómo están arregladas. Así tienen que obrar las hijas de la caridad», que deben «preferir el bienestar de los enfermos al suyo propio». «En esta compañía -diría años más tarde- no hay sitio para personas débiles o delicadas».

Ante un programa y un ideal tales, que suponen la frustración sistemática de todo (o que solemos tener, un poco paganamente, por deseos o ideales o derechos humanos, se podría haber supuesto fácilmente que el experimento de Luisa y de

Vicente no iría a ninguna parte por falta de aspirantes a un modo de vida tan austero. La historia ha demostrado la vacuidad de la suposición, a la vez que ha dado la razón al coraje de ambos. O se podría al menos sospechar que el número rápidamente creciente de hijas de la caridad se basaría sobre todo en el hecho de que acabarían predominando entre ellas las de temperamento blando, fácilmente moldeables, con poco espíritu de iniciativa y tal vez con menos ganas de casarse. Pero leamos lo que dice el señor Vicente en carta a Luisa de Marillac para saber el tipo de mujer que él prefería para esta vocación terrible que andando el tiempo les iba a llevar a trabajar entre forzados a galeras, niños nacidos del pecado y no queridos por nadie, ancianos abandonados, víctimas de la peste, mercenarios mutilados, campesinos de tierras devastadas: «He visto a la buena Magdalena. Creo que habrá que trabajar un poco con ella; sus pasiones son un poco fuertes. Mas, qué, cuando se tiene la fuerza de superarlas luego se obran maravillas. Admítala. En cuanto a esa buena joven de Argenteuil que es melancólica creo que hace usted bien en poner dificultades para recibirla, porque el espíritu de melancolía es un espíritu extraño».

Una tal forma de vida no excluye sino que más bien incluye explícitamente el estar dispuestas a morir por la caridad de que son hijas. Alrededor de un año después de la charla que venimos comentando fallecía una de ellas, la primera, cuyo nombre no ha pasado a la historia. Así comentaba su muerte el señor Vicente: «¡Ya tenemos la primera víctima que Nuestro Señor ha querido tomar de entre sus jóvenes de la Caridad! ¡Sea bendito por siempre! Espero que ella será muy feliz, porque murió en la práctica del amor de Dios, ya que murió practicando la caridad».

De eso está seguro el señor Vicente, y ya en esta primera charla expresa una de las ideas básicas, si no la fundamental, de lo que iba a ser el espíritu y el estilo propios de las hijas de la caridad. En la convicción de que «servir a los pobres es ir a Dios, y debéis ver a Dios en sus personas», puede decirles sin miedo a posibles e incluso fáciles riesgos de ser mal interpretado que «cuando dejéis la oración y la misa por el servicio a los pobres no perderéis nada». «Dejar a Dios por Dios» sería su manera posterior y definitiva de expresar esta idea fundamental en una fórmula muy breve y muy gráfica que Vicente atribuye a Tomás de Aquino.

La charla ha durado alrededor de una hora. Al final «todas se pusieron de rodillas. Y dijo el señor Vicente: Que la bondad de Dios grabe en vuestros corazones lo que yo, pobre pecador, acabo de decirlos de su parte, de manera que lo podáis recordar para llevarlo a la práctica y ser así verdaderas hijas de la Caridad. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén».

(1635)

En 1635 Vicente de Paúl fundó en Toul la primera casa de su Congregación de la Misión fuera de París. No podía haber escogido para fundar un sitio peor y un peor momento.

Desde que fue nombrado primer ministro en 1624, Richelieu se las había arreglado para suscitar enemigos daneses, suecos, alemanes, contra la poderosa casa de Austria, evitando cuidadosamente el envolver a Francia abiertamente en la guerra. El se dedicó mientras tanto a reforzar sus propios ejércitos y su marina de guerra. Pero una serie de reveses, la derrota de suecos y príncipes alemanes aliados en Nordlingen, el asesinato de Wallenstein, brillante general de las tropas del Imperio que se había sublevado contra el emperador y creado el desconcierto en las tropas imperiales, desconcierto que se terminó con el asesinato, hizo que Richelieu creyera inevitable la declaración abierta de guerra contra España, para continuar por las armas lo que hasta entonces había tratado de conseguir por otros medios menos declaradamente bélicos. Ni antes ni después de la declaración de guerra en 1635 tuvo escrúpulos Richelieu en buscar sus aliados entre los poderes protestantes. El sin duda hubiera preferido no tener que hacerlo si, teniendo en cuenta su ideal de seguridad y poder de su nación, esto hubiera sido posible en las enmarañadas condiciones políticas del tiempo. El célebre capuchino padre José, el llamado «eminencia gris» de Richelieu y ejecutor de sus planes más tenebrosos, trató durante largo tiempo de convencer a su señor de que lo acertado era, en la línea del «partido devoto», una política de pacto entre poderes católicos contra los protestantes. Pero acabó pensando como Richelieu, convencido como éste de que lo que buscaba el Imperio no era tanto la grandeza y seguridad del mundo católico cuanto la hegemonía propia. Vistas así las cosas, la alianza con los protestantes se convertía en un dato lamentable, pero inevitable, de realismo político, que el padre José acabó aprobando ante esta consideración: «Esto (la política de alianza con los protestantes) debe usarse como usamos los venenos, que en pequeña cantidad sirven de antídoto, y en demasiada cantidad matan».

Los varios papas de la primera mitad del siglo XVII nunca miraron con buenos ojos las diversas alianzas de Francia con los protestantes. Pero a la vez evitaron cuidadosamente el tomar partido en las rivalidades entre Francia y el Imperio. Sin duda temían, lo mismo que Francia, la excesiva hegemonía del poder español, del que habían recibido muestras no del todo agradables, sobre todo la del llamado «saco de Roma» en los tiempos de Carlos V. En relación a Francia la política papal fue básicamente una política de atracción y apaciguamiento, motivada entre otras razones por la esperanza de que Francia usara su crédito en el Próximo Oriente en favor de los misioneros católicos. Esta fue la razón fundamental que motivó el que en 1622 la sede de París fuera elevada a arzobispado, y el que Richelieu, joven obispo de Luçon y protegido de la reina María de Médicis, fuera nombrado cardenal a la edad de 37 años.

«Mi primer objetivo -escribe Richelieu- ha sido siempre la majestad del rey; el segundo, la grandeza del reino». El mayor obstáculo para su ideal de grandeza para Francia era el poder del Imperio. De manera que el enemigo estaba claramente definido, y también los motivos, que en este caso no eran en manera alguna religiosos, para que fuera enemigo. El Imperio tenía efectivamente casi totalmente rodeada a Francia.

Las hostilidades se centraron en el ducado de la Lorena, al oeste de Francia, ducado independiente que había sido ocupado por tropas francesas en 1633. Durante ocho años a partir de la declaración de guerra, la Lorena fue sometida a una devastación sistemática de tierras y poblados, y a una exterminación de sus habitantes, con todo los horrores de destrucción que se pueden imaginar, por parte de ejércitos franceses, suecos y españoles, compuestos en su mayor parte de mercenarios mal pagados que se cobraban lo adeudado en los bienes de los habitantes de la Lorena.

La ciudad de Toul era un enclave de soberanía francesa dentro del ducado independiente. También Toul sufrió los horrores de la guerra. Precisamente el año en que el señor Vicente fundó en ella la casa de su congregación las tropas imperiales se apoderaron de Toul. Los misioneros del señor Vicente no encontraron más que destrucción, muertos sin enterrar, heridos y mucha hambre. Hubo, dicen, madre que llegó a comerse a su propio hijo. La casa de Toul fue la primera casa de la Congregación de la Misión en la que los misioneros del señor Vicente empezaron a practicar una forma de acción directa en favor de los necesitados inspirada en el ejemplo y las ideas de su fundador. Acogieron en su propia casa a unos cincuenta pobres, muchos de ellos enfermos. Atendían además a más de cien en una granja fuera de la ciudad. Vicente enviaba desde París el dinero que podía, siempre insuficiente, de lo que en 1638 se quejaba el superior, du Coudray, uno de los tres firmantes del acta de asociación para la fundación de la Congregación de la Misión en 1626. Escribía a Vicente, dice este mismo, que «o le ayude, o le mande volver (a París), o le deje morir con aquella pobre gente», expresión que ciertamente revela a las claras lo desesperado de la situación, pero también la sólida fibra moral de los misioneros que se dejaron influir por el alma del fundador.

A pesar del desorden y de los desastres de la guerra, los misioneros de la casa de Toul no dejaron de trabajar en sus obras propias, misiones rurales, ejercicios a ordenandos, trabajo por los necesitados. Les vino encima además la atención de dos parroquias, una fuera y otra dentro de la ciudad, actividad ésta que, sabemos por testimonios de la correspondencia de Vicente, se aceptó de mala gana y no hizo más que crear problemas a la dedicación a las otras actividades que el fundador veía como propias de su congregación. No fueron estas las únicas parroquias de las que se encargó la Congregación de la Misión en vida del fundador. Hubo otras varias, y todas se aceptaron a regañadientes porque se veían todas como obstáculos al carácter misionero de la congregación. En casi todos los casos Vicente las aceptó ante ofertas o presiones a las que no pudo resistir. El propio cardenal Richelieu fundó y financió generosamente una casa de la Congregación de la Misión en su ducado, firmó el contrato a una con el señor Vicente, y le faltó tiempo para pedirle que sus misioneros se encargaran también de la parroquia en su ciudad ducal. «Esa gran parroquia me da miedo», escribía Vicente en 1638, pero tuvo que terminar por aceptarla.

Fue probablemente en alguna de las conversaciones previas a la fundación de la casa de Richelieu, o tal vez incluso el día en que el cardenal y Vicente firmaron el contrato, cuando éste, concedor en detalle por la correspondencia de sus hombres de la desastrosa situación de la Lorena después de tres años de guerra declarada, pensó

que podía apelar a quien tenía en buena parte las llaves de la paz para que diera fin a la guerra destructiva. Se lo pidió echado a sus pies, en términos emocionados y desgarradores: «Dénos la paz, monseñor; apiádense de nosotros, dé la paz a Francia».

Richelieu tuvo siempre un curioso respeto, tal vez incluso admiración, por el señor Vicente y sus obras, a varias de las cuales contribuyó posteriormente con generosidad. Sin duda fue su ejemplo lo que inspiró a su propia sobrina, la duquesa de Aiguillon, e hizo de ésta la ayudante más generosa y más dedicada con que contó el señor Vicente hasta su muerte. Unos años después de la escena que estamos relatando volvió el señor Vicente a acudir ante Richelieu para ofrecerle en nombre del papa mismo 100.000 escudos, unas 300.000 libras, y pedirle que interviniera en defensa de Irlanda invadida por las tropas protestantes inglesas. Hay un toque de condescendencia irónica en la respuesta del cardenal ante la candidez del señor Vicente, a quien advierte que con 100.000 escudos no hay ni para empezar, porque «el ejército es como una gran máquina que cuesta mucho mover».

Pocos hombres en Francia se hubieran atrevido a hacer lo que hizo el señor Vicente en ambas ocasiones. Pues se conocía muy bien el carácter terrible de Richelieu, que, aunque era un maestro consumado de disimulo y autocontrol, explotaba a veces con la furia de una violenta erupción volcánica ante la mera insinuación de cosas que fueran en contra de otras cosas que él quería con firmeza en sus planes políticos. No amaba él la guerra, ciertamente, pero quería con toda la fuerza de su alma conquistar la Lorena. Pero tampoco ante la petición del señor Vicente sobre la paz en la Lorena explotó Richelieu. Aquel campesino sacerdote de mediana estatura, rostro amable y aire un poco malicioso, parecía ejercer sobre él un extraño influjo. Y en esta ocasión también con suave condescendencia y sin faltar del todo a la verdad, le contestó: «Señor Vicente, también yo quiero la paz y trabajo por ella. Pero no depende sólo de mí; depende también de otras muchas personas en Francia y en el extranjero».

Al fallarle lo que podía haber sido un intento de solución de las desgracias de la Lorena en su misma fuente. Vicente echo mano de todos los recursos a su alcance para dar mayor amplitud a los esfuerzos primeros de sus hombres en Toul. Al hacerlo demostró sus excepcionales dotes de movilizador de conciencias, voluntades y recursos, y sus no menos excepcionales cualidades de organizador, así como, por supuesto y en primer lugar, la grandeza de su compasión por el sufrimiento humano. Cuando, pasado lo peor, se hizo en 1643 un balance del valor de las ayudas enviadas a través de San Lázaro, se encontró que la cifra ascendía a dos millones de libras. Una conversión precisa del valor de la moneda de aquel tiempo al de la moneda actual es prácticamente imposible. Pero se puede asegurar por cálculos aproximados que el valor de lo enviado en dinero y en especie a partir de 1639, en los cuatro años en que fueron más urgentes las ayudas, ascendía a una cantidad entre tres y cuatro mil millones de pesetas (entre 24 y 30 millones de dólares; dólares y pesetas de 1987).

El ir recogiendo las contribuciones lo encargó el señor Vicente a las damas de la caridad. Acudieron éstas al mismísimo rey. Luis XIII, a la reina, Ana de Austria, quienes, aunque podían tener sus reticencias ante la idea de ayudar a una región no

del todo sometida a la corona y que era una fuente de problemas y de gastos más que de impuestos, contribuyeron con generosidad. El rey nada menos que con 45.000 libras. La duquesa de Aiguillon contribuyó muchas veces a lo largo de toda la campaña. Lo mismo hizo una multitud de donantes anónimos. El señor Vicente mantenía vivo el interés de los pudientes haciendo circular entre ellos copias de las cartas enviadas por sus hombres desde diversos lugares de la Lorena. A los tres o cuatro misioneros de Toul él añadió un importante contingente de doce de sus hombres de París y de algunos hermanos expertos en artes médicas.

Los hombres del señor Vicente, sacerdotes y hermanos, se encargaban de la distribución de las ayudas en forma de alimentos, semillas, aperos, ropas, muebles, materiales de construcción, medicinas. En el estilo típico de su congregación se dedicaban con la misma intensidad a la asistencia espiritual, sacramentos, ayuda a los moribundos, entierro de los fallecidos, incluso misiones a las personas desplazadas, cosa que también hizo el mismo Vicente en un campamento en las afueras de París con varios miles de refugiados loreneses. Los esfuerzos de los misioneros rondaron con frecuencia lo heroico. Uno de sólo 28 años, Germán de Montevit, murió de resultas de su actividad incansable con los enfermos. Murió «sin decir ni una sola palabra que fuera señal de la menor impaciencia». Quien ha dejado este testimonio, el jesuita Santiago Roussel, añade esta alabanza sumaria que él aplica a todos los misioneros del señor Vicente que trabajaban en la Lorena: «Se imaginan que sus cuerpos no son de carne, y que sus vidas no deben durar más que un año».

Desde París, Vicente en persona dirige las operaciones de ayuda, y en su manera habitual vigila con cuidado para «evitar que, por ningún pretexto, se distraiga o se aplique a otras necesidades ni un sólo céntimo». Exige a los misioneros el seguir «al pie de la letra las órdenes que se les ha dado», y el pedir «recibo de todo lo que entreguen», y el remitir ellos mismos a París «una copia de las cuentas», así como «todos los meses las sumas que hayan distribuido o hayan mandado distribuir».

Aunque lo intentó, la actividad del señor Vicente no acabó con la guerra en la Lorena. Habría incluso que añadir que sus esfuerzos por reparar los efectos destructivos de la guerra no lograrían paliar con seguridad más que una pequeña parte. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Fracasada su entrevista con Richelieu podía haberse cruzado desesperanzadamente de brazos y dejar que las políticas de los grandes poderes europeos hicieran beber al pueblo lorenés hasta las heces las amarguras de la destrucción y de la muerte. Pero pudo también hacer otra cosa: la que hizo. Movilizar todos los medios y todas las personas a su alcance para ayudar a salvar la vida temporal o la eterna de los que por la actividad de sus hombres llegaron a salvarla. De paso, y sin pretenderlo, la ayuda del señor Vicente a la Lorena, como el primer caso en la historia de ayuda sistemática y organizada a los damnificados, ha resultado ser la precursora de mil organizaciones benéficas y humanitarias que se dedican hoy mismo con el aplauso general a tareas similares.

(1636)

Al año siguiente, 1636, el señor Vicente se entrevistó por primera vez con el rey, Luis XIII. El escenario de la reunión fue el campamento del ejército real en Senlis, un poco al norte de París camino de la Picardía, donde los ejércitos españoles habían penetrado y tomado la ciudad de Corbie. La caída de Corbie, a sólo unos sesenta kilómetros de París, había provocado el pánico en la capital. Mientras miles de refugiados acudían a ella huyendo de la invasión, muchos parisinos huían a tierras más seguras. Las autoridades militares tomaron las espaciosas instalaciones de San Lázaro y sus terrenos para formar en ellos apresuradamente «72 compañías en ocho días», que reforzaran las fuerzas que, al mando del rey en persona, iban a intentar rechazar al ejército español.

También el señor Vicente había tomado sus precauciones con su propia gente, de manera que, si las cosas empeoraban y París mismo se veía asediado, como se temía, había previsto que se marcharan «a trabajar a lugares alejados, a fin de que, si llega el asedio, la mayor parte se vean libres del peligro que se corre en casos semejantes». En cuanto a sus propios sentimientos, dice en carta a Luisa de Marillac: «Yo no tengo miedo al ejército español». Pero no le resultaron las cosas como las había planeado. El canciller Seguier, «jefe de la justicia del reino», le pidió que enviara con las tropas a veinte de sus misioneros en calidad de capellanes. El señor Vicente envió sólo quince, todos los disponibles en aquel momento de los alrededor de treinta que contaba en 1636 su congregación. Fue con ocasión del envío de estos hombres cuando se entrevistó con el rey para poner a sus órdenes los servicios de su compañía.

El trabajo del grupo misionero en el ejército duró alrededor de dos meses. Aquello era un escenario nuevo para ellos, pero en él pusieron en práctica el tipo de trabajo que mejor conocían y que venían practicando desde hacía diez años entre galeotes y en las aldeas. Fue una misión en sentido estricto lo que dieron en el ejército. Menciona el señor Vicente con cierta satisfacción entre otros datos la confesión de al menos 4.000 soldados, «con gran efusión de lágrimas», y añade con cierta sorna que espera que «esto no perjudicará al éxito de los ejércitos del rey». Así fue; la penitencia recibida con lágrimas no impidió al ejército real rechazar a los españoles y reconquistar en pocas semanas la ciudad de Corbie.

El señor Vicente espera de los misioneros, y así se lo dice en un reglamento escrito que les dio, que vivan juntos, en tiendas, y lleven una vida de comunidad regular en cuanto lo permitan sus trabajos y su dispersión por los diversos regimientos. Van al ejército sólo «para ayudar a los soldados que están en pecado a salir de él, y a los que están en gracia a mantenerse en ella». Con sentido muy realista les advierte que no conseguirán «quitar todos los pecados del ejército», pero que merecerá la pena el que «Dios les conceda la gracia de disminuir su número, como si Nuestro Señor, en lugar de ser crucificado cien veces sólo fuera crucificado noventa». La asistencia corporal a heridos y enfermos deben dejarla «a aquellos a quienes la providencia utiliza para estos menesteres». Ofrecerán «sus oraciones y sacrificios por el éxito de los planes del rey y por la conservación de su ejército», pero evitarán hablar con nadie de «lo que se refiere a asuntos del Estado». O sea, que lo que pide el señor Vicente a sus misioneros es que, aunque deben ser decentemente patriotas, no sin

embargo con un patriotismo que se manifiesta en armas sino en oraciones, deben evitar cuidadosamente el meterse en temas de política nacional e internacional, aunque en este caso el carácter injusto de la agresión por parte de las tropas imperiales parecería evidente a cualquier francés sensato.

No era así de hecho, pues había, incluso entre gentes poderosas muy cercanas a la familia real, y hasta miembros de ella misma, que se alegraban de las incursiones del ejército español y deseaban, nada secretamente, que conquistara París y acabara así no con la corona francesa, sino con el cerebro de la política internacional del rey, el primer ministro Richelieu. Sería gratuito suponer, pues la documentación que ha llegado hasta nosotros no ofrece rastro de ello, que se contara entre éstos el señor Vicente, aunque sí son conocidas sus afinidades con los ideales de política internacional del «partido devoto», tan opuestos a los planes de Richelieu. El señor Vicente, si tiene preferencias, y las tiene ciertamente, se las calla, y no quiere que sus misioneros las muestren, si las tienen, sino que espera de ellos que se dediquen sencillamente a aquello para lo que han sido enviados al ejército, el bienestar religioso de los soldados. Como se irá viendo en otros varios hechos de su vida, algunos muy importantes, la actitud del señor Vicente ante los enmarañamientos de la política de su tiempo es extremadamente compleja; nunca es oportunista, rara vez neutral en el sentido de pasiva, siempre motivada por el bien de los que sufren las consecuencias de la política, a veces con una gran sutilidad de comportamiento, y en las ocasiones más duras, con un coraje extremo.

Uno de sus misioneros acompañaba al canciller Seguier en su séquito personal. No era éste un trabajo propio de un misionero, pero el señor Vicente le advierte que se resigne porque «no ha sido usted el que se ha metido en eso, sino la providencia, que lo ha dispuesto así». El canciller mismo, «uno de los mejores hombres de bien que existen», dice el señor Vicente, le había pedido expresamente uno de sus misioneros como capellán de su séquito. A Séauier debía Vicente varios favores, y aún se los debería mayores en el futuro. Su mujer fue durante años una de las más activas damas de la Caridad. Seguier, canciller del reino, una especie de ministro de justicia y del interior todo en uno, tenía fama merecida de hombre justo y recto; de ahí el juicio elogioso de Vicente acerca de él. Pronto, sin embargo, iba a mostrar el lado casi sanguinario de su carácter y de su concepto inflexible de la justicia y el orden público. Seguier fue el frío ejecutor de la política de Richelieu de represión terrible de los muchos levantamientos populares, campesinos casi siempre, que comenzaron precisamente en este año de 1636 con los «croquants». Pero eso estaba por ver Seguier era un hombre sinceramente devoto y quería un capellán, y el señor Vicente no pudo negarse a dárselo.

Como el medio en el que iba a desenvolverse su misionero era nuevo para éste. Vicente creyó oportuno proveerle de unas normas de comportamiento. Podía apelar a su propia experiencia de trato con gente importante desde sus ya lejanos tiempos de capellán de la reina Margarita y de los Gondy. Eso hizo, ofreciéndole su propio ejemplo de mirar y obedecer «al señor general (de las galeras) en Dios y a Dios en él». Le describe ciertas ceremonias y atenciones que hay que tener con los grandes en la celebración de la misa, aunque, añade, «yo no lo he hecho nunca, ni sé nada de

eso». El tono general de sus recomendaciones sugiere una actitud de extremada consideración hacia los grandes, como la propia de un campesino u hombre del pueblo a quien los grandes de este mundo imponen una especie de respeto sagrado. Abundan, en la correspondencia del señor Vicente a los grandes, muestras de esta actitud, expresada muchas veces en fórmulas que suenan a exageradamente reverenciales y hasta a veces un poco adulatoras. Pero no hay que dejarse engañar por las ceremoniosas apariencias. En una breve postdata de la carta a su misionero le añade Vicente como consejo final que trate con los grandes como si estuviera sobre ascuas. Se lo dice en latín, citándole un proverbio de Sócrates popularizado un siglo antes en los escritos de Erasmo: *ut in igne sit cum principe*.

(1637)

Terminada la reconquista de Corbie, los quince misioneros volvieron a París para continuar las obras propias de su congregación que habían dejado a un lado durante los dos meses que duró la campaña. Aparte de la casa de Toul la congregación del señor Vicente no tenía otras en 1637, once años después de fundada, que las dos de París, los Buenos Hijos y San Lázaro. En las tres se vivía un ritmo uniforme de vida casi conventual de oración y estudio mientras se estaba en ellas. El orden se rompía un poco en las cuatro o cinco ocasiones al año en que se recibían clérigos para los ejercicios previos a la ordenación sacerdotal. Fuera de esas ocasiones y de los meses de verano todos los misioneros salían por los pueblos y aldeas a dar sus misiones. Para ser precisos, casi todos. Pues en el mismo año de Corbie comenzó a funcionar en los Buenos Hijos un seminario para adolescentes, inspirado en el modelo propuesto por el concilio de Trento, que exigía la residencia permanente en él de tres o cuatro misioneros. Con ello se introdujo en la Congregación de la Misión, que había nacido con un estilo esencialmente móvil, un elemento de sedentarización que fue creciendo con el tiempo. En el mismo año que estamos viendo, 1637, este elemento se reforzó con la creación en San Lázaro de lo que el señor Vicente denominaba «seminario interno», un período de un año, más tarde de dos, en el que los candidatos, sacerdotes, clérigos o laicos, que deseaban ser miembros de la congregación recibían un tipo de formación similar a la de los noviciados de las órdenes religiosas. Similar no del todo, ciertamente, pues en algunos casos Vicente enviaba a algunos «seminaristas» por las aldeas, para completar así sobre el terreno de acción su formación misionera. Al frente del seminario interno puso a otro de los firmantes del acta de asociación de 1626, Juan de la Salle. «Gran misionero», en juicio del señor Vicente, tuvo que renunciar a la vida activa de misiones para dedicarse a la formación de los seminaristas. Sólo le duró un año este trabajo, y luego volvió a lo que le había atraído a la congregación, el trabajo misionero. A éste y a los retiros de ordenandos volvió a dedicarse hasta su temprana muerte en 1639. Pero la institución del seminario interno permaneció, y ello exigió que uno o dos tuvieran que renunciar a la actividad misionera para dedicarse al trabajo de la formación de los seminaristas.

El proceso de sedentarización, que nunca predominó ni de lejos durante la vida del fundador, nació y creció inevitablemente, aun sin buscarlo, de la adopción de obras que exigían de algunos de los misioneros la residencia permanente en las casas de la

congregación, tales como el seminario menor de los Buenos Hijos y el seminario interno de San Lázaro de los que estamos hablando, las conferencias de los martes al clero de París de que hablamos arriba; pero, sobre todo, los seminarios para la formación del clero diocesano que se fueron creando con el correr de los años en casi todas las casas por progresiva expansión a dos o tres años de las dos o tres semanas que los ejercicios previos a la ordenación tenían inicialmente.

El señor Vicente nunca tuvo, como ya se observó, problemas teóricos para integrar esta actividad de formación de sacerdotes en su ideal primero de evangelización de los campesinos. Llegó a pensar, con razón, que apenas si podría contribuir mejor a largo plazo a la evangelización del mundo rural que a través de la mejora de la formación del clero rural. Pero sí tuvo muchos problemas prácticos, pues la doble actividad, una más móvil y la otra más sedentaria, exigía un tipo de hombre de carácter ágil y hasta versátil, capaz por igual de enseñar catecismo a campesinos analfabetos por un lado, y teología moral y otros altos saberes por otro a los candidatos al sacerdocio. El sí era capaz de ambas cosas a la vez, y también muchos de sus hombres. Pero no todos. Hasta casi la víspera de su muerte les insistió en que no se encastillaran en uno u otro tipo de actividad, pero nunca lo consiguió del todo. Tal vez les propusiera en ello un ideal de síntesis de cualidades casi opuestas de las que él mismo sí estaba dotado, pero que no podía estar al alcance de cualquiera.

Después de cuatro o cinco años de verse raramente desde que se había trasladado a San Lázaro, tuvo Vicente en octubre de 1637 una larga entrevista con Saint Cyran. La entrevista resultó ser muy desagradable y no acabó en ruptura total entre los antiguos amigos porque el señor Vicente era incapaz de romper definitivamente con nadie. Un incidente posterior a la entrevista y que resultó de ella, una carta de Saint Cyran, estuvo a punto de convertir al señor Vicente en testigo acusador contra Saint Cyran en materias de ortodoxia. No queremos ni insinuar que debía haberle acusado. Pero ciertamente podía haberlo hecho, pues en varios testimonios escritos, posteriores a la muerte de Saint Cyran, consta la convicción del señor Vicente de que algunas opiniones de aquél rozaban peligrosamente la heterodoxia, si no es que caían francamente en ella. El último testimonio conocido es de una carta de 1651, dieciocho años después de fallecido Saint Cyran, en la que Vicente asegura que lo que dice «lo sé muy bien porque traté mucho con él». Y esto es lo que dice: «El difunto señor de Saint Cyran no solamente no estaba dispuesto a someterse a las decisiones del papa sino que ni siquiera creía en los concilios». Eso como resumen de otros varios testimonios anteriores, en uno de los cuales califica de «herejía manifiesta» una de las opiniones y prácticas de Saint Cyran en relación a la absolucón penitencial.

La entrevista tuvo lugar en la residencia de Saint Cyran en París. La iniciativa para la entrevista fue del señor Vicente, quien estaba preocupado por los rumores que sobre su amigo corrían en los círculos sociales y religiosos de París por «ciertas opiniones contrarias a la práctica de la iglesia que se decía eran mantenidas por él». Saint Cyran mismo, en el juicio que Richelieu abrió contra él, atribuye el motivo

de la visita al deseo de Vicente no de acusarle de algún error, sino de «quitarle todos los motivos de queja y reconciliarse con él». Saint Cyran se había quejado a Vicente de que éste le había abandonado «en el tiempo de la persecución, como a un criminal, temiendo ofender a muchas personas distinguidas enemigas» de Saint Cyran. Al final de la entrevista Vicente le ofreció amigablemente un caballo para que Saint Cyran pudiera viajar a su abadía, caballo que Saint Cyran aceptó, dice él mismo, «con la condición de que se lo devolvería a la vuelta. Quería demostrar que deseaba mantener con él las buenas relaciones que habían tenido siempre». Puede darse como seguro que Saint Cyran nos da la verdadera razón de Vicente para la entrevista, que comienza por el motivo de la antigua amistad y concluye con un gesto que quiere reanudar la amistad algo enfriada en los años anteriores.

Esto en cuanto al motivo. Pero la entrevista misma no fue del todo tan amigable, por lo menos por parte de Saint Cyran. Vicente aprovechó la ocasión para llamarle la atención, no con su serenidad acostumbrada, dice Saint Cyran, sino con «un ímpetu fuera de lo ordinario para su manera de ser», sobre los rumores que corrían acerca de él, cosa que a Saint Cyran no agradó en absoluto. El mismo testimonia que el señor Vicente intentó tranquilizarle al verle algo excitado, y que por ello, para calmarle, le ofreció el caballo.

Desde Poitiers Saint Cyran le escribió a los pocos días una larga carta acerca de lo que habían hablado en la entrevista. Vuelto Saint Cyran a París un tiempo después, Vicente fue a visitarle una vez más y comió con él. Le dijo que «nunca había recibido un mayor testimonio de amistad del señor Saint Cyran que cuando éste le escribió la carta». El señor Vicente tenía que ser una total delicia como amigo. La carta de Saint Cyran a Vicente, carta que éste ve como manifestación suprema de amistad, le acusa de ser, entre otras cosas, un ignorante y un poco simplón, de haber mostrado «una osadía extraordinaria» al haber ido a «su propia casa» a hablarle en persona, cosa que «ninguno de los otros se ha atrevido a hacer». Los «otros» son una «triple cábala», un obispo, un abad, y los jesuitas junto con algunos oratorianos, «que han participado en los rumores que han hecho correr contra él». Saint Cyran acusa a Vicente de haberse unido a ellos «para hundirme». No le guarda rencor por todo ello, sino que quiere «perdonarle y decirle lo que el Hijo de Dios dijo a los que le maltrataban». Le ha escrito la carta a pesar de todo ello «como amigo y como cristiano», y le asegura que no queda «en el fondo del alma ninguna amargura que pueda alterar lo más mínimo nuestra amistad, que me gustaría conservar hasta el fin de mi vida». Fue sin duda todo lo que expresa Saint Cyran sobre la amistad entre ambos lo que conmovió al señor Vicente e hizo que pasara por alto las graves acusaciones que también contenía la carta, y que Vicente delicadamente no mencionó para nada en la segunda entrevista.

(1638-1640)

Desde hacía algún tiempo Richelieu, enemistado abiertamente con Saint Cyran por razones no tanto de ortodoxia sino políticas y de simpatías y antipatías personales que no vamos a exponer por ser marginales a Vicente mismo, andaba buscando algún sólido motivo, o que al menos a él le pareciera tal, pues nunca logró

encontrarlo, para procesar a Saint Cyran. El señor Vicente lo sabía, lo sabía en verdad todo el mundo, y le aconsejó que fuera directamente al cardenal, de quien Saint Cyran había sido amigo e incluso confidente, para explicarse ante él y tratar de detener el golpe. Saint Cyran se negó a hacerlo. Pocos meses después, en mayo del año siguiente, 1638, creyó Richelieu haber encontrado lo que buscaba y dio la orden de detención contra Saint Cyran.

Aunque algunas prácticas de Saint Cyran sobre todo en el terreno de la penitencia y algunas opiniones suyas en relación a la iglesia y a la gracia justifican sobradamente el juicio posterior de Vicente que vimos arriba, nunca se pudo probar en las diligencias que Richelieu instruyó contra él nada sólido ni en el terreno de la práctica ni en el de la ortodoxia. El mismo Saint Cyran, en e1 minucioso y malicioso interrogatorio al que se le sometió, negó por supuesto todo lo que pudiera inculparle, y se declaró abiertamente fiel a la iglesia y a todas sus enseñanzas, a los concilios, a todo; negó que jamás hubiera dicho que «se ha introducido la corrupción en la iglesia, ni en cuanto a las costumbres ni en algunos puntos de la doctrina de la fe», etc. De manera que muerto Richelieu cuatro años después, en 1642, Saint Cyran fue puesto en libertad, para fallecer a su vez un año más tarde. Vicente multiplicó los signos de su amistad durante el encarcelamiento y, amigo hasta después de la muerte, acudió a rezar ante su cuerpo. No contento con eso influyó ante Ana de Austria, reina regente, para que la abadía de la que había sido titular Saint Cyran fuera encomendada a la muerte de éste a su sobrino Barcas, cosa que se hizo contra la oposición de muchos y poderosos enemigos de Saint Cyran.

En el registro de la casa de Saint Cyran llevado a cabo por la policía de Richelieu se encontró una copia de la carta que había enviado Saint Cyran al señor Vicente desde Poitiers. Richelieu creyó haber encontrado en ella una mina de oro. El señor Vicente, conocido por todo el mundo y respetado por su indudable ortodoxia, y conocido también como amigo de Saint Cyran y concedor de sus opiniones, no haría prevalecer los deberes de la amistad sobre la obligación más importante de defender la ortodoxia. De manera que a Richelieu le pareció que había encontrado en el señor Vicente el testigo perfecto. Se le llamó a declarar. Richelieu se encontró con la primera sorpresa de que Vicente se negaba a hacerlo ante el juez laico, hombre de siniestra reputación, que él mismo había nombrado. Así que él en persona se encargó de interrogarle dos veces, sin que del doble interrogatorio sacara nada en limpio que pudiera comprometer en firme a Saint Cyran. Esta vez parece que Richelieu sí se enfadó contra el señor Vicente, y le despidió, dicen las historias, rascándose la cabeza, gesto característico de Richelieu conocido por todo el mundo como señal de ira contenida a punto de estallar.

No le fue mejor al juez eclesiástico que interrogó en detalle al señor Vicente. Del minucioso interrogatorio, que duró tres días, tampoco resultó nada que pudiera implicar al acusado. Vicente no sólo reconoce que conoce «a dicho señor de Saint Cyran desde hace unos quince años, y que ha tenido mucho trato con él», sino que aunque declara explícitamente que «nunca ha llamado maestro al señor de Saint Cyran», le tiene por «una de las mejores personas que he conocido», juicio este

último que citamos antes. En cuanto a sus opiniones y prácticas, el señor Vicente no cree en ningún caso que lo que le ha oído o visto hacer sea netamente heterodoxo, sino tal vez a veces algo exagerado en la expresión, muestra en todo caso del celo de su amigo por la reforma de la iglesia, pues, declara expresamente, «los hechos de la vida de dicho señor de Saint Cyran se han ordenado en su mayoría al sostenimiento de la iglesia; son testimonio de ello sus escritos y lo mucho que ha hecho por la salvación de las almas». En cuanto puede, el señor Vicente trata de encontrar una explicación exculpatoria a opiniones que sí le había oído decir en el pasado, pero que el señor Vicente cree se pueden entender sin encontrar en ellas trazas de heterodoxia propiamente dicha.

Una cita de uno de los artículos del interrogatorio hará ver con claridad lo que estamos tratando de decir. «En lo que se refiere a que si ha oído decir al señor de Saint Cyran que el papa y la mayor parte de los obispos, sacerdotes, etc., no son la verdadera iglesia, pues están desprovistos de vocación y del espíritu de la gracia: respondo que jamás le he oído decir lo que se contiene en esa pregunta, sino sólo una vez, en que afirmó que varios obispos eran criaturas de la corte y no tenían vocación. Pero no he visto nunca a nadie que estime el episcopado tanto como él, y a algunos obispos, como el difunto monseñor de Comminges. Tenía también una gran estima por el difunto Francisco de Sales, obispo de Ginebra, y le llamaba bienaventurado». Ante este tipo de testimonio Richelieu no pudo menos de darse cuenta de que el testigo en el que más había confiado para condenar a Saint Cyran no le había servido de nada.

¿Cómo pudo el señor Vicente en años posteriores calificar de «herejía manifiesta» una de las opiniones de Saint Cyran habiéndolo exculpado expresamente de toda heterodoxia cuando se le interrogó explícitamente sobre ello? Hay que admitir de entrada que el conjunto de sus relaciones con Saint Cyran sigue siendo uno de los hechos más misteriosos de la vida de Vicente de Paúl. Y no por falta de datos, sino por las complejidades y aparentes inconsistencias y contradicciones que resultan de ellos, y que ningún biógrafo o historiador ha conseguido dilucidar satisfactoriamente. Confesamos paladinamente que tampoco nosotros vemos claridad en la cuestión. El tenerla ayudaría de manera importante a conocer con más precisión y profundidad las complejidades de una personalidad tan rica y tan sutil como la de san Vicente de Paúl.

Se podría pensar que, llegado el momento de la verdad. Vicente prefirió mantener el valor de la amistad por encima del de la ortodoxia, y en consecuencia se negó a acusar a un amigo de hereje aunque sabía muy bien que lo era. Pero una tal explicación está tan en pugna con lo que sabemos con seguridad del carácter y las ideas del señor Vicente que hay que excluirla taxativamente. A no ser que se añada a ella este otro aspecto: Vicente se negó de plano a admitir acusaciones sobre la fe y la ortodoxia de su amigo y respondió con evasivas porque sabía muy bien que el encausamiento de Saint Cyran por parte de Richelieu no estaba basado en motivos propiamente religiosos sino políticos y personales, y en tales circunstancias no se creyó obligado a dar cuenta de la ortodoxia o heterodoxia de su amigo, pues no era

esto lo que estaba de verdad en juego. Una tal añadidura se acerca a lo razonable y admisible, pero sigue dejando en pie el interrogante que expusimos arriba.

O se podía pensar que sólo años más tarde llegó Vicente a convencerse de algo que en el tiempo del juicio de Saint Cyran sospechaba pero no veía aún del todo claro. Esto es muy posible si se tiene en cuenta que sólo años después de la muerte de Saint Cyran el movimiento jansenista, que se inspiró en sus ideas y en las de su amigo Jansenio, sacó las consecuencias, ya más netamente sospechosas y rechazables, a las que Vicente se opuso sin dudar nunca y con todo vigor hasta la muerte.

Pero tampoco es imposible que el difícil problema de interpretación biográfica que plantean algunas frases del interrogatorio sea en realidad un problema falso.

El lector nos va a permitir que dejemos por un momento de lado la biografía de san Vicente y nos dediquemos por esta sola vez a una pequeña muestra de pedantería histórica. El caso, se verá, lo merece.

Se conocían las declaraciones de los demás testigos en el proceso contra Saint Cyran, pero no había en las actas impresas del proceso nada que hiciera referencia al señor Vicente. Esta curiosa ausencia se ha explicado muy razonablemente diciendo que fueron omitidas deliberadamente por los jueces de Saint Cyran porque la declaración del señor Vicente había resultado ser, contra lo que esperaba Richelieu, favorable al acusado. Pero en el siglo XVIII dio a la imprenta las actas del interrogatorio de san Vicente un obispo de tendencias jansenistas. La publicación fue un auténtico bombazo. De ella resultaba que el señor Vicente, paladín reconocido de la causa antijansenista, no sólo había sido un gran amigo de Saint Cyran, cosa que ya se sabía, sino que preguntado expresamente en juicio sobre ello había declarado explícita y formalmente no haber encontrado nada herético en sus ideas. Les faltó tiempo a los entusiastas del señor Vicente, en particular a un su biógrafo, miembro de la Congregación de la Misión, Pierre Collet, decidido antijansenista, para decir que tales actas había que tenerlas por apócrifas mientras no se presentara el original en público para que las examinaran los expertos, cosa que los jansenistas no quisieron hacer.

El juicio de Collet prevaleció en los medios antijansenistas y en las biografías posteriores a la de Collet, hasta que en este mismo siglo XX, Pierre Coste, también miembro de la Congregación de la Misión, también antijansenista, aunque el jansenismo tiempo ha que estaba muerto, y también biógrafo de san Vicente, declaró las actas auténticas. Lo que llevó a Coste a convencerse de la autenticidad del documento fue un pequeño detalle que aparece al comienzo del mismo. Vicente declara tener «unos 59 años de edad». El interrogatorio tuvo lugar los días 31 de marzo, 1 y 2 de abril de 1639, con lo que el testimonio de Vicente mismo, que sin duda sabía muy bien cuál era su edad, apunta implícitamente a los alrededores del año 1580 como fecha de su nacimiento. Ahora bien, todo el mundo creía, como

vimos arriba, sobre el testimonio de la biografía escrita por Abelly, que Vicente había nacido en 1576. Un presunto falsificador de las actas hubiera escrito «unos 63 años de edad». Las actas eran por tanto sin duda auténticas. Aun así Coste cree poder afirmar que se trata de un «documento que está ciertamente alterado o incompleto».

Esta última suposición de Coste no es del todo gratuita en manera alguna. La terrible y larga lucha que se libró alrededor del jansenismo proporcionó por ambas partes muestras tan abundantes de bajeza en las acusaciones, deformación de las ideas del adversario, falsificación de documentos, y una marea general descalificadora del contrario a la que no fueron ajenos por un lado ni miembros de órdenes respetables, como los jesuitas, ni por otro espíritus nobles como Pascal, que en este tema mostró a la vez la mejor prosa y el lado más débil de su por otro lado admirable densidad moral y religiosa, que suponer una falsificación y manipulación más, como lo hace Coste, no implica ni gratuita injuria calumniosa ni desbocada hipótesis histórica. Pero Coste no dice, ni sabe, ni en verdad nadie lo puede saber, qué es lo que ha sido alterado en el texto. Con lo cual todo el texto de las actas resulta, a pesar de su posible autenticidad básica, de valor muy sospechoso.

De ser esto así se extendería una sombra de duda fundada para aceptar la autenticidad de las actas en todo o en parte. De lo cual resultaría que, después de todo, Collet tenía su sólida razón para rechazarlas. Y si las actas no son del todo auténticas, el problema de interpretación biográfica que nos plantea el texto del interrogatorio podría ser, como decíamos, un problema falso.

Una semana antes de que Saint Cyran fuera encarcelado moría Jansenio. Dos años antes de morir había recibido éste de la corona española el obispado de Ypres, en los Países Bajos, como reconocimiento al favor prestado en un libro en el que atacaba con violencia la política internacional de Richelieu. Actuó como obispo celoso durante el corto tiempo en que lo fue, y supo compaginar la dedicación pastoral con el trabajo de dar los últimos toques a la gran obra de su vida, el libro *Augustinus*. Este fue publicado dos años después de su muerte, en circunstancias un poco clandestinas. Era un estudio denso y voluminoso sobre la relación entre la gracia de Dios y la libertad humana. En él pretendía exponer la doctrina de san Agustín sobre un tema que había atormentado a teólogos de muy diversos estilos en los últimos cien años: Lutero, Calvino, fuera de la Iglesia Católica; Molina y Báñez y sus seguidores, principalmente jesuitas en cuanto al primero y dominicos en cuanto al segundo, dentro de la misma iglesia.

En el epílogo de la obra Jansenio se declara fiel católico y somete su obra al juicio de Roma. Y añade: «Soy hombre sujeto a error, me he podido equivocar. Si me he equivocado en algo no ha sido porque he pretendido defender la verdad católica, sino por querer exponer la doctrina de san Agustín». El entusiasmo de Jansenio por las ideas de san Agustín, cuyas obras había estudiado a fondo durante veintidós años, era, como vimos, total y absorbente. Consideraba sus escritos como un sexto

evangelio, añadido a los otros cuatro y a las epístolas de san Pablo. No deja, pues, de tener su declaración el tono de una actitud entre prudente y algo taimada, de quien quiere exponer y mantener, pero guardándose las espaldas contra una posible condenación, lo que él cree ser la doctrina de san Agustín como correctivo de lo mantenido por la teología común de la misma iglesia de su tiempo. Aun un historiador como Sainte-Beuve, que estudió a fondo el movimiento jansenista sin ocultar las simpatías que sentía por él, tiene que admitir que en esa declaración de Jansenio que hemos citado «no se puede ver más que un subterfugio» para evitar una posible condenación por parte de Roma. No la evitó a pesar de todo.

El *Augustinus* fue el único libro de teología sistemática que produjo el movimiento jansenista, y el inspirador fundamental del movimiento. Todo lo demás, incluyendo el libro titulado *La comunión frecuente* de Arnauld y las *Provinciales* de Pascal fueron, en su comparación, sobre todo la obra, de Pascal, poco más que brillantes y muy bien escritos panfletos.

La idea nuclear del *Augustinus* se podría resumir así. En el estado de caída en que se encuentra la humanidad desde sus orígenes, el único remedio de salvación para el hombre reside en una gracia de Dios soberana de efecto infalible, que, ella sola, determina al bien la voluntad herida por el pecado original, incapaz por sí misma de obrar ningún bien. No todos los hombres reciben esa gracia. Dios, en la profundidad de su misteriosa voluntad, la da a quien quiere. No la debe en justicia a nadie, pues todos los hombres, desde Adán, están sumergidos en un estado de pecado que les ha alejado de Dios. No es por tanto injusto Dios al elegir por pura gracia a los que ha de salvar, y dotarles de la gracia irresistible que les salve y al no dar esa gracia a los reprobados. Lo que ha sostenido invariablemente la teología ortodoxa desde san Pablo, que Jesucristo ha muerto para salvar a todos los hombres, afirmación que parecería contradecir frontalmente la visión de Jansenio, lo interpreta éste diciendo que no es que Jesucristo haya muerto por cada hombre en particular sino por hombres de toda condición y raza, judíos, griegos, esclavos, etc., interpretación que parecería tener base en una lectura selectiva de textos de san Agustín que olvida otros textos del mismo (cfr. *Contra Julianum P.L. 44. 760*). Pero que se apliquen los méritos de la muerte de Cristo a unos y no a otros se debe al poder soberano de Dios y a sus juicios inescrutables.

Es innegable que aunque el jansenismo no sea simplemente una forma de calvinismo, acusación que se le hizo con frecuencia y que los jansenistas rechazaron siempre con indignación, este punto crucial de su doctrina hubiera sido suscrito por el patriarca de Ginebra sin temblarle el pulso. Un oratoriano del tiempo expresó esto muy gráficamente diciendo que Jansenio ha leído a san Agustín con las lentes de Calvino». A otro predicador famoso le faltó tiempo para anunciar desde el púlpito que la teología de Jansenio sobre la gracia no era otra cosa que «Calvino recalentado». Por su parte, Saint Cyran, que recibió el libro estando aún en prisión, exultó de júbilo al leerlo, y declaró que el *Augustinus* «duraría tanto como la iglesia». No acertó del todo, pues si ya en su tiempo la conmoción que suscitó el libro fue superior al número de sus lectores- tiempo ha que no se molestan en leerlo ni los historiadores simpatizantes del movimiento jansenista.

La controversia posterior no se centró en si los jansenistas admitían o rechazaban la posible heterodoxia del libro de Jansenio- sino en si se encontraban en él ciertas tesis condenables, las famosas cinco proposiciones- que los jansenistas mantenían no encontrarse en él. No se puede dudar de que en el fondo cía sus corazones, mientras negaban que Jansenio hubiera sostenido lo contenido en las cinco proposiciones condenadas, no admitieran la doctrina sobre la gracia que hemos expuesto condensadamente arriba. Una cosa es cierta: la doctrina de Jansenio sobre la gracia y la predestinación reduce a polvo la libertad humana- por pequeña que ésta sea en la realidad de sus condicionamientos históricos y psicológicos. La gracia infalible de Dios, según Jansenio, no ayuda ni inspira, ni mueve, ni «causa» simplemente el movimiento de la voluntad, sino que o la lleva irresistiblemente a la salvación o simplemente la abandona en su condición pecadora.

Ni Calvino ni Jansenio extraían de su visión teológica la conclusión que parecería obvia en buena lógica: si la salvación final depende únicamente de la graciosa elección de Dios- al no tener por tanto la acción del hombre importancia alguna en orden a la salvación, importaría poco, más bien nada, la cualidad moral o inmoral de la vida humana. El señor Vicente lo advierte expresamente en un pequeño escrito que redactó sobre el tema. Hace la observación de que un jansenista importante, a quien no nombra, desde que se unió a esa escuela «no ha hecho un solo acto de virtud visible a los ojos de quienes lo tratan». Pero tampoco los seguidores de Calvino o de Jansenio solían extraer esa conclusión, sino que, al contrario y paradójicamente- tendían en general a vivir comportamientos morales de marcado carácter rigorista. ¿No se trataba en ambos casos de constituir una especie de aristocracia espiritual y moral, una aristocracia de elegidos? Curiosamente, en el movimiento jansenista predominaban gentes nacidas de familias de la alta burguesía- mientras que escaseaban las de familias nobles. De manera que no ha resultado nada difícil a un historiador burgués como Sainte-Beuve en el siglo XIX, y menos aún a uno de inspiración marxista como Lucien Goldmann en el XX, hacer la observación de que el movimiento jansenista fue en buena medida una de las manifestaciones de la lucha por el poder por parte de la burguesía ascendente contra los poderes establecidos. Los verdaderos aristócratas estaban, a los ojos de Dios- no en la corte ni en los palacios, sino del lado jansenista.

Nadie advirtió en aquel tiempo este aspecto de lucha social, tampoco el señor Vicente. Pero éste si vio con claridad las consecuencias para el pueblo llano de una teología como la de Jansenio y de las formulaciones rigoristas y elitistas del movimiento que inspiró. ¿Cómo se podía ni siquiera intentar acercar el mensaje de Jesucristo al mundo campesino, al mundo de los pobres, al de los galeotes. con una doctrina como la de Jansenio y su visión mayestática, y en el fondo terrible, de Dios, y con unas exigencias de comportamiento moral y de penitencia rigoristas que apenas si eran posibles ni en un convento tan refinado como el de las monjas jansenistas de Port-Royal? De manera que aunque la teología molinista que aprendió en Toulouse podía haber sido suficiente vacuna para inmunizarse contra las doctrinas jansenistas, no fue eso lo que le llevó a ponerse finalmente contra ellas. Vicente de Paúl vio con claridad, y muy pronto, que las doctrinas de Jansenio

y las de Saint Cyran habrían hecho inaccesible el anuncio salvador del evangelio a los campesinos de Galilea, y lo hacían inaccesible a los campesinos de Francia. El tomaba en su sentido literal la afirmación de que Dios quiere que todos los hombres se salven y de que por todos ha muerto Jesucristo. Y aunque siempre admiró a las almas grandes, nunca creyó en aristocracias del espíritu.

El primer día del año 1638 escribía el señor Vicente una breve carta a Luisa de Marillac en la que le encarga que cuide de su salud y le desea «un corazón nuevo y un amor enteramente nuevo para Aquel que nos ama siempre de una manera tan tierna como si comenzase a amarnos ahora». Pero no le escribía propiamente para expresarle buenos deseos para el año nuevo, sino para encargarle de un nuevo trabajo. Tenía que insistir en la nota de ternura y frescor del amor de Dios, porque el trabajo que le encomendaba iba a exigir de ella y de sus muchachas ja ternura de una madre para con su recién nacido. Lo que le encomendaba en la carta era exactamente eso: que cuidara de niños recién nacidos, sin madre y abandonados.

Se había tratado de ello en una reunión de las damas del Hotel-Dieu en la que no estuvo presente Luisa. Las señoras pensaron que ella era la persona más adecuada para ese trabajo. Tenía experiencia de madre y contaba además con un pequeño grupo de jóvenes sacrificadas, acostumbradas desde la adolescencia a trabajos duros, exigentes y humildes. Se pensó lo primero en el modo de alimentar a los niños. El señor Vicente, hombre espiritual y fundador, desciende al pequeño y práctico detalle de sugerirle que se adquirieran «dos o tres vacas». No plantearían problemas a las jóvenes. Casi todas ellas, no así las señoras, eran expertas en extraer de las vacas el alimento enjundioso y vital. Pero a Luisa de Marillac la idea le debió parecer excesiva. Demasiadas vacas sin duda para comenzar un humilde proyecto de atención a unos pocos niños. Debió de poner alguna objeción, pues unos días más tarde el señor Vicente en otra carta rebaja los planes iniciales y le sugiere que «basta una nodriza y alguna cabra» para atender a los niños que Luisa de Marillac estaba dispuesta a cuidar. Podía haberlos tenido por cientos en un instante, pero ni ella ni el señor Vicente quisieron embarcarse inicialmente en una empresa de gran envergadura sin contar con los medios necesarios para llevarla a buen puerto. Lo harían con el tiempo, a costa de muchos sufrimientos por parte de las jóvenes de Luisa y de ella misma. Pero esto mismo demostró que la oposición inicial a encargarse de todos los niños abandonados de París, como querían algunas damas, trabajo que superaba con mucho las fuerzas y los medios económicos disponibles, había sido, a pesar de su apariencia de insensibilidad, sabia y acertada.

Había ya en París desde el siglo anterior una institución pública, la Couche, que albergaba a numerosos niños. Alrededor de uno por día era ingresado en la institución entre los que lograban sobrevivir después de ser abandonados a las puertas de iglesias y conventos. Pocos sobrevivían en la propia institución. Se morían en ella por la mala atención o eran vendidos a mendigos que los usaban como instrumentos mutilados para excitar la compasión y la limosna de las gentes. El señor Vicente, horrorizado finalmente ante la situación en la Couche, después de un

período de experimentación con el pequeño grupo de niños confiados a Luisa de Marillac y a sus jóvenes de la caridad, pensó que se debía asumir en su totalidad el trabajo de esa institución y encargarse de todos los niños abandonados en la ciudad de París.

Había que reformar profundamente dos aspectos básicos de la Couche. Era necesario, primero, encontrar las personas adecuadas que sustituyeran a las ineficientes mercenarias encargadas de la institución, una viuda y dos ayudantes. Esto quedaba resuelto desde el primer momento a través de las jóvenes de Luisa de Marillac y de ella misma. Había también que conseguir los medios necesarios que complementaran los escasos fondos públicos que el ayuntamiento de París dedicaba a la institución. Para este aspecto Vicente prefirió apelar a la generosidad de las damas. La idea tenía sus riesgos nada hipotéticos sino muy reales de cansancio o de falta de respuesta por parte de éstas, como sucedió de hecho en más de una ocasión posteriormente, pero el señor Vicente no esperaba que los poderes públicos estuvieran dispuestos a desembolsar los fondos necesarios para una adecuada atención a los niños. Se decidió, pues, por una financiación a base de contribuciones voluntarias de personas ricas. No sólo eran ricas las damas que acabaron por asumir el nuevo plan, sino que se contaban entre ellas algunas mujeres de la alta nobleza, tal la princesa Charlotte de Montmorency, madre del gran Conde, o la sobrina de Richelieu, duquesa de Aiguillon. Se buscó para la obra y se consiguió la aprobación legal de las autoridades de París y del mismo rey; y aunque sin buscarla, también se consiguió la aprobación entusiasta de la opinión pública que, según consta por testimonio del mismo señor Vicente «os aclamó (a las damas) y os llenó de bendiciones al ver que os cuidabais de los niños».

Dos dificultades de importancia se encontró el señor Vicente que podían haber frustrado la novedad de la empresa. Las dos de tipo mental o ideológico, y por ello mismo más difíciles de superar. Contra las dos tuvo que luchar desde el comienzo. Lo hizo con decisión y perseverancia. Si se le advertía que una tal empresa era propiamente responsabilidad de la autoridad pública, y más bien asunto de hombres que de mujeres, él no se cansaba de repetir a las damas: «Sepan, señoras, que Dios se ha servido de vuestro sexo para realizar las cosas más grandes que se han hecho jamás en el mundo. ¿Qué hombres han hecho alguna vez lo que hizo Judit, lo que hizo Ester, lo que hizo en este reino la doncella de Orleans, lo que hizo santa Genoveva aprovisionando de víveres a París durante un hambre?». Por otro lado, mientras del trabajo directo de atención a los niños se encargaban las jóvenes de Luisa de Marillac, y de la financiación las damas de la cofradía del Hotel-Dieu, la dirección de la obra se confió al señor Vicente y a sus misioneros. También entre estos encontró cierta oposición, pues algunos de ellos pensaban que un tal trabajo tenía poco que ver con el carácter misionero que les había atraído a la congregación del señor Vicente. Pero para entonces el señor Vicente había ensanchado notablemente el horizonte de su primera fundación, limitada en su origen a trabajar por los pobres campesinos. A través de la atención a los galeotes, a las víctimas de la guerra y a los niños abandonados, poco a poco iba descubriendo que el verdadero y definitivo plan de Dios sobre él mismo y sobre su congregación se definía no por los límites del mundo rural, por amplio que fuera en su tiempo,

sino por los de la pobreza, aún mucho más amplio, en cualquier forma en que se le presentara. Los sacerdotes del señor Vicente eran conocidos inicialmente entre el pueblo con el nombre de «misioneros». Pero, lo sabemos por testimonio de Barcos, sobrino de Saint Cyran, con el correr del tiempo se les conoció como los «sacerdotes de los pobres».

La otra dificultad se mostró más resistente. Era un prejuicio social igual que el anterior, disfrazado además de verdad religiosa, lo cual la hacía por supuesto mucho más dura de combatir. Vicente de Paúl lo sabe y le hace frente con toda su fuerza desde el comienzo mismo de la obra. El prejuicio decía así, en palabras del mismo Vicente: «que Dios ha condenado a muchas de esas criaturas por culpa de su nacimiento». Es decir, que los niños abandonados son hijos del pecado, y que por eso han sido condenados por Dios. Y aunque la primera parte de esta última proposición pudiera tolerarse, mientras no se proyectara sobre el niño la posible culpa de sus padres, la segunda rondaba los límites de la blasfemia contra la justicia de Dios. Para empezar, el señor Vicente recuerda a las nobles damas que «estos niños sufren por una maldad de la que no son culpables». Pero hay mucho más. Si ya por estas fechas para el señor Vicente cualquier pobre es una imagen viva de Jesucristo, estos niños, los más abandonados de la sociedad, lo son, dice, «de una manera especial». Y a continuación enumera los aspectos en que él ha encontrado semejanzas vivas entre los niños abandonados y el niño que también fue Jesucristo. Esto sólo se puede ver cuando se ha hecho de la vida de Jesucristo, también de su infancia, objeto de cuidadosa y amorosa contemplación.

No hay comentario que pueda reflejar adecuadamente la calidad de ternura realista y fe viva de sus propias palabras: «Nuestro Señor nació sin padre carnal, y esos pobres niños han sido abandonados por su padre y por su madre: Nuestro Señor sufrió estando en el vientre de su madre, en el viaje que hizo la Santísima Virgen poco antes de dar a luz, y esos pobres niños han sufrido también por los golpes de sus madres sobre el vientre, por los apretones y medicinas (para intentar abortar); desde que nació, Nuestro Señor fue perseguido por su enemigo el rey Herodes, y esos niños han sido abandonados a la muerte por sus padres y sus madres, que no los han matado por miedo a ser castigados, Nuestro Señor tuvo que huir a Egipto para buscar asilo, y esas pobres criaturas encuentran su seguridad entre personas extrañas, que no son nada para ellos; Nuestro Señor sufre pobreza, miseria, calumnia y persecución por culpa de los pecados de sus hijos, y éstos por culpa del pecado de su madre: finalmente, Nuestro Señor fue hecho maldición y pecado por sus hijos, y estos sufren por un mal del que no son culpables».

A pesar de sus esfuerzos nunca consiguió el señor Vicente que todas las damas olvidaran del todo los prejuicios y las repugnancias que la opinión de la buena sociedad había instilado en sus conciencias acerca de aquellos niños nacidos del pecado. A decir verdad, ni siquiera lo consiguió de todas las hijas de la caridad. Pero sí consiguió que la institución siguiera adelante a pesar de las muchas dificultades, con el apoyo generoso de las damas y el trabajo sacrificado de las jóvenes de Luisa de Marillac. Esta era por nacimiento tan ilegítima como muchos de los niños abandonados. Pero no fue esto, con toda seguridad, lo que le llevó a

preocuparse de la obra, sino su corazón de madre («apenas si es usted mujer en otra cosa», le escribe el señor Vicente en cierta ocasión con cierta rudeza y escasa galantería), y un espíritu de fe contemplativa tan profundo como el de su director espiritual. Cuando seis años después de adoptada la obra se hizo un recuento provisional de resultados se encontró que se había salvado la vida y provisto de educación a unos 600 niños, niños que sin la obra del señor Vicente estaban, sin que nadie los condenara, condenados a muerte.

En setiembre del mismo año, 1638, en que el señor Vicente comenzó la obra en favor de los niños abandonados, nacía Luis XIV. Era, dice la historia, hijo de Luis XIII y de Ana de Austria. Pero lo que dice la historia oficial no es nada seguro, de manera que Luis XIV fue tal vez tan ilegítimo como buena parte de los niños del señor Vicente. Pero sí era con seguridad hijo de reina, y ese hecho, por sí solo, excluía de entrada el que se le abandonara para morir prematuramente a la puerta de una iglesia. En vez de esto resultó ser una persona muy longeva, demasiado longeva probablemente. y por ende el monarca más poderoso de su tiempo, el que llevó a cabo la política iniciada por Richelieu de someter el poder del imperio español en Europa.

Ana de Austria, hija de Felipe III, había sido desposada a los quince años con Luis XIII, de su misma edad, en uno de esos matrimonios comunes en aquellos tiempos motivados por razones políticas, que en este caso buscaban las buenas relaciones entre España, de donde procedía Ana, y Francia. El matrimonio se consumó de inmediato, recién llegada Ana a París, el médico real como testigo, pero sin resultados, como no fuera que el joven e inexperto esposo sacó de la experiencia prematura una cierta falta de gusto por la relación carnal, en particular con su propia esposa, que le duró toda la vida. En compensación Luis XIII mantuvo numerosas relaciones con bellas y jóvenes aristócratas, relaciones que fueron siempre muy afectuosas, pero, se puede asegurar con certeza, estrictamente platónicas. No se puede asegurar lo mismo de las relaciones que Ana de Austria mantuvo por su lado. Ana era una mujer sinceramente, incluso profundamente devota y religiosa, pero eso no le impidió mantener relaciones de diversos tipos con algunos caballeros de alta alcurnia. Las posteriores relaciones, no muy frecuentes, entre ambos esposos fueron infructuosas como la primera experiencia. Pero por fin Luis XIV nació de Ana de Austria, nada menos que veintidós años después de que sus padres contrajeran matrimonio. Luis XIV pudo muy bien ser hijo de su padre legal, pero no es nada seguro que lo fuera, de manera que Luis XIV, aunque no niño abandonado, sí pudo ser hijo ilegítimo.

Entre los varios amores poéticos de Luis XIII se destaca el que sintió hacía María Luisa de La Fayette, descendiente de un mariscal de Francia. Esta habría sido introducida en la corte por Richelieu como dama de compañía con esperanza de que trabajara discretamente como confidente del cardenal. Ana de Austria era, naturalmente, opuesta a la política antiespañola de Richelieu. Más de una vez tramó contra él para desbancarle de su puesto de primer ministro. Pero a la joven

La Fayette le sucedió lo mismo que a otras varias damas introducidas en la corte por el cardenal como agentes de espionaje. Concibió un gran afecto por el rey, y también por la reina, y se negó en redondo a actuar de espía. Estos varios fracasos de la astucia de Richelieu le hacen escribir amargamente en sus Memorias: «Estos animales (se refiere a las mujeres) son extraños; a veces se cree que no son capaces de hacer grandes males porque no lo son de hacer ningún bien; pero aseguro en conciencia que no hay nada tan capaz de perder un reino como esos malos espíritus revestidos de la debilidad de su sexo». Quiso deshacerse de Maria Luisa haciéndola ingresar en un convento. Pero ella se le adelantó e ingresó voluntariamente en el monasterio de la Visitación del que era director el señor Vicente de Paúl.

Al monasterio acudía Luis XIII a mantener, reja por medio, conversaciones con frecuencia sinceramente espirituales, con la joven dama, ahora novicia. Durante el transcurso de una de esas visitas, a comienzos de diciembre de 1637, una furiosa tormenta de nieve hizo desaconsejable el viaje a Saint-Maur, donde el rey había pensado pasar la noche, en previsión de lo cual se le habían adelantado apresuradamente los cocineros. Se le sugirió que pernoctara en el cercano palacio del Louvre. No pudo hacerlo en sus propias habitaciones que estaban frías y sin preparar. Después de algunas dudas aceptó la sugerencia de pasar la noche en las habitaciones de la reina, que le recibió, dicen las historias, con todo calor y cordialidad. Nueve meses después nacía el que iba a ser Luis XIV.

Biógrafo ha habido que se ha aventurado a insinuar que la sugerencia hecha al rey de pasar la noche con su consorte vino del señor Vicente. De lo cual resultaría que el problema de falta de sucesión de los esposos reales durante más de veinte años, hecho que estuvo a punto de crear más de una vez una guerra civil por las pretensiones y maquinaciones del hermano del rey, Gastón de Orleans, presunto heredero del trono en el caso de que Luis XIII muriera sin hijos, se resolvió felizmente por una discreta y oportuna intervención de Vicente de Paúl. La idea no es imposible, pues con toda seguridad las visitas del rey a la joven visitandina tenían que contar con la anuencia del director, quien, aunque a veces negaba el permiso incluso a personas importantes, en este caso no podía negarse dada la calidad del visitante. Otras intervenciones tuvo el señor Vicente en la política de su tiempo, invariablemente motivadas por el deseo de la paz y del bienestar del pueblo. Las veremos en su momento. Sería halagador para el biógrafo entusiasta poder añadir con seguridad a esas intervenciones esta otra en una ocasión que tanto contribuyó a pacificar los ánimos en el ambiente de la corte e incluso en toda Francia. Pero esta intervención, aunque posible, es tan dudosa como la paternidad de Luis XIII.

Había en la ciudad de Angers, aguas abajo del Loira y no lejos de sus orillas, un hospital fundado en el siglo XII por Enrique II de Inglaterra para expiar su orden de asesinato contra Tomás Becket, arzobispo de Canterbury. Con el paso del tiempo la institución medieval había empeorado hasta el punto de que los enfermos de la ciudad se oponían a ser tratados en ella. Sólo ingresaban los muy pobres, vaga-

bundos y ancianos, a quienes literalmente no les quedaba otro remedio. En el siglo XVII la institución dependía en su administración y atención religiosa de los canónigos regulares de san Agustín. Estos no se preocupaban de ella con exceso en ninguno de los dos aspectos. Un pequeño dato: apenas si había en todo el hospital dos o tres docenas de camisones para vestir decentemente a los más de cuarenta pacientes. Las autoridades locales llegaron a protestar ante el mismísimo rey por la lamentable condición de su hospital. Pero no fue el rey quien puso remedio a la situación, sino las gentes del señor Vicente.

Para las hijas de la caridad, que acabaron por encargarse de él a principios de 1640, el hospital de Angers supuso una experiencia nueva en su corta historia de sólo seis años, que iba a marcar profundamente el estilo posterior de su propia institución. Pues lo que había nacido como un cuerpo móvil de asistencia a domicilio, a partir de Angers empezó a convertirse en una institución predominantemente de carácter hospitalario. Nunca renunció la compañía de Luisa de Marillac a lo que había sido su trabajo original, pero con el tiempo fue lo otro lo que llegó a predominar en ella.

La idea de que las jóvenes de Luisa de Marillac se encargaran del hospital de Angers procedió de la señora Goussault un año antes de su muerte. Fue allí Luisa con un pequeño grupo de cuatro de ellas para una estancia que suponía iba a ser corta para ella misma. Pero la discusión de los detalles del contrato con los encargados municipales del hospital, los conocidos en toda Francia en instituciones similares como «padres de los pobres», y sobre todo una grave enfermedad que alarmó en París a todo el mundo, prolongó a cuatro meses la estancia de Luisa en Angers. Le escribe desde París el señor Vicente: «Piden mucho a Dios por usted en bastantes sitios de París. Todos se interesan por su salud. No se puede imaginar hasta dónde llega ese interés».

El más alarmado fue el señor Vicente. Aunque hacía años que la manifestación de su afecto por Luisa de Marillac se había reducido ascéticamente en sus cartas a fórmulas comunes y un tanto estereotipadas, en esta ocasión no pudo disimular, en la solicitud que mostró por ella, el gran amor que le tenía. Sólo en el mes de enero de 1640 le escribió al menos cinco cartas preguntándole por su salud, dando muestras de alborozo al saber que mejoraba, y sugiriéndole toda clase de recomendaciones para que hiciera el viaje de vuelta a París con la mayor comodidad posible. No debe pensar volver en carroza porque «le resultaría (con el traqueteo) demasiado molesto, sobre todo por el adoquinado entre Orleans y París». En cuanto a volver navegando río arriba: «¡Jesús!, ni se le ocurra». «Compre dos buenos caballos, que aquí pagaremos lo que cuesten». Luisa volvió, no sabemos por qué medio, sana y salva a París. Y, aunque frágil y enfermiza, aún vivió después de la experiencia de Angers otros veinte años, hasta casi los setenta.

En Angers quedaron las cuatro jóvenes, formando, con otras que se les añadieron después, una comunidad ya independiente de las damas, con una de ellas mismas al frente del grupo. Con su actuación, mezcla de dedicación abnegada y aplicación de conocimientos sanitarios, dietéticos e higiénicos notables para lo que era usual en el tiempo, comenzaron por su cuenta sin saberlo ni pretenderlo, al margen de la

experiencia anterior de los hermanos de San Juan de Dios, la historia moderna de la atención hospitalaria.

6

(1641)

A finales del año 1641, el 13 de diciembre, moría santa Chantal. La muerte le sorprendió en viaje desde París, donde acababa de hacer una última visita a los monasterios de su orden de los que era director el señor Vicente, de camino hacia Annecy, lugar de la fundación del primer monasterio de la Visitación. Pero no llegó a Annecy. Murió a mitad de camino, en Moulins. La noticia de la repentina gravedad de su estado, comunicada por ella misma en una última carta al señor Vicente, y la noticia de su muerte llegaron a éste con unos pocos días de intervalo. No había acabado aún el año sin que el señor Vicente dejara escrito que la Chantal era, y esta vez lo podía decir con toda justicia, «una de las almas más santas que he conocido en la tierra. No dudo que Dios manifestará algún día su santidad». Así fue. Pero mucho antes de que llegara ese día ya se la había manifestado Dios a él mismo de una manera extremadamente curiosa que él relata en un escrito que aún conservan las visitandinas de Annecy, al final del cual dice: «En fe de lo cual firmo la presente de mi propia mano y la sello con mi sello... Vicente Depaul». O sea, que quiere asegurar a las hijas de la Chantal que aunque lo que cuenta parece sorprendente y casi increíble, es sin embargo cierto.

Los años anteriores a la muerte de la Chantal había habido un muy frecuente intercambio epistolar entre ambos, más frecuente que de costumbre, motivado por un asunto complicado que mencionamos arriba de dependencia jurídica de los monasterios de la Visitación. Hubo otro asunto a la vez que éste que fue también motivo de la frecuente correspondencia. Se había fundado en Annecy una casa de misioneros, fundación a la que la Chantal contribuyó con su solicitud expresada repetidamente, con ayuda material generosa e incluso con una especie de asesoramiento o dirección espiritual a los misioneros del señor Vicente, aspecto este último motivado por una sugerencia del mismo Vicente, y que se debía sin duda a la altísima opinión que tenía de la santidad de ella. Todo ello contribuyó a que Vicente de Paúl la calificara, incluso en la correspondencia a sus propios hombres, como «nuestra digna madre».

Pues bien: en cuanto llegó a Vicente la noticia de la gravedad del estado de la Chantal «se puso de rodillas para rezar a Dios por ella», y tuvo de inmediato una visión que le dio la seguridad de que la Chantal había fallecido. Cuando, recibida la comunicación de su muerte, celebraba misa por ella, se repitió la visión. Y aunque comenzó la misa pensando «que hacía bien en rezar por ella, pues tal vez estuviera en el purgatorio por unas palabras que había dicho en una ocasión, que parecían ser pecado venial», la visión repetida acabó por convencerle de que «aquella alma era bienaventurada y no tenía necesidad de oraciones». Esto es lo que vio: «Se le apareció un pequeño globo de fuego que se elevaba de la tierra y fue a juntarse en la

región superior del aire con otro globo mayor y más luminoso; luego los dos, reducidos a uno solo, se elevaron más arriba, se introdujeron y empezaron a brillar en otro globo infinitamente más grande y más luminoso. Entonces se le dijo interiormente que el primer globo era el alma de nuestra venerable madre, el segundo el de nuestro bienaventurado padre (Francisco de Sales), y el otro la esencia divina, y que el alma de nuestra venerada madre se había reunido con la de nuestro bienaventurado padre, y ambos con Dios».

Tuvo sus sospechas el señor Vicente de que la visión pudiera ser «un efecto de su imaginación». Por otro lado el señor Vicente, que sí era un gran contemplativo en sentido estricto, no fue un místico en sentido técnico, excepto en este único caso. No se fiaba mucho de la realidad de los fenómenos místicos especiales, y aún menos de su utilidad. Dice a las hijas de la caridad: «Los éxtasis y raptos son más dañosos que útiles». Y a uno de sus misioneros: «Ni Nuestro Señor ni la Virgen tenían esas visiones, sino que se ajustaban a la vida ordinaria». Ambas cosas decía un año antes de tener él su propio raptos y éxtasis. Ni antes ni después de él dejó de ajustarse él mismo a la «vida ordinaria». Pero aunque dudó inicialmente de la realidad de la visión, terminó por convencerse de que no era falsa. Útil o no útil, lo que ve está ahí. «Y lo que hace pensar que se trata de una visión verdadera es que esa persona (él mismo, pues lo narra como sucedido a un tercero) no se muestra inclinado a ellas y nunca ha tenido más visión que ésta». Si tuvo otras posteriormente no hay manera de saberlo, pues nunca habló de ello ni en público ni en privado. Pero la desconfianza en principio hacia los fenómenos místicos extraordinarios y su opinión de la poca utilidad de tales fenómenos para la vida ordinaria las mantuvo hasta la muerte.

Ya en 1631 había enviado a Roma el señor Vicente a uno de sus hombres para solicitar la aprobación pontificia de la Congregación de la Misión, cosa que como vimos consiguió tras algunas dificultades en 1633. Unos años después, en 1639, destacó a Roma a otro de sus misioneros, Luis Lebreton, para que consiguiera una aprobación oficial, y obligatoria para todos los miembros de su congregación, de hacer los votos, que hasta entonces se habían hecho de una manera privada y opcional. A los pocos meses de enviar a su hombre se quejaba de que su petición procedía con excesiva lentitud: «Dios mío, qué larga está resultando esta súplica. Le pido, padre, que le meta prisa». Conocía él muy bien la lentitud tradicional en el proceder de la curia romana, pero no podía ni sospechar que esta petición sobre los votos no iba a ver la aprobación romana más que dieciséis años más tarde.

Una segunda intención parecía tener el señor Vicente al enviar a Lebreton a Roma, la de explorar la posibilidad de fundar allí una casa. No consta con seguridad el motivo que le llevó a dar este paso decisivo para la historia posterior de su congregación. Por lo que sabemos parecería que desde su fundación en 1625-1626 Vicente tenía para su congregación misionera una visión limitada a los límites de Francia. Una casa en Roma le ofrecía una buena base para tratar de cerca numerosos asuntos en la curia romana, tal por ejemplo el de los votos, pero podía convertirse además en una ventana abierta al mundo universal. Pero esta visión ensanchada hasta los límites del

mundo, que sería con el tiempo su visión definitiva para su congregación, no parece que surgiera en la conciencia del señor Vicente hasta 1640, unos pocos meses después de que enviara a su representante en Roma. El cardenal secretario de Propaganda Fide le había pedido por medio de Lebreton dos misioneros que acompañaran a un carmelita descalzo preconizado obispo de Babilonia. Vicente puso unas dificultades que suponían una negativa. E inmediatamente le remordió la conciencia. Después de haber puesto por escrito las dificultades, dice «he ido a celebrar la santa misa... Le he ofrecido a su Divina Majestad nuestra pobre compañía para ir adonde su Santidad ordene». La autorización para fundar la casa de Roma se le dio en 1641 y, efectivamente, este hecho se convirtió en el primer paso de un ritmo casi frenético de expansión para la congregación del señor Vicente por el ancho mundo. Considérese: en 1645 un grupo de misioneros va a Túnez; en 1646, a Irlanda y Argel; en 1648, a Madagascar; en 1651, a Polonia y Escocia. Todo esto sin contar, además del número creciente de casas en Francia, otras fundaciones en Italia, y varios proyectos fallidos de fundar en Dinamarca y Suecia, varios países del próximo Oriente, en América y también en España.

En cuanto al proyecto de los votos se tuvo que contentar con conseguir una aprobación del arzobispo de París, que sí se le dio de inmediato, pero que no alcanzó del todo el resultado que el señor Vicente quería conseguir. El aspecto dinámico y móvil de su joven congregación atraía con facilidad a elementos del clero que no se creían por un lado con vocación religiosa, y no se contentaban por otro con los proyectos apostólicos de tipo preferentemente sedentario y parroquial que se les ofrecían en aquel tiempo. Pero con cierta frecuencia, perdido el primer entusiasmo, la experiencia de la dureza de la vida ambulante misionera, o los problemas de la vida común y de la obediencia desanimaban a algunos y abandonaban la congregación del señor Vicente con la misma facilidad con que habían entrado en ella. No había en realidad, fuera de su propia conciencia, vínculo alguno que les obligara a permanecer. Pero obviamente no podía el señor Vicente resignarse a prolongar esta situación de inseguridad que hacía imposible cualquier tipo de planificación seria de los trabajos de su congregación, e incluso la estabilidad de la misma. De manera que después de pensar en diversas soluciones que remediaran el problema, se decidió por los votos para asegurar en lo posible la permanencia de sus misioneros en la congregación. Esta opción creaba otro problema de aparentemente imposible solución. Ni Vicente ni sus hombres pensaron jamás en renunciar a su condición original de sacerdotes seculares. Pero el hacer unos votos parecía convertirles inevitablemente en religiosos, cosa que nadie quería ser en su congregación.

No vamos a narrar los complicados y dilatados avatares de la petición del señor Vicente en la curia romana. Costó mucho tiempo y muchas explicaciones el conseguir de Roma que aprobara por fin la idea del señor Vicente. Pero ésta ya estaba expresada con toda claridad en la petición que le aceptó y aprobó el arzobispo de París en 1641, y que también acabó aceptando Roma en 1655. Al acabar el segundo año de seminario interno se harían ante el superior, que escucha pero no los recibe, los votos «simples» de pobreza, castidad y obediencia y el de estabilidad en la congregación hasta la

muerte. No por ello debía ser considerada la congregación como una orden religiosa, ni dejarían sus miembros clericales de formar parte del clero secular.

Esta aprobación del arzobispo no terminó sin embargo con los problemas. Había por un lado entre los que habían ingresado antes de la aprobación quienes no se creyeron obligados a hacer los votos, alegando que cuando habían dado libremente su nombre a la congregación del señor Vicente no se exigía el hacer los votos como condición para ser miembro de ella. Otros siguieron razonando que a pesar de la precaución aprobada por el arzobispo los votos acabarían por convertir a la Congregación de la Misión en una orden religiosa. Y aún había quienes consideraban tales votos inválidos por no tener la autoridad episcopal competencia para imponer tal obligación en una compañía que era desde 1633 de derecho pontificio. Había también quienes siguieron creyendo que eran al menos dispensables por la autoridad episcopal, e incluso por autoridades inferiores con privilegios especiales de dispensa, aunque el documento de aprobación establecía claramente que los votos aprobados por el arzobispo «sólo los podría dispensar el sumo pontífice o el superior general» de la congregación. Todo ello contribuyó a que Vicente de Paúl llegara a convencerse de que la aprobación que le dieran en París con facilidad, pues el arzobispo era hermano del señor de Gondy, no le había valido de gran cosa, y que se imponía por tanto seguir trabajando el asunto en Roma. Allí le serían las cosas más difíciles que en París, y eso lo sabía él muy bien. Pero aunque le costó dieciséis años, acabó consiguiendo lo que quería.

(1642)

En 1642 pensó el señor Vicente que, dieciséis años después de fundada la Congregación de la Misión, ya con un tiempo de experiencia suficiente de trabajos y modos de vida, que se habían ido «introduciendo en ella poco a poco», no quedaba «más que introducir la práctica de las reuniones o asambleas generales, tal como las suelen celebrar las santas comunidades de la iglesia de Dios». Convocó la primera, que se reunió en San Lázaro el día 13 de octubre de aquel año. No fue general del todo, pues no asistieron los superiores de cuatro casas «bien por la distancia, o porque hace poco que están fundadas, o porque algunos de sus superiores acababan de ser enviados a dichas casas y no era conveniente que las dejaran tan pronto». En lugar de los ausentes convocó a dos de los firmantes de la original acta de asociación de 1626, los padres Portail y du Coudray, y a otros dos más, uno de los cuales, Renato Almeras, iba a ser su sucesor en el cargo de superior general después de su muerte. Fuera de esos cuatro y del mismo Vicente asistieron otros seis. Un total de once personas como representantes de una congregación que contaría entonces algo más de un centenar de miembros.

El mismo Vicente expuso en la sesión de apertura el fin de la asamblea, «que era proceder a la elección del superior general, y para tratar asuntos de gran importancia». Trataron en efecto de varios asuntos importantes, entre ellos de un proyecto de reglas definitivas que él mismo presentó para su discusión. Fue tal el número de enmiendas que le sugirieron al proyecto que se tomó la decisión de nombrar una comisión que siguiera estudiando el asunto una vez terminada la asamblea.

El día sexto de la reunión propuso el señor Vicente el punto delicado de saber si «en algunos casos podría la compañía deponer al superior general», pues en principio el cargo era de carácter vitalicio. La respuesta de la asamblea fue unánime y afirmativa. No sabían los reunidos que con esa respuesta habían allanado el terreno para una sorpresa que les había preparado el señor Vicente. Cuatro días después, al final de la sesión de la tarde, el padre Vicente se puso de rodillas, y les suplicó «con gran insistencia que procedieran a la elección de otro superior general». Se empeñó en hacerles ver su poca capacidad para gobernar la congregación, pero no le hicieron ningún caso, y le respondieron que no podían «elegir otro superior mientras viviera el que el mismo Dios había elegido». Lo cual, el haber sido elegido por Dios, nunca se lo habían oído decir al mismo señor Vicente. Pero lo podían haber deducido fácilmente de su idea, que sí le habían oído decir muchas veces, de que la Congregación de la Misión no era fruto de ningún plan ni designio premeditado de su parte, sino de Dios mismo, quien paso a paso había ido indicando a través de los acontecimientos lo que quería que hiciera su siervo Vicente. Este no había hecho más que tratar de responder fielmente, después de madura consideración para estar seguro de cuál era la voluntad de Dios, a lo que Dios quería de él. Recuérdese que, por ejemplo, en 1624, en lugar de lanzarse arduosamente a fundar, se fue a hacer en la soledad unos largos ejercicios espirituales para intentar ver con claridad si la idea venía de Dios o bien del diablo, quien posiblemente actuaba a través de sus vivos deseos de hacerse fundador y famoso.

Insistió en su renuncia, pero no le valió de nada. Acabó por resignarse «protestando que era el primer acto de obediencia que hacía a la compañía», él, que había sido hasta entonces la única autoridad en ella. Pero a él mismo se debió una iniciativa que iba a moderar en adelante el ejercicio de su propia autoridad. Pidió que le eligieran dos consejeros, cuyo oficio sería asesorarle en las funciones de gobierno y «avisar a la compañía del mal comportamiento del general en caso de que se vieran obligados a ello», cosa que ambos prometieron bajo juramento. El primer elegido fue Antonio Portail, al que el señor Vicente había conocido como joven clérigo en los lejanos años de Clichy, y que había sido desde entonces, y lo iba a ser hasta la muerte de ambos en 1660, su brazo derecho sobre todo en asuntos relativos a su propia compañía y a la de las hijas de la caridad.

No había ni asomo de retórica teatral en el Vicente que se pone de rodillas delante de los representantes de la compañía que él mismo había fundado y se declara incapaz de dirigir. No se descubre ni rastro de retórica en ningún aspecto del carácter de aquel campesino que comenzó su vida cuidando cerdos y ovejas, como él mismo solía decir, que había llegado a ser sacerdote por motivos no del todo rectos, pero que luego enderezó sus ambiciones juveniles para encontrar un camino de dedicación a gentes humildes, dedicación que acabaría por darle una gloria en la que él nunca pudo ni soñar. No había retórica. Había humildad, y nada más. Una humildad que le hacía reconocer su incapacidad para llevar a cabo todas las posibilidades de empresas que Dios mismo había puesto en sus manos toscas. Qué diferente es este Vicente de 62 años no ya del joven sacerdote recién ordenado a los veinte años, sino incluso del que a la edad de 45 firma con los Gondy un contrato para fundar un grupo misionero y se

autonombra superior del grupo a quien los que eventualmente se asocien deberán obedecer. A los 45 años aún veía él muy claro lo que quería y lo que podía, y estaba seguro de poder inspirarlo e imponerlo a otros.

Pero los años y la gracia le han enseñado mucho. Y él, espíritu siempre despierto, ha ido aprendiendo que para llevar a cabo las obras de Dios, incluso obras grandes, Dios podía muy bien, si así le placía, servirse de él; pero que él, Vicente, no le era a Dios imprescindible en manera alguna. Ni él ni su misma congregación, la obra de su vida en cuya fundación, crecimiento y mantenimiento tantas energías e ilusiones llevaba invertidas, y de la que escribe tres meses antes de celebrarse su primera asamblea general: «Todos los días pido a Dios que nos aniquile si no le servimos según los planes que El tiene sobre nosotros».

(1643)

Este hombre, que se considera incapaz de dirigir una de las obras que él mismo ha fundado, se encuentra unos meses después solicitado por las más altas autoridades para dirigir y orientar otras obras vitales no ya sólo para la iglesia de Francia sino para Francia misma. El 14 de mayo de 1643 moría Luis XIII. Vicente se encontraba entre el pequeño grupo de privilegiados testigos asistentes a la muerte. Estar en la muerte de un rey, y además llamado por él mismo a sugerencia de la reina, era una señal inequívoca de que el campesino gascón había llegado en términos de consideración social mucho más alto de lo que podía haber soñado jamás. Llegó más alto, ciertamente, de lo que podía haber soñado en su juventud. Pero lo que más importaba era que había llegado no por caminos de su propia elección sino por los extraños y nunca de antemano imaginables caminos de Dios. La sugerencia de Ana de Austria no se fundaba en la necesidad de la presencia del señor Vicente como sacerdote. El rey contó hasta el último momento con la asistencia del capellán, el jesuita padre Dinet, y de al menos dos obispos. De modo que por lo que se refiere a los sacramentos, que el rey recibió con extrema y sincera devoción, el señor Vicente no era necesario en modo alguno. Lo que movió a la reina a llamarle junto al lecho de su esposo fue la calidad espiritual de nuestro hombre, que ella conocía de primera mano y apreciaba desde hacía varios años.

Resuelta, pues, por otros hombres la cuestión de los sacramentos, el rey planteó directamente al señor Vicente la cuestión aún más importante de cuál había de ser la actitud del verdadero cristiano ante la muerte. Y éste le contestó con lo que era desde hacía años su propia actitud no ya sólo ante la muerte, sino ante la vida también: «Señor, el total sometimiento a la voluntad de Dios. Esa fue la actitud de Jesucristo, que en el momento de la agonía exclamó: Hágase tu voluntad, y no la mía». Así lo hizo el rey, y murió con una muerte que al día siguiente describía el señor Vicente como la muerte «más cristiana que he visto desde que estoy en la tierra».

Pero unos pocos días antes de morir le había dejado Luis XIII una especie de regalo a manera de testamento que le resultó ser una de las cruces más pesadas que tuvo que soportar en su vida. De los muchos trabajos que cayeron sobre sus hombros sin él buscarlos sólo se quejó de dos a lo largo de su larga vida: de ser director de los

monasterios de la Visitación de París y de lo que le vino encima como resultado del «testamento» de Luis XIII. Mientras el trabajo de la Visitación le acompañó durante 38 años hasta su propia muerte, el del rey sólo le duró diez años. Pero cuando se le acabó Vicente dio profundas muestras a diversas personas del alivio que sentía al verse libre de él, y de gratitud a Dios mismo.

Sin embargo sólo se podía deber a una inspiración de Dios que el rey le pidiera un mes antes de morir una lista de sacerdotes que Vicente, dado el conocimiento que tenía de lo mejor del clero a través de las Conferencias de los Martes, considerara dignos de ser nombrados obispos. Y que ya más cerca de la muerte le dijera: «Señor Vicente, si recupero la salud todo el que vaya a ser obispo tendrá que pasar antes tres años en San Lázaro». No se recuperó, y no pudo por ello cumplir lo prometido. Pero Ana de Austria recogió el encargo de su esposo difunto. Y aunque no exactamente de la manera que había imaginado el rey, acabó poniendo en manos del señor Vicente la selección de buena parte de una de las mejores generaciones de obispos que ha tenido la iglesia de Francia en su historia.

Cualquiera podría advertir que un tal papel debería haber supuesto para Vicente algo así como la coronación de la obra que había empezado en enero de 1618 con la evangelización del mundo campesino. Sólo faltaba por añadir a ésta, y al posterior trabajo de formación de un competente clero parroquial, una política adecuada de selección de obispos para que la reforma de la iglesia de Francia estuviera diseñada, y aun ejecutada, en sus líneas fundamentales. ¿Por qué le resultó tan incómodo al señor Vicente el ocuparse de este tercer paso, por qué no lo quiso para sí, por qué no pudo disimular las ganas de no ocuparse de él, por qué se alegró tanto cuando dejó de ser competencia suya? Su participación en el Consejo de Conciencia, de la que hablaremos enseguida, le resultó molesta por todo lo que llovió sobre él por ser miembro del Consejo: calumnias, presiones de gentes importantes, intentos de soborno, enemistades del primer ministro, Mazarino, con el que hasta entonces se había entendido muy bien. Pero el señor Vicente nunca se echó atrás por nada que se pusiera en su camino si él pensaba que era el camino que Dios le señalaba. Cuando se ve al señor Vicente, como se suele hacer, sobre todo y en primer lugar como una de las figuras claves de la reforma de la iglesia francesa en tiempos de la contrarreforma, cosa que sin duda fue, resulta desconcertante su actitud de no querer participar en un trabajo como la selección y la reforma del episcopado, reforma imprescindible, y tal vez la fundamental, para una adecuada reforma de la iglesia toda.

Pero Vicente de Paúl no fue propiamente ante todo un reformador. Fue un evangelizador. No es la suya, ya se dijo arriba, una visión como la de Ignacio de Loyola, que busca reformar la sociedad y la iglesia desde arriba, con la formación de líderes de sociedad y de iglesia. A Vicente de Paúl le ha caído en suerte, o providencia, el anuncio del evangelio, el «hacer efectivo el evangelio», como solía decir, entre las gentes humildes y el bajo clero que les atiende. No se plantea la cuestión de si la sociedad y la iglesia se irán reformando evangélicamente hacia arriba a partir de los estratos inferiores a los que se dedican él mismo y las gentes movilizadas por él. Ciertamente parece creerlo así. El mismo, perteneciente en su edad adulta por

clasificación social a la clase dominante, confiesa en su ancianidad haber aprendido de los pobres lo que es el verdadero evangelio: «Los pobres me han evangelizado». De todas maneras, él sólo se sintió llamado a reevangelizar el mundo desde el lugar en que empezó a evangelizarlo su modelo Jesucristo: las gentes humildes y el clero llano. No es la suya una misión como la de Berulle o la de san Francisco de Sales, inspiradores de altísimas y refinadas espiritualidades y de espiritualidades para gentes refinadas. Tampoco se siente llamado a la formación de líderes de la iglesia. Lo suyo es dedicarse a dar el pan y la palabra de Dios al «pobre pueblo que se condena y se muere de hambre».

No había pasado un mes desde la muerte de Luis XIII cuando Ana de Austria, regente durante la minoría de Luis XIV, nombró al señor Vicente miembro del Consejo de Conciencia. Así reaccionó éste ante su nombramiento: «Nunca he sido tan digno de compasión como lo soy ahora, ni he tenido nunca tanta necesidad de oraciones como al presente por el nuevo cargo que me han dado. Espero que no ha de ser para mucho tiempo». No son los diez años que duró en el cargo mucho tiempo en el conjunto de una vida que duró ochenta. Pero la participación en el Consejo le planteó los problemas más difíciles en una vida llena de otros muchos problemas y dificultades. No nos dice él expresamente qué hay en su nombramiento que le haga digno de compasión. De manera que ha de adivinarse, y lo acabamos de sugerir. Vicente veía su nuevo cargo como algo que iba a hacer más difícil una dedicación plena a las varias obras ya en marcha, e iba a interferir en la trayectoria de su vocación personal. La otra razón posible que se suele dar, los conflictos que le planteó el cargo y la enemistad que acabó mostrándole Mazarino por su participación en él, se podían tal vez prever en el tiempo de su nombramiento en 1643, pero no tuvieron lugar en realidad hasta unos años después. En el momento de su nombramiento las relaciones personales de Vicente con Mazarino eran tan buenas como para que sólo algo más de un año antes, y antes también de que Mazarino sucediera a Richelieu como primer ministro en diciembre de 1642. Vicente le debiera a Mazarino el gesto amigable de una carta de recomendación en favor de la casa de su congregación en Roma ante el cardenal Antonio Barberini, sobrino del papa y personaje muy influyente en la curia romana. Biógrafo ha habido que cree poder afirmar, sin que sepamos en qué basa su afirmación, que Vicente le devolvió con creces el favor influyendo ante Ana de Austria para que Mazarino fuera nombrado primer ministro a la muerte de Richelieu.

Desde la muerte de su esposo Ana de Austria consideró a Vicente consejero para los problemas de su propia conciencia personal, aun sin darle oficialmente el título de capellán real o de director espiritual. Pero no era de eso de lo que se trataba en el Consejo de Conciencia, sino de todos los muchos asuntos eclesiásticos sobre los que tenía jurisdicción en aquel tiempo la autoridad real. Destacaba entre ellos como principal el nombramiento de obispos, concesión hecha en concordato por la sede pontificia a la monarquía francesa. Todos los asuntos eclesiásticos, y en particular éste, tenían un marcado aspecto político debido a la fuerte asociación entre las estructuras civiles y las religiosas típica de la Europa cristiana durante

muchos siglos hasta por lo menos los tiempos de la revolución francesa. Fue éste precisamente el punto de fricción que hizo saltar la chispa que empezó a agriar las relaciones entre el señor Vicente y Mazarino.

El señor Vicente, lo sabemos por propia confesión posterior, se limitó en los asuntos del Consejo a exponer opiniones y dar su voto únicamente «en las cosas que miran al estado religioso y al de los pobres», sin más criterios que los que eran ya muy suyos a la edad de 63 años: la gloria de Dios, el bien del pueblo. Pero Mazarino, aunque hombre de iglesia como clérigo en órdenes menores y cardenal que era, era también el primer ministro del reino. Como tal estaba sometido a mil presiones de los poderosos, que por ejemplo esperaban obispados para sus segundones aunque fueran palmariamente indignos o menores de edad, y por otro lado se sentía tentado a usar su poder en cuestiones eclesiásticas como palanca útil de gobierno interior y aun exterior. Como consejero hábil de Richelieu había sido recomendado por este mismo antes de morir como su sucesor en su puesto de primer ministro. La dificultad que hubiera supuesto para ello su nacimiento italiano fue resuelta en parte con su nacionalización como ciudadano francés. Pero fue resuelta del todo con el alto aprecio, y algo más, que le cobró muy pronto Ana de Austria. Mazarino era un hombre de suaves maneras adquiridas en una carrera diplomática de éxito, apuesto, tan dedicado enteramente y sin reservas como su mentor Richelieu a aumentar la gloria de la monarquía francesa. De paso también se dedicó a aumentar hasta límites increíbles su propia fortuna y la de sus sobrinos y familiares.

A pesar del buen entendimiento inicial de nuestros dos hombres, había motivos para que Mazarino empezara a mirar con cierta suspicacia al señor Vicente desde que comenzó a funcionar el Consejo. Mazarino continuó decididamente la política internacional de su predecesor, mientras que alrededor de la reina merodeaban personas de alta calidad afines en sus miras a las del «partido devoto». Coincidió que todos ellos eran amigos del señor Vicente, y algunos de ellos, por ejemplo el antes señor de Gondy y desde hacía años padre de Gondy del Oratorio, muy amigos. Con razón o sin ella. Mazarino se obsesionó con la idea de que todo este círculo devoto se valía de la persona del señor Vicente para transmitir a la reina quejas de diversos tipos contra su primer ministro. A esto se añadió la firme resistencia que Mazarino encontró en Vicente siempre que el primero proponía al Consejo algún nombramiento que el señor Vicente no podía aceptar en conciencia.

En este último aspecto Vicente de Paúl se mostró inflexible. Este hombre, tan obsequioso en sus maneras cuando se dirigía a los grandes, no les tenía ningún miedo cuando estaba en juego algún bien que él consideraba de más valor que la grandeza humana. En el fondo tampoco sentía excesiva estima por tal grandeza. Conocía de primera mano su fragilidad detrás de las imponentes apariencias, y de ella escribía en una ocasión: «No hay nada seguro en las cosas que dependen de los grandes». Y en otra: «No es en el Louvre (el palacio real) ni entre los príncipes donde Dios pone sus delicias». De manera que Mazarino se empezó a cansar de las resistencias del señor Vicente, y fue espaciando las convocatorias de reunión del Consejo hasta terminar por suprimirlas del todo. Cuando se le comunicó ofi-

cialmente su cese como miembro del Consejo, Vicente no pudo disimular el profundo alivio que ello le producía. Pero a nadie se le ocultó la verdadera razón del cese. Madame de Motteville, cronista no oficial pero muy fidedigna de los hechos de su tiempo, nos asegura que fue cesado porque el señor Vicente «no se doblegó, hombre de una pieza que jamás soñó en ganarse las buenas gracias de las gentes de la corte». (Col]. Michaud, 2e serie, t. X, 66).

Pero aún hubo otro enfrentamiento entre los dos mucho más duro y más personal unos años después. En él, lo veremos, Vicente se mostró una vez más consecuente con su carácter y con su misión. Respetuoso con los grandes, como lo pedían las ideas y las maneras del tiempo, pero aún más respetuoso con lo que él creía ser la voluntad de Dios y el bien del pueblo pobre de Francia.

Al mes justo de la muerte de Luis XIII, y a los pocos días de ser nombrado miembro del Consejo de Conciencia, hablaba el señor Vicente a las hijas de la caridad sobre algunos aspectos de la que debía ser su forma de vida. Les animaba a confesar y comulgar «los domingos y fiestas principales, y no con mayor frecuencia sin permiso del director», siguiendo al decir esto una norma y costumbre que era en aquellos tiempos común incluso en los conventos de clausura. Suponía, y se lo dice, que habría algunas entre ellas que desearían comulgar más a menudo, pero no sólo no les anima a hacerlo sino que les sugiere que se mortifiquen y se atengan a lo que les ha dicho. Y les añade: «Las comuniones muy frecuentemente han sido causa de grandes abusos, no ya a causa de la santa comunión, sino por las malas disposiciones que a veces se tienen». No podía ni sospechar, mientras hablaba, que unas semanas después iba a llegar a sus manos un libro que parecía decir lo mismo que él estaba diciendo a sus jóvenes de la caridad, libro contra el que Vicente sin embargo se creyó obligado a luchar con toda su fuerza. Se titulaba *La comunión frecuente* y su autor se llamaba Antonio Arnauld. La primera edición del libro empezó de inmediato a correr de mano en mano y se agotó en dos semanas. Tuvo otras tres ediciones en menos de seis meses. En suma, que se constituyó en libro de moda. No era una novela, no era un ataque contra nadie, y por eso sorprenden más el ruido que hizo y su éxito inicial. No era aparentemente más que un estudio muy erudito que trataba de lo que decía el título según «las opiniones de los Padres de la Iglesia, de los Papas y de los Concilios». O sea, un asunto muy poco atractivo para el gran público, incluso poco atrayente para el público normal devoto, de interés más bien para teólogos profesionales.

Pero a pesar del entusiasmo con que fue recibido en amplios círculos, al señor Vicente no le gustó nada el libro, no le gustó el autor, ni le gustaba lo que el autor representaba. Del autor dice que ha escrito el libro siendo aún «un joven sin experiencia ninguna en la dirección de las almas». Había conocido Vicente personalmente a Arnauld en unos ejercicios que éste había hecho en San Lázaro, ejercicios de los que Arnauld quedó muy poco satisfecho por parecerle flojo en contenido teológico el alimento espiritual que en ellos se impartía. En cuanto a lo que representaba su obra, Arnauld pretendía aplicar en su libro las ideas sobre la

gracia y la penitencia ya bastante conocidas por entonces por la teoría y la práctica de Saint Cyran y el libro de Jansenio. Saint Cyran lo leyó con mucho entusiasmo unos meses antes de morir, y creyó encontrar en el libro una justificación de algunos aspectos de su doctrina en los que él consideraba que había sido injustamente mal entendido y aun calumniado.

Fue Arnauld lo suficientemente sutil, cualidad que mostró hasta el final de su vida, como para que no se supiera con seguridad si lo que pretendía era animar a la gente a ser tan pura como los ángeles de manera que siempre se fuera digno de comulgar, o más bien exponer unas exigencias tales de pureza que desanimaran incluso al devoto sincero y le alejaran de la comunión. Siendo realista no se puede esperar que nunca nadie se sienta tan puro, ni aún menos que lo sea de hecho, como para que se le considere digno de recibir el «pan de los ángeles». De manera que es mucho más fácil, y más consecuente, dejar de recibir la comunión o al menos diferirla largamente o incluso hasta el mismo lecho de muerte. Esto fue de hecho lo que sucedió, según el señor Vicente, quien atribuye a la influencia del libro de Arnauld el notable descenso en el número de comulgantes que se dio en algunas parroquias de París.

Tampoco al señor Vicente le gustaba nada que la gente recibiera la comunión distraídamente, por costumbre y sin siquiera intentar una reforma de malas costumbres. A esto se refiere sin duda cuando advierte a las hijas de la caridad que las malas disposiciones eran causa de muchos abusos en relación a la recepción de la eucaristía. Pero el libro de Arnauld era muy otra cosa; suponía una exigencia de tal pureza y espíritu de penitencia que prácticamente excluía el que nadie se atreviera ni a acercarse a la comunión. Excepto tal vez el señor Arnauld, de quien Vicente hace la sarcástica observación de que aunque exige para comulgar «unas disposiciones tales que ni san Pablo se hubiera atrevido a comulgar, no deja de jactarse en varios lugares del libro de que celebra misa todos los días». Nunca fue amigo el señor Vicente de lo que en la dialéctica clásica se califica como argumento *ad hominem*, la descalificación de las razones del adversario por la descalificación de la persona del adversario. Pero en este único caso no se pudo contener. El argumento se le escapó de la pluma. Pero es que el gran Arnauld, como se le calificaría posteriormente, espíritu que se pasaba de listo en sus razones, se prestaba a maravilla para descalificaciones de este tipo.

No vamos a describir aquí los avatares de una larga vida de escritor extremadamente prolífico, la pluma más prolífica y más cultivada, junto con la de Pascal, al servicio del movimiento jansenista, vida que terminó en un largo y amargado autoexilio. Pero sí diremos un detalle sobre el comienzo de su vida, muy revelador del carácter del hombre. Era muy joven y estaba aún en sus estudios de doctorado en teología. Se presentó a Saint Cyran estando éste aún en prisión para pedirle expresamente que le aceptara como su dirigido y discípulo. Aceptó Saint Cyran no sin antes hacerle notar un cierto aspecto de orgullo en su personalidad que necesitaba corrección y moderación. No aprendió el joven Arnauld gran cosa de esta primera lección. Saint Cyran le dijo, con su tono habitual de franqueza vasca un poco ruda: «La dignidad doctoral te ha ofuscado como la belleza ofuscó a los dos ancianos».

Pero no era ningún rasgo personal del autor lo que interesaba al señor Vicente, sino otros dos aspectos. El primero, más importante desde el punto de vista objetivo, se refería a la posible heterodoxia del libro, que aunque se presentaba como una exposición de la doctrina tradicional de la iglesia sobre la comunión, no era en realidad más que una aplicación muy hábil de los principios teológicos de Jansenio a la recepción de los sacramentos de la eucaristía y la penitencia. El segundo tal vez fuera más importante, por lo menos en cuanto afectaba profundamente al señor Vicente en la misión de su vida. Si se tomaban en serio las ideas de Arnauld resultaría que comunión y penitencia quedarían reservadas a un grupo muy limitado de aristócratas del espíritu. Pero, en contra de toda doctrina elitista, el señor Vicente está convencido de que «Dios es tan bueno que todos los cristianos pueden, con la gracia de Jesucristo, realizar su salvación». Esta es la convicción profunda que ha hecho de él un hombre entregado en cuerpo y alma a trabajar entre campesinos olvidados, galeotes condenados, niños abandonados por todos. Todos estos necesitan, tanto como el pan, la eucaristía y el perdón de los pecados. Pero el libro de Arnauld se los convierte en inaccesibles, y sólo los deja al alcance de él mismo, Arnauld, de algunos de sus amigos espirituales y de las más perfectas de entre las monjas de PortRoyal. También él, Vicente, los necesita tanto como los necesitan los pobres. Pero, de hacer caso al gran Arnauld, confiesa «con franqueza que no sólo renunciaría para siempre a la santa misa y a la comunión, sino que hasta sentiría horror de este sacramento.»

(1644)

Las cartas de Luisa de Marillac en los comienzos de 1644 muestran, a vueltas de varios asuntos que se tratan en ellas, la acostumbrada solicitud por la salud del señor Vicente. «Tenga usted cuidado de su propio cuerpo -le escribe el 14 de enero- como lo tendría del de un pobre». Y unos días después: «Se curaría pronto del resfriado si se acostara un poco más temprano por la noche, pues el trabajo excesivo y el estar levantado calientan la sangre». Sólo dos muestras de la prolongada preocupación que mostró Luisa por la salud de nuestro hombre, preocupación que hizo de ella una especie de enfermera que imparte con generosidad diagnósticos y recetas por correspondencia. De manera que del conjunto de los numerosos consejos que le envía se podría extraer una visión bastante completa de los conocimientos y prácticas de enfermería de la época. Sólo que los conocimientos de Luisa de Marillac, más o menos acertados si se les mira desde hoy, están siempre, como se diría hoy, al día, e incluso muy al día. En una ocasión le recomienda con mucha fe y mucho entusiasmo el ingerir buenas dosis de té, que es excelente, le escribe, para abrir el apetito. El té había sido introducido un poco antes en Francia por el canciller Seguier, amigo del señor Vicente, cuya esposa era, como se vio arriba, dama de la caridad y muy amiga de Luisa de Marillac.

Por su parte, el señor Vicente habla con frecuencia del estado de su salud en sus cartas a varias personas, a Luisa de Marillac en particular, a la que suele informar del resultado, no siempre muy feliz, de sus diagnósticos y consejos. No era en modo alguno un carácter hipocondríaco obsesionado por males reales o imaginarios. Parecería más bien por el conjunto de su correspondencia que era en aquellos

tiempos hasta de buen tono el añadir a otras noticias las noticias de la propia salud. El habla sin ningún complejo ni inhibición de su salud personal y de la salud de los que le rodean. Pero mientras para la salud de los que le rodeaban tuvo siempre una solicitud casi maternal, consigo mismo fue más bien duro, aunque no descuidado o imprudente, y a veces muy duro. Rara vez, excepto en las últimas semanas de su vida, fue la enfermedad un motivo para que redujera la presión diaria de sus ocupaciones y preocupaciones. La enfermedad fue para sí mismo como hombre de fe una manera privilegiada, aunque dolorosa: de seguir a Jesucristo en su camino de sufrimientos. Fue a la vez la ocasión de revelar sin pretenderlo algunos de los aspectos más profundos y delicados de la sensibilidad de aquel hombre que podía muy bien haber sido rudo por las circunstancias de su nacimiento y educación infantil. Pero no era rudo en manera alguna, sino que estaba dotado de una sensibilidad, aunque totalmente varonil, fina y hasta casi exquisita. La mostraba sin poderse contener en su solicitud en las enfermedades de los demás, y también en las suyas propias, aunque no consigo mismo. En una ocasión en que el médico había recetado para su ojo enfermo la sangre caliente de un pichón vivo, Vicente, que siempre practicó y enseñó la obediencia a los médicos, incluso se la enseñó a Luis XIII en los días de su agonía, no pudo avenirse a que se practicara en favor de su propia salud un remedio que exigía el sacrificio en carne viva de un ser, aunque irracional, inocente.

En el otoño de 1644, a los 64 años de edad, el estado de salud de nuestro hombre parecía ser bastante bueno. Había hecho un viaje a Richelieu para visitar la casa de su congregación. Escribe a París varias cartas en las que incluye, como de costumbre, una breve noticia sobre su salud. «Bastante buena», dice el día 14 de octubre. El mismo día, en otra carta: «Llegué ayer por la tarde bastante bien. No me queda más que un dolor de muelas, que ya va disminuyendo». Al día siguiente: «Espero salir el lunes para Fontainebleau, si me lo permite mi ligera enfermedad». Seis días después, el 21: «Me encuentro bastante bien, gracias a Dios». Pero entre el 11 de noviembre, fecha en que aún vivía Antonio Dufour, misionero de su congregación, y el 11 de diciembre, en que tuvo Vicente una charla con las hijas de la caridad, estuvo tan grave que se temió que acabaría en la tumba. Pero aún iba a vivir otros 16 años, los más fructíferos de su larga vida. El que se curara en esta ocasión no se debió a ningún remedio extravagante del tiempo sino a un hecho misterioso que Abelly nos relata como vamos a ver. No hay razón ninguna, como no sea la de un extremado racionalismo, para dudar de que lo que nos cuenta sucedió exactamente como él nos lo cuenta.

Estaba Vicente, como decíamos, muy grave, sin que sepamos cómo o más bien de qué. Todo el mundo a su alrededor se temía que aquello iba a ser el fin. El señor Vicente estaba en San Lázaro, el padre Dufour en el colegio de los Buenos Hijos, donde daba clases. «No puede imaginarse -escribe Vicente el 11 de noviembre- cuánto le bendice Dios en este trabajo, ya que les gusta mucho a los seminaristas». Era Dufour un joven sacerdote recién ordenado y con sólo cinco años escasos de pertenencia a la congregación del señor Vicente. Cayó enfermo de levedad días después, a la vez que Vicente, y se le ocurrió ofrecer su vida a Dios a cambio de la del fundador. Empezó a empeorar rápidamente y el señor Vicente a recuperarse.

Una noche se oyeron tres golpes suaves en la puerta de la habitación de Vicente. Los oyeron distintamente lo mismo Vicente que los que le velaban. Pero abierta la puerta no vieron a nadie fuera de la habitación. Vicente creyó comprender lo que aquello significaba, un anuncio discreto de la muerte de Dufour, e hizo que se rezara por él el oficio de difuntos. Efectivamente, Dufour acababa de fallecer. Vicente se recuperaría pronto, de modo que pudo volver a su ritmo habitual de trabajo. Días después, el 11 de noviembre, lo encontramos dando a las hijas de la caridad su charla de costumbre.

Se podía haber muerto en paz a los 64 años, y ya hubiera sido la suya en conjunto una vida plenamente meritoria. La mera enumeración de los cargos, fundaciones y trabajos que tenía entre manos a esa edad hubiera sido suficiente para hacer que su nombre pasara a la posteridad. Recordemos brevemente: desde 1617 es creador y animador de numerosas cofradías parroquiales de la caridad dentro y fuera de París; desde 1618 ha sido un activo misionero rural, trabajo al que comienza a asociar un número creciente de sacerdotes y hermanos a partir de 1626 con la fundación de la Congregación de la Misión; es capellán general de las galeras desde 1619; desde 1622 es director del primer monasterio de la Visitación de París, cargo que se extiende a los otros tres que se fundarán posteriormente en la misma ciudad; desde 1633 dirige y anima la pequeña compañía de las hijas de la caridad; también anima las Conferencias de los Martes con el clero de París, obra que se irá extendiendo luego por otras diócesis de Francia: al año siguiente, 1634, funda la cofradía de las damas de la caridad del Hotel-Dieu; en 1636 funda en la Lorena una casa que iba a ser la base de una campaña de gran envergadura de ayuda a los damnificados de la guerra, campaña que se extendería luego a la Picardía, siendo éste un tipo de actividad que, en una región u otra, incluyendo el mismo París, no dejará de ocuparle prácticamente hasta su muerte; a partir de 1638 comienza a organizar la asistencia a los niños abandonados.

A estas actividades que ocuparon los días de su vida hasta la misma muerte habría que añadir otros trabajos que vinieron a añadirle otras preocupaciones, tal su participación durante diez años en el Consejo de Conciencia, intervenciones ocasionales solicitadas por las diversas autoridades en casos de reforma de monasterios, reforma de costumbres, asuntos variados de política civil y religiosa. Su intervención era muy a menudo personal, lo que le obligaba a viajes, reuniones frecuentes, entrevistas. Pero más que nada este panorama de actividad casi frenética le obligaba a escribir cartas. Se calcula que en los últimos treinta años de su vida escribió unas 30.000. Este era un trabajo constante que no podía dejar ni delegar. Si se descuidaba por razón de viaje, o de otras actividades, rápidamente se amontonaba sobre la mesa y creaba problemas en la apretada agenda de trabajo. Vicente trataba de resolverlos quitando hora, al sueño de la noche, v asociando a este trabajo primero a un hermano experto escribano, y luego a dos. Aun así de vez en cuando sus corresponsales se quejan de la lentitud del señor Vicente en responder a las cartas.

Pero no se podía razonablemente pedirle más o esperar más de él. Si se ve el volumen de su actividad en una mirada de conjunto hasta la edad de 64 años asusta por su carácter casi sobrehumano. Podía pues haber muerto en paz en 1644, y jubilarse así por toda la eternidad. Pero Dios no lo llevó consigo cuando su siervo Vicente estuvo a punto de morir. Le dejó vivir otros 16 años que iban a ser aún más trabajosos que los años anteriores. Porque a partir de 1645 Vicente levanta sus ojos más allá de los límites de Francia y empieza a extender su mirada por el ancho mundo.

7

(1645-1647)

A comienzos de 1643 el señor Vicente expresa en una carta el proyecto de dar «de vez en cuando una especie de misión entre esos pobres esclavos de Berbería». No pretende él dedicarse a la redención de cautivos pisando el terreno a los mercedarios y trinitarios, fundados siglos antes expresamente para ese fin. «Quizás -dice- para hacer un ensayo se tome como pretexto el rescate de un pequeño número de esclavos». Pero lo que él pretende es otra cosa: mantener la fe y aliviar los sufrimientos de los cautivos cristianos a través de un medio que, con las adaptaciones necesarias, ha tenido éxito reconocido en ambientes tan dispares como el mundo campesino y los condenados a galeras. Quién le sugirió la idea de dedicarse a este nuevo trabajo, no lo sabemos, ni si la idea se le ocurrió a él sin que nadie se la sugiriera. Su primer biógrafo se la atribuye nada menos que al rey Luis XIII. Es verosímil que así fuera, y que el señor Vicente se sintiera obligado a asumir este nuevo y extraño terreno de acción fuera de Francia al venir la sugerencia de una fuente tan alta que él consideraría sin duda como intérprete de la voluntad de Dios. En el nuevo terreno su congregación va a aplicar los trabajos en que está muy entrenada: la ayuda espiritual y material a cristianos que sufren muy aguda pobreza material y espiritual, «una misión de las más caritativas que podrían ejercer sobre la tierra», dice Vicente a los hombres que envía a África. Los hombres del señor Vicente, aunque no enviados a rescatar cautivos, acabaron haciendo también eso, cómo lo iban a evitar. Y aunque no era ése su trabajo propio consiguieron la libertad de unos 1.200 esclavos. El mismo Vicente se encargaba de hacer de intermediario para enviar al norte de África el dinero necesario para el rescate. Por sus manos pasaron, y él transmitió vía Marsella al norte de África, alrededor de 1.200.000 libras.

Los misioneros deben evitar cuidadosamente entrometerse en «los asuntos de aquel país», y ni siquiera el dar noticias sobre la situación política interna. Aún mucho más deben evitar el intentar convertir a la población nativa musulmana. Una tal conversión sería muy de desear, pero el solo intento, prohibido sumariamente por las leyes, pondría en peligro la misión para la que eran enviados.

El sencillo proyecto inicial de dar de vez en cuando una especie de misión entre los esclavos se complicó de maneras no previstas por él. Se estableció en el mismo año de 1643 en Marsella una casa en la que cuatro misioneros se dedicarían a la atención

a los galeotes. Los puertos de Marsella y de la cercana Toulon eran las bases principales de la marina de guerra francesa en el Mediterráneo. La compra de la casa y mantenimiento de los misioneros fue posible gracias a una generosa donación de la duquesa de Aiguillon. Debía servir además como base para que los «sacerdotes de la misión envíen, cuando lo juzguen conveniente, algunos sacerdotes de la dicha Congregación de la Misión a Berbería, para aliviar e instruir a los pobres cristianos cautivos y detenidos en aquellos lugares». Esto se hizo por fin dos años más tarde con el envío de dos misioneros a Túnez. Entraban en el país en calidad de capellanes del cónsul francés, quien gozaba del derecho a tenerlos en virtud de tratados existentes entre el rey de Francia y el sultán de Constantinopla. Todo el norte de África musulmán estaba sometido a la autoridad de éste, aunque su lejanía y el consecuente débil control permitían que las autoridades locales en toda la región se permitieran pequeñas libertades al margen y en contra de los tratados internacionales. En virtud de éstos no podían, por ejemplo, reducir a cautividad a ciudadanos franceses. Pero lo hacían, y no faltaban numerosos cautivos de nacionalidad francesa entre los 50.000 esclavos cristianos, a tal vez más, que sufrían por aquel tiempo pérdida de libertad en los diversos países del norte de África.

Los misioneros del señor Vicente comenzaron como capellanes del cónsul francés, pero acabaron ellos mismos como cónsules. La idea fue de la misma duquesa de Aiguillon, «sin que nosotros tuviéramos ninguna idea sobre ello», dice el señor Vicente. Ella misma, ante los numerosos conflictos que se creaban por causa de diversos turbios negocios entre el cónsul de turno y la conciencia de su capellán, tuvo la idea de solicitar a Su Majestad y luego comprar (cargos de este tipo se vendían por un precio en aquellos tiempos) los consulados de Francia en Argel y en Túnez y confiarlos a los hombres del señor Vicente. Desde el mismo comienzo del experimento no miró con buenos ojos la Santa Sede el que un sacerdote católico desempeñara un cargo tan evidentemente político, y aun comercial, como era el del cónsul. Menos aún cuando los misioneros del señor Vicente fueron nombrados vicarios en Túnez y Argel del arzobispo de Cartago. Y aunque el señor Vicente, para evitar esta dificultad, nombraba cónsules a clérigos no ordenados, las complicaciones resultantes fueron tan numerosas y tan graves que llegó a pensar no sólo en desprenderse de los consulados, sino incluso en dejar del todo la misión en el norte de África. Pero se opuso a ella con firmeza la duquesa, y la misión, con todas sus complicaciones, siguió adelante. Es éste el único caso conocido de una empresa misionera asumida por el señor Vicente que éste estuvo a punto de abandonar después de comenzada.

No sería justo reprochárselo si lo hubiera hecho. Su proyecto inicial era modesto, pero era posible y hasta no demasiado difícil. El primer misionero que envió comenzó su misión entre los esclavos con cierto temor y cierta clandestinidad. Pronto se ganó el favor no ya sólo de los cautivos sino incluso de la población nativa y de la autoridad. Esta, ante la petición del misionero de que se le permitiera solicitar de Francia otro compañero de trabajo, le contestó: «Puedes llamar no ya a uno, sino a dos o tres si hacen falta. Sé que has venido aquí para hacer el bien y no el mal». Cuatro de los misioneros murieron pronto de peste; ellos, y todos los demás, trabajaron en lo suyo en condiciones muy duras de mala alimentación, poco sueño,

pésimas condiciones higiénicas de los «baños» en que vivían los cautivos. Pero todo esto no constituía dificultades que los hombres del señor Vicente no pudieran superar mientras su trabajo se limitara a lo proyectado inicialmente.

Pero la compra de los consulados implicó a los misioneros en una larga serie de problemas que resultaron ser un obstáculo para su misión. Rivalidades con los cónsules de otros países; oposición a poco escrupulosos comerciantes europeos que traficaban en materiales de importancia estratégica, tal por ejemplo la lona necesaria para las velas de los barcos, cuya venta a los países musulmanes estaba prohibida en virtud de tratados firmados por los países cristianos; deudas de comerciantes no pagadas, de las que la autoridad local hacía responsable al cónsul, quien daba por ello con sus huesos en la cárcel; en fin, toda una inacabable serie de complicaciones que no sólo hacían sufrir en maneras no previstas a los misioneros sino que ponían en cuestión la naturaleza misma de su misión.

El cónsul-misionero era en el fondo de su alma misionero antes que cónsul. Aún más: intentaría valerse de su cargo político como de ayuda para su misión. Pero nadie, fuera de él y del señor Vicente y de la duquesa, veía las cosas así. Autoridades locales, comerciantes, autoridades políticas cristianas, todos veían en él ante todo al cónsul representante de los intereses de Francia. Esperaban y exigían de él lo que se esperaba y exigía de un cónsul, lo cual creaba en el alma del cónsul-misionero contradicciones imposibles de resolver. En suma, que las prevenciones de las autoridades romanas en este asunto mostraron ser en la práctica acertadas y realistas.

No es que no las tuviera el mismo señor Vicente, quien admite que pueda parecer «extraño que unos sacerdotes que se han entregado a Dios para instruir al pobre pueblo del campo y formar eclesiásticos en la virtud se mezclen en un asunto temporal tan apartado de sus trabajos como es éste». Pero sólo había una cosa, aparte de la voluntad del rey, capaz de desviar de alguna manera al señor Vicente de lo que él veía como su misión propia: su capacidad de agradecimiento. Tanto debía el señor Vicente a la duquesa de Aiguillon que no podía en buena conciencia negarse a aceptar una sugerencia de ésta. Tanto más cuanto que en este caso la idea, aunque presentaba sus dificultades, parecía a primera vista hasta genial para intentar mejorar la suerte de los cautivos. Consiguió esto, efectivamente, pero a costa de tales complicaciones no previstas que el señor Vicente estuvo a punto de abandonar enteramente la misión. El que no lo hiciera se debió a la gratitud que él, hombre siempre extremadamente agradecido, pensaba justamente deber a la duquesa de Aiguillon.

Alrededor de una decena de misioneros envió Vicente a Irlanda a finales de 1646. Casi todos ellos eran irlandeses de nacimiento que, exiliados de su tierra, habían conocido en París la congregación del señor Vicente e ingresado en ella. Ninguno de ellos pudo permanecer en Irlanda más de seis años. La persecución por parte de las tropas invasoras de Cromwell hizo que todos ellos tuvieran que volverse, después de

mil peligros y al hacerse imposible su misión, a Francia. Uno, Tadeo Lee, el más joven del grupo de misioneros, no pudo volver. Las tropas inglesas de ocupación le aplastaron la cabeza, después de cortarle manos y pies, en presencia de su misma madre. Aunque la misión en el norte de África iba a producir años después sus propios mártires a manos de «bárbaros turcos», fue este joven irlandés el primero entre los misioneros del señor Vicente en sufrir un martirio verdaderamente bárbaro a manos de civilizadas tropas protestantes.

La idea de enviar misioneros a Irlanda no partió del mismo Vicente, según costumbre, sino de las autoridades romanas, quienes pensaron que sus hombres serían muy adecuados «para enseñar allí la práctica de las ceremonias y de los ritos sagrados al clero, que está sumido en la ignorancia más profunda por las dificultades que desde hace muchos años los herejes (ingleses), que son los dueños de aquel país, han puesto al ejercicio del culto público». Esto le pedía Roma en 1645. El vio la petición como «órdenes del Santo Padre para enviar algunos misioneros de nuestra compañía a Irlanda», cosa que hizo al año siguiente. A su actividad entre el clero los misioneros añadieron, por propia cuenta y a petición de algunos obispos, el trabajo de las misiones en alguna región en la que el dominio de los ingleses era más débil. Al plan inicial que motivó el envío de misioneros a Irlanda acompañaría sin duda la intención de establecer una presencia permanente en la isla. No se llegó a conseguir eso entonces, aunque sí mucho después de su muerte, bien entrado el siglo XIX. Caso único entre los proyectos del señor Vicente de fundación misionera que se extingue antes de finalizar su propia vida.

También fue limitada en el número de años, aunque fue un poco más larga, la presencia de los hombres del señor Vicente en Escocia y en las islas Hébridas, donde trabajaron a partir de 1651 en condiciones durísimas de clandestinidad y escasez algunos de los misioneros exiliados de Irlanda.

El 28 de junio de 1646 el señor Vicente, acompañado de su asistente, Renato Almeras, se reunía con Luisa de Marillac y otras tres hijas de la caridad para tratar de algunos asuntos que se referían al buen gobierno y organización de éstas. Hacía ya casi trece años que había ido madurando y consolidándose lo que en principio no era más que un modesto experimento de ayuda a las cofradías de la caridad parroquiales en el trabajo de asistencia a los enfermos por parte de un grupo de jóvenes campesinas. El pequeño grupo inicial de cuatro había ido creciendo modesta pero constantemente; por otro lado, la experiencia del hospital de Angers había hecho ver que aquellas jóvenes eran muy capaces de llevar con mucha competencia obras de asistencia por su cuenta y con entera independencia de las señoras de las cofradías. En suma, que lo que había nacido como una especie de apéndice a las cofradías parroquiales de caridad daba la segura impresión, sólo trece años después de sus comienzos, de poder ser un organismo capaz de existencia independiente. El señor Vicente cree llegado el momento de empezar a dotar a ese organismo de una estructura propia.

El gobierno de cada día ha estado en manos de Luisa de Marillac bajo la supervisión del señor Vicente, a quien Luisa consulta con frecuencia. Aunque el primer proyecto de reglas, también de 1646, prevé que las jóvenes «elegirán a una superiora de entre ellas cada tres años por mayoría de votos», y ella misma pidió de rodillas que le quitaran ante un grupo de hermanas y del señor Vicente, de hecho siguió ejerciendo como superiora la misma Luisa hasta su muerte en 1660, porque, dijo el señor Vicente en esa ocasión, lo que decían las reglas «se entendía después de que Dios hubiera dispuesto» de ella. Y añadió: «Sus hermanas y yo tenemos que pedir a Dios que la deje largos años. Dios suele conservar por medios extraordinarios a los que son necesarios para llevar adelante sus obras. Y si usted se fija bien se dará cuenta de que ya hace más de diez años que usted no vive; que no vive al menos de una manera ordinaria». Luisa tenía entonces 57 años, iba a vivir otros trece, y hacía ya catorce que dirigía con toda competencia y coraje la cofradía de las hijas de la caridad. Lo que el señor Vicente le dijo en esta ocasión con una franqueza un poco ruda lo proponía también a algunos misioneros, aun a algunos de los fuertes, como ejemplo para animarles en tiempos de mala salud y excesivo trabajo. Escribe a uno de ellos en el mismo año: «Si uno la ve diría que sale de la tumba, dada la debilidad de su cuerpo y la palidez de su rostro. Pero sólo Dios sabe la fuerza de espíritu que tiene. No tiene más vida que la que recibe de la gracia».

A lo que hasta ahora había sido un gobierno de tipo carismático, basado en el sometimiento voluntario a la indiscutible y universalmente aceptada personalidad de los dos fundadores, el señor Vicente quiere dotarlo de un organismo de gobierno estable, «un comienzo de orden y de fundamento», como lo expresa él mismo en el comienzo de la reunión del 28 de junio de 1646. El señor Vicente quiere, y lo pide expresamente, que las hermanas asistentes al consejo manifiesten con toda libertad su opinión sobre los asuntos discutidos, aun si esa opinión es diferente e incluso opuesta a la de los mismos fundadores.

En esta primera reunión se discutieron varios puntos referentes a la admisión de algunas candidatas a ser miembros de la compañía, así como destinos a varias de sus obras. Se terminó con un detallado examen de un punto aparentemente banal, pero muy revelador de algo que atañía a lo que debía ser la verdadera naturaleza de aquella asociación de jóvenes campesinas. Cuando venían de sus aldeas, y antes de ser enviadas a trabajar, pasaban por un tiempo de adaptación y formación bajo la supervisión inmediata de Luisa de Marillac, quien a veces se encontraba con «más de treinta». Este número exigía ya un reglamento de vida, aunque no fuera más que para conseguir el orden necesario para la convivencia ordenada de tanta Gente que moraba en la misma casa.

Pero había más: había que formarlas en la vida de oración, en el difícil arte de la convivencia cordial, en el modo de caminar por la estrecha senda del seguimiento de Cristo, en los diversos artes y saberes necesarios para su futuro trabajo de enfermeras y maestras de los pobres. A nada que se descuidara el fundador o la fundadora aquella casa podía fácilmente convertirse en algo muy parecido a un convento femenino, y sus moradoras en monjas. Pero sus fundadores nunca quisieron ni una cosa ni otra. Por estas fechas. 1646, ambos tenían esto ya muy claro,

aunque aún iban a pasar años antes de que el fundador formulase la idea en un texto totalmente revolucionario en la historia de la Iglesia Católica: las hijas de la caridad tenían que tener «por monasterio, las casas de los enfermos; por celda, una vivienda alquilada; por capilla, la iglesia parroquial; por claustro, las calles de la ciudad; por clausura, la obediencia; por rejas, el temor de Dios; por velo, la santa modestia».

De rejas se habló precisamente en este primer consejo, y se discutió si sería conveniente ponerlas, como en los locutorios de los conventos de clausura, para evitar que los visitantes invadieran las dependencias en que vivían, oraban y trabajaban las jóvenes. A ninguno de los presentes en el consejo le gustó la idea de las rejas, pero lo que interesa más es la única razón que se dio para rechazarlas. Dijo para empezar el señor Almeras que «no se necesitaba en manera alguna que hubiera una reja, porque esto era propio de las religiosas», y si no se ponía mucho cuidado en «cortar todo lo que pudiera dar esa impresión, algunas podrían llegar algún día a querer ser religiosas». Así se expresó el señor Almeras, y no le contradijo en manera alguna el señor Vicente, sino que remachó con fuerza lo dicho por él añadiendo por su cuenta que si eso ocurriera sería «todo lo contrario de lo que Dios pide de vosotras». O sea, que aunque el ser religiosa supone un estado tan alto y tan hermoso, le, diría mil veces el señor Vicente, que ellas, pobres campesinas, no son dignas de serlo, no es eso, ni tampoco la opinión social del tiempo, que reservaba el estado de religión mayormente a las procedentes de familias distinguidas que podían proporcionar al entrar en el convento (a elevada dote necesaria, sino la voluntad de Dios, mismo la que les ha de mantener en su humilde estado original de simple, fieles bautizadas. Pero aunque su estado en la sociedad y en la iglesia es tan humilde, deben ser tan santas como las religiosas santas, y aún más, pues la perseverancia en su modo de vida sacrificada y laboriosa y expuesta a mil peligros sólo es posible sobre la base de un olvido total de sí mismas y de una entrega sin reserva, de su vida a Dios y los pobres.

A una asociación de jóvenes cristiana, de ese estilo no se le podía aplicar el título de «orden», que se reserva en la Iglesia Católica a asociaciones más importantes y más solemnes. Todo lo más se le podía calificar de cofradía, o sea, de confraternidad. Eso es lo que es una fraternidad y no otra cosa, la asociación de jóvenes que han fundado el señor Vicente y Luisa de Marillac sin haberlo planificado previamente y casi como sin darse cuenta. Y ése es el nombre que escogen, aunque a alguna de ellas no les hacía mucha gracia, cuando acuden al arzobispo de París, para que les otorgue el necesario reconocimiento de la autoridad eclesiástica. No acudieron propiamente al arzobispo, que era hermano del señor de Gondy sino al hijo de éste, Juan Francisco Pablo, obispo auxiliar de su tío. Este era el menor de los tres hijos de los señores de Gondy, a quien Vicente había visto nacer y crecer en sus ya lejanos tiempos de preceptor de sus otros dos hermanos, y por el que siempre sintió un cariño que nada pudo romper. El cariño era mutuo. El joven obispo auxiliar, futuro cardenal de Retz, tuvo todos los vicios comunes imaginables y además algunos muy personales y muy suyos, pero en cuestiones de fidelidad en la amistad fue un hombre que llamó la atención de sus contemporáneos. El mismo Bossuet le alaba como «hombre muy fiel a sus amigos», y madame Sevigné, que le conoció durante muchos años, declaraba que «no ha habido jamás amigo tan cálido, capaz de exponer por los suyos su fortuna y su vida».

Este amigo del señor Vicente le llama en el documento de aprobación de las hijas de la caridad «nuestro querido y apreciado Vicente de Paúl». Y aunque lo que le pide el señor Vicente es algo extraño, nuevo y poco definido, el joven obispo, aprovechando una ausencia temporal de su tío, quien tal vez hubiera puesto a la idea del señor Vicente dificultades jurídicas de peso, aprueba lo que el señor Vicente le pide, y erige «la asociación de dichas jóvenes v viudas en esta diócesis en forma de cofradía particular, distinta de la cofradía de la caridad», de la que las jóvenes de esta nueva cofradía no eran inicialmente más que ayudantes. Seguirán siendo ayudantes muchas de ellas, pero la suya es ya una asociación independiente, con su reglamento propio de estructuración y funcionamiento, reglamento también aprobado por el obispo auxiliar. Y aunque la autoridad sobre las jóvenes reside en el arzobispo de París, se «le confía y encarga el gobierno y dirección de esta asociación y cofradía mientras quiera Dios conservar su vida a nuestro querido y apreciado Vicente de Paúl».

«Desde hace cien años la Iglesia ha perdido la mayor parte del Imperio, y los reinos de Suecia, Dinamarca q Noruega, Escocia, Inglaterra, Irlanda, Bohemia y Hungría. Sólo le quedan Italia, España, Francia y Polonia, con muchas herejías en estas dos últimas. Estas pérdidas de la Iglesia dan motivo para temer que dentro de cien años perderemos la Iglesia en Europa». Así escribía el señor Vicente en agosto de 1646. Y unos meses más tarde: «Tengo mucho temor de que Dios permita la aniquilación de la Iglesia en Europa por culpa de nuestras costumbres corrompidas». El análisis del señor Vicente era, aunque sombrío, muy realista. El pronóstico, más bien la profecía, de los cien años se le quedó un poco corto, pero tampoco estaba del todo equivocado. Trescientos años después la Iglesia que él tanto amaba estaría viva de verdad no en la lánguida Europa, sino en las lejanas periferias.

De manera que bien pasados sus sesenta años el señor Vicente se sintió vivamente espoleado a añadir a sus muchos trabajos un esfuerzo por «la propagación de la Iglesia en los países infieles», sin dejar por ello de tratar de inyectar una nueva vida en la moribunda Iglesia europea. Todo ello a pesar «de los pocos obreros que somos». Esto último lo escribía comentando un proyecto de envío de algunos misioneros a Persia, proyecto que luego no se llevó a cabo, sin que sepamos las causas. Se lo habían propuesto las autoridades romanas, y esta vez lo aceptó sin poner objeciones, aunque tenía una de peso. «Nos llama para allá el papa, que es el único que puede enviar ad *gentes*: y estamos obligados a obedecerle».

La objeción procedía del hecho de que él mismo había entrenado a sus misioneros en la renuncia a todo tipo de dignidades eclesiásticas, y el proyecto de Persia incluía la idea de que uno de los misioneros fuera nombrado obispo de la misión. Fue uno de sus propios hombres, precisamente el superior de la casa de Roma, quien se lo recordó como objeción para aceptar la misión de Persia. Vicente le contesta: «He hecho todo lo que he podido por conseguir algún sacerdote externo para el obispado de Babilonia, pero nadie quiere aceptar o no puede hacerlo». De modo que la urgencia de intentar la expansión de la iglesia le hizo pasar por encima de una de sus ideas más queridas para los hombres de su congregación. Por otro

lado no era lo mismo ser obispo en Persia que en París. En Persia sobraba, y hasta estorbaba, todo boato y solemnidad episcopal. El misionero podría muy bien vivir «como los obispos armenios que hay allí; no aparentan ser, y eso incluye al patriarca, más que los simples sacerdotes de aquí». Pero lo más importante es que el evitar toda ostentación pondría al misionero en las huellas de «Nuestro Señor y de los apóstoles, que renunciaron o hicieron renunciara los cristianos a la pompa».

No renunciaba, pues, después de todo a una de sus ideas más queridas al aceptar para uno de los hombres de su congregación el obispado de Babilonia. Lo que en realidad hubiera conseguido era pulverizar las huecas ostentaciones de la figura episcopal y reducirla a las simples líneas de lo que debe ser: pastor y misionero. Tampoco él quería que el episcopado de Babilonia fuera causa o motivo para variar la visión que tenía de su congregación, a la que califica aquel mismo año de 1647 de «nuestra ruin compañía, que no es más que el aborto de las demás compañías de la Iglesia». No buscaba en modo alguno la grandeza de su congregación al enviarla por el ancho mundo. Ni siquiera la urgencia de evangelizar le va a desviar jamás de «la norma y práctica de no pedir ninguna fundación» para ella. Él está dispuesto a ir y a enviar a sus hombres hasta el último extremo del mundo, pero no quiere «que la compañía haga ruido y se vea estimada por su extensión. Dios no necesita del favor de los hombres ni de la fama para llamarnos a donde Él quiera».

Al año siguiente Vicente envió a sus misioneros a un sitio mucho más alejado que Persia, tan alejado que la fama era imposible, a donde sin embargo no hubiera podido ir sin el favor de los hombres. Al faltar éste finalmente, desapareció también la misión, pero ya antes estuvieron a punto de hacerla imposible las condiciones de la navegación marítima de aquel tiempo.

(1648)

El sitio alejado se llamaba Isla de San Lorenzo o también Madagascar. En una navegación normal para aquel tiempo se podía llegar a Madagascar en cinco o seis meses. Hasta veinte de sus hombres envió Vicente en los años que le quedaban de vida, pero sólo siete consiguieron llegar allí. Los dos primeros, enviados en 1648, murieron a los dos años escasos de poner pie en la isla. Fallecieron de fatiga misionera y de falta de adaptación al clima extraño. Otros tres llegaron en 1654, y dos más en 1656. Todos ellos estaban muertos por la una o la otra causa, o por ambas, en 1657. Aún envió otros tres grupos en los últimos cuatro años de su vida, pero ninguno de ellos logró llegar a Madagascar. Quienes peor lo pasaron, aparte de los varios que murieron en los diversos viajes, los de la última expedición en 1659, después de naufragar una vez y perder casi la vida cerca de las costas mismas de Francia, embarcaron una segunda vez y llegaron hasta el cabo de Buena Esperanza, donde encalló el barco, que fue abandonado. Los recogió otro barco holandés, y los devolvió a Europa. Cuando llegaron, un año después de fallecido el fundador, habían estado casi dos años navegando sin haber conseguido ir a ninguna parte. Se quedaron, por así decirlo, con las ganas. Ganas no les faltaban ni

a los que lo intentaron ni a otros muchos hombres del señor Vicente que estaban dispuestos a intentarlo.

Aunque no lo estaban todos. No faltaban entre ellos quienes objetaban que aquello tenía todas las trazas de ser una misión insensata, devoradora de hombres. «Estoy seguro -les dice Vicente- de que la muerte de estos padres extrañará a algunos». Razón no les faltaba a los objetores. Pero para estas alturas de su vida la razón, lo razonable, lo sensato, no era ya desde hacía muchos años para Vicente, que jamás fue un hombre irrazonable y menos aún insensato, el criterio decisivo para embarcarse o no en empresas complicadas y de alto riesgo. A él sólo le importaba la misión, y la compasión por «aquellas pobres gentes nacidas en la ignorancia». En cuanto a sí mismo, y tiene cuando lo dice 68 años, dice estar dispuesto «a servirle de compañero (al primer misionero enviado a Madagascar) si ello fuera posible».

No se había buscado tampoco él mismo esta misión, sino que le cayó encima por una sugerencia de Propaganda Fide a través del nuncio en París. De manera que el señor Vicente tomó la empresa de Madagascar como algo que Dios deseaba que asumiera su pequeña compañía misionera. Ante esa convicción no había lugar ni para pensar que se debiera abandonar la empresa, aunque a él también le dolía profundamente la muerte de sus hombres. «Qué clase de compañía sería la de la Misión si abandonase la obra de Dios por haber tenido cinco o seis bajas; sería una compañía cobarde». Su congregación necesitaba gente bien formada intelectualmente para llevar a cabo con competencia sus diversas actividades. «Los misioneros sabios y humildes son el tesoro de la compañía», solía decir a sus hombres. Pero también sabía muy bien que, si en algún caso era la instrucción algo deficiente, había que «tener ánimos y esperar que Nuestro Señor supliría por otra parte, ya que se sirve de ordinario de personas poco considerables para llevar a cabo grandes obras». Pero lo que no podía faltar nunca eran los «ánimos». Intentar una empresa como la de Madagascar, y antes la de Irlanda o la de Escocia, era posible ciertamente con hombres de mediana instrucción, tal un Maturino de Belleville, hombre «de una familia distinguida de Normandía», «que tenía poca ciencia», pero mucha valentía, y además un gran «desprecio de sí mismo y celo por las almas». Belleville «murió al llegar a Cabo Verde y fue arrojado al mar, que es el cementerio de los que mueren en él». Pero era imposible intentarla con hombres asustadizos y sin coraje. «¿Seremos tan cobardes de corazón y tan poco hombres que abandonemos esta viña del Señor solamente porque han muerto allí cuatro, cinco o seis hombres?».

El siguió enviando a sus hombres, y lo mismo hizo su sucesor, Almeras, a pesar de las dificultades de la navegación y del clima. Pero lo que acabó definitivamente con la empresa, hasta que se volvió a intentar con más éxito en el siglo XIX, fue que falló «el favor de los hombres». El señor Vicente no quería contar con ese favor, lo hemos visto, pero sin él no hubiera ni siquiera puesto el pie en Madagascar ni uno solo de sus misioneros. Pues a falta de medios propios, siempre escasos en la congregación del señor Vicente en vida del fundador, sus hombres necesitaban que alguien les proveyera al menos de un barco para intentar la larga y difícil travesía. Ellos pondrían el coraje para hacerla y la dedicación sacrificada a la evangelización de los habitantes nativos de la isla una vez hecho el viaje. Sin ese coraje no se podía ni intentar travesía

ni misión. Pero para llegar allá hacía falta un barco, y eso no lo tenían ni ellos ni el señor Vicente. Hubo que contar, pues, con el favor de otros hombres que sí lo tuvieran.

El señor Vicente los encontró en unos «mercaderes de París, que son como los reyes de allí», la Societé de l'Orient, formada por un grupo de socios capitalistas a quienes Richelieu había concedido el monopolio de comercio y colonización en la isla. Fueron los barcos de esta compañía los que pudieron trasladar a los hombres del señor Vicente a la lejana misión. A cambio se esperaba de ellos que actuaran como capellanes de los colonos franceses durante la travesía y una vez instalados en Madagascar. Vicente, siempre agradecido y respetuoso, no deja de recomendar a sus hombres que tengan «un gran respeto con esos señores», pero sin dejar de «ser fieles para con Dios y no fallar nunca a sus intereses, ni traicionar nunca a vuestra conciencia». Era necesario recordarles esto, pues la situación del misionero no podía dejar de ser ambigua. La compañía, mercantil y colonizadora, no pretendía otro fin que hacer patria y hacer dinero, sobre todo esto último. El misionero era a sus ojos poco más que un funcionario para las necesidades espirituales de los colonos franceses. Pero para el misionero el hacer dinero no significaba nada, y la dedicación a la conversión de paganos malgaches era más importante que la atención espiritual a unos colonos aventureros que sentían muy poca necesidad de ella. De la imposibilidad de compaginar todos estos aspectos surgieron conflictos que hicieron aún más difícil una misión que ya era difícil por otras razones. Se mantuvo la misión, sin embargo, a pesar de los muchos conflictos. Pero disuelta por poco rentable la sociedad explotadora diez años después de fallecido el señor Vicente, a su congregación se le hizo imposible no sólo mantener la misión sino ni siquiera el enviar hombres a ella.

El 31 de mayo de 1648 el señor Vicente tuvo con las jóvenes de Luisa de Marillac una charla sobre la oración.

... Hermanas mías, hoy vamos a hablar de la oración. Hermana, ¿quiere decirnos lo que piensa sobre esto? Y así fue preguntando a varias de ellas, que dijeron con sencillez sus ideas. Como nuestro muy venerado padre (escribe Luisa de Marillac) tenía prisa, no preguntó a la mayor parte de las hermanas, como era su costumbre, sino sólo a unas pocas. Luego él añadió, entre otras cosas, lo que sigue... Ha parecido conveniente que hagáis oración todos los días, y así lo indican vuestra, reglas. Aún os diré más: hacedla a cualquier hora, y no salgáis nunca de ella. Una de vosotras ha dicho muy bien que Nuestro Señor era hombre de grandísima oración. El nos ha dado ejemplo, pues nunca se contentó con decir y enseñar, sino que siempre hacía antes lo que después enseñaba... También se ha dicho que la oración es necesaria para conservar esta vocación vuestra, porque es cierto que una hija de la caridad no puede perseverar si no hace oración. Es imposible. Permanecerá quizás algún tiempo entre vosotras, pero el mundo acabará por arrastrarla. Encontrará los trabajos de una hija de la caridad demasiado duros, irá languideciendo poco a poco, se cansará y acabará por dejarlo todo si no toma este alimento... Pero aunque la oración sea tan

necesaria a una hija de la caridad, o, diré sin embargo que, como vuestra obligación principal es el servicio del prójimo, cuando hay que socorrerles y se puede temer que sufran algún daño si os demoráis en asistirles, estáis obligadas a dejar la oración. Y aún más: si no hubiese para asistirles más tiempo que el de la misa, no tengáis miedo en dejarla antes que dejar al prójimo en peligro. Y eso no sólo un día entre semana, sino incluso un día de obligación. Pues la asistencia al prójimo ha sido impuesta por Dios mismo, mientras que la obligación de oír misa es sólo una norma de la iglesia... Os añadiré que la oración es como un espejo en el que el alma se mira para ver lo que le puede hacer desagradable a Dios; se mira en el espejo y se arregla para hacerse agradable a El. Las gentes del mundo nunca salen de casa sin arreglarse antes, delante del espejo. Hay algunas tan vanidosas que llevan un espejo en el bolso para mirar de vez en cuando si tienen que arreglarse otra vez. Lo que hacen las gentes del mundo para agradar al mundo, ¿no es razonable que lo hagáis para agradar a Dios vosotras que queréis servir a Dios? Dios quiere que los que le sirven se arreglen también, y que varias veces al día se miren en el espejo de la oración para quitar de sus almas lo que pueda desagradar a Dios... ¿De dónde viene que una pobre joven aldeana, que no sabe de letras ni conoce los misterios de la fe, cambie al poco tiempo su tosquedad y se haga modesta, recogida, y llena del amor de Dios? ¿No ha hecho esto la oración? La oración ha sido para ella una fuente de juventud en la que se ha rejuvenecido... Aparte de las sencillas oraciones vocales que decís hay otra clase de oración que se llama contemplación, en la que el alma no hace más que recibir lo que Dios le da, y, sin ningún esfuerzo por su parte. Dios le inspira todo lo que podría desear, y mucho más. ¿No habéis experimentado nunca esta clase de oración? Estoy seguro que sí... A los corazones sencillos, aunque carezcan de instrucción, Dios revela a veces cosas que las escuelas no han sabido descubrir, y les descubre unos misterios de los que los mismos sabios no saben nada... En la oración encontraréis todo, porque es la fuente de la verdadera ciencia. Un doctor, con toda su doctrina adquirida por el estudio, habla de Dios de la forma que le ha enseñado su ciencia. Pero una persona de oración habla con una ciencia infundida por Dios, de manera que entre los dos no es el doctor el más sabio. Y tiene que callarse donde haya una persona de oración, porque a ésta le ha enseñado Dios mismo... Vosotras, mis queridas hijas, me preguntáis cómo hay que hacer oración; os parece que no la hacéis bien. He de deciros lo primero que no la dejéis nunca, aunque creáis que sois inútiles para hacerla bien. No os extrañéis si os parece que no hacéis nada durante un mes, dos meses, tres meses, seis meses; no, ni siquiera un año, ni dos, ni tres. Santa Teresa estuvo veinte años sin poder hacer bien la oración. No comprendía nada; iba al coro y le decía a Dios: vengo aquí porque lo mandas, pero por mí no haría nada. Al cabo de veinte años Dios premió su constancia y le concedió un don de oración tan alto como nadie la ha tenido desde los apóstoles. ¿Acaso sabéis si Dios quiere hacer de cada una de vosotras una nueva santa Teresa?... Doy gracias a Dios porque nos ha hecho pobres que, desde nuestra bajeza, podemos esperar llegar al conocimiento de su grandeza, porque ha querido que la compañía de las hijas de la caridad estuviese compuesta de mujeres pobres y sencillas, pero capaces de esperar participar en sus misterios más profundos. Danos, salvador nuestro, el don de la oración, tú que has sido durante toda tu vida un hombre de oración, que la hiciste desde tus primeros años, que continuaste haciéndola siempre, y que te preparaste con la oración para enfrentarte a la muerte. Da este don a estas jóvenes para que

puedan permanecer fieles en el servicio que esperas de ellas. Se lo suplico al Padre por el Hijo, en cuyo nombre pronunciaré yo, pobre pecador, las palabras de la bendición. La bendición de Dios Padre...

8

(1648)

«Esta lección me enseñó el cardenal Berulle, y me la ha enseñado también mi experiencia: que hay que decir las cosas como las dicen los ángeles de la guarda Nos proponen sus inspiraciones, pero no se enfadan cuando no se les hace caso. Yo lo estropeo todo cuando no actúo así, pues mi carácter no es de suyo muy amable». Esto escribe Vicente a Luisa de Marillac el 5 de septiembre de 1648 en una carta en la que le informa de que tanto él mismo como las hijas de la caridad se encuentran bien «en medio de estas agitaciones populares».

Sólo diez días antes había tenido lugar en París una revuelta con barricadas, una más entre las muchas que ha conocido la ciudad a lo largo de su historia hasta ayer mismo. Esta algarada fue breve en sí misma, no duró más de tres días, pero fue el primer chispazo de una tensa guerra civil que, con altos y bajos, se prolongó a lo largo de cinco años. Pues no otra cosa que una larvada guerra civil fue el largo período de revueltas populares y luchas de nobles que se conoce como la Fronda. No faltan historiadores que han visto en la Fronda un anticipo, aunque lejano, de la Revolución Francesa. El objetivo aparente de las revueltas era la destitución del impopular y extranjero primer ministro Mazarino. Pero desde la perspectiva que da el tiempo hoy aparece claro que los disturbios encubrían una lucha por el poder por parte de la burguesía, representada por el parlamento de París, y de la nobleza, que había perdido buena parte de sus privilegios en los tiempos de Richelieu, y que seguía perdiéndolos bajo su sucesor Mazarino. Pasados los tumultos se vio que, lejos de conseguir su objetivo, la Fronda había acabado por reforzar la autoridad de Mazarino y, como consecuencia, el poder de la corona.

A Mazarino no lo sucedió un tercer ministro-cardenal, sino Luis XIV, el rey más absoluto de la historia de Francia. De sólo diez años cuando empezó la Fronda, había visto cómo las revueltas habían estado a punto de acabar con el primer ministro del reino y de su madre. El mismo sería su primer ministro, así lo decidió en cuanto murió Mazarino en 1661, y lo fue durante su largo reinado. Continuó la política de los dos ministros cardenales de debilitación del poder de la nobleza, con lo cual fue cavando la tumba de la monarquía francesa. Ciento cuarenta años después de la Fronda la gran revolución consiguió lo que la otra no pudo conseguir. Y eso fue posible porque la nobleza, único estamento que hubiera podido venir en ayuda de la corona, estaba demasiado debilitada por la política de la monarquía desde los lejanos tiempos de Luis XIII como para resistir un movimiento popular y general de rebelión hábilmente dirigido por el estamento burgués, mucho más fuerte y consciente de su poder ahora que en los tiempos de la Fronda. Cualquier historiador marxista, aun uno aficionado, podría hacer la observación de que en los tiempos del señor Vicente las «condiciones objetivas» del momento garantizaban de antemano el

fracaso de cualquier intento de revolución. En revolución pudo haberse convertido la Fronda. Pero se quedó en penosa y costosa algarada que tuvo efectos contrarios a los que pretendía.

También para el señor Vicente resultó penosa y costosa. Pudo haberlo evitado hasta cierto punto, pero no quiso: se creyó obligado a intervenir, en la situación más peligrosa de la política del tiempo que le tocó vivir, por amor de la paz y por el bien del pueblo. Y aunque su intención era pura y su manera delicada como la de los mismos ángeles, también él tuvo que pagar su precio.

Fronde significa *fronda* y también *honda*. Con ambos significados jugaba la coplilla popular para describir así el comienzo de los tumultos:

*Un vent de fronde
A soufflé ce matin.
Je crois qu'il gronde
contre le Mazarin.*

Lo que traducido dice así: «Un viento de fronda ha soplado esta mañana. Creo que gruñe contra Mazarino». Pero todo el mundo lo entendía así: «Un silbido de honda...», pues todo el mundo sabía del pasatiempo popular que consistía en arrojar piedras contra las ventanas del primer ministro. Había en el gesto violento la expresión impotente del odio del pueblo de París contra Mazarino. Su condición de extranjero entraba en parte como motivo del odio popular. Pero había mucho más. Mazarino, criatura de Richelieu, había heredado de éste todo lo que en política interior y exterior había hecho de Richelieu un primer ministro igualmente impopular, aunque más temido. Buena parte de la nobleza le detestaba además por su arribismo, por su codicia sin límites y por su política de lucha contra los privilegios de la aristocracia. La burguesía, por la supresión progresiva de todo poder y significancia social y política del parlamento de París, y por los impuestos crecientes; el pueblo, también por éstos, por la escasez y carestía de los alimentos. y por las pesadas cargas que caían sobre sus espaldas como producto de las guerras exteriores. Se añadió a todo esta un rumor que hirió profundamente la imaginación popular y provocó la ira y el ridículo de todos los estamentos sociales. Corrió la noticia de que Mazarino había contraído matrimonio en secreto con la reina, que, aunque también extranjera, era reina querida y madre del delfín de Francia. Junto con éste corrió otro rumor: que el señor Vicente había bendecido la unión sacramental entre ambos.

Podía haber tenido lugar un tal matrimonio con toda la legalidad civil y canónica, pues Mazarino, aunque cardenal, nunca recibió más que las órdenes menores. Pero ante el pueblo no estaba ante todo en juego la legalidad, sino algo así como el sentido de lo propio y de lo ridículo. ¿Un detestado primer ministro, y además italiano, podía compartir decentemente lecha y trono con su amada reina? Cuando un hermano de la congregación del señor Vicente le informó del doble rumor que corría en labios del pueblo, no pudo contenerse ni dejar de decir con una cierta

vehemencia: «Eso es falso como el diablo». Por esa respuesta un poco sibilina podemos saber con seguridad que Vicente nada tuvo que ver con el posible matrimonio de Ana de Austria y Mazarino. Pero, aunque parece insinuar que no, no nos dice claramente, él, que estaba en una excelente posición para saberlo, si el matrimonio tuvo lugar o no, punto oscuro que no se ha podido aún aclarar.

El parlamento de París no era en modo alguno, aunque tenía el mismo nombre, lo que era el parlamento de Londres. Este segundo era un cuerpo legislativo, representante de los intereses de sus electores, mientras que el de París era un cuerpo compuesto de magistrados que accedían a él por herencia, por favoritismo o por privilegio. No representaba propiamente a nadie fuera de a sus componentes y a sus intereses. Pero se llamaba parlamento después de todo, igual que el inglés. Por contagio de nombre y por imitación había llegado a creerse un parlamento tan poderoso y tan representativo de los intereses populares como lo era el inglés. Los últimos reyes lo habían ido despojando de atribuciones que el parlamento se atribuía a sí mismo, y eso lo habían hecho por el simple procedimiento de no hacerle caso, y, en ocasiones, si el parlamento se ponía bravo, por amenazas de represalias. No era el parlamento el representante del pueblo de París, aunque así se lo creía, sino el representante de los intereses de la burguesía de París. Pero el pueblo llano de París, y la ciudad en su conjunto, no tenían otro órgano de representación de sus intereses y de resistencia ante las ambiciones de la corona, y por ello consideraba que el parlamento era de algún modo cosa suya. De manera que cuando Mazarino ordenó apresar a dos de sus consejeros más populares porque se habían atrevido a exigir de la corona ciertas competencias que la corona no estaba dispuesta a conceder, el pueblo de París se lanzó a la calle y llenó la ciudad de barricadas. Ante la presión popular Mazarino dio orden de libertad para los consejeros detenidos. No se calmó por ello la población, lanzada ya por el camino de la rebelión abierta, y se empezó a pedir a gritos la destitución de Mazarino. La corte salió de la ciudad en la noche del 6 de enero de 1649, y ordenó al gran Condé poner sitio a la capital. París resistió el cerco durante dos meses, al final de los cuales el agotamiento de víveres y de fuerzas obligó a entablar negociaciones con la corte y poner fin a la resistencia.

No tuvo parte el señor Vicente en el arreglo pacífico de la revuelta, aunque fue el primero que lo intentó sólo una semana después de que la corte abandonara la capital y se hiciera fuerte en Saint-Germain.

En la resistencia brilló por su frenética actividad y su poder de atracción popular Juan Francisco Pablo de Gondy, el obispo coadjutor de su tío el arzobispo de París. Era joven, 35 años, generoso, jovial, cínico, astuto, excelente escritor, muy popular entre las mujeres. Más que popular, mujeriego. Se conocen uno por uno los nombres de al menos nueve mujeres de la alta sociedad que fueron sucesivamente, y en casos a la vez, sus amantes. Se desconocen los de otras varias. No le importaba

gran cosa cambiar de amantes si el cambio contribuía en algo a llevar adelante sus planes. Por unirse más de cerca a un grupo de damas, enemigas declaradas de Mazarino, aceptó convertirse en amante de mademoiselle de Chevreuse por ofrecimiento expreso de la madre de ésta. Era, sobre todo, ambicioso. El arzobispado de París lo tenía asegurado a la muerte de su tío. Pero él quería ser primer ministro, lo que era imposible mientras tuviera por medio a Mazarino. De modo que el coadjutor no podía dejar de ser un furioso antimazarinista.

Juan Pablo nació, se recordará, por el tiempo en que el señor Vicente entró en la casa de los Gondy en 1613 como preceptor de los dos hijos mayores. El mismo cuenta en sus Memorias cómo el día en que nació alguien extrajo del río cercano al palacio un pez extraño y monstruoso, hecho que todo el mundo interpretó, dice él, como augurio de lo que iba a ser el recién nacido. No hubo error en el augurio. Por voluntad de su padre el joven Gondy fue destinado a la carrera sacerdotal con la idea de que pudiera suceder a su tío en la sede arzobispal. Aunque sacerdote él mismo, sinceramente piadoso y del Oratorio, el señor Gondy no se libró de las ideas y costumbres de su tiempo que exigían un tal puesto para el segundón de la familia, tal era el joven Gondy por muerte temprana de uno de sus dos hermanos mayores. No se libró de ella, ni aun viendo, cosa que era palmaria a todo el mundo, que el joven no tenía vocación sacerdotal de ninguna clase. El mismo confiesa paladinamente que «difícilmente habrá habido en el mundo un alma menos eclesiástica que la mía». Se sometió sin embargo a los planes de formación de San Lázaro, pretendiendo por un tiempo una piedad y decencia de costumbres por las que no sentía ningún atractivo. Ante las objeciones de algunos miembros de las Conferencias de los Martes, que consideraban no sin razón que un elemento de tan mala fama proyectaba una sombra de descrédito sobre las Conferencias y aun sobre el mismo San Lázaro, el señor Vicente solía decir que efectivamente el joven Gondy no era muy piadoso ni edificante, pero que «no estaba muy lejos del reino de Dios».

Hubo un momento a lo largo de las varias vicisitudes de la Fronda en que la reina Ana de Austria creyó que podría, y lo consiguió, ganar para la causa de la corona al volátil coadjutor ofreciéndole solicitar de Roma para él el título de cardenal. No hubo problema para conseguirlo. El papa entonces reinante, Inocencio X, sentía muy escasa simpatía por Mazarino. Este había tramado con todas sus fuerzas para que no fuera elegido papa. Nombrar cardenal a un contrincante político era lanzarle un competidor a su misma cara, competidor que con un poco de suerte podría acabar por suplantarle, a la vez que así podía contar con un arzobispo cardenal de París, y tal vez primer ministro, que le fuera adicto por gratitud y se mostrara más firme de lo que había sido hasta entonces en su posición contra los jansenistas. No salieron del todo los planes como tal vez se soñaran en Roma. Mazarino acabó por prevalecer y superar la crisis de la Fronda. Victorioso y vengativo, encerró al coadjutor, obispo, cardenal y líder del partido popular frondista, en la prisión de Vincennes.

(1649)

Hacia sólo una semana que las tropas de Condé habían puesto cerco a la ciudad de París por orden de Mazarino. San Lázaro y sus gentes hubieran podido resistir

problemas mayores durante bastante tiempo. A las mesas de sus comedores se sentaban cada día más de cien personas, y aun más de doscientas, entre miembros de la comunidad, seminaristas, ejercitantes y otros. Se daba además de comer todos los días a todo necesitado que llamara a sus puertas. Pero San Lázaro podía resistir. Era el mes de enero y en sus bodegas y graneros aún quedaban buenas reservas de la cosecha anterior procedentes de sus tierras.

Pero Vicente vio claro desde el primer día lo que iba a ser el desarrollo de los acontecimientos. No había que pensar sobre todo en sus propias gentes. Estaba también el innumerable pequeño pueblo de París que no tenía tierras ni bodegas, y que muy pronto empezaría a pasar hambre. Fue éste, y no ningún otro motivo el que le llevó a actuar. El solía decir a sus misioneros que no se metieran en cuestione, de gobierno y de política, y que ni siquiera hablaran de ellas, porque «unos pobre, sacerdotes como nosotros no debemos ocuparnos más que de cosas que se relacionan con nuestra vocación. Los asuntos de los grandes son misterios que debemos respetar. El Hijo de Dios, que es el modelo sobre el que debemos formar nuestra, vidas, nunca habló del gobierno de los príncipes».

Pero había en aquella situación un aspecto más urgente y más importante que el gobierno de los príncipes, y eso era lo que solía calificar él mismo como «el bien del público», que en sus labios quería decir el bien de las pobres gentes. También para Jesucristo esto era más importante que lo otro. Y por eso precisamente, porque le preocupaban los pobres, aunque no hablaba nunca en su predicación del gobierno de los príncipes y de sus rivalidades, sabía y decía que «los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder»; en otra ocasión calificó de «zorro» al rey de su tierra, que era ambicioso, astuto y explotador, de cuya «levadura» advirtió a sus discípulos deberían mantenerse muy alejados. También de este Jesucristo quería ser discípulo el señor Vicente: tenía que serlo para ser un verdadero discípulo suyo, y no sólo un discípulo a medias. De manera que después de pensarlo y orarlo se decidió a intervenir, esta vez sin que nadie se lo pidiera, en la situación más tenebrosa que le depararon los misteriosos asuntos de los grandes de su tiempo.

No era ni frondista ni mazarinista, y por ello mismo se exponía a que uno u otro bando, o los dos, le consideraran, con que sólo diera un paso en falso, como adversario. Para entonces su figura era por un lado muy popular, y eso se lo había ganado a pulso por su larga dedicación a trabajar por el pueblo, sobre todo por el «pobre pueblo», como solía decir. Y por otro era una persona admirada y respetada por los altos círculos sociales y por la misma corte. Su neutralidad no era aséptica y distante, sino comprometida con las buenas causas en cualquier lado en que se encontraran. De manera que la gente de ambos bandos pensaría, si pensaban en él, que el señor Vicente estaba naturalmente de su parte. Tenía pues el señor Vicente que andarse con pies de plomo; lo más prudente sería, para su seguridad y la de sus obras, quedarse en casa y esperar pacientemente a que volviera la calma por agotamiento de los contendientes. El señor Vicente era bien conocido por su prudencia. Por ello mismo nadie hubiera podido ni sospechar que iba a hacer lo que hizo. Pero la prudencia del Señor Vicente era una prudencia de las buenas. No la que le lleva a

uno a estarse quieto en situaciones complicadas que parecen insolubles, sino la que lleva a intentar resolverlas con medios que se espera sean eficaces, aunque sean extremadamente arriesgados. Este fue el medio que escogió el señor Vicente para intentar contribuir a la paz: iría a hablar en persona con Mazarino para pedirle que dimitiera. Cualquiera le hubiera dicho antes de hacerlo que para pensar una cosa así hacía falta estar loco.

Pero en esta ocasión no consultó a nadie. El día 14 de enero antes de amanecer montó a caballo y, acompañado por su secretario, salió de San Lázaro camino de Saint-Germain. Tenía entonces, nótese, 68 años. La salida no entrañaba riesgo especial a pesar del cerco, pues San Lázaro se encontraba fuera de las murallas ciudad. Vicente había tenido buen cuidado de enviar antes una nota al presidente del parlamento para informarle de lo que iba a hacer y asegurarle que su gesto no implicaba en manera alguna una toma de posición a favor de la corte y en contra de la ciudad rebelde. Los riesgos empezaron a surgir en cuanto llegó a Clichy, su antigua y primera parroquia, donde un grupo de vigilantes estuvo a punto de disparar sobre los dos jinetes, figuras confusas en la incierta luz gris del amanecer. Uno de ellos reconoció al que había sido su párroco años antes, y así consiguieron librarse del primer peligro. El segundo riesgo estaba en el Sena, frío y desbordado a la altura de Neuilly, que Vicente y su acompañante atravesaron de todos modos a pesar de los consejos adversos de las gentes del lugar.

A media mañana llegaron a Saint-Germain, y el señor Vicente fue de inmediato a hablar con Ana de Austria para pedirle directamente que despidiera a Mazarino. Empezaría en su estilo habitual, hay que suponer, hablando como un ángel, pero la entrevista no debió de transcurrir en un tono del todo angelical. Días después, comentando con su secretario el fracaso de la entrevista, le dijo: «Nunca me ha dado resultado dejarme llevar del mal genio. Tengo bien visto que para convencer al entendimiento del otro hay que guardarse de agriarle el corazón». Ana de Austria podía conceder al señor Vicente cualquier cosa que éste le pidiera. Excepto lo que le pedía. No era sólo que concedérselo implicaba admitir que los rebeldes tenían la razón de su parte. Había mucho más: razones del corazón, diría en otro sentido Pascal unos pocos años después, de las que la razón no sabe nada. Lo menos que se puede decir de las relaciones entre Ana de Austria y Mazarino es que ésta estaba totalmente infatuada por su ministro italiano. Nadie podía, y nadie se atrevía en la corte o fuera de ella a hablar mal de él en su presencia. Se ponía literalmente furiosa. Mucho menos, por supuesto, pedirle que se desprendiera de él. Y aunque apreciaba altamente y quería al señor Vicente, tampoco al señor Vicente debió de perdonar que osara insinuarle una tal cosa. Los dos tenían su temperamento bravo: ella, castellano; él, gascón. Bravo debió de resultar, por lo que sabemos el tono de la entrevista. La reina se negó en redondo a hacer lo que le pedía el señor Vicente.

Esto no le desanimó en absoluto. Después de despedirse de la reina se fue derecho a hablar con el mismísimo Mazarino y le pidió que, por el bien de la paz, dimitiera de su cargo de primer ministro y se alejara de la corte. No se lo dijo con circunloquios,

sino de esta manera: «Monseñor, arrójese al mar y se calmará la tempestad». Mazarino era tan bravo o más que la reina. Pero era mucho más astuto, y estaba bien entrenado desde joven en las suaves maneras de la diplomacia romana. Agradeció al señor Vicente su sugerencia y le indicó que se haría lo que dijera su consejero y ministro de la guerra, Le Tellier. Quien dictaminó que la sugerencia del señor Vicente era una insensatez del todo nociva para el bien del reino. Oído lo cual el señor Vicente se hubiera vuelto de inmediato a San Lázaro. Pero no pudo hacerlo, sino que se estuvo lejos de París cinco meses en una especie de autoexilio que, dadas las circunstancias, era sin duda un autoexilio prudente. Hubo gente en París que se creyó el rumor que decía que el señor Vicente había desertado del partido rebelde y se había pasado a caballo al del primer ministro.

Su ausencia costó cara a San Lázaro. El parlamento había enviado un corto piquete de gente armada para custodiar «el trigo del señor Vicente». Por una carta de éste sabemos que las reservas de trigo «casi nos habrían durado para todo el año». Pero nada menos que 600 soldados, enviados por orden de un consejero del parlamento, se instalaron en las dependencias del priorato con el pretexto de hacer un inventario de existencias y protegerlas. Durante los tres días que duró la ocupación saquearon buena parte de las reservas, registraron toda la casa, pegaron fuego a la reserva de leña a manera de pasatiempo. Al enterarse el presidente dio orden de que se retiraran los soldados. Pero el mal ya estaba hecho y nadie pensó en dar compensaciones. Aun así con las reservas que se habían salvado del pillaje «se distribuyen todos los días ayudas a unos dos mil o tres mil pobres, lo cual era para nosotros un gran consuelo», escribe desde su exilio el señor Vicente. Hubo que evacuar a la mayor parte de los habitantes de San Lázaro y de los Buenos Hijos. «Los hemos enviado -escribe desde Le Mans- a Richelieu, a esta ciudad y a otras partes».

Fue saqueada también, esta vez por las tropas reales, una gran finca que la congregación del señor Vicente poseía en Orsigny, finca que era el verdadero granero de San Lázaro. De manera que, cuando terminados los disturbios, volvieron las cosas a una situación de calma frágil, los numerosos comensales de San Lázaro tuvieron que conformarse, durante la primavera y parte del verano antes de recoger la nueva cosecha, con comer pan de centeno y aun de avena. No es que esto le afectara a él mismo. Desde hacía años ayunaba rigurosamente dos veces por semana. De ayuno riguroso era también su cena habitual: un trozo de pan y una manzana, y eso cuando no se iba a dormir sin cenar nada alguna noche que volvía tarde a San Lázaro de algún asunto que le había detenido en la ciudad. Pero quería, y velaba él mismo por ello, que sus gentes se alimentaran suficientemente, pues eran gentes que tenían que trabajar. Y aún más se preocupaba por la alimentación de los numerosos huéspedes, en particular de los ordenados, que, aunque no pagaban ni un céntimo por la estancia, eran tratados en San Lázaro como si fueran los dueños del lugar.

Impedido de volver a París mientras no se aclarara su verdadera posición durante los disturbios, Vicente decidió ocupar el tiempo visitando algunas casas de su congregación y de las hijas de la caridad. Lo estuvo haciendo de enero a junio. Esta es la ausencia más larga de París de que tengamos noticia desde que como joven sacerdote había puesto por primera vez los pies en la capital en el lejano 1609. Sus andares transcurrieron por un amplio triángulo con los vértices en París, al norte, Saint Meen en la Bretaña, al oeste, y Luçon, al sur. En conjunto algo así como la décima parte de la superficie del reino. Volvía a ser a los 69 años, los cumplió estando en Saint Meen, el temperamento andarín y móvil de sus años mozos. Terminado el exilio y vuelto a París no volvió a emprender ningún viaje de importancia hasta su muerte.

Tenemos de este último viaje abundante información de su propia mano en las numerosas cartas que escribió durante estos meses. A caballo o en posada, nuestro hombre seguía preocupándose de sus gentes, de sus obras, de los necesitados. No fueron éstos, en suma, meses de vacaciones. La primera fue una visita de cortesía a la cercana Villepreux, donde residía el padre Gondy. Desde allí escribe a San Lázaro que «no es conveniente vender el grano almacenado; más vale prestárselo a Dios dándoselo a los pobres». Esto suponía el último gesto de desprendimiento del señor de San Lázaro, pues ya antes él mismo había ordenado vender el quintal de trigo a cuatro libras por debajo del precio de diez que había fijado el parlamento de París para evitar la especulación durante la escasez provocada por el cerco de la ciudad.

En la cercana Freneville, donde había pensado estar «sólo dos o tres días», tuvo que quedarse un mes, detenido por «los grandes fríos y la nieve». Le detuvo la nieve ciertamente en sus correrías, pero no consiguió dejarlo inactivo. Aprovechó la forzada inmovilidad para dar a las gentes del lugar una especie de misión, insistiendo sobre todo en la actitud que debían mantener en medio de los sufrimientos que amenazaba producir también allí la guerra civil, ayudando de esta manera «a estas buenas gentes a disponerse para entregarse a Dios» también en tiempos de sufrimiento y de escasez.

Seguía, además, preocupándose de sus obras, en particular de la más delicada de ellas, la atención a los niños abandonados. Algunas de las damas importantes responsables de la obra ni siquiera estaban en París, sino en Saint-Germain con la corte, en particular la más generosa de todas ellas, la duquesa de Aiguillon. Entre las que estaban en París cundía el desaliento. No faltaba motivo para ello, pues rara era la familia, también entre las acomodadas, que no hubiera sufrido seriamente en sus bienes y en su bienestar por razón del cerco y de los disturbios populares. Pero el señor Vicente no podía aceptar ni siquiera esta razón como pretexto para dejar morir a niños indefensos. «Parecería que en los sufrimientos, privados se podría encontrar un bonito pretexto para apartarnos de la preocupación por los sufrimientos públicos. Pero no creo que sea así ante Dios, quien nos podrá decir lo que decía san Pablo a los corintios (a los Hebreos, en realidad: 12.4): ¿Acaso habéis resistido hasta derramar sangre? ¿Habéis al menos vendido parte de las joyas que tenéis?». Les anima a reunirse como de ordinario para seguir manteniendo la obra, les pide que le

comuniquen las resoluciones que se tomen, y sugiere medidas para que se consiga escolta segura para proteger un cargamento de trigo para el pan de los niños procedente de San Lázaro.

Ni el viaje a Freneville ni la larga estancia habían entrado en el plan de viajes que Vicente proyectaba al salir de Saint-Germain. Le hizo ir allá la amenaza de saqueo que se cernía sobre la cercana finca de Orsigny que pertenecía a su congregación. Se las arregló para salvar un rebaño de 240 ovejas y dos caballos que él mismo condujo por campos nevados a un lugar seguro. Había aprendido a hacer cosas similares en la infancia, pero no lo había hecho desde los catorce años. Pero aunque ahora estaba casi en los setenta lo hizo bien, y se salvó el rebaño. Se llevó los caballos a Le Mans, la etapa siguiente de su viaje, donde había fundado una casa de su congregación cuatro años antes.

Su correspondencia, la que recibía y la que enviaba, pasaba a través de las manos de la duquesa de Aiguillon. Esta, testigo de las negociaciones entre la corte y los representantes de la población de París, le escribía rogándole que no fuera más allá de Le Mans ante la esperanza cercana de un arreglo de paz. Preocupada además por su salud y su edad le envió una carroza y dos caballos para que hiciera el viaje de vuelta a París con toda la comodidad posible. Pero Vicente siguió su camino y de Le Mans se dirigió a Angers para visitar a las hermanas que Luisa de Marillac había instalado en el hospital varios años antes. Vicente le escribe que se teme que «estará usted pasándolo muy mal, y también las jóvenes estarán sufriendo con usted». Pero en cuanto a las de Angers, «todo va bien, gracias a Dios».

Camino de Saint Meen el señor Vicente, excelente caballista desde temprana edad, se cayó del caballo al agua, el caballo encima de él. «No hubiera podido salir de allí si no me hubieran ayudado». El remojón le produjo aquella noche «un poco de fiebre». Aquella noche, del 4 al 5 de abril, en que se podría decir había nacido por segunda vez, cumplía 69 años. Algo más que una fiebre debió de producirle el susto, pues sólo cuatro días después del hecho informa a Luisa de Marillac de que aunque «sigo bien, gracias a Dios, he aprovechado la ocasión para purgarme y sangrarme».

Otra ocasión de peligro inminente de muerte le deparó el viaje. Se encontró en una posada con un decidido frondista que al reconocer al señor Vicente exclamó: «No sería mala cosa que alguien le volara a usted la cabeza». Había implícita en la exclamación una obvia amenaza contra un hombre del que se decía haberse pasado al lado de Mazarino. El frondista salió de la posada y fue visto tomar una posición estratégica en el camino que sin duda tomaría el señor Vicente, con la indudable intención de pegarle un tiro. Pero el señor Vicente, aconsejado por los circunstantes, simplemente tomó otro camino y continuó su viaje.

También Luisa de Marillac echaba en falta la presencia del señor Vicente en su larga ausencia. Le preocupaba la lejanía de su director espiritual, pero aún más los problemas surgidos en aquellos días revueltos en la atención a los niños abandonados. Estaban éstos a la sazón en el ruinoso castillo de Bicetre, a cierta distancia de París, castillo cedido por la reina para albergarlos. El paso continuo de tropas por

las cercanías y las dificultades del aprovisionamiento llevaron a Luisa de Marillac a tomar una decisión que normalmente habría consultado antes con el señor Vicente, según su costumbre. W lo hizo, ni pudo hacerlo, pero no dudó en decidir por sí misma. El señor Vicente le escribe diciéndole que se ha enterado de que «han tenido que sacar de Bicetre u los pobres niños. Me gustaría saber a dónde los han llevado. Cuántos trastornos les habrá causado este cambio». Luisa de Marillac se los había llevado a todos ellos a su propia casa, la casa de su cofradía de jóvenes en que se formaban para ser hijas de la caridad las recién llegadas. Estaban, pues, los niños en buenas manos.

También ella, como la duquesa de Aiguillon, desea que Vicente vuelva «cuanto antes». No le dice nada de «las noticias de la paz. Dejo a los demás que se las cuenten». Ella sólo sabe, y lo dice, que «hemos de alabar a Dios por el pueblo», que con la llegada de la paz, aunque insegura, podía por lo menos volver otra vez a comer.

También en Saint Meen prolongó el señor Vicente su estancia más de lo previsto, esta vez «sitiado en esta ciudad por el mal tiempo y el desbordamiento de los ríos», escribe el 15 de abril. Pero tres días después, pasado al fin «este pequeño diluvio», pudo llegar a Nantes, donde encontró a las hijas de la caridad que trabajaban en el hospital «recién salidas de una persecución que habían padecido». El administrador saliente había acusado a las hermanas ante las autoridades de que «cumplían muy mal con su obligación, arruinaban el hospital y se apropiaban de los bienes de los pobres». Estaba dispuesto a dar dinero para que las echaran de la institución. Se les sometió a un juicio en toda regla del que resultó que «eran totalmente inocentes de lo que les acusaban». De eso eran inocentes, pero no de otras cosas que le interesaban tanto al señor Vicente y que describe así: «No hay mucha caridad entre ellas, ni obediencia, ni paciencia. Tampoco la dedicación debida a los enfermos». De manera que no todo era tan angelical en su vida, aunque como verdaderamente angelical se la habían enseñado en París y así debería serlo. Terminada la visita, sin embargo, el señor Vicente informa a Luisa de que las hermanas «se encuentran en mejor estado, y dispuestas a obrar bien».

A mediados de mayo se encontraba en Richelieu. Tenía intención de hacer otras varias visitas, en particular una que supondría un largo viaje a Marsella. Pero «la reina -olvidada ya sin duda la espinosa entrevista de enero en Saint-Germain- me ha ordenado varias veces que vuelva a París. No veo cómo puedo cumplir la voluntad de Dios si no obedezco, ya que siempre he creído y enseñado que has que obedecer a los príncipes, incluso a los malos, como dice la Escritura. Voy a rogar a su Majestad que me permita seguir mi viaje, no ya a Marsella, sino solamente a Cahors».

Pero tampoco fue a Cahors. A finales de mayo expresaba la confianza de ponerse en camino para París «dentro de tres o cuatro días». Le había detenido en Richelieu «una pequeña fiebre cilla». Algo más debió de ser que sus fiebres recurrentes o bien esta vez se le complicaron de manera insidiosa. La noticia de su enfermedad asustó a los muchos que se interesaban por él en París. De todos modos, pasada la

fiebre se puso en camino y llegó a la capital el 13 de junio. Había estado fuera exactamente cinco meses.

Nada más llegar quiso devolver a la duquesa carroza y caballos. Pero ésta no sólo no los aceptó sino que pidió al arzobispo y a la reina que le obligaran a usarlo en el futuro para que pudiera trasladarse de San Lázaro a la ciudad. El señor Vicente se aguantó, como no podía menos. Pero se tomó su pequeña compensación. Bautizó a la carroza como «mi ignominia», y dedicó los finos caballos de la duquesa a labrar las tierras de San Lázaro. Usaba una y otros cuando no le quedaba más remedio. Había en aquel gesto de aceptación resignada una indudable humildad. Se le consideraba señor de San Lázaro, pero él ni era ni se tenía por señor de nada. Pero había también un resto del orgullo herido del buen caballista forzado ahora a moverse en carroza, como las señoras, o como los petimetres, tal un Pascal antes de su segunda «conversión», que gustaba exhibirse por las calles de París, en carroza tirada por cuatro caballos, y a veces por seis, privilegio reservado de suyo al mismísimo rey. Y había hasta su aspecto de humor negro un poco surrealista. Decía a sus hombres: «Un porquero que va en carroza. Qué escándalo». No tuvo en este asunto el señor Vicente, sin embargo, la última palabra. Su «ignominia» estuvo a punto de tomarse de él una última venganza. Por puro milagro no se rompió literalmente la cabeza contra el empedrado en una ocasión de dos años antes de morir en que se volcó la carroza y el señor Vicente dio con su anciano cuerpo en tierra.

De vuelta en San Lázaro Vicente asumió su ritmo habitual de actividad. La correspondencia amontonada le obligó los primeros días a alargar la jornada de trabajo. Había asuntos de todos los tipos: problemas de los misioneros del norte de África, cartas de gratitud a bienhechores de sus obras, preocupación por las casas y los hombres de su congregación, en Roma, en Génova, en diversos puntos de Francia, destinos de sus misioneros, asuntos de gobierno interno de los monasterios de la Visitación, de las hijas de la caridad, relaciones con los obispos irlandeses en cuyas diócesis trabajaban los misioneros, con Alain de Solminihac, el obispo más reformador de su tiempo, durante muchos años colaborador y gran amigo del señor Vicente, que se había quedado con las ganas de verle en Cahors, de cuya diócesis era obispo; cartas a todos ellos o de todos ellos aparecen en su correspondencia en sólo el primer mes después de su vuelta a París.

Pero lo mejor de su atención y de su palabra lo reservó para volver a poner en marcha la obra de los niños abandonados. Sobre Luisa y sus jóvenes recaía el trabajo más pesado de la atención directa. A la mayor parte de ellas no les importaba la dureza del trabajo, pero escaseaban los medios para mantenerlo. La resistencia de Luisa llegó en un momento casi al punto de quebrarse. Plantea al señor Vicente crudamente la disyuntiva de «conseguir recursos o abandonarlo todo. Hay en casa doce o trece niños y no tenemos ni pañales para cambiarles». Estaban también las nodrizas, pobres mujeres a quienes se debían pagos atrasados. Las damas «se preocupan muy poco; creen que nosotras tenemos recursos para mantener esto, y

por eso me parece que han decidido no hacer nada de nada». Ella sí hacía todo lo que podía. Pero no había recursos, como no fuera el inagotable del amor de Dios y del amor por los niños. Ella misma sugirió al señor Vicente la necesidad de reunir una asamblea general de damas, se molestó en avisar personalmente a buen número de ellas, y preparó un memorándum sobre la situación en que se encontraba la obra.

Tuvo lugar por fin la reunión en noviembre de ese mismo año de 1649. Pero, un poco escarmentados todos los participantes en ella por la experiencia reciente, se pensó en ampliar las fuentes de financiación. Estaba visto que la mera aportación voluntaria, aunque fuera de personas ricas, no garantizaba la continuidad de una obra en la que se jugaban la vida muchos seres indefensos. Menos aún en un tiempo de crisis como el que había tenido lugar recientemente, en que, según la observación aguda del señor Vicente, uno se siente inclinado a desentenderse del bien público para preocuparse del suyo propio. Le sugería Luisa que se pidiera al presidente del parlamento el que encargara también a otras personas o instituciones parte del trabajo, que no dejaba de ser responsabilidad pública aunque lo hubiera asumido voluntariamente la cofradía de damas. Por su parte ella se encuentra en «la imposibilidad de seguir recibiendo más niños». Sugiere también que se coloquen cepillos en las iglesias, se insinúe a los párrocos y predicadores que hablen del tema desde el púlpito, se haga una colecta en la misma corte.

La asamblea de damas decidió seguir encargándose de la obra. Luisa había puesto el trabajo, la atención a los detalles, las ideas para que la obra siguiera adelante y los niños siguieran con vida. Vicente puso la fuerza de su palabra. «Recordó a las damas el bien que habían hecho hasta entonces: 500 ó 600 niños librados de la muerte y educados cristianamente, los mayores colocados en sitios donde podían aprender un oficio, o ya preparados para ejercerlo. Luego, elevando la voz, concluyó con estas palabras: Bien, señoras, la compasión y la caridad les han llevado a adoptar a estas pequeñas criaturas como hijos suyos. Ustedes han sido sus madres según la gracia desde que los abandonaron sus madres naturales. Dejen ahora de ser sus madres para convertirse en sus jueces. Su vida y su muerte están en las manos de ustedes. Si siguen cuidando de ellos, vivirán; si los abandonan, morirán sin remedio. Voy a recoger sus votos: ha llegado el momento de que pronuncien sentencia».

La palabra del señor Vicente, siempre vehemente, se vistió en este caso de tonos altamente dramáticos. Era muy capaz de ello, de hacerlo sin esfuerzo, cuando estaba en juego la causa de los pobres. Recogió los votos y la obra de los niños abandonados siguió adelante.

En el mismo mes de noviembre, en la víspera del día en que las hijas de la caridad podían haber celebrado el dieciséis aniversario de su fundación, tuvo el señor Vicente con ellas una charla sobre el amor al trabajo. No menciona en la charla el tema de la atención a los niños, pero podía muy bien haberlo hecho, y hasta tal vez hubiera sido conveniente. Había entre ellas quienes tenían dificultad en trabajar en ello. Sentían por un lado cierta repugnancia ante aquellos hijos del pecado. Se

murmuraba además entre ellas en voz baja que se destinaba a la obra de los niños a las que no eran muy capaces para otros trabajos. No dejaría de influir también el hecho de que aunque cualquiera de las varias actividades a las que se dedicaban suponía por lo general jornadas de trabajo exigente, la atención a los niños pedía de ellas en realidad una jornada de veinticuatro horas. Eso no se podía exigir a cualquiera. Pero cualquiera de ellas tenía que estar dispuesta, si quería ser una verdadera hija de la caridad, o sea, una verdadera hija del amor de Dios, según la exégesis que hacía de su título el señor Vicente, a hacer un trabajo que les absorbiera el tiempo de la vigilia y el tiempo del sueño. La hija de la caridad tenía que saber que su vocación particular era una llamada de Dios a trabajar. Había que decirles claramente que tenían que trabajar y cómo tenían que trabajar sin perder su alma y sin convertirse en máquinas. De esta manera se lo dijo el señor Vicente el 28 de noviembre de 1649, «después de escuchar con su caridad y paciencia habituales lo que cada una de las que, preguntaba tenía que decir sobre el tema».

... Voy a añadir unas cosas que se me han ocurrido. La primera es el mandamiento que dio Dios al hombre de ganarse el pan con el sudor de su frente, con un trabajo que sea duro y pesado. Dios no dijo: trabajarás con el afán de tu espíritu para ganarte la vida, sino: trabajarás con el sudor de tu frente; trabajarás no sólo con tu entendimiento, sino con tus manos, con tus brazos, y con todo tu cuerpo. La hermana de la caridad que va cargada con su marmita por la mañana y por la tarde, con calor y con frío, para llevar la comida a aquel pobre que no puede ir a buscarla y que moriría de hambre, esa hermana cumple con ese mandamiento... La segunda es que Dios al hablar al justo le dice que vivirá del trabajo de sus manos, dándonos con ello a entender que la mayor obligación que tiene el hombre, después del servicio que tiene que dar a Dios, consiste en trabajar para ganarse la vida. El justo vive, según el mandamiento de Dios, del trabajo de sus manos, y no es carga para nadie... La tercera, ya la habéis dicho, es que el mismo Dios trabaja continuamente; desde toda la eternidad, en la generación eterna del Hijo; y el amor mutuo entre ellos ha producido eternamente al Espíritu Santo, por el que se distribuyen continuamente todas las gracias a los hombres... Además Dios trabaja con cada hombre en particular; trabaja con el artesano en su taller, con la mujer en su hogar, con la hormiga, con la abeja... ¿Qué hizo Nuestro Señor mientras vivió en la tierra? Desde su nacimiento hasta los treinta años trabajó con el sudor de su rostro divino para ganarse la vida. Tuvo el oficio de carpintero, cargó con el cesto, sirvió de jornalero y de albañil. Desde la mañana hasta la noche trabajó en su juventud, continuó trabajando hasta la muerte. El cielo y la tierra se llenan de vergüenza ante semejante espectáculo... Un Dios trabaja incesantemente, ¿podría mantenerse ociosa una hija de la caridad? Tal vez piense alguna que no está más que para servir a los enfermos. Y cuando tenga pocos enfermos o no tenga ninguno ¿se quedará ociosa?... En tiempos antiguos era costumbre en la iglesia que todos trabajaran. Al principio los religiosos se ganaban la vida. Después de asistir al oficio divino se ocupaban en hacer esteras y cestos de mimbre que vendían. Así se hizo hasta el tiempo de san Bernardo. Pero como todo se va relajando con el tiempo, se abolió esta santa costumbre... Pero vosotras podéis ganar lo suficiente para vivir sirviendo al prójimo. No sois costosas para nadie, sino que vosotras mismas proveéis a vuestras necesidades. Ojalá pudiera hacerlo así yo también, indigno del pan que

como, ojalá pudiera servir a mi prójimo sin poseer nada y sin ser gravoso a nadie: ojalá pudiesen hacerlo los misioneros, y nos viésemos obligados a dejar lo que tenemos. Dios sabe con cuánto gusto lo haríamos. Pero no podemos, y tenemos que humillarnos... Alguna ha dicho muy bien que no hay que tener ante la vista la ganancia. No, hay que desterrar de vosotras el espíritu de avaricia. Un hombre del mundo me decía ayer: Padre, hace ocho años que me entregué a Dios para no aprovecharme de mis bienes. Una vez alimentado y vestido doy lo demás a los pobres. Sé muy bien que de esta forma no podré dar carrera a mi hijo, pero no podría obrar de otra manera. ¡Qué ejemplo, hijas mías, en un hombre de mundo! Tendríamos que vendernos a nosotros mismos para sacar a nuestros hermanos de la miseria... Ruego a Dios, que desde toda la eternidad trabajó dentro de sí mismo: ruego a Nuestro Señor Jesucristo, que trabajó aquí en la tierra como jornalero: ruego al Espíritu Santo que nos anima al trabajo; ruego a san Pablo, que se ganó con el trabajo de sus manos el pan de su sustento; ruego a todos los antiguos religiosos, que se ejercitaron en el trabajo manual y llegaron así a la santidad, que quiera Dios perdonarnos en su bondad el tiempo que tantas veces hemos perdido; sobre todo a mí, que soy indigno de comer el pan que como y que Dios me da; ruego a Nuestro Señor Jesucristo que nos conceda la gracia de trabajar para imitarle...

(1650)

No hay nada como predicar con el ejemplo. Si la palabra del señor Vicente había mostrado repetidamente, desde los ya lejanos tiempos de Folleville y Chatillon, su eficacia para mover fuerzas y voluntades, eso se debía a que cualquiera podía advertir detrás de su palabra el poder irresistible de su propio obrar. Podía el señor Vicente hablar 'como quien tiene autoridad'; él mismo hacía mucho más de lo que decía. Cuando hablaba a las hijas de la caridad sobre el amor al trabajo estaba en vísperas de echar sobre sus hombros una carga adicional no incluida en una apretada agenda. Parecería no haber sitio en ella para nada más. Pero «el amor - solía decir- es infinitamente inventivo». También para este nuevo trabajo encontró lugar en su atareada vida. Le duró unos tres o cuatro años. Cuando pudo al fin darlo por terminado se habían colado de rondón en su agenda otros trabajos que no estaban en ella cuando lo empezó. De manera que tampoco pudo tomarse un descanso y ni siquiera volver al ritmo más tranquilo de una actividad que era ya antes densa y apretada. Recuérdese que rondaba a la sazón los setenta años. Podía haber comenzado a pensar en la dulce ociosidad de la jubilación, pero la idea ni le pasó por la cabeza. Este hombre se jubiló de verdad cuando murió a los ochenta.

Su trabajo de asistencia a las regiones de Champaña y Picardía, destrozadas por la guerra, a los alrededores de París y a París mismo, es posiblemente el primer ejemplo en la historia moderna de una organización asistencial a gran escala llevada a cabo sistemáticamente, casi científicamente, con todos los medios que podía proporcionar la sociedad del momento. Pero además de inventarse los medios puso también en juego su tiempo, sus hombres, su palabra, su alma cristiana, y por supuesto su gran corazón. Había aprendido mucho de la ex-

perencia anterior en la Lorena. No había olvidado la lección, él, hombre siempre atento a seguir las señales que le iba colocando la providencia en su camino, y pudo así mejorar y aumentar lo que había intentado hacer por la Lorena unos años antes.

El saqueo por parte de los varios ejércitos, formados por mercenarios en su mayor parte, convirtió las regiones de Champaña y Picardía en un paisaje de destrucción de bienes y personas muy similar en sus horrores al que se había visto en la Lorena. Vicente de Paúl comenzó por movilizar a sus gentes. Una primera reunión con la cofradía de las damas de la caridad puso en marcha los primeros recursos. Pero para hacer el necesario 'trabajo de campo' envió a las regiones afectadas hasta dieciocho de sus propios hombres, sacerdotes y hermanos, y también a un grupo de hijas de la caridad. Todos ellos corrían sus buenos peligros en la revuelta situación, por lo que Vicente consiguió del rey para ellos un salvoconducto, pues «si no tuvieran la protección de su Majestad les sería imposible continuar una obra tan caritativa... Prohíbe en consecuencia su Majestad a todos los soldados que quiten nada a dichos sacerdotes de la Misión, ni a las personas empleadas por ellos y con ellos, bajo pena de muerte». Al menos tres de los misioneros del señor Vicente perdieron la vida durante el trabajo de socorro, que duró unos dos años. Siete u ocho de ellos enfermaron gravemente y tuvieron que volver a París. Pronto encontró el señor Vicente voluntarios que le pidieron «les permitiéramos ir a ocupar su lugar, como víctimas dispuestas a sacrificarse por el bien del prójimo». También murieron algunas de las hermanas por enfermedad y agotamiento.

Misioneros y hermanas repartían en más de doscientos lugares las abundantes ayudas que procedían de París. Pero con ser sacrificado y agotador el trabajo de unos y otras tal vez resultó ser más efectivo para llevar adelante el plan de socorro el papel que asumieron los misioneros de, por así decirlo, corresponsales de guerra para el asunto que les había llevado allá. No perdían el tiempo en informar al señor Vicente sobre los sucesos militares. «Tenemos la máxima -dice Vicente- de no escribir de esas cosas». Lo suyo era otra cosa, las pobres víctimas de los sucesos militares. A esto se limitaban en su abundante correspondencia dirigida a San Lázaro. Escribían con sobriedad, sin apelar a truculencias retóricas, que tal vez hubieran estado justificadas en aquel paisaje de muerte, hambre y destrucción. Pero la mera descripción, aunque sobria, de lo que veían resultaba ser un cuadro de espanto que no podía dejar de conmover el corazón y el bolsillo más fríos.

Vicente vio de inmediato el potencial movilizador de las cartas de sus misioneros. Y, como lo había hecho en la campaña de la Lorena, pensó en hacerlas correr de mano en mano. Sólo que esta vez acudió a la imprenta para ensanchar el círculo de lectores. Cada mes se imprimían unos cuatro mil ejemplares de una *Relación*, un pequeño folleto de cuatro páginas que contenía una antología de los párrafos más vivos de la correspondencia enviada por los misioneros. Se describía lo que habían visto, se daba cuenta de la distribución de las ayudas enviadas hasta entonces, se solicitaban ayudas nuevas para las nuevas necesidades descubiertas, y se señalaban con nombres concretos los lugares de París y las personas en cuyas manos se podían

poner con seguridad las aportaciones voluntarias. El redactor único de los folletos era el señor Carlos de Bernières, funcionario importante del parlamento de París que había dejado de lado toda actividad profesional para dedicarse de lleno a la empresa de ayuda a la Champaña y Picardía. El hecho de que Bernières fuera un conocido simpatizante y colaborador de los jansenistas no le importó en absoluto al señor Vicente. De hecho, monjas y solitarios de PortRoyal intervinieron también muy activamente en la ayuda a las dos regiones. Con todos ellos colaboraron las instituciones del señor Vicente, así como con la Compañía del Santísimo Sacramento, asociación mayoritariamente compuesta de seglares de alta posición social, de la que Vicente fue miembro activo, dedicada a toda suerte de buenas obras. No es que al señor Vicente le importara la ortodoxia menos que la caridad. Durante estos mismos años se intensificó precisamente, como se verá, su participación para frenar los avances del jansenismo. Pero había que correr a hacer algo por aliviar la terrible pobreza, «como se corre a apagar el fuego», solía decir. Para hacer ese trabajo urgente no hubiera sido buena idea excluir del trabajo a quienes parecían sospechosos de heterodoxia.

De manera que el señor Vicente seguía proporcionando mes tras mes materiales de primera mano para los folletos del señor Bernières, folletos que producían un gran impacto en la opinión pública y en los bolsillos. Las ayudas se entregaban en las parroquias de París y en los domicilios de algunas de las damas más importantes. Estas se reunían cada semana para elaborar el plan de distribución de ayudas, plan ejecutado sobre el terreno por las gentes del señor Vicente. La ayuda a la Picardía y Champaña empalmó con otra de características similares en la misma ciudad de París y poblaciones de los alrededores.

Se llevaba un control sumamente detallado del número y las diversas clases de necesitados, de la distribución de las ayudas enviadas en especie o en dinero en cada localidad. Se conservan algunas de las *Relaciones* con inacabables listas de alimentos, ropas, objetos de todo tipo. De todo se daba cuenta, desde importantes donaciones como la de «12.347 libras de carne de vaca y de cordero», debida a «la liberalidad de los carniceros», o de «2.747 pares de zuecos», hasta la de «100 picos y palas para hacer zanjas», e incluso de un humilde donativo de «un puñado de clavos», cosas éstas muy útiles para enterrar a los muertos y librarlos de los dientes de los animales salvajes, y evitar de paso epidemias. La avalancha de donativos en especie hizo pensar a un miembro importante de la Compañía del Santísimo Sacramento en instalar dos grandes almacenes en el centro de París, en los que se recogían las donaciones para su posterior distribución. Otro pequeño folleto con el curioso título de *El almacén caritativo*, también inspirado por el señor Vicente, daba cuenta detallada del movimiento de entradas y salidas de las donaciones.

Los hombres y mujeres del señor Vicente contribuían también con su propia aportación. Además de recoger en San Lázaro a los sacerdotes huidos de sus parroquias destruidas, se daban dos comidas diarias a 800 necesitados. En cuanto a «las pobres hijas de la caridad, aún hacen más que nosotros en la ayuda corporal a los pobres». En su propia casa daban cada día de comer «a 1.300 pobres ver-

gonzantes»; a otros 5.000 más y a 800 refugiados en dos barrios de París; se encargaban de encontrar casas particulares en las que dar asilo hasta a 800 jóvenes refugiadas; «tenemos un centenar en una casa del barrio de Saint-Denis».

Todo el esfuerzo de información, organización y distribución no dependía ciertamente sólo del señor Vicente. En lo que se refiere a París y alrededores intervinieron también prácticamente todas las órdenes religiosas, las parroquias y varias instituciones civiles públicas y privadas. Por gigantesco que fuera el esfuerzo es casi seguro que no logró paliar más que una parte de la destrucción producida por los ejércitos. El mismo Vicente era muy consciente de ello: «Muchas personas caritativas de París procuran poner algún remedio con sus esfuerzos y sus limosnas para impedir que la gente muera de hambre». Pero ya esta parte merecía la pena: miles de enfermos atendidos, otros varios miles de personas que salvaron la vida, muertos enterrados con cierta dignidad, refugiados acogidos, iglesias y casas reconstruidas, campesinos que perdida la cosecha de un año o de dos, con las semillas y herramientas recibidas podían volver a empezar su eterno trabajo interrumpido bruscamente por la destrucción.

Ante el paisaje desolador la palabra del señor Vicente volvió a recobrar los tonos patéticos de su discurso a las damas sobre los niños abandonados. Aún se hizo su tono más patético y también más exigente. El redactor de las *Relaciones* ponía la pluma y la dedicación; Vicente ponía la inspiración. «Como ningún rico recibe en estos tiempos las rentas que solía, los pobres quedarán abandonados si los que tienen dos vestidos no dan uno a quien no tiene, si no venden sus bienes y los dan en limosna: si las comunidades eclesiásticas no hacen lo que han hecho todos los santos: vender los objetos preciosos y los ornamentos de iglesia guardados en sus tesoros y distribuirlos a los pobres, a quienes pertenecen según el consentimiento universal de los Padres, los papas y los concilios. Todo eso es patrimonio de los pobres. Los llamados ricos o acomodados, les agrade o no esta empresa de caridad, no pueden ignorar que no son más que administradores de sus bienes, y que no tienen derecho a apropiarse de ellos más que en lo que necesitan para vivir con moderación. Lo demás es de los pobres. Cuando el prójimo muere delante de nuestros ojos hay obligación de cortar no sólo lo superfluo sino también lo que es necesario para vivir según su estado».

Y redondea el discurso con una frase terrible de un Padre de la iglesia, frase que solía repetir a las damas para que no se les pudiera acusar en el juicio final de haber contribuido por omisión a la muerte de los niños: *si non pavisti, occidisti*: «el que no alimenta al necesitado, lo mata».

(1651)

La organización del programa de ayuda a la Campaña y Picardía absorbió buena parte de las energías del señor Vicente a lo largo de 1651. Pero no le hizo descuidar todas las otras preocupaciones que desde hacía años pasaban por sus manos y por su mesa de trabajo. Exceptuadas la dirección de los monasterios de la Visitación y su participación en el Consejo de Conciencia, todas ellas habían ido surgiendo de su

vocación de evangelizador de los pobres descubierta en 1617. Todas ellas siguieron siendo, hasta su muerte, nueve años más tarde, objeto de su solicitud y vigilancia. Este año de 1651 fue además testigo de una extensión de las actividades de su congregación en Escocia y Polonia, en esta última también de las hijas de la caridad, así como de un mayor esfuerzo personal para detener el progreso del jansenismo.

Encima de todo ello tuvo el señor Vicente la idea de celebrar a partir del 1 de julio durante cuarenta días una segunda asamblea general de su congregación para, entre otras cosas, «solucionar los desórdenes que haya podido causar el superior general». No es que pensara someterse a un juicio por parte de los notables de su congregación. Tampoco tenía intención, y no lo hizo, de presentar su dimisión una segunda vez. Ya la primera no había tenido resultado alguno; intentarlo de nuevo no hubiera dejado de ser un gesto retórico y un poco vacuo. Pero sí sometió a la muy libre discusión de los asistentes, que eran otros trece, algunos asuntos de interés fundamental para consolidar su congregación antes de su muerte, que se podía prever fácilmente como no muy lejana. Precisamente unos días después de terminada la asamblea volvió a caer gravemente enfermo, aunque tampoco esta vez consiguió la enfermedad terminar con su vida.

Podía en esta segunda asamblea haber simplemente expuesto los problemas, y tal vez impuesto las soluciones adecuadas sobre el fundamento de su propio prestigio y carisma, aceptados por todos y no discutidos por ninguno de los asistentes. Pero no quiso hacerlo, sino que los sometió a su discusión, en particular el difícil y muy controvertido asunto de los votos. El carácter netamente democrático de la asamblea se hizo patente desde el comienzo mismo. Los participantes ocupaban «sus asientos de cualquier forma, sin consideración de personas ni cualidades». el superior general, Vicente mismo, «sentado junto a la chimenea». Uno de los puntos discutidos fue precisamente si sería conveniente establecer entre los miembros de la Congregación de la Misión una especie de grados de mayor y menor dignidad. Atraía a algunos poderosamente el ejemplo de la Compañía de Jesús con sus cuatro categorías de miembros con desiguales derechos y obligaciones. Pero acabó prevaleciendo un sentido de igualdad, y decidieron: «Se rechaza. No habrá grados entre nosotros». Pero tampoco podían engañarse y pretender que hubiera de hecho entre los miembros de la Congregación de la Misión una igualdad tan radical como tal vez la hubieran deseado. Estaban los hermanos coadjutores, obviamente inferiores, excluidos por su propia naturaleza de todas las funciones de carácter sacerdotal y de numerosas funciones de gobierno y autoridad dentro de su misma comunidad. En la discusión afloraron por parte de algunos ideas de carácter más bien despectivo hacia ellos, con fuertes críticas: «algunos (hermanos) quieren actuar como dueños absolutos en sus oficios, y les cuesta aceptar que se les vigile». Hubo asambleísta que se mostró partidario de que se les tratara con mano dura y «puro rigor».

Pero no era de esa opinión el señor Vicente, quien quiso «dejar bien sentado que el gobierno cristiano quiere y obliga a la humildad. Entre los cristianos no hay más esclavos que aquellos que se envían a galeras por sus crímenes. Una conducta amable y cordial es la mejor. Son hermanos nuestros». Como hermanos los trataba

él mismo. Les confiaba sin ningún recelo la muy delicada función de secretarios personales suyos; los dedicaba a trabajar en la enseñanza cuando tenían cualidades y preparación para ello; les consultaba con frecuencia en las cosas que se referían a sus trabajos propios; les pedía perdón cuando los había tratado con alguna aspereza. En la reunión llegó al detalle de recordar a los asistentes que los hermanos «deben comer en los viajes a la misma mesa que nosotros». El mismo lo había hecho una vez con un hermano «a la mesa de la señora de Aiguillon».

Otro punto de discusión se refería a algo que afectaba a la congregación del señor Vicente en lo más delicado de su ser. De los tres sacerdotes que habían firmado con él el acta de asociación que dio origen a la Congregación de la Misión en 1626 sólo estaba presente en la asamblea Antonio Portail. Los otros dos, du Coudray y La Salle, habían fallecido años antes. Los tres se habían asociado libremente al señor Vicente con el único objetivo de dedicarse a dar misiones rurales. Pero los 25 años de historia, cumplidos precisamente a los pocos días de concluida la asamblea, habían ido añadiendo a ese núcleo original otras actividades, incompatibles en la práctica en parte o en todo con la dedicación a las misiones. Había entre ellos quienes añoraban la simplicidad y claridad de los primeros tiempos, y sugirieron que se fundara «en cada provincia una casa de misioneros, sin ejercitantes» que pudieran distraerles de la ocupación principal. Otros llegaron aún más lejos, con la proposición de una «misión perpetua», o sea, una dedicación continua y exclusiva al trabajo misionero sin más interrupción que una semana al año «para hacer ejercicios espirituales y dar cuenta de su trabajo». Nadie desechó la idea como descabellada; sin duda todos sentían en el fondo de sus almas, el fundador mismo en primer lugar, que aquella propuesta colmaba de forma total el ideal misionero más exigente. Se pusieron, sin embargo, dificultades de tipo práctico: peligro evidente de cansancio, falta de tiempo para preparar las predicaciones, riesgo de disipación y de pérdida del «espíritu interior», los trabajos de los campesinos en los meses de verano. De manera que, aunque se discutió la propuesta en detalle, se concluyó «sin determinar nada». Tampoco se determinó nada en relación a otra proposición sobre la conveniencia de señalar un tope de edad para la dedicación a las misiones, por ejemplo los 60 años, cumplidos los cuales uno se podría dedicar a «trabajar en la dirección de los seminarios y en otras ocupaciones». Se rechazó la propuesta. Sin duda pensaban que para el trabajo principal, el de las misiones, no se podía pensar en edad de jubilación. El mismo Vicente dos años después de la asamblea, a los 73 años de edad, se escapó de San Lázaro y de sus muchas preocupaciones para dar una última misión en una pequeña aldea. No valieron para hacérsela interrumpir ni siquiera las vivas protestas de la duquesa de Aiguillon, que acusó a los padres de San Lázaro de inconsciencia por permitir que pusiera en peligro su salud y aun su vida, un hombre cuya vida era tan preciosa para la sociedad y para la iglesia.

Otros dos asuntos se llevaron la mayor parte del tiempo y de la atención de los asistentes a la asamblea, los votos y las reglas, en particular el primero de ellos. Se decidió seguir manteniendo la práctica de hacerlos y de «buscar incesantemente la aprobación de su Santidad» para que fueran obligatorios. Pero no fue nada fácil llegar a esta conclusión unánime después de una larguísima y complicada discusión que duró al menos seis días.

Se recordará que desde un par de años o tres después de fundada la Congregación de la Misión se había ido introduciendo la costumbre de hacer votos, de una manera libre y con un carácter privado y personal. No se exigía, en otras palabras, el que se hicieran votos para ser miembro de pleno derecho de la Congregación. La bula papal de 1633 que hacía de la Congregación de la Misión una Congregación de derecho pontificio no mencionaba los votos para nada. Pero ya en 1641, como se vio arriba, el señor Vicente solicitó y obtuvo del arzobispo de París una ordenanza que hacía obligatoria la práctica de los votos para todos. Le llevó a solicitar esto «la experiencia, que le obliga a temer que los eclesiásticos de dicha congregación, si permanecen libres (es decir, sin votos) sucumban ante las primeras tentaciones que surjan contra su vocación y quieran salirse de ella». Parecería que la ordenanza del arzobispo debería haber aclarado definitivamente la cuestión. Pero no fue así.

El señor Vicente conocía muy bien la diversidad de opiniones entre los miembros de su congregación acerca de los votos, y aun la cerrada oposición a hacerlos - obligatorios por parte incluso de algunos de los miembros más sensatos y más antiguos presentes en la asamblea. Pero él parecía estar firmemente determinado a conseguir lo que quería. Lo consiguió efectivamente, pero no quiso conseguirlo - haciendo tragar a la fuerza su propia postura a quienes se oponían a ella. Planteadas con viveza las divergentes opiniones sobre el asunto. Vicente les ofreció seguir «tratando de este tema hasta obtener mayor conformidad en todos». Uno de los asistentes más decididamente partidario de los votos hizo la observación muy personal de que había estado tentado de abandonar la comunidad, pero «le retuvieron los votos, cuando tuvo un superior de 25 años». Otro observó que “son pocos los retenidos por los votos; y que si es eso lo único que les retiene más valdría que se salieran». Otro, en la misma línea de oposición, notó que el permanecer en la congregación a pesar de las dificultades era más meritorio y más libre cuando no se tenían votos que si se permanecía en ella por tenerlos. Se mencionó a favor de los votos el caso de una compañía, en la que no se hacían votos, que no encontró entre sus miembros a ninguno dispuesto para trabajar en las regiones devastadas por la guerra ante las dificultades del trabajo. Pero eso había sucedido, advirtió otro, en una orden que hacía votos solemnes.

Había argumentos para todos los gustos y de todos los colores. Pero la razón que se esgrimió con más insistencia por varios de los asistentes, incluyendo entre ellos el que iba a ser su sucesor como superior general, Renato Almeras, era que la obligación de hacer cualquier tipo de votos haría de la Congregación de la Misión una orden religiosa. Eso no lo quería ninguno de los presentes en la asamblea, ni tampoco los que no estaban en ella, ni por supuesto tampoco el señor Vicente, que hasta pocos años antes se había firmado «sacerdote de la diócesis de Dax”. La asamblea insistió en que «somos del clero (secular) y formamos parte de él».

El señor Vicente dejó hablar, les animó a hablar, a objetar, a defender. Fue extremadamente paciente; fue también tenaz, como solía serlo en asuntos importantes. Este lo era sin duda para la estabilidad futura de su congregación, para asegurar una dedicación sostenida a la exigente evangelización de los pobres.

Cuatro años después de concluida esta segunda asamblea general conseguía Vicente de Roma lo que le hubiera tal vez gustado tener unos años antes: un breve pontificio que aprobaba y hacía obligatoria la práctica de los votos en su congregación. El breve definía los votos como simples, añadía a los tres votos tradicionales un cuarto voto de dedicarse toda la vida a «la salvación de los pobres campesinos». Se definía con claridad, para evitar equívocos jurídicos, que «esta congregación no será contada entre el número de las órdenes religiosas, sino que será del cuerpo del clero secular»; con todo lo cual conseguía lo que desde hacía tiempo había soñado y querido el señor Vicente: un vínculo fuerte que garantizara con seguridad razonable la permanencia de sus hombres en la congregación, y a la vez y sobre todo la permanencia de sus trabajos por los pobres. Su carácter secular quedaba también en principio garantizado, y este aspecto era también muy querido por el fundador, aunque de momento, hubo en las largas vacilaciones por las que pasó el fundador, aunque momento hubo en las largas vacilaciones por las que pasó él mismo en este asunto de los votos en que parece se mostró dispuesto a renunciar a esto si hubiera sido necesario para conseguir lo otro. No le obligaron en Roma a renunciar a ello, sino que le concedieron las dos cosas a la vez, con lo que se creó una institución algo original en la historia de la iglesia, institución también un poco ambigua, como se comentó arriba, que en cierto modo pretendía unir la perfección del estado religioso con una dedicación, que era primordial y había sido la causa de su fundación, a la evangelización de los pobres.

El otro asunto de importancia que trató la asamblea se refería a las Reglas, de las que se dice que «están casi decididas para que puedan quedar como fijas». Se había trabajado en ellas desde la primera asamblea de 1642, pero no estaban aún decididas del todo, ni aun aprobadas por nadie, por lo que los asambleístas se muestran muy preocupados, pues, dicen, «nos damos cuenta de que tendremos que vernos con un asunto muy serio en el caso de que las reglas no sean aprobadas antes de la muerte del superior general», o sea, antes de la muerte del señor Vicente. El era sin duda el primer preocupado, pues la continuidad en la pureza de la idea original dependía en buena medida de la fidelidad a unas reglas que reflejaran adecuadamente su intención y su espíritu. De manera que el acto último de la asamblea fue redactar una petición al arzobispo de París, firmada por todos ellos, para que aprobara las reglas y constituciones redactadas, petición que se presentó de inmediato al arzobispo, aunque sólo fue aprobada por él dos años más tarde.

Ya en 1648 era de dominio público la oposición del señor Vicente a las posturas y doctrinas de los jansenistas. Se lo reprochó en carta desde Roma uno de sus propios hombres, quien sentía ciertas simpatías por las ideas de los «discípulos de san Agustín»: «que hemos hecho mal en declararnos contrarios a las opiniones del tiempo». Con paciencia y mansedumbre, pero con su vigor acostumbrado, le explica Vicente las razones de su postura. Está en primer lugar la posición unánime del Consejo de Conciencia del que forma parte, con la reina y Mazarino a la cabeza, «en el que todos se han declarado contrarios». En segundo, la repetida condenación, por parte de varios papas y de «la parte más santa» de la facultad de teología de la

Sorbona, de las opiniones de Bayo, opiniones también sostenidas por Jansenio. El mismo tiene además conocimiento de primera mano de «los planes del autor de esas opiniones nuevas», es decir, de Saint Cyran, que son «destruir la situación presente de la iglesia y someterla a su poder. Me dijo un día que Dios quería arruinar a la iglesia actual».

Por todas esas razones, «además de varias otras», se siente obligado a oponerse a esta nueva herejía. Y aunque sabe que la obligación de hacerlo recae en primer lugar sobre los obispos, recae también sobre todos «los que ven el mal», pues Guardar silencio sobre un peligro tan grave sería en realidad trabajar a su favor. El no podía guardar silencio ni estarse quieto; se lo impedían su gran amor a la iglesia, por cuya reforma y mejora, no destrucción, llevaba tantos años trabajando en tantos frentes. Se lo impedían también las consecuencias destructivas fácilmente previsibles de una doctrina elitista y en realidad arcaizante, aunque pasaba por ser moderna, como era la jansenista, contra las obras y fundaciones en favor del pobre pueblo en que estaba comprometido desde hacía casi treinta años.

A partir de 1650 Vicente escribe y anima a numerosos obispos para que firmen una petición a Roma que condene en términos inequívocos lo sustancial de las doctrinas jansenistas. Se resumía lo principal de éstas en cinco proposiciones, de entre las cuales la que más le dolería al señor Vicente sería sin duda la quinta que decía: «Es semipelagiano decir que Jesucristo murió por todos los hombres». Durante todo el año de 1651 y el siguiente Vicente intensificó su correspondencia para animar a diversos obispos a que firmaran, para disipar las objeciones de lo, que las tenían contra la oportunidad de la firma y la condena, aun cuando la, tuvieran contra las doctrinas, para alentar a la comisión enviada a Roma con a, fin de llevar adelante la causa. La condenación de las cinco proposiciones se hizo pública el 9 de junio de 1653. Pero de ninguna manera acabó con la controversia Los jansenistas, aun los que firmaron la aceptación de la bula condenatoria, creyeron que podían en conciencia seguir defendiendo sus posturas y su devoción por Jansenio con la observación de que las cinco proposiciones eran efectivamente condenables, pero que no se encontraban en sus escritos.

Pero para Vicente la bula suponía la palabra definitiva, más bien definitoria, en un tema que había consumido tantas de sus mejores energías. Trató en persona con jansenistas declarados y simpatizantes para animarles a aceptar la sentencia, e hizo esfuerzos para que los que se creían vencedores depusieran toda arrogancia hacia los vencidos. No consiguió ni una cosa ni otra excepto en muy pequeña medida. La controversia empeoró en virulencia a partir de la publicación de la bula, sobre todo a partir de la intervención de la acerada pluma de Pascal en el asunto tres años después. El señor Vicente se limitó a partir de ese momento a vigilar con cuidado para que el espíritu jansenista no se infiltrara en las dos congregaciones que había fundado, y en la de la Visitación, de la que era director y superior. No lo consiguió del todo, aunque lo intentó con fuerza, en relación a algunos pocos hombres de su propia congregación. No le bastaba mantener con firmeza su ortodoxia personal. Le preocupaba la ortodoxia de todo el mundo, pues sólo sobre la base de una firme ortodoxia se podía construir una ortopraxis sólida y radical como era la suya. El,

como Jesucristo, quería la salvación de todo el mundo y trabajaba por ella, y no sólo por la de unos pocos, aunque fueran éstos, como lo pretendían los jansenistas, elegidos de Dios.

En cuanto a la firmeza de su propia ortodoxia, él mismo nos confirma estar basada en una profunda humildad. Se la debe a Dios, y no a sí mismo. Porque, confiesa en su ancianidad en una charla a los hombres de su congregación, «siempre he tenido miedo de verme envuelto en los errores de alguna nueva doctrina sin darme cuenta de ello. Sí, durante toda mi vida he tenido miedo a esto». Inteligencias más profundas y más sutiles que la suya se habían dejado llevar por las «falsas dulzuras de una pretendida reforma» como las que ofrecía el jansenismo. Pero Dios no permitió que se dejara llevar por ellas su siervo Vicente de Paúl. El reconoció en público que «esto era efecto de la pura misericordia de Dios, por lo que se sentía obligado a darle gloria».

(1652-1653)

La llamada Fronda de los príncipes vino a empalmar con la Fronda parlamentaria, y estuvo motivada en el fondo por causas sociales y políticas similares. Pero su detonante fue muy concreto y muy aparatoso. Condé, el gran Condé, que diez años antes había derrotado en Rocroi a la hasta entonces invencible infantería española, era el baluarte más sólido de la corte. Pero se había pasado de repente al partido del duque de Orleans, tío de Luis XIV, quien tenía sus ambiciones nada secretas de desbancar a Mazarino «ese ladrón, ese bufón, ese mercachifles, ese italiano impostor», como lo calificaba sin ningún respeto la voz común. Bajo la instigación del joven Gondy, comprado para la causa real por Ana de Austria con la promesa de solicitar para él el cardenalato, como vimos, Mazarino dio la orden de arrestar a Condé. Esto resultó ser un grave error táctico dada la popularidad del general, pero entraba de lleno en el juego del joven obispo coadjutor, pues también él se hacía sus ilusiones de suplantar a Mazarino. Pueblo y parlamento se pusieron del lado de Conde. El parlamento declaró a Mazarino, que se acercaba a París al frente de un ejército, culpable de lesa majestad y puso precio a su cabeza: 150.000 libras a quien lo entregara vivo o muerto.

Hubo batallas muy sangrientas en el mismo París entre las tropas reales y las tropas de Condé. La destrucción y la sangre movieron a las fuerzas vivas a intentar de nuevo una reconciliación. Por otro lado la popularidad de Condé descendió visible y rápidamente entre el pueblo al ver éste en la propia capital de Francia las odiadas banderas de las tropas españolas, con las que Conde había establecido una alianza de conveniencia. Delegaciones de clérigos, de comerciantes y de burgueses acudieron al joven rey para ofrecerle la sumisión de la ciudad, en la que el rey entró con solemnidad militar en octubre de 1652. No entró Mazarino en el séquito del rey. Se autoexilió por varios meses hasta que, calmados los ánimos, también él pudo volver llamado por la corte, no humillado sino triunfante. Con toda probabilidad el señor Vicente tuvo mucho que ver con este exilio y esta vuelta del primer ministro.

La correspondencia del señor Vicente todo a lo largo de 1652 está llena de referencias a los disturbios. No se habla en ella de los diversos vaivenes políticomilitares sino sólo de lo que más le interesaba a él, el sufrimiento del pueblo y el deseo de paz. También a él y a sus gentes les tocó sufrir, hasta el punto de que llega a exclamar: «apenas podemos pensar en otra cosa que no sea nuestra conservación». El año 1653 fue particularmente duro para la congregación del señor Vicente por «el gran número de personas que Dios ha querido quitarnos». El mismo no gozó durante todo este año de muy buena salud. A finales del año anterior el médico le había ordenado «tomar el aire del campo por siete u ocho días, debido a una fiebre que me ataca por la noche», cosa que hizo en la finca que su congregación poseía en Orsigny. La mortandad excepcional entre los hombres del señor Vicente motivó una breve pero muy hermosa misiva de Luisa de Marillac «al padre Vicente, general de los venerables sacerdotes de la Misión». Lo de venerables no era en modo alguno un toque retórico. Luisa de Marsillac era aún menos retórica que Vicente de Paúl. Pero el cariño que sentía por el señor Vicente lo había extendido a los hombres del señor Vicente con toda generosidad. El cariño y la veneración. La muerte de tantos de sus hombres le había hecho llorar literalmente. Ella sabía muy bien que el señor Vicente, más emocional por naturaleza que ella misma, había conseguido para estas fechas un alto dominio de sus emociones que le impediría derramar lágrimas por la muerte de sus propias gentes. Sabía que Vicente ya no sufría sensiblemente más que por el dolor de los pobres. Pero ella pensaba que también sus hombres tenían derecho a una lágrima. «¿No seré muy atrevida, mi venerado padre, al osar mezclar mis lágrimas con su habitual sumisión a la voluntad de Dios, uniendo mi debilidad a la fuerza que Dios le ha dado para soportar esa prueba tan grande? Por amor de Nuestro Señor, conceda a la naturaleza lo que necesita para desahogarse».

Pero también lo pasaron muy mal los que no murieron, pues las gentes de San Lázaro estuvieron varias veces, en el ir y venir de ejércitos reales y ejércitos rebeldes «junto a nuestras tapias», al borde mismo de jugarse la supervivencia. Le aconsejaron que defendiera con gente armada el priorato contra el peligro de posibles saqueos nocturnos. Lo hizo; «yo mismo he estado velando con ellos». Un grupo de soldados saqueó uno de los edificios del complejo. Pero los males mayores los sufrieron las tierras dependientes de San Lázaro. Se perdió en la confusión y en la destrucción buena parte de la cosecha de trigo.

A pesar de todo, y a pesar de lo que dice, Vicente sí pensó en otras cosas aparte de su conservación y de la de sus gentes. Como lo había hecho en la primera Fronda, se creyó obligado a intervenir de nuevo como pacificador en las más altas esferas, esta vez parece que con más éxito que la primera. Al hacerlo demostró cualidades no ya de político, sino de consumado estadista y hombre de paz. Era ésta lo que realmente le interesaba, no la carrera política de Mazarino, ni tampoco la de Condé, ni por supuesto la del joven Gondy, a pesar del cariño que le tenía.

Los historiadores no lo saben, porque no suelen leer los escritos del señor Vicente, aunque estos son una fuente de primera mano para conocer en directo la Francia de su tiempo, pero con toda probabilidad el primer intento serio de buscar una reconciliación entre la corte y los rebeldes Orleans y Condé procedió de Vicente de Paúl. Si tomó el mismo la iniciativa de hacerlo, o más bien lo hizo por encargo de la reina, o tal vez incluso de Mazarino, no se sabe con certeza. Pero sí se sabe que ambas partes lo aceptaron como intermediario de paz. Habló personalmente con la reina y con Mazarino, llevó las propuestas de éstos a Condé y Orleans, y éstos a su vez respondieron a la corte por medio del señor Vicente. Parece que se llegó así a un convenio por el que Mazarino accedía a desaparecer, al menos por algún tiempo, de la escena política con tal de que el joven rey Luis XIV, una vez hecha la paz y restablecida su autoridad, diera «un decreto de justificación» de la conducta de su primer ministro. Un poco contradictorias parecen estas dos proposiciones, pero es todo lo que se puede extraer de la documentación que poseemos. Pero tampoco importan mucho los detalles, pues todo el plan se vino abajo cuando unos días después de terminada la intervención del señor Vicente, Gastón de Orleans se autodeclaró lugarteniente general del reino, con lo que atentaba aún más gravemente contra la autoridad de Luis XIV.

No se desanimó por ello el señor Vicente. Sabía que el papa. Inocencio X, había previamente intentado reconciliar a los dos bandos a través de gestiones de su nuncio en París. Sabía también, pues lo veía con sus propios ojos, que esta intervención había sido «hasta ahora inútil»: se lo recuerda él mismo al papa en carta personal. Pero cree que merece la pena que el papa insista de nuevo, pues «el día tiene doce horas, y lo que no tuvo resultado ninguno a la primera podría tener éxito si se intenta una segunda vez». Por lo demás en la carta al papa muestra a las claras qué le llevó a comprometerse en una actividad de carácter tan netamente político. El no era un político, y menos un partidista, aunque tampoco su postura se podría definir como neutral. Lo que de verdad le preocupaba en las disensiones entre los miembros de la familia real y de los grandes del reino eran sus consecuencias para el pobre pueblo: «las ciudades, los, pueblos, las aldeas destruidas e incendiadas; los campesinos no cosechan lo que sembraron, ni lo harán los próximos años; todo está permitido a los soldados: las gentes están expuestas a robos, saqueos, a toda clase de sufrimiento y aun a la muerte; muchos campesinos que no mueren por la espada se mueren de hambre». No sabemos si esta carta al papa animó a éste a intervenir de nuevo. Pero mientras llegaba de Roma una posible respuesta no se quedó el señor Vicente cruzado de brazos, a ver qué pasaba. Decidió acudir directamente a Mazarino para hacerle ver, por segunda vez, que la paz sería imposible mientras no se alejara de la corte.

El cardenal de Retz había acudido a donde estaba la corte a la cabeza de una delegación del clero de la capital para animar a la reina y a su hijo Luis XIV, que aunque ya declarado mayor de edad contaba sólo catorce años, a volver a París donde sin duda serían aclamados por el pueblo y conseguirían así calmar los ánimos. Vicente asegura saber «por buenos informes» que Orleans «se verá muy contento de aprovechar esta ocasión para ponerse a bien con el rey» su sobrino, mientras que Condé «se someterá al ver que París ha vuelto a la obediencia del rey». Pero el joven rey, manipulado sin duda por Mazarino, contestó que antes de pensar en volver a París tenía que ver algún

signo claro por parte de la población de que se quería su vuelta y, lo que era más importante, el sometimiento de los revoltosos. No hizo ninguna mención de que estuviera dispuesto a desprenderse del odiado Mazarino, cuya deposición era el objeto visible de los rebeldes.

Para convencerle de que se apartara voluntariamente de la corte y del gobierno escribió Vicente a Mazarino una larga carta, obra maestra de coraje, con sus buenos toques de refinada astucia política y de conocimiento de la volubilidad de las reacciones populares. Los reyes entraron sin él en París. Fueron efectivamente recibidos con gran regocijo por parte de todo el mundo, con lo que se dio por terminada la segunda Fronda. Y, a decir verdad, por fracasada, aunque pareció haber tenido éxito en lo que se refería a Mazarino. Este volvió a la corte meses después reclamado por la reina. Su vuelta no provocó oposición alguna. Personajes importantes que poco antes habían calificado a Mazarino como «la mayor basura del siglo», entre otras cosas, vinieron a presentarle sus humildes respetos. Esta reacción general se la había anticipado Vicente en la carta, en la que se atreve a decirle, para vencer el pertinaz deseo de Mazarino de entrar en París con los reyes, «que no tiene gran importancia el que el regreso de su eminencia sea antes o después del regreso del rey. Una vez restablecido el rey en París, su Majestad podrá hacer venir a su eminencia cuando le plazca. Estoy seguro de ello. Volverá a ganarse el entusiasmo del pueblo, y dentro de poco le volverán a aclamar, y con gran aplauso».

Y así pasó. Si fue realmente la carta del señor Vicente lo que movió a Mazarino a fingir un autoexilio astuto y provisional o si fue otra cosa, no se sabe con seguridad. Pero los datos históricos que se tienen sugieren que fue efectivamente esa carta lo que hizo ver a Mazarino dónde se encontraban a la vez las posibilidades de paz y el futuro de su carrera política. Con lo que el señor Vicente mostró ser un estadista tan agudo al menos como Mazarino, y casi tan astuto. Sólo que, ya se dijo, al señor Vicente no le importaba gran cosa la carrera política del cardenal. Lo que le interesaba de verdad era la paz. Cuando llegó ésta al fin después de tanta destrucción Vicente no pudo contener su júbilo: «La alegría por el regreso de los reyes es tan grande que no puede imaginarse. Ya no se ve ninguna huella de los trastornos pasados, lo que nos da motivos fundados para esperar que cesarán pronto las perturbaciones interiores del reino».

La víctima más notoria del espíritu vengativo de Mazarino, una vez instalado de nuevo en el poder, fue uno de los personajes más queridos por el señor Vicente, el cardenal de Retz. A finales de 1652 fue encerrado sumariamente en el castillo del bosque de Vincennes, prisión que había conocido Saint Cyran años antes. Su propio padre, el señor Gondy sacerdote del Oratorio, fue confinado a sus tierras señoriales de Villepreux. Le faltó tiempo al señor Vicente para ir allí «a consolar al padre de Gondy por la desgracia de su hijo». Vicente recibía del preso de Vincennes información de primera mano, sin que se sepa cómo, que él transmitía a su padre. En una carta le informa de varios detalles sobre el estado de su hijo, entre ellos de

que «anda molesto de las muelas, pero no es nada de cuidado, gracias a Dios». Corrían rumores de que el joven Gondy iba a ser liberado, rumores que menciona el señor Vicente en la misma carta. Pero los rumores eran falsos. Lejos de ser liberado el cardenal fue trasladado a Nantes, a una prisión más segura y además alejada de París, donde abundaban los partidarios del cardenal. Pero le salió muy mal el plan a Mazarino, pues el joven Gondy logró escapar de la prisión de Nantes en agosto de 1654. Fue la suya una huida apresurada y peligrosa. Al pasar precipitadamente, montando a caballo, por una puerta baja del muro que rodeaba al castillo salvó la cabeza por milímetros, pero se dio un tremendo golpe con el dintel que le destrozó el omoplato derecho. Las prisas de la huida le impidieron curar el destrozado, de manera que Gondy tuvo que sufrir una espalda irremediabilmente deformada hasta el fin de sus días.

Huido en barca, recaló en las costas de Guipúzcoa y luego, siguiendo desde el sur de Navarra el curso del Ebro hasta el Mediterráneo, tomó un barco español que le condujo con todos los honores a Roma. Inocencio X, poco simpatizante como se sabe de Mazarino, recibió con alborozo al cardenal fugitivo, y le entregó de inmediato el capelo cardenalicio en un consistorio convocado al efecto. Le dio como residencia la casa que la congregación del señor Vicente tenía en Roma. Vicente se muestra muy satisfecho por esta medida del papa que le permitía mostrar algo de la mucha gratitud que sentía hacia todos los miembros de la familia Gondy. No disimuló su satisfacción, sino que la expresó en público en una charla a sus misioneros en San Lázaro: «Tenemos que dar gracias a Dios porque el cardenal de Retz ha sido recibido en nuestra casa de Roma. No hacemos con ello más que agradecer lo que ha hecho por nosotros nuestro prelado y nuestro fundador. Además, al hacer eso hemos obedecido al papa, que ordenó al superior recibir en la casa de la Misión al dicho señor cardenal». Prelado de los misioneros era efectivamente el joven Gondy, pues estando preso en Vicennes había sucedido a su tío como arzobispo de París a la muerte de éste, aunque Mazarino había intentado impedirlo. Llamarle fundador era interpretar los hechos del pasado con bastante generosidad; los fundadores de la Congregación de la Misión habían sido en realidad sus padres. Pero a Vicente no le importaba la imprecisión. El joven cardenal era un Gondy, y el señor Vicente se muestra muy contento de que esté libre y de que pueda albergarse en una de sus casas.

A Mazarino no le gustó, por supuesto, ni una cosa ni la otra. A punto estuvo de explotar con furia contra el mismísimo señor Vicente. Alguien debió de calmarle, tal vez la reina, pero ni ésta pudo impedir, si es que lo intentó, que Mazarino ordenara a los misioneros franceses del señor Vicente que abandonaran Roma de inmediato y se volvieran a Francia, amenazando, si no lo hacían, con tomar represalias contra la congregación del señor Vicente y contra su misma persona.

Cualquiera podría pensar que el señor Vicente, en medio de sus muchos trabajos, a los que se añadió en estos años de 1652-1653 su intervención en el complicado asunto del jansenismo y en el no menos complicado de la Fronda, tenía bastante en qué ocupar su tiempo y su alma. Tampoco se podía esperar que a su edad se embarcara en obras

nuevas. Le bastaba, cualquiera lo podía ver, y le sobraba con lo que tenía entre manos. Pero no le bastaba. No es que Vicente de Paúl fuera un devorador hambriento de trabajo. Pero tantos años y tanta energía que había dedicado a los pobres, tantas gentes que había conseguido movilizar, tantos medios materiales propios y ajenos que había invertido desde 1617, estaban lejos de haber conseguido que el número de necesitados fuera menor que entonces, o que fueran menores sus necesidades. Había, pues, que seguir trabajando. Es más: aún había algunas clases de pobres gentes a las que hasta entonces no había prestado apenas atención. El sabía muy bien que existían, estaban a las puertas mismas de San Lázaro, los miles de artesanos envejecidos que caían en la miseria al perder la capacidad de trabajar. También éstos eran hijos de Dios, también eran pobres; a decir verdad, pobres en extremo, que ni siquiera podían apelar al robo para sobrevivir. Podían tal vez intentar malvivir de la limosna. Pero ¿qué probabilidades realistas de supervivencia les quedaban si el número de mendigos en París superaba con toda seguridad los cuarenta mil?

Un buen día un rico señor puso en sus manos un capital de 100.000 libras para que las dedicara a cualquier tipo de obra en favor de los necesitados que a Vicente le pareciera bien. Le llevó su tiempo el decidirse, como era su costumbre. Pero se decidió al fin; y, esta vez contra su costumbre, se decidió por su cuenta y riesgo, sin esperar a que nadie le sugiriera la idea. Lo que parece indicar que era una idea que le parecía buena en sí misma y del todo, y que rondaba por su cabeza hacía tiempo.

Esto es lo que hizo: invirtió 31.000 libras en la compra y ampliación de un edificio cercano a San Lázaro que ostentaba en la fachada el anagrama del nombre de Jesús; compró muebles por valor de 5.400 libras; tomó en préstamo a favor de San Lázaro 60.000 libras a un interés, nótese, del veinte por ciento, préstamo que devolvió años después religiosamente; y dedicó 3.600 libras para los gastos de mantenimiento y alojamiento durante el primer año de cuarenta ancianos, hombres y mujeres por mitad, en lo que se llamó desde el comienzo asilo del Nombre de Jesús. Puso para atenderles un grupo de hijas de la caridad, y comprometió a los hombres de su misma congregación como capellanes. El mismo actuaba como tal con frecuencia. Sin duda se encontraría, cuando lo hacía, en su propio ambiente: gente pobre y gente, como él, anciana.

Les hablaba con un cariño extremo y con una extrema sencillez, en su estilo habitual de conversación llevado a la perfección a lo largo de tantos años de misiones a los campesinos y de charlas a sus hombres y mujeres. «Hablares sobre los principales misterios de la fe y sobre la señal de la cruz. Pero no os asustéis si no la sabéis hacer. Voy a preguntaros; aunque no sepáis responder bien, no os preocupéis». Empezaba con una cosa simple y al alcance de cualquiera, tal como la señal de la cruz, y terminaba exponiendo en lenguaje transparente y concreto los misterios más abstrusos de la fe cristiana, tal el de la Trinidad. Eran pobres, ciertamente, pero eran también hijos de Dios y se merecían lo mejor. Aunque ellos no lo sabían, el modo simple y directo del señor Vicente había influido poderosamente en las maneras de predicar del tiempo, y hasta en las maneras de declamar en el teatro francés de aquellos años. Bossuet, la lengua más cultivada del siglo XVII, se refería al habla del señor Vicente con gran admiración.

De manera que en instrucción religiosa se procuraba darles lo mejor. Pero también en la alimentación. «Ciertamente no coméis como los presidentes, pero cuántos nobles empobrecidos se sentirían afortunados si tuvieran el alimento que tenéis vosotros». No se lo decía como quien se lo echa en cara, sino para que se animaran a «trabajar manualmente en cuanto podáis, según vuestras fuerzas». Sabía él, lo podía sentir ya en su carne, que la ancianidad es muy triste cuando es ociosa, cuando la falta de actividad hace pensar al anciano que es un parásito que no hace otra cosa en el mundo que ocupar espacio. Les proveyó durante los primeros meses de artesanos en activo que les enseñaran diversos oficios al alcance de sus fuerzas. El mismo enemigo declarado de la ociosidad, la cual, decía a sus misioneros, es la peste de buena parte del clero y la «madrasta de todas las virtudes», quería evitarla incluso en aquellas pobres gentes que después de una vida fatigosa podían verse tentados «a pensar: no tengo que preocuparme de hacer nada, ya que estoy seguro de que aquí nada me va a faltar». Lo cual hubiera hecho de ellos seres totalmente inútiles por propia elección. Vicente los quería útiles, dándoles así el motivo de un auténtico orgullo que justificara su existencia a sus propios ojos, útiles en cuanto lo permitieran sus fuerzas. Los quería también cristianos: «Hay que trabajar por amor de Dios: él mismo nos dio ejemplo trabajando continuamente por nosotros». No decía otra cosa a sus trabajadoras y cristianas hijas de la caridad.

El asilo del Nombre de Jesús comenzó a funcionar en marzo de 1653. La tarde misma en que comenzó. Luisa de Marillac muestra su preocupación porque dos de los ancianos no habían aparecido aún. Es de suponer que aparecerían pronto y con ganas, tal vez pidiendo algo torpemente excusas por el retraso. El Nombre de Jesús tuvo un éxito instantáneo ante la opinión pública. También, y sobre todo, entre los posibles candidatos a ser sus huéspedes. Más de uno tuvo que esperar meses para poder ser admitido cuando quedara algún puesto vacante por defunción de algunos de los asilados. A Vicente de Paúl le hubiera gustado sin duda proyectar y ejecutar una solución similar para atender no ya a cuarenta ancianos necesitados sino a los miles que pululaban por la capital. Sólo hacía falta que alguien le hubiera dado los medios para llevarlo a cabo. Pero cuando cuatro años más tarde se quiso poner en sus manos los gigantescos medios necesarios se negó en redondo a hacerlo. Se verá por qué.

El asilo del Nombre de Jesús fue la última creación del señor Vicente. Nada nuevo iba a crear en los siete años que le quedaban de vida. Subsistían aún todas las que había ido creando desde la primera cofradía de caridad parroquial de Chatillon en 1617; todas le seguían dando preocupación y trabajo, y todas siguieron creciendo y aumentando hasta su muerte. De manera que aunque ya no surgió ninguna obra nueva que viniera a complicar aún más su atareada vida en sus últimos años, no por ello disminuyó su ritmo ordinario de trabajo.

9

(1654)

Parece, sin embargo, que el año de 1654, terminados por fin los años de la Fronda y establecida la tranquilidad con la vuelta de Mazarino al gobierno, comenzó también

para el señor Vicente con un tono un poco más tranquilo y hasta parece que más optimista. En febrero se atreve a aventurar, este hombre que nunca se mostraba satisfecho de sus obras, que la más cercana a él mismo, la Congregación de la Misión, no estaba del todo en mal estado: «Hay motivos para alabar a Dios por las informaciones que me llegan de todas nuestras casas, en las que todo va bien, gracias a Dios, tanto en lo que se refiere a la salud como a los trabajos». De su propia salud tampoco se puede quejar. Escribe en marzo: «Sigo bastante bien de salud», también «gracias a Dios», por supuesto. Su trabajo personal había disminuido un poco al venir la paz civil sobre la capital. Se hacía también ya innecesaria su actividad de mediador en cuestiones políticas, actividad que sin duda le desagradaba mucho, como mucho le desagradaba su participación en el Consejo de Conciencia, del que había sido dado de baja, con mucha alegría por su parte, en 1652.

Pero aún le quedaban muchas y muy importantes cosas. Estaba en primer lugar el gobierno de su propia congregación, que a la sazón contaba con unos 200 miembros en veinte casas esparcidas por Francia, Italia, Polonia, con algunos de sus hombres en lugares remotos y peligrosos, como Escocia, el norte de África, Madagascar. Con todos ellos mantenía una muy abundante correspondencia que era en muchos casos semanal. Un vistazo sumario a la correspondencia que aún se conserva de este año ofrece un panorama increíblemente variado de las preocupaciones diarias de ese anciano de 74 años: cartas a obispos y cardenales, cartas sobre múltiples asuntos de la iglesia de Francia, sobre muy variados asuntos económicos, sobre los esclavos de África, los galeotes, los niños abandonados, las cofradías parroquiales y la del Hotel-Dieu, la Visitación, las hijas de la caridad, la campaña de socorros a Picardía. Aun así encontraba tiempo para ayudar a sus hombres en las misiones de algunas aldeas cercanas, para supervisar en ellas la marcha de la cofradía de caridad. Escribe en junio: «He ido a restablecer una (cofradía de) caridad en el campo y volví ayer demasiado tarde, con lo que hoy me encuentro sobrecargado de trabajo». Rara vez se quejó este hombre por exceso de trabajo, pero se ve que no le quedó más remedio que hacerlo en esta ocasión, y en un par más de ocasiones a lo largo del año. Aunque siempre le parecía poco todo lo que hacía. Tal vez no fuera que le pareciera poco, y ni siquiera tal vez pensara en ello. Pero con toda seguridad lamentaba en el fondo de su alma que las numerosas obligaciones que habían ido cayendo sobre sus hombros a lo largo de los años le impidieran hacer lo que a él más le gustaba, lo que le había introducido desde el ya muy lejano 1618, en el mundo de los pobres: las misiones a los campesinos. Escribe hacia el final del año a sus hombres de la casa de Génova, notada desde su fundación en 1645 por su fuerte y constante dedicación a los trabajos misioneros: «¡Qué gran confusión siento al verme tan inútil en el mundo en comparación con ustedes!». Para decir lo cual con sinceridad hacía falta que efectivamente sintiera una gran añoranza por sus lejanos tiempos de misionero rural. Pero también que tuviera un cierto muy sutil sentido del humor.

Sólo un hombre como él podía esperar razonablemente, y conseguirlo, que hasta gentes frágiles como sus jóvenes hijas de la caridad no sólo fueran trabajadoras y santas a la vez, sino que se hicieran santas a través de una vida de trabajos duros y

humildes. Pero casi excedía los límites de lo razonable el esperar que se hicieran santas en trabajos que, además de ser duros, eran extremadamente arriesgados. Vicente había enviado a sus hombres a trabajar como misioneros en el medio brutal de los ejércitos de aquel tiempo, formados mayormente por mercenarios depredadores, blasfemos, endurecidos en toda suerte de malas costumbres. Del mismísimo gran Condé, conocido mujeriego en tiempos de paz, murmuraban con malicia grandes damas de París que mostraba poco interés por ninguna de ellas a la vuelta de alguna campaña. La vida en el campamento militar le había dado gusto y afición por otro tipo de relaciones muy diferentes de las normales. Podía el señor Vicente enviar a sus hombres a trabajar en un mundo como aquel siempre que se tomara, ante los riesgos fácilmente previsibles, sus buenas precauciones, que él les señalaba con detalle en el reglamento de vida del que se habló arriba. ¿Pero no parecía exceder los límites de lo sensato enviar al mismo medio a unas frágiles e inocentes doncellas campesinas? Alguna de ellas se atrevió a preguntarle «cómo tenían que portarse las hermanas con los soldados convalecientes». Y él les dijo: «Con mucha caridad y mucha modestia. Como ya están menos enfermos habrá que tener mucho cuidado, igual que con los que están bien del todo. Y si alguno se atreve a hacer el insolente, le amenazáis con quejaros a la autoridad. No os acerquéis a ellos más de lo que exija la atención que necesiten».

En julio de 1654 envió a cuatro de ellas a Sedán, uno de los lugares más castigados por la fricción entre ejércitos imperiales y franceses, «a asistir a los pobres enfermos», es decir, a los soldados heridos. El se sentía obligado a hacerlo porque «habéis sido escogidas por Dios, quien, aunque hay muchas jóvenes en Sedán y alrededores, no ha puesto sus ojos en ellas sino en vosotras». La idea de enviarles a Sedán había venido de la reina que «si bien no es nada comparada con la voluntad del Dios, es también muy importante. Hijas mías, ¡la voluntad de Dios! Eso sí que os obliga a marchar allá con todo entusiasmo». Entusiasmo tendrían que poner, y no poco, pues marchaban allá nada menos que con el encargo de «hacer lo que Jesucristo hizo en la tierra, devolver la vida a las almas de esos pobres heridos y ayudarles a bien morir con vuestros ejemplos y exhortaciones, o a recobrar la salud con vuestros remedios, cuidados y atenciones. Los hombres van allá para matar, y vosotras vais para dar vida». Se podría pensar que ante un programa como ése en un medio tan hostil tendría que apelar el señor Vicente a su indiscutible autoridad para conseguir que alguna de ellas estuviera dispuesta a asumir un trabajo que rondaba los límites de lo heroico. Pero no tuvo que hacerlo; Vicente sabe muy bien, y se lo dice, que «hay muchas entre vosotras dispuestas a ir allá».

Fueron a Sedán, y más tarde, ante el éxito que tuvo este primer experimento, a otros lugares en años posteriores, a trabajar como enfermeras sacrificadas en una actividad que era nueva para ellas, pero que estaba sin duda en la línea de trabajo por los pobres que habían vivido con toda pureza desde su fundación. De paso, y sin pretenderlo ni darse cuenta de ello, se constituían en las primeras enfermeras profesionales en la historia militar de Europa, y aun del mundo.

Unos pocos días antes de que enviara a sus cuatro hijas de la caridad a Sedán recibía el señor Vicente una carta de uno de sus misioneros en Polonia, asustado por unas «señales extraordinarias» que parecían ser «indicios de que iba a pasar algo malo». El señor Vicente le advierte para calmarle que «no conviene detenerse en esos tristes augurios», pues no es nada seguro que sean presagios de males que vayan a suceder. Pero le añade que, de todos modos, «convendrá redoblar las oraciones para que Dios quiera apartar de su pueblo esos males con los que tal vez tenga el designio de afligirle». No había ni rastro de espíritu mágico en el carácter de este anciano, pero sí mucha fe. Informa a su misionero de que «por aquí nos amenaza un eclipse de sol, el más maligno que ha habido desde hace varios siglos»: y le dice acto seguido: «Le ruego que me escriba si será también visible en Polonia, y que me indique todos los detalles».

«Todos los detalles»: él iba a ver con sus ojos el eclipse en París, y quiere además saber cómo se ve en Polonia. No siente inquietud ninguna ante el extraño y poco frecuente fenómeno, pero sí mucha curiosidad. Fue la curiosidad, y también el poder calmar las inquietudes de su corresponsal polaco, lo que le llevó a hablar con el «señor Cassandieux», o sea, el canónigo Gassendi, uno de los nombres más conocidos del siglo XVII en matemáticas, filosofía y astronomía. De él dice Vicente que «es uno de los más sabios y experimentados de estos tiempos, y se ríe de todos esos temores». Gassendi dio al señor Vicente una descripción científica de los eclipses, descripción que él a su vez transmite a su corresponsal para asegurarle que «no hay por qué temer este eclipse. Los sabios entendidos en astronomía no muestran ninguna preocupación: mucho menos los que están instruidos en la escuela de Jesucristo, pues saben que el hombre sabio dominabitur astris». Vicente, que a los 27 años sabía construir «bellas cosas geométricas», da a veces la impresión de que se hubiera encontrado muy a gusto en compañía del joven Pascal, que, para ayudar a su padre en la complicada labor de recaudación y contabilidad de impuestos, inventaba la máquina de calcular.

Vicente de Paúl tenía un espíritu tan inquisitivo como el de Pascal, tan racionalista como el de Descartes, pero mucho más realista que ambos, sobre todo que el segundo. Precisamente Gassendi, que murió al año siguiente del eclipse, había objetado años antes contra la posición idealista de Descartes que, seguridad por seguridad, tan firme era la que ofrecía el realismo, o sea la postulación acrítica de la veracidad fundamental del mundo exterior, como la que pudiera ofrecer cualquier tipo de experiencia mental del sujeto pensante, incluyendo la aparentemente indestructible seguridad del cogito cartesiano, como principio inmovible de todo pensar y de toda realidad. Vicente se parecía a Pascal y a Descartes en otras dos cosas, aunque es casi seguro que les superaba en las dos, y ciertamente en la segunda. Primero, en la amplitud de su curiosidad por saber. Este hombre, que no destacó en ninguna de las ramas del conocimiento de su tiempo, puede esparcir con toda naturalidad en cartas y charlas innumerables citas implícitas y explícitas que convierten los varios miles de páginas de sus obras completas en una auténtica mina enciclopédica de múltiples saberes antiguos y contemporáneos posibles en su tiempo. Segundo, en fe, aunque uno de ellos, Pascal, pasaría a la posteridad como modelo de fe en grado y calidad fuera de lo ordinario. Los sabios pueden llegar a un

conocimiento muy racional y nada mágico de los astros y de la realidad del cosmos, pero sólo en la escuela de Jesucristo aprenderá el hombre verdaderamente inteligente a dominarlos. El era, antes que nada, un discípulo de Jesucristo.

Hay, por supuesto, diferencias muy importantes entre Vicente y sus dos contemporáneos, aunque no deje de tener con ellos afinidades mentales muy curiosas. La diferencia más importante es ésta. Pascal se mueve en el mundo aséptico de las matemáticas, Descartes en el de las ideas claras y abstractas. Unas y otras se dejan manipular sin objeciones. Pero el señor Vicente se mueve entre gentes con pasiones y necesidades, y en situaciones históricas muy complicadas. El mismo es un hombre de temperamento apasionado, pero hace años que ha conseguido sujetar sus pasiones, nos advierte su primer biógrafo, y someterlas a su razón. Aunque sabe muy bien, se lo dice a sus misioneros, que los peores pecados son los de la inteligencia, no por ello renuncia a usarla sistemáticamente y de un modo tan racional como lo haría el mismísimo Descartes. «Dios no nos pide nada que sea contrario a la razón», escribía un mes antes de morir. Enfrentado con la propuesta más importante que le hicieron en su vida de una obra en favor de los pobres como la del Hospital General, de la que se hablará más tarde, y que acabaría por rechazar. el señor Vicente llama a su secretario para que redacte una a una, en dos columnas paralelas, las razones en pro y en contra para que el peso relativo de las dos columnas haga ver a su inteligencia insobornable a través de sus ojos cuál es ante un problema complicado la solución más racional. No se puede evitar al recordar esta escena de la vida de Vicente de Paúl el evocar la sombra de Abelardo, el padre de todos los racionalismos, los buenos y los malos, y su dialéctica implacable del *sic et non*. Pero Abelardo, igual que Descartes, sólo se juega en el juego dialéctico la claridad de las ideas; Vicente se juega la vida y dignidad de miles de seres humanos.

Lejos de anularlas, la fe del señor Vicente dará a las conclusiones de su clara razón una dimensión que la razón misma no les puede dar. Para hacerse místico Pascal tuvo que llegar antes a considerar como pasatiempos intrascendentes las sorprendentes investigaciones geométricas y matemáticas de su temprana juventud, y dejarlas de lado. Para hacerse filósofo Descartes tuvo que poner entre paréntesis lo que creía por la fe. No así el señor Vicente: «Esta es mi experiencia, esta es mi fe», solía decir para convencer a los demás de la solidez de sus ideas y de su comportamiento. Su visión de hombre de fe no sólo no anulaba sino que daba una definitiva profundidad a lo que la experiencia había enseñado a su espíritu curioso e inquieto.

(1655)

De una carta de 1655 del señor Vicente, sacerdote de 75 años, a un corresponsal desconocido: «Ya no valgo más que para reparar el tiempo perdido, y para prepararme a comparecer ante el juicio de Dios». Tal vez sea buena idea dedicar algo de tiempo a prepararse a comparecer ante el juicio de Dios. Pero ¿cómo se repara el tiempo perdido? Está ya irremediabilmente perdido. ¿Es sensato intentar ni siquiera evocarlo en el recuerdo? El tiempo perdido es, por definición, el tiempo de la frivolidad. También el señor Vicente tuvo sus dudosos años jóvenes y frívolos.

Pero ¿para qué quiere recordar y aún menos tratar de reparar el tiempo que perdió? Que los muertos entierren a sus muertos. Déjese esa labor a novelistas decadentes y morbosos como Proust.

La verdad es que ni el recuerdo de los fantasmas del pasado, ni el posible temor, que en el fondo de su alma no sentía, al tremendo juicio de Dios hicieron que este creyente perdiera en su ancianidad el tiempo que él creía, con razón, haber perdido a manos llenas en su juventud. Pero como se pasó parte del año con «un dolor en las piernas que me obliga a tenerlas todo el día apoyadas en una silla, y casi tan altas como la cabeza», y aunque seguía, a pesar de la postura incómoda y de los dolores, dictando sus cartas, rezando su breviario, leyendo sus libros, y hablando con su gente, por los intersticios abiertos por la parcial ociosidad posiblemente se colaron en su recuerdo a lo largo de 1655 algunos fantasmas del pasado y algunos temores del futuro.

(25 de enero)

El año había comenzado con la acostumbrada acción de gracias a Dios en una charla que tuvo con sus misioneros en el 38 aniversario del sermón que había tenido en Folleville en 1617, y que él solía calificar como «el primer sermón de la Misión». De ninguna manera estaba intentando en la charla reparar el tiempo perdido. Fueron precisamente Folleville y 1617 el lugar y la fecha en que Vicente empezó a usar con sensatez el tiempo que Dios le daba. Estaba interpretando el tiempo pasado desde Folleville. No había fundado nada entonces. Pero su Congregación de la Misión, fundada ocho años más tarde, debía encarnar lo mejor de su alma nacida en Folleville, de manera que aquel sermón, que señala para él mismo el comienzo del tiempo no perdido, este anciano de 74 años lo ve ahora, mirando hacia atrás con acción de gracias, como el momento del origen de su congregación. Todo esto era sin duda «obra de Dios, pues donde no tienen parte alguna los hombres es Dios el que lo obra; El se sirve de los hombres para ejecutar sus obras. Nadie sabía lo que eran las misiones; tampoco yo pensaba en ellas ni sabía lo que eran». Dios sí pensaba, y también pensaba en «encargarnos de los ordenandos», y en servirse «de la congregación para ir a buscar hasta el fondo de Berbería a esos pobres cristianos esclavos», y en «utilizarnos en tantos otros lugares». De manera que Folleville y 1617 marcan el punto exacto de división entre los 37 años de tiempo dilapidado y perdido y los otros 37 dedicados hasta ahora a la reparación. El señor Vicente no lo sabe ni piensa en ello, y si pensara no lo admitiría, pero los 37 años últimos han reparado con creces lo perdido y dilapidado en los primeros. No tiene por qué temer el juicio de Dios. De todos modos el 25 de enero no es fecha para el temor, sino «para dar gracias a Dios por la fundación de la Misión, pedirle perdón por las faltas y pedirle gracia para realizar cada vez mejor sus trabajos».

¿Trabajo, una vez más? ¿No exagera un poco la nota el señor Vicente? Su afición al trabajo, y si no afición por lo menos su dedicación, empieza a tener el aspecto de una manía un poco obsesiva. Ahora que la enfermedad le obliga a frenar su

actividad ¿por qué no se dedica a hacer actos de amor de Dios, de complacencia en El, y se va preparando así para llegar a su presencia?

...Muchas veces los actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia, son muy sospechosos cuando no se llega a la práctica del amor efectivo... Lo que algunas personas toman como contemplación, arrebatos, éxtasis, no son más que humo. La acción buena y perfecta es lo que manifiesta de verdad el amor que tenemos a Dios... Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios; pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente... Hay quienes se gozan en dulces coloquios con Dios en la oración, hablan casi como los ángeles. Pero luego, si hay que trabajar por Dios, sufrir, mortificarse, instruir a los pobres, ay, les fallan los ánimos...

«Les fallan los ánimos». El señor Vicente se da cuenta de que su congregación, nacida para dar misiones a los campesinos, se ha visto envuelta a lo largo de los años en una maraña de obras que pueden ahogar por variedad y exceso de trabajo a una «compañía que acaba de nacer, que aún está en la cuna», lo dice él mismo hablando a sus hermanos. De modo que parecería hasta sensato objetarle al señor Vicente que aquello era, además de excesivo, hasta peligroso para la supervivencia de la idea original que había dado origen a su congregación. Pero Vicente podía tolerar en sus hombres cualquier debilidad, pero no que les fallaran los ánimos, o les faltara el coraje. Si esto sucediera, su trabajo de 37 años no iría mucho más allá de la fecha de su muerte, con lo que la sombra estéril del tiempo perdido se extendería hasta su misma tumba. ¿Cómo podía el señor Vicente resignarse a ello, cómo podría afrontar, si eso sucediera a su obra, el juicio de Dios? Era Dios mismo quien había puesto esa obra en sus manos, y tenía que responder ante El de su supervivencia.

(14 de julio)

...Pues qué, dirá un misionero flojo, ¿para qué tantas misiones? Ir a las Indias, a las Hébridas. Es demasiado. A las cárceles, a los niños abandonados, al Nombre de Jesús. Todo esto es emprender demasiadas cosas; habría que dejarlo. La verdad es que cuando muera el padre Vicente habrá que cambiar las cosas, habrá que dejar todas esas ocupaciones por no poder atenderlas... De forma, padres, que habrá que decir: adiós, misiones; adiós. Indias; adiós, Hébridas; adiós, cárceles, Nombre de Jesús, niños abandonados, Berbería. Adiós todo esto. ¿Y cuál sería la causa de este mal? Una persona floja, unos misioneros flojos, Ay, padres, ay, hermanos míos... Si estando todavía la compañía en su cuna ha podido tomar tantos trabajos, con cuánta mayor razón tendrá que aceptarlos cuando se encuentre más avanzada en edad y haya adquirido más fuerzas. Si un niño tiene fuerza y coraje bastantes para lograr realizar alguna cosa, con mucha mayor razón la hará cuando sea mayor y tenga 25 ó 30 años. Así tiene que pasar también con la compañía de la Misión. Está bien. Quiera su Divina Majestad darnos la gracia de que nunca caiga sobre la compañía ese mal del que acabo de hablar...

Admitamos, amable lector, aunque lo hagamos con cierta pena, que ese apasionado discurso que acabamos de oír al señor Vicente nos ha resultado un poco desconcertante, por no decir decepcionante. Admirábamos, y admiramos aún a nuestro hombre, para qué lo vamos a disimular, como a un héroe de verdad, un héroe de los de antaño, de los que se jugaban la vida propia en causas ajenas sin pensárselo dos veces, religión, rey, patria, dama de ensueños. Pero del discurso que acabamos de oír parece resultar que este hombre, que años antes pedía a Dios que destruyera su congregación si no iba a ser fiel a lo que esperaba de ella, ahora, a los 75 años, parece temblar ante la sola idea de que la obra de su vida perezca después de su muerte a manos de gente floja y sin coraje.

¿Y qué importaría si sucediera eso, señor Vicente? Sería algo así como si al caballero se le muere, a la vez que muere él, el caballo. Si, una vez llevada a cabo con éxito la defensa de la causa, la muerte del héroe importa poco, aunque produzca lástima, ¿qué puede importar la muerte del caballo? Resulta un poco decepcionante que, cerca ya de su muerte, el señor Vicente parezca estar un poco demasiado preocupado por la supervivencia de su congregación. ¿Dónde está lo que es mucho más importante, la preocupación por la causa?

(14 de julio)

A los diez días de la charla anterior el señor Vicente volvió a hablar a sus hombres. No dejó ahora ninguna duda sobre cuál había sido la verdadera causa de su vida. También dejó muy claro que lo que le importaba de verdad no era ni la vida propia ni la supervivencia de ninguna de sus fundaciones. Todo el mundo pudo comprender a través de la vehemencia de su palabra que lo único que de verdad había importado desde hacía 37 años a aquel anciano enfermo era la causa de los pobres.

...Renuevo la recomendación que hice, y que nunca se hará bastante, de rezar por la paz... Hay guerra por todos los reinos católicos; guerra en Francia, en España, en Italia, en Alemania, en Suecia, en Polonia, atacada en tres frentes, en Irlanda, incluso en las montañas y en lugares casi inhabitables. Escocia no está mucho mejor; en cuanto a Inglaterra, ya sabéis su triste situación. Guerra por todas partes, miseria en todas partes... ¡Oh, Salvador!, ¡oh, Salvador! Si por cuatro meses que hemos tenido la guerra encima ha habido tanta miseria en el corazón mismo de Francia, ¿qué harán esas pobres gentes de la frontera que llevan sufriendo desde hace veinte años? Sí, hace veinte años que están sufriendo la guerra. Si siembran, no están seguros de que podrán cosechar; vienen los ejércitos, lo saquean y lo roban todo. Lo que no han robado los soldados, lo cogen y se lo llevan los alguaciles. Después de esto, ¿qué pueden hacer? No les queda más que morir. Si existe una religión verdadera... ¿Qué he dicho, miserable de mí, si existe una religión verdadera? Dios me perdone...

Dios te perdona sin duda. Vicente de Paúl, Dios te perdona. ¿Cómo no le va a perdonar quien supo comprender y perdonar el aún más desgarrador 'por qué me has abandonado'? Discípulo de Jesucristo hasta la muerte; y hasta la duda final que

precede a la muerte. Dios perdona y comprende; comprenda al menos, ya que no es quién para perdonar, el amable lector.

Comprenda y considere. Este hombre, este creyente, lleva 37 años tratando de vivir limpiamente de la fe, tratando de vivir la religión pura e intachable ante Dios Padre, que consiste en asistir a los huérfanos y a las viudas en sus sufrimientos y mantenerse no manchado por el mundo. Como todo creyente, cree en Dios a quien no ve, en Jesucristo, a quien tampoco ve. Sus padres, sus familiares, el entorno social en que nació y creció fueron los mediadores de su fe infantil y de su fe juvenil. Pero desde que Dios, en su inescrutable misericordia, le descubrió en Folleville el abandono espiritual y en Chatillon el abandono material de los pobres de este mundo, la fe de Vicente dejó de basarse en la carne y la sangre para encontrar su único punto de apoyo en la imagen más auténtica de Jesucristo que se puede encontrar en la tierra: no el lienzo de Turín, sino el rostro doloroso del niño abandonado, del campesino explotado, del esclavo, del galeote condenado.

Pero han pasado ya 37 años desde que empezó a dedicar su vida en seguimiento de Cristo a la causa de la redención de los pobres. Lo ha hecho con toda generosidad, ha movilizado a cientos de personas para la misma causa. Han pasado ya 37 años y los pobres, lejos de disminuir, son más numerosos que antes, su pobreza y sus sufrimientos mayores también que antes. «No les queda más que morir...». ¿Quién se atrevería a reprocharle que se pregunte a sí mismo si hay una verdadera religión? Su fe se ha basado desde los 37 años en la esperanza de la redención de los pobres. Hace 37 años que el señor Vicente aprendió a buscar a Dios a tientas en la imagen rota que se encuentra en los rostros de los pobres de Jesucristo. Si la imagen, ya desfigurada, se desfigura aún más hasta hacerse irreconocible, y esto a pesar de los constantes y dolorosos esfuerzos por recomponerla, ¿dónde podrá encontrar ahora el señor Vicente al Dios de Jesucristo? Se ha quedado sin lugar donde encontrarlo en esta tierra. «Si hay una religión verdadera...».

...Es entre ellos, entre esa pobre gente, donde se conserva la verdadera religión, la fe viva. Crean sencillamente, sin hurgar; paciencia en las miserias que hay que sufrir mientras Dios quiera, unos por las guerras, otros por trabajar todo el día bajo el ardor del sol. Pobres campesinos que nos dan su trabajo, que esperan que recemos por ellos mientras que ellos se fatigan por alimentarnos... Vivimos del patrimonio de Jesucristo, del sudor de los pobres. Al ir a comer deberíamos pensar: ¿he ganado el pan que voy a tomar? Yo pienso en esto con frecuencia: Infeliz ¿te has ganado el pan que vas a comer, ese pan que viene del trabajo de los pobres?... Los pobres nos alimentan; al menos recemos por ellos, recemos por sus necesidades, ya que no ganamos el pan como ellos... Somos los culpables de que ellos sufran por su ignorancia y sus pecados; nuestra es la culpa de que ellos sufran si no sacrificamos nuestra vida por ayudarles...

También en este año de 1655 a Luisa de Marillac le asaltaron dudas sobre el futuro de la compañía de muchachas que dirigía desde la fundación. Más o menos por los

días en que Vicente hablaba a sus misioneros en los tonos dramáticos que acabamos de ver sobre su propia congregación, le escribía Luisa una breve carta en la que le dice que su «corazón está hondamente entristecido con el pensamiento de que la compañía está muy cerca de su decadencia». No era la primera vez que hablaba en ese tono de su cofradía de jóvenes, ni iba a ser la última. El mismo día y en el revés de la misma carta le contesta el señor Vicente que «hay que aceptar la providencia de Dios sobre sus jóvenes. Ofrézcaselas a El y quédese en paz. También el Hijo de Dios vio a su compañía dispersa, y casi siempre disipada. Una su voluntad a la de El». Ella solía atribuirse a sí misma, a sus pecados y a su incapacidad, las deficiencias que observaba en sus jóvenes, y que más de una vez le hacían dudar de si tendría un futuro cierto y sólido aquel experimento nuevo y arriesgado que había comenzado hacía 22 años.

No se contentó el señor Vicente con la breve nota para calmar a Luisa y darle seguridad. En un consejo de gobierno tenido por aquellos días se creyó obligado a alabarle, contra su costumbre y norma de no alabar a nadie en su presencia, en presencia de las otras hermanas presentes en el consejo. Lo hizo largo y tendido y en tonos altamente laudatorios. Y terminó diciendo: «No conozco ninguna casa religiosa en París que esté tan bien como la vuestra. Y esto, después de a Dios, se lo debéis al buen gobierno de ella». Oído lo cual, Luisa de Marillac, disimulando malamente un más que probable sonrojo, se atrevió a protestar con mansedumbre: «Padre, usted sabe muy bien, y también lo saben todas las hermanas, que si he hecho algo bueno ha sido por haber seguido sus órdenes».

Lo cual, aunque no era exacto del todo, pues no todo lo bueno que Luisa había hecho hasta entonces por la cofradía de las hijas de la caridad dependía del señor Vicente, no dejaba de ser verdad en algún sentido y de una manera general. A Luisa le parecía, y por eso lo decía con total sinceridad, que efectivamente todo dependía del señor Vicente, de cuyas órdenes e ideas no se veía a sí misma más que como ejecutora. Pero hay que decir, sin querer ni insinuar por ello que Luisa se engañara a sí misma o que dijera lo que no sentía, que no sólo no fue una mera ejecutora de las órdenes e ideas del señor Vicente, sino que de algunos aspectos muy fundamentales de lo que resultó ser la compañía de las hijas de la caridad fue ella la responsable, y no el señor Vicente. A veces lo fue ante la oposición, o por lo menos la inhibición, del señor Vicente. Lo fue, por ejemplo, como se vio arriba, en la idea misma de la fundación, idea que fue originalmente suya, y que al señor Vicente le costó comprender y aceptar. Lo fue también en otro aspecto que resultó ser fundamental en aquellos años de consolidación de aquel experimento y para su historia posterior hasta hoy mismo.

Se recordará que, en una ausencia temporal de su tío el arzobispo titular, el futuro cardenal de Metz su sobrino había dado reconocimiento jurídico diocesano en 1646 a la «cofradía de la Caridad de sirvientes de los pobres enfermos». Una cofradía tal no podía funcionar ni existir legalmente en la diócesis de París más que si permanecía «perpetuamente bajo la autoridad y dependencia del arzobispo y de sus sucesores». Y eso era así aunque en la práctica se confiaba y encargaba «el gobierno y dirección de esta sociedad y cofradía, mientras Dios quiera conservar su

vida, a nuestro querido y apreciado Vicente de Paúl». El señor Vicente, en otras palabras, mandaba de hecho sobre la cofradía de las hijas de la caridad, pero no con autoridad propia, sino con autoridad delegada del arzobispo. El verdadero superior en cada momento era quien fuera arzobispo de París. Y eso sería así «perpetuamente». A Vicente, que sabía derecho canónico, esta situación le debió de parecer la normal desde el primer momento, pues correspondía de lleno con lo que el derecho determinaba acerca de las cofradías de personas laicas o seglares, como lo eran las hijas de la caridad.

Luisa no se planteó en ningún momento, y si lo hizo no se preocupó por ello, si lo aprobado por el joven Gondy correspondía o no a lo que determinaba el derecho de la iglesia. Pero no le gustó nada la situación resultante en cuanto se refería a sus jóvenes. Ella vio con claridad desde el primer instante que la dependencia del arzobispo de París, o bien limitaría la expansión a los límites de la diócesis de París, o bien crearía un fraccionamiento de la cofradía al extenderse a otras diócesis y quedar por ello sometida a las varias autoridades de los obispos correspondientes. Era obvio que ningún «prelado querrá recibirlas bajo esa condición» de permanecer sometidas a la autoridad del arzobispo de París. Acudió a la misma reina, Ana de Austria, bien por sí misma o por intermediarios, tal vez alguna dama importante, para que solicitara del papa, cosa que la reina hizo parece que en 1647, el que se nombrara «como director perpetuo de dicha cofradía o sociedad de sirvientes de los pobres de la Caridad al superior general de la Congregación de la Misión y a sus sucesores». Con la añadidura `sus sucesores' se quería excluir el que las pudiera gobernar, según establecía la aprobación, algún otro «eclesiástico al que el señor arzobispo haya designado» diferente del señor Vicente o de quienes le sucedieran como superiores generales.

Pero había otro aspecto aún más importante, que era el que preocupaba de verdad a Luisa. «Puede usted estar seguro -escribe a Vicente en 1646, a los pocos días de la primera aprobación dada por el obispo coadjutor- de que cuando suceda eso (que la cofradía dependa de otra autoridad diferente de la de Vicente o sus sucesores) esta compañía dejará de ser lo que es, y dejará de socorrer a los pobres enfermos». Si eso llegare a suceder, y a Luisa le parece inevitable si se coloca a la cofradía bajo cualquier otra autoridad, «no se cumplirá la voluntad de Dios entre nosotras». Esta era la razón definitiva, esto lo veía ella con toda claridad. Pero la situación creada por la aprobación del joven Gondy dada en 1646 parecía no tener remedio por mucho que a ella le desagradara.

La suerte ¿o fue la providencia? se puso de parte de esta mujer fuerte y clarividente. Los documentos de aprobación firmados por el obispo debían ser registrados por el parlamento para que la cofradía gozara de personalidad jurídica en el ámbito civil. Pero se perdieron en el camino, nadie sabe ni dónde ni cómo. Aunque la cosa no es segura, hay suficientes indicios para sospechar que Luisa tuvo algo que ver con el extravío de los papeles.

De modo que hubo que acudir de nuevo a la autoridad diocesana, que ahora en 1655 era ya de pleno derecho el joven Gondy, huésped a la sazón en la casa de la

Misión en Roma. Quien firmó, hay que suponer que con gusto y sin ninguna dificultad, una segunda y definitiva aprobación en la que se confiaba «a nuestro querido y estimado Vicente de Paúl el gobierno y la dirección de dicha sociedad y cofradía, mientras él viva, y después de su muerte a sus sucesores en el cargo de superiores generales de dicha Congregación de la Misión». Con lo cual se conseguía lo que parecía imposible y que Luisa había perseguido con admirable constancia y clarividencia desde hacía nueve años. Esta aprobación vuelve a declarar que la cofradía permanecerá bajo la autoridad del arzobispo de París. Pero esta declaración no ha impedido, aunque sí ha creado alguna dificultad en la historia posterior de la compañía de las hijas de la caridad, el que ésta se constituyese en lo que se ha calificado justamente como «una institución singular»: una sociedad o cofradía de mujeres solteras o viudas exentas de la autoridad eclesiástica local y dependiente de los sucesores del señor Vicente. La idea y la consolidación de lo singular de esta institución hay que atribuírselo a Luisa de Marillac.

Pocos meses después de conseguir esta segunda aprobación pareció al señor Vicente una buena idea el convocar a las hermanas que trabajaban en París para tener una especie de solemne «acto de fundación» de la compañía sobre la base del reconocimiento dado por Gondy. Asistieron cuarenta de ellas. Firmaron todas las que sabían hacerlo, que eran exactamente treinta. Había además en la compañía en la fecha, agosto de 1655, otro centenar de hermanas repartidas por diversos puntos de Francia y en Polonia. El señor Vicente ruega a Luisa de Marillac «que continúe en el cargo de superiora y directora de dicha cofradía mientras viva, tal como lo ha hecho con gran bendición desde que se fundó la cofradía hasta el presente». A punto estuvo de no durar Luisa en su cargo más que diez meses, que es lo que estuvo a punto de durar su vida después de este acto de fundación. En mayo de 1656 dio a todo el mundo un susto grandísimo, pues casi se muere. «Creíamos que íbamos a perderla», escribe Vicente a una hija de la caridad del hospital de Nantes. «Ha estado muy enferma y todavía no se encuentra totalmente fuera de peligro». Pero no se murió entonces, y aún duró los casi cuatro años que fueron suficientes para dar a su cofradía los últimos toques en la solidez de espíritu y de estructura con la que ha llegado hasta hoy mismo.

(1656-1657)

No andaba por esas fechas mucho mejor de salud o de fuerzas el mismo señor Vicente. Pero sí le quedaban las fuerzas suficientes para seguir llevando con regularidad su densa agenda de trabajo, y también para preocuparse por la salud de los demás. En noviembre de 1656 encomienda a las oraciones de su comunidad de misioneros a varias hijas de la caridad enfermas, en particular a una «muy buena sierva de Dios», probablemente Luisa de Marillac, «con la que perdería mucho esa humilde compañía si llegara a morir». Su propia edad, su propia fragilidad y la ajena le sugieren pensamientos de caducidad que no puede evitar expresar en público delante de sus hombres: «¿Qué es nuestra vida, que pasa tan aprisa? Yo ya he cumplido 76 años, pero todo ese tiempo me parece ahora como si hubiera sido un sueño».

Pero tenía que permanecer aún, mientras no se muriera, despierto y vigilante. Nueve días después de expresarse como acabamos de ver, el rey Luis XIV le encomendaba su participación en la obra más complicada y de mayor envergadura de entre todas las que habían pasado por sus manos en cuarenta años de trabajos por los pobres. «Os pido -dice a sus misioneros- que roguéis mucho a Nuestro Señor para que nos manifieste su voluntad sobre este asunto».

El éxito inicial del asilo del Nombre de Jesús había dado a las damas de la caridad la idea de hacer un proyecto parecido pero en una escala mucho mayor. Consiguieron de la reina la cesión de dos edificios abandonados, una antigua fábrica de pólvora y el castillo de Bicetre, donde había tenido Luisa a sus niños por algún tiempo, y se pusieron con entusiasmo a acondicionarlos. Pero pronto les vino una orden para que suspendieran las obras, orden que Vicente sospechaba pudiera venir de la misma corte, y ciertamente se debía a las presiones de nobles y personas importantes que tenían desde hacía tiempo el proyecto de construir un gran Hospital General «siguiendo el ejemplo del Hospital de Lyon». Y aunque Vicente aconsejó de inmediato a las damas que obedecieran la orden de suspensión de obras, nada menos que la duquesa de Aiguillon le escribió diciéndole que lo harían si él mismo se lo indicaba, pero que se temían que el proyecto no seguiría adelante si se ponía en manos de la autoridad pública y se lo sustraía a la dirección del señor Vicente. Pero este último aspecto dejaba de ser objeción desde el momento en que el rey ponía la orientación y dirección espiritual del proyecto en sus manos.

En múltiples casos le había bastado al señor Vicente el que una orden, e incluso una mera sugerencia, procediera de una alta autoridad civil o eclesiástica para que viera en ello una señal inequívoca de la voluntad de Dios y se sintiera obligado a ejecutarla. Sólo ponía objeciones cuando la orden o sugerencia parecía contradecir o estar al margen de su dedicación a los pobres que Dios mismo le había señalado como la vocación de su vida. ¿A qué venía, pues, recomendar a sus misioneros que rezaran para que Dios le manifestara su voluntad en este asunto? ¿No le bastaba que viniera la orden del rey, y que la obra fuera tan netamente una obra en favor de los pobres? No sólo no le bastó ni una razón ni la otra, sino que acabó por no aceptar la orden regia.

A los dos edificios que habían comenzado a reparar a sus expensas las damas la autoridad pública añadió un tercero, el hospital de la Pitié. Los tres, y luego otros dos más, formarían «el conjunto del Hospital General» que, dice el documento oficial de proyecto de fundación en 1657, había sido «tan esperado y deseado por la población de París, juzgado tan difícil y moralmente imposible». El hospital de la Pitié había sido abierto como el primer ensayo de Hospital General en 1612, pero fracasó desde su mismo comienzo. El fracaso de esa primera experiencia había creado entre las gentes bien de París la convicción de que lo que parecía ser posible en Lyon y en otros lugares no había manera de llevarlo a cabo en la capital del reino. Pero ahora, cuarenta y cinco años más tarde. París contaba con dos grupos altamente entrenados en la organización y financiación de importantes empresas caritativas como lo eran las damas de la caridad del Hotel-Dieu y la compañía del Santísimo Sacramento. Contaba, además y sobre todo, con un hombre como

Vicente de Paúl, fundador del primer grupo y miembro activo del segundo, que había probado ser capaz de llevar adelante cualquier tipo de organización por complicada que fuera.

«El fin de la obra» no podía ser más benéfico y humanitario: «suprimir la mendicidad y la ociosidad, e impedir todos los desórdenes que provienen de ellas; establecer manufacturas; orientar a los pobres en el temor de Dios y en una vida más ordenada; hacer buenos artesanos, buenos ciudadanos y buenos cristianos». No hay que dejarse engañar por las piadosas intenciones que expresa el documento. La idea del Hospital General tenía en diversos países de Europa ya casi un siglo de historia, y había nacido por la necesidad de resolver de alguna manera el pavoroso problema de orden social creado por la inmigración masiva a las ciudades de soldados mutilados, campesinos desposeídos y expulsados de sus tierras y vagabundos de todo tipo. Los alrededor de 40.000 mendigos y ociosos que pululaban por las calles de París afeaban con sus andrajos el brillante escaparate de la Ciudad-Luz, pero sobre todo creaban un terrible problema de orden público y de seguridad ciudadana para la gente bien. A pesar del lenguaje piadoso, el documento de fundación del Hospital General de París ni se engaña ni nos engaña. Admite paladinamente que «aunque no fuese motivada por la caridad sería necesario establecer esta obra por motivos policiales». De hecho era este segundo aspecto el que primaba en el proyecto de todos los hospitales generales creados hasta entonces. El ingreso en el hospital no era libre, sino forzado. Entre los gastos previstos en el presupuesto para el gran proyecto se encuentra el pago de «arqueros y oficiales de policía para la búsqueda de los pobres, captura de mendigos, conducción a las prisiones y reclusión en el hospital, guarda de las puertas de la ciudad para evitar que los pobres escapasen a los pueblos próximos, y para sofocar las rebeliones de los pobres, vagabundos, soldados y personas maleantes».

Con razón la historia posterior ha calificado esta terrible experiencia de solución falsa de la pobreza generalizada como 'el gran encerramiento de los pobres'. A los pobres encerrados se les daba de comer, de vestir y también un lugar donde dormir bajo techo. Se obligaba también, a los que podían hacerlo, a contribuir con un trabajo artesanal o de obras públicas mal pagado que tenía todo el aspecto de ser lo que hoy calificaríamos como trabajo forzado. En suma, una auténtica prisión para pagar el crimen de ser pobre y ocioso, evitar sumariamente el desorden social en la calle y de paso hacer de pobres improductivos algo útil para la buena sociedad de gente bien. La solución parecía ser brillante y eficaz desde el punto de vista de esta gente, y por eso los poderes establecidos extendieron la fórmula rápidamente por toda Europa. Pero al señor Vicente, aunque el proyecto parecía poder conseguir en gran escala lo que él había conseguido en pequeña escala con el asilo del Nombre de Jesús, la fórmula del Hospital General no le pareció ni brillante ni eficaz, y sí muy poco humana y aún menos cristiana. Para obras de este estilo no podía estar disponible, aunque lo ordenara el rey.

A Luisa de Marillac, interesada sin duda tanto como el gobierno en intentar resolver el problema de la pobreza callejera que ella conocía de primera mano, no

se le escapaban tampoco las diferencias radicales de planteamiento entre una obra como la del Nombre de Jesús, a la que ella había contribuido desde el primer momento, y un proyecto como el del Hospital General: «Si la obra se considera como asunto político -escribe- parece conveniente que la emprendan los hombres. Pero pueden muy bien emprenderla las damas si se considera un asunto de caridad».

No se muestra amiga de que colabore en la obra la compañía del Santísimo Sacramento, por el carácter secretista de sus actuaciones, y sin duda además porque la dicha compañía, como ha hecho ver el historiador Henry Kamen urbana ante todo como un problema de orden social, y se mostraba también inclinada a resolverlo mediante el método expeditivo de encerrar por la fuerza a los pobres.

De manera que el señor Vicente, que había apoyado la obra mientras estaba en manos de las damas y dependía de la orientación que él mismo era muy capaz de darle, se asustó cuando a manos de la autoridad pública el proyecto recibió la orientación de encerramiento forzado que a él no podía gustarle en manera alguna. Convocó a los hombres de su comunidad para pedirles su opinión. «Todos, de común acuerdo, hemos pensado que nuestra compañía no puede aceptar esta obra». La razón que da para no aceptarla, «los muchos trabajos que tiene» la compañía, no podía ser la razón definitiva, sino sólo una excusa, pues el señor Vicente era muy capaz de sacar gente de las piedras cuando la causa lo merecía. Pero él y sus hombres vieron claro: la obra del Hospital General, que a primera vista parecía suponer la culminación de lo que él mismo había estado intentado hacer durante cuarenta años, era en realidad la negación más insidiosa de su obra y de su misma alma.

También los pobres lo vieron así. Uno de ellos, creyendo que era el señor Vicente el responsable del encerramiento -que, por cierto, tuvo un éxito inicial muy limitado, pues todo el que pudo se escapó de París o se ocultó a las pesquisas de arqueros y policías- le reprochó en plena calle el tener «la culpa de que se encierre a los pobres en el Gran Hospital». Los pobres le conocían bien, y no podían comprender cómo el señor Vicente se podía haber prestado a hacer el juego a las autoridades en aquel asunto. Ningún pobre le había reprochado, todo lo contrario, que hubiera abierto para ellos el asilo del Nombre de Jesús. Pobres y Vicente estaban totalmente de acuerdo: no se puede resolver el problema planteado por la pobreza por el simple expediente de retirar de la circulación a los pobres por la fuerza.

Pero ésa fue precisamente la política que emprendieron todos los estados cristianos, católicos y protestantes por igual, a partir del siglo XVI. Con ello se intentaba resolver malamente un problema creado por las muchas guerras y por el paso de una estructura social y económica feudal a otra de tipo burgués-capitalista. Esta necesitaba para su funcionamiento una reserva de mano de obra abundante y barata. Para ello había primero que desarraigar a siervos, colonos y pequeños agricultores independientes y obligarles a emigrar a los centros urbanos. Esto se consiguió a través de las destrucciones provocadas en el mundo rural por las guerras, y por la simple expulsión de los campesinos fuera de sus tierras. Pero una vez creado

el problema no se pensó ya en aplicarle como intento de solución algo que había sido inventado mucho antes y se había aplicado con bastante éxito durante los siglos medievales, la caridad cristiana, o sea, el verdadero amor al necesitado. Había que ser consecuente, y se era: se intentó resolver el problema de una manera fría y racional, con el menor gasto social y económico posible, y, por supuesto, sin ningún aprecio, no ya amor, por el pobre. Lo más barato, ya que no se les podía matar fríamente, era encerrar a los pobres en inhóspitos edificios públicos, extrayendo de paso de ellos la utilidad productiva que se pudiera, darles de comer, y esperar a que se murieran por su propio pie. Lyon, la primera ciudad industrial de Europa, había inventado el sistema y parecía dar buenos resultados. Se conseguía a la vez progreso económico y orden social. ¿Qué más se podía pedir?

También al señor Vicente le interesaban de verdad el progreso económico y el orden social. ¿Por qué no le gustaba el sistema? Este olvidaba algo que para el señor Vicente era fundamental. El solía decir, y lo decía con total convicción que «los pobres son nuestros amos y señores». Creía además que el pobre más infeliz era tan imagen de Jesucristo, o tal vez más, que el mismo rey. A la imagen de Jesucristo no se la encierra a la fuerza, sino que se le sirve. Esta visión mística del pobre era sin duda plenamente medieval, por no decir evangélica, y había funcionado en Europa con eficacia demostrada a lo largo de muchos siglos. La misión histórica del señor Vicente fue demostrar que seguía siendo igualmente válida para los tiempos nuevos. Vicente de Paúl añadió a la caridad tradicional una técnica de orden y administración racional de los recursos, técnica exigida por el carácter masivo de la pobreza y muy acorde con el espíritu de los nuevos tiempos, tiempos de razón.

Pero pudieron más éstos con su carácter de fría racionalidad, su interés por resultados económico-sociales tangibles y visibles, su desprecio por la dignidad del pobre, y acabaron prevaleciendo sobre la visión del señor Vicente no ya en Europa sino en todo el mundo, hasta hoy mismo. De manera que la visión de Vicente de Paúl resultó ser una visión históricamente frustrada, derrotada por las fuerzas que han prevalecido en la historia posterior. ¿Qué han logrado producir éstas, además del enriquecimiento de los responsables del gran encerramiento de los pobres? Algo que sin duda se hubiera evitado en buena parte si la historia posterior hubiera hecho caso de la visión de Vicente de Paúl: que el número de pobres sea hoy infinitamente más grande que en su tiempo.

La razón dada al rey para no aceptar la obra del Hospital General no era después de todo simplemente un mero pretexto inventado por el señor Vicente, pues precisamente el año de 1657 su congregación fue castigada por numerosas e importantes bajas. «Dios se complace -escribía en setiembre- en probar a nuestra pequeña compañía de diversas maneras». Entre otras, de estas maneras: al menos siete de sus hombres murieron ese año en Génova trabajando entre las víctimas de la peste; uno murió camino de Madagascar, y dos más al llegar a la isla; los misioneros de Polonia «lo han perdido todo» en Varsovia ante los invasores suecos, y tuvieron que dispersarse; en Escocia e islas adyacentes sólo quedó uno, después de que muriera

otro ese mismo año; las vicisitudes de sus misioneros en Túnez y Argel, entre ellas el encarcelamiento de uno de ellos que era cónsul, estuvieron a punto de decidirle a abandonar el trabajo entre los esclavos. A todo eso había que añadir, lo sabemos por la información que nos da él mismo en su correspondencia, la muerte de varios misioneros en Francia y numerosas noticias de mala salud entre sus hombres, en particular del que iba a ser su sucesor después de su muerte tres años más tarde, Renato Almeras, a quien se llegó a dar por muerto.

Vicente aceptaba todos estos infortunios con resignación ante lo que él veía ante todo como voluntad de Dios. «Como El es dueño de vivos y muertos puede disponer de nuestros hombres como quiera». Pero la resignación no excluía un cierto sentimiento de queja y desconcierto ante la extraña manera de expresarse la voluntad de Dios. Se lo podía permitir decírselo a Dios mismo como quien tiene con El una larga y fácil familiaridad: «¿Es ésa, Señor, la recompensa con que pagas a tus servidores?». Lo decía en público, ante sus misioneros reunidos en oración en San Lázaro, al informarles de los sufrimientos a manos de los cirujanos de uno de sus hombres que había enfermado de la peste no una sino dos veces, y que al quedar con «algunas costillas cariadas tuvieron que aplicarles fuego». Sólo un pensamiento da consuelo a su alma entre tanto desastre y sufrimiento: que la muerte prematura de sus hombres sea semilla de nuevos misioneros que «lleven adelante su obra», es decir, la obra de Dios.

(1658)

Malos fueron estos años para el señor Vicente también en cuestión de finanzas. Excluido desde el comienzo mismo que los hombres de su congregación cobraran nada a nadie por ninguno de sus trabajos, no le quedaba más solución para garantizar la supervivencia de sus hombres y de sus obras que el asegurar la percepción regular de algún tipo de rentas o productos provenientes de negocios industriales, comerciales o de tierras. De todo ello hubo entre sus fuentes de financiación, aunque predominó con mucho la percepción de productos y de rentas de la tierra. Tal vez influyó en que así fuera su origen campesino. Pero más probablemente influyó en ello su alta capacidad natural para asuntos de negocios. La tierra era sólida y segura, y se encareció, ella misma y sus productos, año tras año a lo largo de su vida, mientras que las rentas en metálico de diversos negocios que tuvo entre manos se las comía progresivamente la erosión del valor de la moneda. Por observación personal puede hacer la advertencia de que los precios en su tiempo se duplicaban cada cincuenta años, observación que aunque se queda un poco corta, ha venido a ser confirmada por estudios recientes sobre la economía de aquel tiempo. No se le podían escapar a este hombre, aunque fuera muy espiritual, aspectos materiales de tanto bulto. Pero es que el ser muy espiritual no le impedía en absoluto ser muy cuidadoso en asuntos económicos de detalle. A uno de sus hombres destacado en Picardía para distribuir los auxilios de guerra le pregunta «en qué ciudad se hacen o se venden ciertas colchas de hilo y de lana como las que antes se distribuyeron entre los enfermos y pobres, que costaban baratas, y cuánto cuestan ahora».

Su correspondencia de estos años está literalmente llena de la preocupación por los aspectos económicos de la vida y de las obras de sus hombres. No consideraba este hombre tan espiritual que una tal preocupación fuera indigna de un hombre espiritual o que pusiera trabas a su seguimiento de Cristo. A uno de sus hombres, nombrado por él mismo superior de uno de los seminarios regidos por su congregación, le advierte: «Ya ve, padre, cómo de las cosas de Dios de que estábamos hablando he de pasar a los negocios temporales. Y es que el superior debe mirar no sólo por las cosas espirituales sino también por las temporales, y esto para seguir el ejemplo de Dios mismo, que se ocupa en conservar el mundo y hacer que la tierra produzca granos cada año y los árboles nuevos frutos».

Pero aún hay más: el señor Vicente se negó invariablemente a aceptar toda petición, por parte de quien fuera, de obras o fundaciones nuevas para su congregación o para las hijas de la caridad si el peticionario no aseguraba con compromisos firmes y firmados los medios económicos suficientes para que los misioneros o las hermanas pudieran vivir, aunque sobriamente, con decencia, y para que pudieran llevar a cabo sus trabajos propios.

El que la base económica de su propia congregación consistiera fundamentalmente en la posesión de tierras o el derecho a rentas se debía a su decisión original y radical de que sus hombres no percibieran una retribución directa por sus trabajos. Pero de algo tenían que vivir sus hombres, con algo tenían que trabajar. No le quedaba más solución, dadas las estructuras económicas de aquel tiempo, que asegurarse las rentas y los productos de la tierra necesarios para sobrevivir y para trabajar. Sus hijas de la caridad no tenían tierras ni apenas rentas. Pero a partir de la fundación en el hospital de Angers vivían la mayor parte de ellas de su salario de enfermeras, y trabajaban en edificios y con los medios que les proporcionaban las autoridades municipales, o bien los fundadores de la obra correspondiente. Siempre miró el señor Vicente con cierta envidia este sistema de financiación de la cofradía de sus jóvenes campesinas, y sin duda lo hubiera establecido, si es que ello hubiera sido posible, para su propia congregación. Pero, dice a sus misioneros, «el trabajo de las misiones, pues debemos hacerlo gratis, no nos permite practicar la pobreza total», que consiste, como la de Cristo, en no ser dueño de nada. No renuncia, a pesar de ello, a su ideal, no puede renunciar si quiere ser verdadero discípulo de Cristo. Confiesa y dice que «si pudiéramos escoger, deberíamos tener siempre, para no engañarnos, un estado parecido al de Nuestro Señor, que no tuvo ninguna casa en este mundo».

Pero mientras tuviera casas y rentas tenía que velar por su conservación y por su buen rendimiento. Los disturbios de la Fronda habían producido en sus propiedades y en sus rentas daños notables de los que su congregación ya no se recuperó mientras él vivió. Sólo para San Lázaro el señor Vicente calcula los daños producidos en tiempos de la Fronda en 42.000 libras. Llegaron las cosas al punto de que San Lázaro había perdido todo crédito entre la gente adinerada de París «porque todo el mundo sabe que estamos endeudados por todas partes». Lo más dramático de esto es que lo escribe a uno de los hombres de su congregación, «cónsul de Argel que ha sido golpeado y encarcelado sin motivo», por cuya libertad

las autoridades de Argel pedían una suma que San Lázaro no podía pagar. Pero aún estaba por venir el golpe más duro.

Poseía la congregación del señor Vicente en Orsigny una gran finca con varios cientos de hectáreas de excelentes tierras de labor, donativo, como era el caso de tantas otras propiedades de San Lázaro y de San Lázaro mismo, de un rico bienhechor. La finca de Orsigny era el verdadero granero de que se abastecían las muchas mesas de San Lázaro. Después de unos años de pacífica posesión la propiedad de Orsigny entró en litigio. Vicente consultó al menos a nueve abogados. Todos le aseguraron que «nuestro derecho era infalible y que no teníamos nada que temer por nuestra parte». Pero se perdió el juicio, aunque sólo por la diferencia de tres votos entre los veintiún jueces que vieron la causa, y perdió también de golpe la propiedad de Orsigny. La decisión judicial fue un robo a mano armada. «No hemos sido juzgados según derecho ni según costumbre», dice. Pero se calla, aunque todo el mundo lo sabía en París, que un buen número de los jueces simpatizaban con los jansenistas o eran declaradamente tales, y por ello hostiles al señor Vicente.

La pérdida de Orsigny era «una pérdida considerable para la compañía, pero que muy considerable» en estrictos términos económicos. Pero este hombre, experto en economía, era aún mucho más experto como hombre de fe. «Dios nos ha quitado, con esta finca, la satisfacción que teníamos de poseerla y la que habríamos podido tener en ir allá de vez en cuando. Ese placer habría sido como un dulce veneno que mata, como un cuchillo que hiere. Ahora estamos libres de ese peligro por la misericordia de Dios. Ahora que estamos más expuestos a la escasez ojalá nos recompense Dios esta pérdida material con un mayor desapego de las cosas de la tierra y una mayor confianza en su providencia». Le aconsejaron que apelase contra la sentencia en un tribunal superior, asegurándole los expertos que por supuesto ganaría la apelación. Pero se negó a ello en redondo, en parte escarmentado por la experiencia del primer juicio, y en parte porque «daríamos un grave escándalo, después de un decreto tan solemne (del tribunal) si lo impugnáramos para destruirlo». Pero más le movió a negarse a apelar la consideración de «que si buscamos el reino de Dios, no nos faltará nada, como dice el evangelio. Si el mundo nos quita por un lado, Dios nos dará por otro». Lo que Dios cumplió en este caso a la letra y casi libra por libra, pues menos de tres meses después de pasada la sentencia de despojo «Dios ha permitido que un consejero de esa misma cámara (la que había dado la sentencia) nos dejara al morir casi lo mismo que valía la finca» de Orsigny.

También en cuanto a la salud fue 1658 un año muy malo para el señor Vicente. Mucho más que su salud estuvo a punto de perder cuando al comienzo mismo del año la carroza en que viajaba voleó sin previo aviso en pleno París y dio con él en el duro suelo, como se contaba arriba. Mal comenzaba el año. Pero no iba a mejorar en su transcurso. El incidente de la carroza alarmó y conmovió vivamente a Luisa de Marillac y a sus muchachas. Escribe Luisa en las actas de un consejo de comunidad que se tuvo en presencia del señor Vicente una vez recuperado éste: «La primera cosa que se

trató, sin pedirle permiso a él» fue dar gracias a Dios por haber preservado «a nuestro venerado padre de su grave accidente cuando volcó la carroza, de lo que por necesidad debería haber salido muy mal parado». Era esto casi como mentar la soga en casa del ahorcado. Pero había que dar gracias a Dios efectivamente, porque muy bien podía haber sucedido que el señor Vicente no hubiera salido de la carroza más que para ir al cementerio. Pero allí estaba, aunque maltrecho, vivo, y había que dar por ello gracias a Dios. Luisa aprovecha la ocasión para decir, sin pedirle a él permiso y sabiendo que no le iba a gustar, que «a toda nuestra pequeña compañía le ha servido este incidente para darnos cuenta de que no hemos usado bien de la gracia que Dios nos concede al darnos su gobierno tan caritativo, sus cuidados admirables, sus advertencias y sus consejos repetidos tantas veces con una paciencia y una mansedumbre maravillosas». Cómo le iba a gustar esta andanada de elogios al señor Vicente. «Se vio sorprendido por nuestras palabras y empezó a decirnos que él era un miserable pecador que no hacía más que estropearlo todo. Entró profundamente dentro de sí mismo, y su silencio nos dio a conocer claramente que le habíamos llenado de confusión. Pero su paciencia le impidió reprendernos por nuestra falta de discreción».

Y como en el transcurso del año la frágil salud del señor Vicente dio señales de empeoramiento, Luisa multiplicó las muestras de la enfermera solícita que había sido desde hacía tantos años. No le fue a ella mucho mejor, pues acabó el año «con gran debilidad y con dolores de espíritu y de cuerpo», pero eso no le impidió preocuparse de su paciente como si ella misma estuviera del todo sana. En víspera de navidades le envía por escrito la siguiente receta para «su dolor de piernas»: «Se pone a remojo en medio cuarto de litro el peso de un escudo de sen. Se toma muy caliente un poco antes de la comida, y se come, después de tomar eso, un potaje también muy caliente. Si se toma durante dos o tres días tiene el efecto de una purga muy fuerte, pero no debilita. Creo que fue el señor de Lorme el que me enseñó este secreto, que él utiliza desde hace más de treinta años. Nos gustaría mucho que lo probase usted. El probar no le hará ningún daño; a mí no me lo ha hecho cuando lo he usado». Le contesta el señor Vicente dándole las gracias e informándole del éxito parcial de su remedio, y pidiéndole consejo para semanas sucesivas. «Haré como usted me indique». Sin acabar el año Luisa le envía un segundo regalo de navidad: «si le sentaron bien las tomas anteriores le prepararemos para mañana una dosis mayor para que se la tome desde la mañana. Veinticuatro granos de cornacina o dos escudos de sen, un poco de cristal y otro poco de ruibarbo, y junto con esta infusión un buen trago de jarabe de flores de albaricoque. Creo que esto le sentará muy bien». Y así fue. «Me encuentro mejor gracias a los remedios que me ha enviado». Y así, mejor, aunque por supuesto no sano del todo, terminó Vicente el año del Señor de 1658.

En el transcurso de ese año el señor Vicente, a pesar de sus dolencias, siguió ocupándose de sus trabajos de costumbre. Siguió también el ritmo ordinario de la vida de su comunidad de San Lázaro, incluyendo sus acostumbradas charlas con sus hombres. Una de ellas, tenida en mayo, ^y fue particularmente importante. Mal se

debía sentir cuando la tuvo, pues expresa su temor de que «tal vez sea la última que tenga con vosotros». Se recordará que la asamblea de su congregación habida en 1651 había dado como bueno y definitivo un texto de las reglas que el arzobispo aprobó oficialmente dos años más tarde. Pero algunas correcciones que parecieron oportunas posteriormente retardaron la impresión del texto, que por fin pudo entregar el señor Vicente a sus hombres en mayo de 1658. Podía haber sido esto una especie de entrega de testamento entre vivos. Eso es lo que parece insinuar Vicente en su temor de que fuera aquella la última de sus charlas. Pero no lo fue. De hecho él siguió teniendo sus charlas semanales, casi sin fallar una sola, durante otros dos años más hasta casi la víspera de su muerte.

Resultó ser ésta más dramática de lo que eran habitualmente sus charlas con su gente. Un sentimiento predominaba en su espíritu en aquel momento, el de sorpresa ante lo increíble de la situación. «Señor mío, oh, padres, ¿estaré durmiendo?, ¿estaré soñando? ¡Que yo dé unas reglas! Todas estas reglas y todo lo que estáis viendo se ha hecho sin saber cómo, pues yo nunca había pensado en ello. ¿No es Dios el autor de estas reglas? Dios es el que lo ha hecho todo». Efectivamente, tenía que ser Dios. ¿Cómo podía haberlo hecho él, nacido pastor humilde y ordenado sacerdote prematuramente? Les relata una vez más los incidentes que él siempre había considerado como el origen de su congregación, la confesión del campesino de Gannes y el subsiguiente sermón en Folleville, y las misiones que empezó a dar junto con Portail y «otro buen sacerdote» desde 1618 hasta 1625. Ahora se da cuenta de que «mientras nosotros hacíamos eso, Dios iba haciendo lo que había previsto desde toda la eternidad». De manera que era Dios mismo el que le había ido llevando, sin que él mismo lo previera o lo planificara, de misionero a fundador, de fundador a legislador. «¿Quién hubiera pensado jamás que las cosas llegarían a la situación en que las vemos ahora?».

En charlas posteriores el señor Vicente fue comentando el contenido de las reglas que les entregó aquel día de 1658. Pero hubo un punto que no pudo dejar de comentar aquel mismo día, lo que hizo ver a todos los presentes que era aquello la verdadera clave de su larga vida, lo que daba sentido a su propia vida y lo daría a la de sus oyentes. «Todas estas reglas están sacadas del evangelio; todas tienden a hacer nuestra vida conforme con la que Nuestro Señor llevó en la tierra. Vino Nuestro Señor y fue enviado a evangelizar a los pobres. ¡A los pobres, padres, a los pobres! Nunca ha habido ninguna otra compañía que haya tenido como fin el hacer lo que Nuestro Señor vino a hacer al mundo: anunciar el evangelio a los pobres solamente, a los pobres abandonados».

Llegó el momento más dramático con la distribución de los ejemplares de las reglas a los presentes. Pidió que se fueran acercando a recibirlos los de más edad. El mismo era el más anciano de todos los presentes en la reunión, y posiblemente el más enfermo. Pidió excusas por hacerles venir, y les dijo que «si él pudiese, se acercaría a llevárselas a cada uno a su sitio». Empezó por su más antiguo compañero: «Venga, padre Portatil, venga usted, que ha aguantado todas mis debilidades. Dios le bendiga». Y así continuó con todos los demás. «Cada uno las iba recibiendo de rodillas, besando por respeto el libro y la mano del padre Vicente. El

padre Vicente les iba diciendo a cada uno algunas palabras: Venga, padre, que Dios le bendiga».

Todos los presentes se dieron cuenta de que aquella escena tenía el carácter casi épico de los grandes sucesos extraordinarios. «Todos los presentes creían estar con los apóstoles oyendo hablar a Nuestro Señor. Muchos no pudieron contener las lágrimas. Se hubieran dicho unos a otros aquellas palabras del evangelio: bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis y los oídos que lo oyen».

El mismo señor Vicente no pudo sustraerse en sus palabras finales a un cierto tono grandioso, poco frecuente en él, pero que le resultó inevitable y espontáneo en aquella ocasión. «Oh, Señor, que eres la ley eterna y la ley inmutable que gobiernas con tu sabiduría infinita todo el universo. De ti emanan todas las normas de las criaturas y todas las leyes del bien vivir, como de su fuente. Bendice a éstos, a los que tú mismo has dado estas reglas, y que las reciben como procedentes de ti. Concédeles tu gracia para observarlas hasta la muerte. Con esta confianza y en tu nombre, yo, infeliz pecador, pronuncio las palabras de la bendición. La bendición de Nuestro Señor...».

(1659)

No se volvió a caer de nuevo de la carroza durante el año de 1659, ni pudo, pues su estado de salud no le permitió ya volver a salir de San Lázaro hasta su muerte. Escribe en julio: «Hace siete u ocho meses que no salgo, debido al mal de piernas, que ha aumentado». Podía haberse caído alguna otra vez, como suelen hacerlo los ancianos, en su trabajoso caminar sobre muletas a la capilla para decir misa, o a la sala en que tenía sus charlas con sus misioneros, o al descender las escaleras desde su habitación a una sala de visitas del piso bajo, donde se reunían para oírle las hijas de la caridad y las damas del Hotel-Dieu, o una variedad de personajes grandes o pequeños que solicitaban su ayuda o su consejo. Pero Dios y la solicitud de sus hombres le libraron de una última caída que pudiera haber sido fatal. Y aunque a finales del año anterior comunicaba a Luisa de Marillac la buena noticia de una mejoría, ésta debió de ser pequeña y muy provisional. Comenzó el año nuevo enviando una breve misiva de gratitud y de despedida final, «ante la duda de lo que pueda ocurrir», al padre de Gondy, que estaba a la sazón casi tan achacoso como él mismo y que le iba a sobrevivir poco tiempo. Le agradece «los innumerables beneficios que nuestra pequeña congregación y yo en particular hemos recibido de su bondad». El recuerdo del padre le debió de traer la memoria del hijo, el cardenal de Retz, que, una vez abandonada la ciudad de Roma, vivía en paradero rigurosamente secreto, desconocido incluso para el señor Vicente, para evitar que pudiera llegar hasta él la mano larga y vengadora de Mazarino a través de sus esbirros. «Tengo motivos para creer que va a ser ésta la última vez que tengo el honor de escribir a su eminencia». Le escribe también por gratitud, por la que debía en realidad y con mucho mayor motivo a sus padres. Se toma la confianza «de recomendar a su eminencia su pequeña compañía de la Misión, que usted mismo ha fundado y llenado de favores y que

es obra de sus manos, y que se siente sumisa y agradecida a su eminencia como padre y prelado».

Prelado sobre la Congregación de la Misión era Retz en cierto sentido, pues seguía siendo en esa fecha el legítimo arzobispo de la diócesis de París, a la que seguía gobernando a distancia a través de sus muy adictos vicarios. Pero lo fue por poco tiempo después de la muerte del señor Vicente. Retz, el escandaloso eclesiástico, el ambicioso tramador político, renunció libremente a la sede arzobispal de París y vivió los años que aún le quedaban en una vida de conversión sincera, estudio, oración y trabajo por los pobres que sorprendió a todo el mundo. En la carta de despedida el señor Vicente le escribe que mientras su congregación «rezará en la tierra por su eminencia, yo haré lo mismo desde el cielo». Tal vez se debiera a estas oraciones el sorprendente cambio de vida en la edad adulta de Retz. Aunque de joven era Retz alocado y frívolo, Vicente había visto claro a través del escandaloso comportamiento que tanto había herido la sensibilidad de la gente bien y del clero digno. No estaba efectivamente aquel joven, a pesar de las apariencias, muy lejos del reino de Dios. Si algo tuvo que ver en su radical conversión la semilla del buen ejemplo que había recibido desde su niñez de sus padres y del señor Vicente, o también la gracia de las oraciones que le llovían del cielo después de la muerte de éste, ni el historiador ni el biógrafo lo saben. Sólo lo sabe Dios.

El día 2 de octubre de 1659 comenzó el señor Vicente sus ejercicios espirituales anuales. Iban a ser éstos, no lo sabía con seguridad aunque podía sospecharlo con sobrado motivo, los últimos que haría en su vida. En el transcurso de ellos dio el último paso para asegurar la pervivencia del gobierno de su congregación después de su muerte. Desde su lejana fundación en 1626 la había gobernado él mismo sobre el fundamento de su autoridad y carisma de fundador, autoridad reconocida libremente y sin dificultades por todos, dentro y fuera de casa. El carisma suyo personal era intransferible, pero podía, basándose en él, proponer a su congregación un sistema que legitimara el paso de su propia autoridad a otra persona. El sistema que eligió desde el comienzo mismo de su congregación, y aun antes en el contrato que firmó con los Gondy en 1625, era el común en las órdenes religiosas y en otras instituciones eclesiásticas, incluyendo el papado, durante siglos, la elección de un sucesor por mayoría de votos. El se reservaba el garantizar un gobierno de transición entre el día de su muerte y el de la reunión de una asamblea general que eligiera a su sucesor, cosa que hizo en estos ejercicios espirituales «después de haber pensado en este asunto» durante cinco días. Nombró como vicario que gobernara su congregación entre la fecha de su muerte y la celebración de la asamblea a Renato Almeras, del que dice: «Creo delante de Dios que posee las cualidades requeridas para ello». Se reservaba también otra cosa, el sugerir dos nombres de entre los cuales, «salvo el mejor juicio de los electores», se podría elegir a su sucesor como superior general. Uno de los dos nombres era el de Almeras, quien fue de hecho elegido por unanimidad por los otros dieciocho participantes en la asamblea que se tuvo tres meses después de fallecido el señor Vicente.

Arreglado este asunto podía morir en paz, por lo menos en cuanto se refería a asegurar la continuidad en el tiempo de la institución más cercana a él mismo de entre las varias que había fundado. ¿Conservaría su congregación a lo largo del tiempo el espíritu vivo del fundador que le había dado alma y origen? El hizo todo lo que pudo por que así fuera, pero no estaba muy seguro de ello. Había en primer lugar una especie de ley aparentemente ineludible, a la que se refirió con frecuencia en sus charlas, ley que él había creído descubrir por sus lecturas y por su experiencia en multitud de instituciones similares. Todas habían empezado llenas de vitalidad bajo el empuje del fundador, y todas, con la excepción tal vez de los cartujos, habían decaído a niveles de vida un poco amorfos o francamente corrompidos menos de cien años después de la muerte del fundador respectivo. Pero es que además él conocía muy bien a sus hombres. Y aunque no faltaban entre ellos los capaces de mantener muy vivo lo que él mismo les había inspirado, sabía que había también entre ellos «misioneros flojos», que asustados por la variedad de las obras de su congregación acabarían refugiándose en una forma discreta de vida clerical, dejando de lado el riesgo de una auténtica vida misionera. Hombres que limitarían «su visión y sus proyectos a una pequeña circunferencia, en la que se encierran sin querer salir de ella, como se encierran los caracoles en su concha». A punto estuvo él mismo, recién ordenado sacerdote, de convertirse en un inofensivo caracol clerical. Pero Dios rompió su concha y abrió su alma a la esplendorosa luz del día y del mundo. Tal vez fuera excesivo esperar que se repitiera el milagro con demasiada frecuencia incluso entre los hombres que se habían sentido atraídos por su espíritu vigoroso.

Sus problemas agudos de salud y la preocupación por la estabilidad de su congregación no consiguieron encerrar a este hombre de 79 años en la pequeña circunferencia de San Lázaro. Seguía velando por la buena marcha de todas sus obras y de todas las muchas gentes movilizadas por él, de los pobres campesinos de 1a Picardía, de variados problemas de iglesia. También se preocupaba, cómo iba a dejarlos de lado, por los problemas del mundo en que vivía. Unas heladas tardías a finales de abril de 1659 habían arruinado sembrados y viñas en los alrededores de París. San Lázaro recibía con ello un duro golpe que obligó a reducir drásticamente la ración diaria de pan y vino de los muchos comensales del priorato. Pero a Vicente le duele aún más el daño que sufrirían por ello los campesinos: «Quiera Dios tener piedad del pobre pueblo», escribe en mayo a uno de sus hombres que estaba en la frontera de Picardía, desde el mismo comienzo de la campaña nueve años antes, repartiendo los auxilios de guerra que se enviaban desde París. Una noticia le consuela: «que se habla de la paz como de cosa hecha; eso sería un gran bien para las pobres regiones de la frontera». Efectivamente, así era. Aunque la paz de los Pirineos entre Francia y España no se firmó de hecho hasta noviembre en la isla de los Faisanes, en la desembocadura del Bidasoa, ya desde el año anterior habían comenzado en firme las negociaciones de paz que pusieron fin a la lucha armada que había durado veinticinco años.

Había sido él uno de los primeros que habían intentado poner paz al poco tiempo de que Richelieu se lanzara por el camino de la lucha abierta y declarada. No tuvo, se recordará, éxito ninguno en las gestiones que llevó a cabo ante Richelieu en persona.

No dejó por ello de desear la paz ni de rezar por ella. Le dolía profundamente que estuvieran enzarzados en una guerra fratricida dos países vecinos y católicos. Pero le dolían aún más los miles de víctimas inocentes y pobres que producía la guerra. Si el conseguir la paz no estaba al alcance de su mano, sí estaba, y a ello se dedicó en Lorena, en Champaña, en Picardía, hasta que vino la paz, remediar en la medida de sus fuerzas los desastres de la guerra.

De manera que cuando al fin vino la paz el señor Vicente la saludó con júbilo. Se le quitaba por fin de encima lo que había sido probablemente la mayor pesadilla y la más larga de su larga vida. Podía por fin liquidar la larga y costosa operación de ayuda en que se había embarcado por propia iniciativa desde el comienzo mismo de las hostilidades. Escribe a su hombre en Picardía que los habitantes de la región fronteriza «ya no podrán esperar más ayudas de París». Pero se sigue preocupando por aquellos a los que, aún después de acabada la guerra, no les resultaría fácil conseguir una recuperación rápida que les permitiera vivir decentemente. Había que intentar que «todos los pobres que carecen de tierras se ganen la vida. Habrá que dar a los hombres alguna herramienta para trabajar, y a las jóvenes y a las mujeres ruecas y estopa y lana para hilar. Ahora que llega la paz encontrarán dónde poder trabajar. Y como ya los soldados no les quitarán lo que tengan podrán reunir algo y recuperarse poco a poco».

En cuanto a él mismo, no había ya esperanza de que se recuperara, ni siquiera poco a poco, como no fuera de milagro. Escribe en noviembre a un misionero suyo en Madagascar, quien nunca vería su carta pues había fallecido año y medio antes: «Mis piernas enfermas ya no me pueden llevar». Algo más que «una pequeña molestia que tengo en las piernas:> debía de ser lo que le afectaba la víspera misma del día final del año 1659 para excusarse de una visita que deseaba hacerle nada menos que la duquesa de Aiguillon, y para sugerirle que la pospusiera «para otra ocasión». Ocasión que ya no se volvería a presentar, pues a lo largo de la mayor parte de los meses que le quedaban de vida no sólo dejó del todo de salir de San Lázaro, o de apenas ni siquiera descender penosamente a la planta baja, sino que se vio confinado, casi como un inválido, a su propia habitación.

(1660)

Así llegó al año de 1660, que iba a resultar ser el último de su vida; «recluido en su habitación desde hace un mes», escribe Luisa de Marillac el 13 de enero, «aunque no deja de trabajar tanto o más que nunca por el prójimo». No había visto Luisa al señor Vicente desde que comenzó la reclusión ni volvió a verle en vida. Ella misma falleció el 15 de marzo de ese año. De entre las muchas renunciaciones que había aceptado y asumido para vivir hasta el fin su vida sacrificada tal vez fuera ésa una de las más dolorosas, el no poder contar al final con la ayuda de quien había sido, según creía y decía ella, el padre de su alma, «la persona que nos es más querida en este mundo», como ella misma había escrito unos años antes a Portail. Se volverían a ver cara a cara, esta vez en el cielo y sin achaques, al amanecer del día 27 de setiembre.

El mismo Portail falleció un mes antes que Luisa de Marillac. Trabajador honrado y dedicado, hombre fiel y cumplidor, había resultado ser tal vez un poco corto en las

cualidades de dinamismo y energía que Vicente deseaba para sus hombres y que él mismo poseía en tan alto grado. Pero a cambio resultó ser muy útil para mil detalles en la consolidación de una fundación de cuño relativamente nuevo como la congregación de misioneros del señor Vicente, y de otra muy original y de alto riesgo como era la compañía de las hijas de la caridad. Se murió calladamente, como había vivido. Más de un mes antes de morir se había retirado a una especie de pequeña ermita en un rincón de las tierras de San Lázaro para prepararse a lo que él y todo el mundo veía, dado lo delicado de su salud, como inevitable y cercano.

También en esta recta final de la vida se pudo percibir el contraste de carácter entre el señor Vicente y quien resultó ser su 'brazo derecho', según gustan de calificar con justicia a Portail los biógrafos del señor Vicente. Vicente no se retiró a ninguna ermita para prepararse a morir. Y aunque ya desde febrero muchos días no podía moverse de su habitación ni para celebrar misa, se mantuvo vigilante y trabajando hasta casi la víspera de su muerte. Murió el 27 de setiembre, pero estuvo celebrando consejos de gobierno de su congregación y escribiendo cartas por lo menos hasta el día 25.

Por lo demás, si la muerte de Luisa provocó alguna lágrima en el corazón del señor Vicente, éste se la guardó para sí mismo. Sólo en un par de momentos en las dos charlas que se las arregló para tener en San Lázaro, a pesar del lastimoso estado de su salud, en el mes de julio con un grupo de hijas de la caridad, dejó escapar de sus labios, como se vio arriba, el testimonio emocionado y casi lírico de la admiración que sentía por ella. Admiración y también la seguridad de que Luisa había ido a fundirse de inmediato en la inmensidad de Dios. «Ahora está allá arriba», dice a las jóvenes de Luisa, «y reza por vosotras desde el cielo». Vicente tiene «muchos motivos para creer que está gozando ahora de la gloria prometida a los que sirven a Dios y a los pobres como ella les sirvió». Es más: se atreve a asegurar en carta y por escrito a los pocos días de la muerte de Luisa «que está ya ahora delante de Dios». No era ésta en absoluto una convicción apasionada.

Aún le faltaban a él mismo seis meses para llegar a la presencia de Dios. Al llegar allí tendría que responder y dar cuenta cara a cara del último proyecto de su vida, su proyecto más arriesgado y desconcertante en favor de los pobres. Al final de su vida este hombre de Dios débil y enfermo se embarcó en un proyecto armado de liberación por fuerza de los esclavos del norte de África. Numerosos testimonios del proyecto aparecen en su correspondencia desde febrero de 1658. Pero cumplidos ya los ochenta años en abril de 1660 los testimonios se multiplican. Corre por París el rumor de que la expedición armada está teniendo o ha tenido lugar. Vicente escribe sólo diez días antes de su muerte a uno de sus hombres en Marsella, donde estaba la base de operaciones, en un tono angustioso: «En nombre de Dios, dígame lo que pasa». Se murió sin saberlo. Se enteraría en el cielo. Se enteraría de que la expedición había sido, como le sucedió en algún otro de sus proyectos, un fracaso. Pero antes de enterarse tendría que dar cuenta ante Dios, él,

hombre de paz, de su intervención en un proyecto de liberación armada. Póngase por un momento el lector en el lugar de Dios y pase, si se atreve, un juicio. Estos son los hechos.

Sin que se sepa cómo ni cuándo el señor Vicente había «saludado en una ocasión en casa del señor cardenal» Mazarino a un cierto caballero Paul, de la orden de Malta, marino valiente que por valor y méritos había ascendido a lugarteniente general de la marina francesa. Tuvo este caballero la idea, algo descabellada aunque no imposible del todo, de organizar una invasión para liberar por la fuerza a los miles de cristianos esclavos en Argelia. Vino el proyecto a oídos del señor Vicente, sin que tampoco sepamos cómo, aunque probablemente por sus contactos en la corte o bien por información de sus hombres en Marsella. A Vicente le entusiasmó la idea desde el primer momento. De repente se le presentaba la manera de conseguir de un golpe lo que venía intentando hacer penosamente desde hacía tantos años con mucho dinero y muchos sufrimientos por parte de sus hombres en el norte de África, la vuelta a la libertad de seres humanos mantenidos injustamente en esclavitud. Escribe en 1658 al superior de la casa que tenía su congregación en Marsella: «Le ruego vea al caballero de mi parte y le manifieste mi gratitud por ese proyecto. Su valentía da motivos para esperar un buen resultado de esta empresa. Dígale que me considero feliz de llevar su apellido».

No puede disimular las ganas de que la empresa se lleve a cabo; y aún añade, aparte de los motivos personales mencionados, otros dos para animar al caballero a llevar adelante su atrevido proyecto. Uno es «el trato que le han dado al señor cónsul en Argel», que era el representante oficial del rey de Francia y, recuérdese, miembro de la congregación del señor Vicente. El otro es más general y patriótico, irresistible para un alto oficial de la marina francesa: «El (el caballero Paul) lavará a Francia de los insultos con que esos bárbaros han manchado su nombre». Aún añade más: apela a los sentimientos religiosos que sin duda tendría un miembro de la orden de Malta como era el caballero Paul, y dice a su hombre que le sugiera que «no podrá hacer una obra más agradable a Nuestro Señor».

No se quedó en entusiasmo y buenas palabras de aliento la participación del señor Vicente en la arriesgada empresa. Se buscó la influencia de la duquesa de Aiguillon para que consiguiera el apoyo de las autoridades de Marsella; él mismo tuvo una reunión con «dos personas de mucho juicio, muy inteligentes y experimentadas» para ver «qué es lo que se puede hacer en ese asunto de Argel»; y hasta se consiguió que el mismo rey y su primer ministro Mazarino se interesaran en el proyecto. No se pudo, sin embargo, conseguir el apoyo económico de la corona, ocupada a la sazón en el asedio «por mar y por tierra» de la ciudad de Dunkerque, asedio al que el rey dedicaba «todas sus finanzas». Dio éste sin embargo órdenes secretas al caballero Paul para que llevara adelante el proyecto. El mismo Vicente apoyó la financiación del proyecto con la suma de 20.000 libras. Era ésta un dinero que el señor Vicente tenía en depósito procedente de colectas llevadas a cabo por las damas de la caridad y destinado a la compra de la libertad de un número de esclavos. La idea de ofrecer las libras al caballero procedió de la duquesa de Aiguillon, presidenta en aquel momento de la cofradía, y contó con el consentimiento de las

damas. Tenían que tomarse ciertas cautelas para que la importante cantidad no se volatilizara en los vericuetos de una empresa que podía muy bien resultar fallida. Vicente escribe a su hombre en Marsella que las 20.000 libras se le darían al caballero Paul «después de haber liberado a los esclavos», «no a unos cuantos, sino a todos los esclavos franceses que haya en Argel. Dígale que no recibirá nada hasta que lo haya hecho». Si no se consiguiera la libertad de todos, «ese dinero tiene que servir para conseguir por los caminos ordinarios ese resultado» de compra de la libertad de algunos.

Aún se tomó otra precaución, ésta de alta política internacional. «El Gran Señor» de Constantinopla, a cuya soberanía estaba sometido casi todo el norte de África, «podría resentirse» y tomar sus represalias por aquella intromisión armada en sus dominios, represalias tales como «detener a todos los comerciantes de Francia que haya por el Levante». Pero el señor Vicente sabe de muy buena tinta «que no hay motivos para temer esta reacción», pues «el Gran Señor no verá mal que el rey (de Francia) busque la ocasión de castigar los agravios que ha recibido de dicha ciudad de Argel y de las vejaciones que allí sufren sus súbditos». Tenía en cuenta al escribir esto las injurias de cárcel y bastonazos que había recibido el mismísimo cónsul del rey, e innúmeras vejaciones sufridas por varios comerciantes franceses, sin mencionar las de los esclavos. Pero había más: desde hacía muchos años existía un tratado entre la corona francesa y Constantinopla en virtud del cual se comprometían ambos poderes a no tomar como esclavos a súbditos de la otra autoridad. En virtud de este tratado Francia enviaba de vez en cuando embajadores al norte de África para exigir, casi siempre sin mucho éxito, que se cumpliera el tratado y conseguir por negociación la libertad de los esclavos franceses. Así pues, la detención de los esclavos franceses era, además de 'inhumana', totalmente ilegal en virtud de tratados firmados. El señor Vicente sabe que en esta ocasión el rey «ha enviado un despacho a su embajador en Constantinopla para que presente sus quejas al Gran Señor y a la Sublime Puerta». De manera que por ese lado se aseguraba que el intento del caballero Paul no serviría de ocasión o pretexto para desencadenar un mal mayor que el bien de la posible liberación de los esclavos, como sería una sangrienta guerra entre las que eran entonces las dos mayores potencias mediterráneas.

En la correspondencia de los últimos seis meses de su vida aparece el tema en un tono casi nervioso a veces, muy preocupado por las confusas noticias que corrían por París sobre la invasión, y por la exasperante lentitud con que procedía el proyecto del caballero Paul. La última noticia, decíamos, es de sólo diez días antes de su muerte, del 17 de septiembre. «Estoy con una preocupación que me causa una pena indecible. Corre por aquí el rumor de que el comendador Paul ha puesto sitio a Argel, pero se ignora el resultado». El rumor era falso. Sólo un tiempo después de la muerte de Vicente emprendió por fin el caballero la ejecución del proyecto, sin que consiguiera ni de lejos la liberación de todos los esclavos franceses que Vicente había esperado con verdadera ansiedad. El caballero Paul no consiguió ni siquiera poner el pie en tierras africanas, ni que lo pusiera uno solo de sus hombres armados. Cinco días estuvo a la vista de la ciudad de Argel sin poder desembarcar por el mal estado de la mar. Cansados él y sus hombres de la espera dieron un golpe de timón y pusieron proa a otras aventuras. Todo el botín que se pudo llevar se redujo a unos cuarenta esclavos

cristianos que arriesgaron su vida a nado y pudieron ser recogidos por los barcos del caballero Paul.

Estos son los hechos. Ahora puede juzgar el lector si este último hecho importante de la vida del señor Vicente es congruente con la fe y la trayectoria de un hombre de paz como él, discípulo de Jesucristo por los cuatro costados, que desde 1617 ha entregado su vida a ayudar en la medida de sus fuerzas a continuar la misión de Cristo de redención de los pobres. Los biógrafos del señor Vicente suelen mencionar, aunque no todos, ese incidente de su vida como quien pasa sobre ascuas, y de todos modos como poco significativo o tal vez incluso como un poco disonante en el conjunto total de su personalidad y de su obra. Hay quien aventura una interpretación que ve el incidente como motivado por un secreto deseo del señor Vicente de cerrar al final de su vida el círculo abierto en su juventud por los piratas que lo llevaron como esclavo al norte de África, apuntando de paso que Dios no quiso que se cerrara el círculo. Pero aún hay otra interpretación más peregrina, y ésta se debe a uno de los mejores biógrafos, si no el mejor, que ha tenido Vicente de Paúl. Nos referimos a Jean Calvet, hombre culto y honrado, que en esta ocasión se deja arrastrar por el entusiasmo patriótico y atribuye a Vicente de Paúl intenciones que éste no pudo jamás tener: «Hasta 1830, cuando se apoderó de Argelia, no llegó Francia a realizar el sueño de Vicente de Paúl de acabar definitivamente con la piratería y la esclavitud. ¿Cuántos, entre los que en 1830 desembarcaron en Argel, sabrían que *“Francia heredaba de Vicente de Paúl, ante Dios y ante los hombres, sus derechos sobre el África del norte?”* (El subrayado es nuestro).

Este incidente no se puede ver como menor ni como poco significativo en la vida de san Vicente de Paúl. Que no es menor se ve fácilmente en el hecho de que le ocupó y le preocupó mes tras mes durante más de dos años. Y que no es poco significativo se revela en que pertenece a los dos últimos años de su vida, hasta la víspera misma de su muerte. No es creíble que dada la admirablemente homogénea y consistente trayectoria de su personalidad a partir de los 37 años, centrada obsesivamente en la imitación de Cristo redentor de los pobres, se embarcara precisamente al final de su vida en un proyecto asumido ciertamente por compasión hacia los pobres, esclavos en este caso, pero que lo hiciera a espaldas o al margen, o tal vez en contra, de su seguimiento de Cristo. El nunca creyó tener, ni creyó que Francia tuviera, derechos de colonización o de conquista sobre el norte de África. Pero sí se creyó obligado a poner todos los medios a su alcance para conseguir la liberación de seres humanos en condiciones extremas de indigencia, sin excluir, si no había otro camino para la liberación, los medios armados.

¿Qué juicio se pasaría sobre él por este último hecho de su vida cuando este hombre de paz amaneció el 27 de setiembre de 1660 ante la presencia de su Creador y Señor? ¿Pondría Dios Padre en el cielo alguna objeción, y si no objeción al menos alguna reserva o apostilla, a la sentencia dada de antemano por su Hijo en la tierra?:

Ven,
bendito de mi Padre,

*recibe el reino
preparado desde la creación del mundo.
Porque tuve hambre...*

Nota bibliográfica

Esta biografía de san Vicente de Paúl se dedica a la memoria de Pierre Coste, C.M. (1873-1935), sin cuyo trabajo previo no hubiera podido ser escrita. Coste recogió pacientemente y publicó en trece volúmenes prácticamente todos los escritos procedentes de Vicente de Paúl o que se refieren a él: cartas, charlas a misioneros, hijas de la caridad, damas de la caridad, documentos de varios tipos. Todo lo que se ha descubierto posteriormente ha añadido muy poco a lo que él publicó. Su trabajo quedó plasmado en los catorce volúmenes, uno de índices, de su gran obra *Saint Vincent de Paul. Correspondence. Entretiens. Documents*. París, Lecoffre-Gabalda, 1920-1925. Hay traducción castellana de esta obra: *San Vicente de Paúl. Obras completas*, Editorial Sígueme-Ceme, Salamanca. 1972-1986. Incluye todos los documentos descubiertos con posterioridad a la obra de Coste. Las citas entrecomilladas de la presente biografía están sacadas y traducidas de esta obra, siempre que se trata de citas que procedan de Vicente de Paúl o que se refieran a él. Se han usado también otras fuentes: escritos de Luisa de Marillac, memorias de varios contemporáneos, historias de Francia y de la Iglesia católica de varios autores, así como estudios de diversos tipos y procedencias.

Añadió Coste a esta obra monumental la más extensa y completa de entre las biografías de Vicente de Paúl publicadas hasta hoy: *Le grand saint du grand siècle. Monsieur Vincent*, 3 volúmenes, París. 1932. Edición castellana, 3 vol. CEME, Salamanca. 1990, 1991, 1992. La primera, más cercana, y por ello mismo en varios aspectos mejor biografía de san Vicente de Paul fue publicada a los cuatro años de su muerte por Louis Abelly (1604-1691): *La vieu du vénérable serviteur de Dieu Vincent de Paul, instituteur et premier supérieur général de la Congrégation de la Mission*, 3 tomos, Florentin Lambert, París, 1664. Se ha hecho recientemente una edición facsímil de esta obra. Se puede conseguir en 88, rue du Cherche-Midi, 75006 París. Con un poco de suerte tal vez se puedan conseguir también en esa dirección las dos obras citadas de Coste en el original francés. El curioso lector o investigador podría encontrar las ediciones originales francesas de Coste y la de Abelly en algunas casas de la Congregación de la Misión en casi todo los países donde esta implantada, así como en algunas pocas casas de las hijas de la caridad. Hay traducción de la biografía escrita por Abelly, publicada por la editorial CEME, Salamanca, 1994. La traducción es de Martín Abaitua, C.M.

Los lectores de castellano interesados en una bibliografía amplia sobre la figura y los tiempos de san Vicente la encontrarán en las páginas 9-25 de la obra de J.M. Román *San Vicente de Paúl. Biografía*, BAC, Madrid. 1981. Finalmente, en el tomo XII, pp. 609-630, de la edición castellana citada arriba de las obras completas se encontrará

una lista muy completa de las biografías de san Vicente de Paúl publicadas en francés y en castellano desde 1664 hasta 1984.